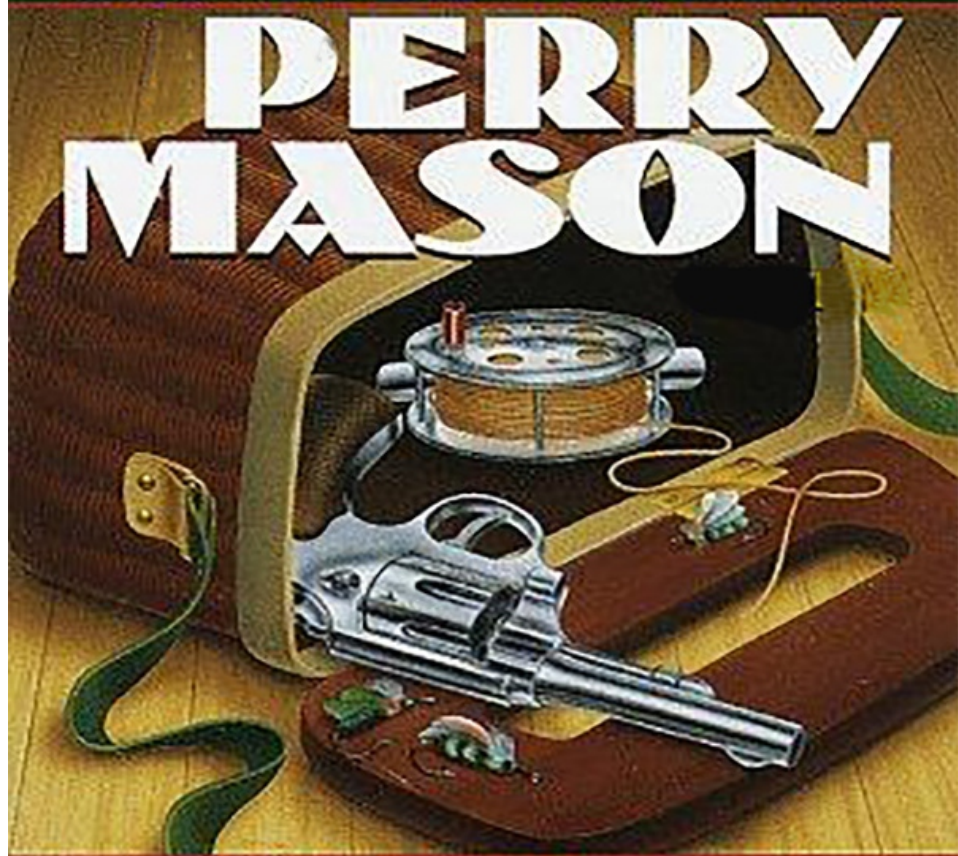


**ERLE STANLEY
GARDNER**
**PERRY
MASON**



EL CASO DE LA 
DONCELLA ERRANTE

El foco de la linterna de Mason iluminaba el camino a lo largo del corredor. Mason se detuvo frente a la tercera puerta. Dudó un momento, después sacó un pañuelo de su bolsillo y, con él en la mano, hizo girar el picaporte.

La puerta se abrió hacia dentro. Percibieron un olor de muerte.

El foco de la linterna mostró una figura tumbada en el suelo con la cara hacia arriba, un ojo cerrado, y el otro abierto, contemplando el techo del cuarto con mirada vidriosa.

Addison retrocedió rápidamente, como si Mason le hubiera dado un golpe en el estómago.

Mason no se volvió hacia atrás. Dijo:

Eche una mirada por encima de mi hombro. No toque nada. ¿Quién es el muerto?



Erle Stanley Gardner

El caso de la doncella errante

Perry Mason - 32

ePub r1.0

Titivillus 26.10.2017

Título original: *The Case of the Vagabond Virgin*

Erle Stanley Gardner, 1948

Traducción: Esperanza Castillo

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

Della Street, la secretaria particular de Perry Mason, dijo:

—John Addison está al teléfono, jefe. Está tan excitado que echa chispas.

—¿John Racer Addison?

—Sí. El hombre de los almacenes. Suena así como si fuese a explotar en el teléfono.

Mason sacudió la cabeza hacia el aparato diciendo:

—Dile a Gertie que me pase la comunicación aquí —y cogió el teléfono que había sobre su mesa.

El ruido metálico producido por la conexión fue seguido por la voz de Addison en un tono monótono, continuo:

—Hola, hola. ¿Hola, Mason? ¡Por el amor de Dios, comuníqueme con Mason! Póngalo ya. Es un asunto de la mayor importancia. Póngalo al habla. ¡Mason, Mason! ¿Dónde demonios está Mason?

El abogado interrumpió aquel monólogo:

—Buenos días, señor Addison.

—¿Es Mason?

—Sí.

—Gracias a los cielos. Pensé que nunca se pondría usted al aparato. Hay demasiadas malditas secretarias y operador de teléfono y todo lo demás. Demasiado usar ese maldito «Ponga-a-su-comunicante-al-habla». Este asunto es importante. No puede esperar todo el día. He estado tratando de conseguir que usted...

—Si eso es tan importante como dice —dijo Mason—, será mejor que me diga de que se trata y que plantee su queja sobre el servicio de teléfonos más tarde.

—Mason, quiero preguntarle a usted una cuestión.

—Pues hágalo ya.

—Pero no quiero que se ría de mí.

—Muy bien.

—Y..., diablos, no quiero que piense que me he estado asociando con la clase de mujeres que no se debe. No lo he hecho. Ésta es una linda muchacha, una cosita muy dulce, pura y fresca...

—Bueno, pero ¿cuál es la cuestión? —interrumpió Mason.

—Mason, ¿puede usted meter en la cárcel a una muchacha virgen igual que a una vagabunda?

—Bueno —dijo Mason riéndose hacia el teléfono—, eso es algo como una receta para cocinar el pastel de conejo.

—No, no, estoy hablando en serio. No bromeo. Hablando seriamente, han metido en la cárcel a una dulce muchacha. Es un maldito ultraje. La acusan de vagabunda. ¿Y qué demonios es una vagabunda? Yo he pensado que el término solamente se aplica a...

—En este Estado —dijo Mason— el término vagabundo es un *atrapatodo* para cuantos hacen las leyes y no pudieron nombrarlo en la lista de otra manera. Un Peeping Tom^[1] es un vagabundo. Una persona que anda por las calles a horas tardías o no usuales de la noche sin un visible o legal objeto, es un vagabundo. Una persona que se aloja en un establo, una cabaña, una tienda u otro sitio sin permiso del propietario, es un vagabundo. Una persona que...

—Bueno, han arrestado a esta muchacha por vagabunda y eso es un maldito ultraje —añadió Addison—. ¡Qué idea ésa de acusar a una buena muchacha de que es una vagabunda! Esto me pone enfermo. Y usted sabe cómo manejar estas cosas, Mason. Sáquela libre. Vaya a ello. Mándeme la cuenta.

—¿Cuál es el nombre de la muchacha?

—Verónica Dale.

—¿Dónde está ahora?

—En la cárcel de la ciudad.

—¿Sabe usted algo sobre ella?

—Sé que no es una vagabunda. Es una buena muchacha.

—¿Y sabe sus señas personales?

—Ciertamente sé cómo es su aspecto. Es una muchacha joven, buena, refinada, rubia platino, que lleva el pelo peinado como un halo, delicada, de apariencia frágil, de complexión suave, buena figura..., bueno, maldita sea, Mason, usted ya sabe lo que quiero

decir. Mirada suave. Más bien ropas sencillas y baratas, pero decentes. Definitivamente decentes. Estaba alojándose en el «Hotel Rockaway» y la policía la detuvo allí y la encerró por vagabunda. Es un maldito ultraje. Quiero que la pongan en libertad.

—¿Puedo utilizar el nombre de usted para...?

—Buen Dios, NO. Manténgame a mí fuera de eso. Usted preséntese en este caso como abogado. Exactamente, usted vaya allí y díglele a ella... Bueno, díglele que usted es su abogado. Eso es todo. Arregle completamente ese asunto.

—¿Y cómo habré de arreglarlo?

—En la forma que usted quiera. Solamente no haga que se declare culpable. Póngale usted fianza. Pida usted un juicio con jurado. Écheles usted el diablo encima, Mason. Ya sé que usted no trata en asuntos pequeños, pero haga usted que éste sea grande. Envíeme la cuenta, pero póngase rápido al trabajo. Este caso requiere rapidez. Dedique a este asunto todo lo que le sea posible. Ésta es la ley para usted. Lea el periódico cualquier mañana y encontrará docenas de crímenes surtidos que fueron cometidos durante la noche. Entonces la policía va por ahí deteniendo a buenas muchachas y convirtiéndolas en vagabundas con sus acusaciones. Maldita sea, Mason, no se quede ahí sentado hablando cuando hay trabajo que hacer. Vaya a la cárcel y saque de allí a esa muchacha.

—Es que no quería interrumpirlo colgando el teléfono, señor Addison —dijo Mason secamente.

—Usted no me está interrumpiendo —gritó Addison—. Estoy tratando de conseguir alguna acción. Quiero que alguien se ponga al trabajo, quiero...

—Exactamente —interrumpió Mason—. Adiós, señor Addison.

Puso el receptor en su sitio y le hizo una mueca a Della Street.

—Tendrás ahora que interrumpir el trabajo de la mañana, Della, para saltar en un taxi, correr a la cárcel y presentar los documentos en favor de una vagabunda que está acusada de ser una... No quiero decir una virgen que está acusada de ser una vagabunda.

—Ten mucho cuidado con tus palabras —rió Della Street—. La forma en que dices eso puede causar una gran diferencia.

—Sí que puede —concordó Mason.

CAPÍTULO II

La matrona trajo a Verónica Dale al salón de los visitantes.

Mason la miró con curiosidad.

Vio a una muchacha joven que parecía infantil por su inocencia; una rubia platino con un rostro serio, grandes ojos azules, delgada, de piel suave y buena figura. Sus pensamientos, si tenía algunos, no estaban definitivamente reflejados en su cara ni en sus ojos. La belleza, como de muñeca, atraería a algunos hombres como la de una inocencia sin corromper, pero para un oficial de policía que anduviese investigando, podría resultar el ser confundida en su sorprendente apariencia como un cuidadosamente planeado cebo para los hombres. Una cosa era cierta, y es que esa muchacha nunca pasaría inadvertida. Andaría entre los diecisiete y los veinticinco años de edad.

—Hola —dijo ella.

Era tan poco artificiosamente cordial como un cachorro joven.

—Buenos días —dijo Mason—. Soy Perry Mason, abogado. Estoy aquí para representarla a usted.

—Es usted muy amable. ¿Cómo supo que yo estaba aquí?

—Uh amigo me lo dijo.

—¿Un amigo de usted? —preguntó.

—Quizá su amigo.

Ella meneó la cabeza.

—Yo no tengo ninguno; al menos en esta ciudad —y después añadió con naturalidad—: No he estado aquí hace bastante tiempo.

—Bueno, voy a sacarla de aquí. ¿Puede decirme lo que ocurrió?

—Yo estaba en el «Hotel Rockaway». Salí afuera para dar un paseo. Caminé por la calle un rato. Después regresé. No tenía nada en particular que hacer, y entonces aquel hombre vino y quiso saber

lo que estaba haciendo, y le dije que esto no era asunto que le importase. Entonces echó atrás la solapa de la chaqueta, me enseñó su placa y luego lo primero de que me di cuenta es que me estaban empujando dentro de un coche, y me acusaron de vagabunda.

—Tenía usted que haber estado haciendo algo malo —dijo Mason.

—No estaba haciendo nada malo.

—Conforme a los datos, usted andaba por las calles sin visibles medios de sostenimiento; usted estaba aparentemente «solicitando». El oficial que la detuvo manifestó que le había dicho que estaba simplemente caminando por las calles.

—Bueno, yo no iba a decirle a él dónde estaba viviendo y dar lugar a que él provocase un conflicto. Todo eso no le importaba. Quiso saber lo que yo estaba haciendo y le dije que estaba paseando. Quiso saber dónde vivía, y le dije que no tenía ningún lugar donde estar. Quiso saber cuánto dinero tenía, y le dije que eso era cosa que no le importaba. Y después me dijo que yo estaba haciendo algo..., bueno, algo que yo no estaba haciendo.

—Okay, ya he dejado de fianza la suma de doscientos dólares por usted y ahora voy a presentar una solicitud para que la declaren inocente. No creo que hagan nada más sobre esto. Si usted estaba alojada en el «Hotel Rockaway» y tiene efectos personales en la habitación, no creo que haya nada más sobre esto.

—Bien, yo estaba alojada allí. Puedo probarlo.

—Okay. Ahora con fianza va a salir. La encontraré a usted afuera.

Hizo una seña a la matrona indicándole que la entrevista había terminado.

Harry Bend, el oficial que la había arrestado, se hallaba de servicio de noche y estaba perdiendo tiempo de sus horas de dormir diurnas para comparecer como testigo contra cuatro o cinco personas que había detenido la noche anterior, miró a Mason maliciosamente.

—Demonios, yo no sé... —dijo irritado—. Esta dama andaba caminando arriba y abajo por las calles y no parecía una profesional, pero... Caramba, yo tuve miedo de que ella se metiese en algún lío en cualquier parte y acabase en un campo desierto con una de sus medias atada en torno al pescuezo y estrangulada. Me

guiñoó un ojo. Eso podía no ser una invitación, pero era un guiño. Le pregunté qué es lo que andaba haciendo, y me dijo que no andaba haciendo nada. Le pregunté dónde estaba alojada, y me dijo que no tenía ningún sitio para alojarse. No tenía ningún dinero. No tenía ningún amigo. Estaba solamente caminando por ahí. Realmente no tenía nada contra ella, pero tampoco había mucho más que yo pudiese hacer.

—¿«Solicitando»? —preguntó Mason.

—Andaba mirando a los hombres. Yo no la vi que llamase a ninguno. Empecé a preguntarle porque parecía estar fuera de lugar. Por sus respuestas me figuré que era una niña muy bonita que se encontraba en dificultades y que decidió tomar lo que pensó que era el camino fácil. Tenía miedo de que fuese asesinada.

—Bueno —dijo Mason—. Ella dice que tenía una habitación en el «Hotel Rockaway», que acababa de inscribirse en él y que había salido para dar un paseo.

—Bueno, ¿por qué demonios no me dijo eso a mí? Yo le hubiera dicho unas palabras de advertencia y con esto se hubiera acabado todo.

—Pensó que usted la estaba insultando y dice que la interrogó de mala forma.

—Pues así fue como vino a pasar una noche en la cárcel —dijo Bend—. Caramba. Eso no tiene sentido para mí. Yo le apuesto cinco dólares a que nunca ha estado ni siquiera cerca del «Hotel Rockaway». Si lo estuvo, entonces estuvo allí un poco y robando. Sin embargo, el «Rockaway» es un sitio decente. No lo comprendo.

—Pensé que quizá usted gustaría de venir con nosotros hasta allí.

—¿Y por qué he de ir allí ahora? Tengo trabajo que hacer. Déjela que se lo diga al juez.

Mason dijo suavemente:

—Si es una muchacha respetable que tenía una habitación en el hotel y estaba dedicada a sus propios asuntos y usted la detuvo con una acusación de vagabunda, podía ser muy bueno si este asunto nunca fuese a juicio. Después de todo, es una muchacha atractiva y tiene amigos.

—¿Amigos?

—Sí.

—¡Demonio si los tiene!

—Por eso estoy yo aquí.

—Maldito si no lo está usted —dijo con repentina incredulidad en su voz—. Diga, ¿cómo es que un abogado de alto precio como usted viene a estar mezclado en un caso como éste?

Mason se encogió de hombros.

Bend lanzó un silbido bajo y después de un momento dijo:

—¿Cuándo quiere usted que vaya?

—Voy a sacarla ahora bajo fianza —dijo Mason—. Deberá estar aquí pronto. Pensé que acaso si usted comprobase la evidencia conmigo, estaría en posición de corroborar cualquier cosa que nosotros podamos descubrir.

—Muy bien, yo haré la comprobación —dijo Bend ceñudo—. Todos mis otros asuntos ya están despachados. Todos se confesaron culpables. Iré a echar una mirada a eso, señor Mason. Y cuanto más pienso en todo eso, más raro me parece.

—Vamos —dijo Mason—. Vamos.

Recogieron a Verónica Dale en la sala de descargo de la cárcel. Estaba firmando un recibo por el sobre de papel manila que le entregaron y sus efectos personales, cuando Mason y el oficial entraron. Ella levantó la vista, sonrió a Mason, vio al oficial de paisano, lo miró por un momento con inexpresivo gesto y entonces dijo:

—Hola.

—Hola —dijo Bend, y añadió después—: ¿Cómo se encuentra usted esta mañana?

—Bien.

—El señor Mason me dice que estaba usted alojada en el «Hotel Rockaway».

—Sí, tengo una habitación allí.

—¿Por qué no me lo dijo?

—No era asunto de usted. No me gustó la forma en que actuó.

—Eso hubiera evitado muchas complicaciones.

—No me importa. No me gustaron sus maneras.

—Bueno, ciertamente se metió en un montón de inconvenientes sólo para dejar registrado el hecho de que no le gustaron mis maneras.

—Era una cuestión de principio. Yo trato de ser amable con la

gente. Y usted no pudo agradarme porque no tiene ningún respeto por la femineidad.

Antes de que Bend hubiese podido recobrarse de esto, Mason dijo:

—Vamos, Verónica. Vamos a hacer un pequeño viaje con el señor Bend. No lo insulte ni trate de reñir con él. Después de todo, estaba tratando solamente de cumplir con su deber.

—No me gusta su deber.

—Tampoco me gusta a mí —dijo Bend amargamente, y después añadió—: Respeto por las mujeres... Si usted pudiese ver lo que yo veo, hermana... ¡Demonios!

—Vamos —dijo Mason—. Su coche está ahí fuera. Vamos a llevarla al hotel.

—¿Por qué?

—Quiero que el señor Bend vea que está registrada allí, en el hotel, y que su habitación está verdaderamente alquilada.

—Muy bien —dijo ella.

Dejaron la cárcel.

—¿Tiene usted un automóvil aquí? —preguntó Bend a Mason.

—No. Vine en un taxi.

—*Okay*. Iremos entonces en el coche de la policía. ¿Cómo se siente usted, hermana?

—Muy bien.

—¿Durmió?

—Desde luego.

—¿Todo estuvo bien?

—Sí.

—¿No guarda resentimientos personales?

—No me gusta usted, y eso es todo. No guardo resentimientos. Bend la miró con curiosidad.

—No puedo comprenderla. ¿Qué edad tiene?

—Exactamente, dieciocho años.

—¡Naranjas tiene usted esa edad!

Ella no contestó nada.

Mason dijo:

—Vámonos, Bend, vámonos.

Harry Bend condujo el coche al «Hotel Rockaway», lo paró malhumorado junto a la acera, saltó fuera y entró por la puerta

giratoria del hotel. Mason, dedicándole escasa importancia a su cliente, siguió inmediatamente detrás al oficial. Verónica Dale se les incorporó.

Bend caminó hasta la mesa de recepción del hotel.

—¿Tienen ustedes registrada aquí a una tal Verónica Dale?

El empleado lo miró con aprensión.

—¿Por qué? ¿Ocurre alguna cosa? ¿Ocurre...?

—¿Tienen ustedes registrada aquí a una tal Verónica Dale?

El empleado miró el registro y dijo:

—Sí.

—¿Qué número?

—El 309.

Bend señaló con el dedo pulgar por encima del hombro hacia Verónica Dale.

—¿Y es ésta la interesada?

—No lo sé —dijo el empleado—. Yo entré de servicio a las siete de esta mañana. La habitación había sido alquilada después de las seis de la tarde de ayer. Esto es, después que yo salí de servicio.

—¿Entonces usted no sabe si ésta es la mujer o no?

—No.

Bend tomó una de las tarjetas de registro del tarjetero de piel, la volvió de forma que la parte sin escribir de la tarjeta quedase hacia arriba, tomó la pluma que había encima del escritorio y entregándosela a la muchacha le dijo:

—Escriba su nombre.

Ella escribió «Verónica Dale» con firme y femenina mano.

Bend volvió a dejar la pluma en el registro y dijo al empleado:

—Bien, vamos a echarle una mirada a su registro.

El empleado trajo la tarjeta de registro original. Los tres hombres se inclinaron sobre las firmas, comparándolas.

—No hay duda ninguna de que las dos firmas son iguales —dijo Mason.

Bend dijo:

—Oiga, mire a esta tarjeta, amigo. No hay dirección en ella; sólo la palabra «transeúnte». ¿Cómo es eso? ¿Dejan ustedes que la gente se registre en esa forma y le dan las habitaciones?

Observó la anotación a lápiz y después miró en un libro de instrucciones donde decía: «Ocurre que esta habitación especial fue

reservada por el señor Putnam, gerente del hotel. Telefoneó dando instrucciones para que se reservase esta habitación para Verónica Dale y dijo que si ocurría que llegase sin equipaje, esto no tenía importancia, que la habitación había de ser reservada para ella y...».

—¿Cuándo llegó esta llamada telefónica? —preguntó Bend.

—Sobre las nueve y treinta. Fue unos quince minutos antes que la señorita Dale llegase a registrarse.

—¿Tienen ustedes entonces tantas habitaciones que pueden reservarlas así, tan fácilmente? —preguntó Bend con sospecha.

—Cuando el gerente lo ordena así —le contestó el empleado—. Nosotros siempre guardamos un par de ellas en reserva para emergencias. Y ésta era una habitación de emergencia. Oficialmente ya las teníamos todas alquiladas.

Bend se volvió a Verónica Dale.

—¿Conoce usted a este hombre llamado Putnam? —le preguntó. Ella meneó la cabeza negativamente.

Bend le dijo molesto al empleado:

—Deme la llave. Vamos a subir.

El empleado echó la mano al cajón y les entregó la llave de la habitación 309.

Verónica Dale caminó con ellos hacia el ascensor con tanta calma y naturalidad como si fueran amigos de confianza de la familia. Harry Bend le dijo el número del piso al mozo del ascensor y éste empezó a ascender.

Cuando salieron al pasillo, Bend se paró. Sus ojos eran agudos.

—¿Cuál es el camino? —le preguntó a Verónica Dale.

—A la izquierda —contestó sin ninguna duda.

Caminaron por el corredor a la izquierda. Al final de éste encontraron la habitación 309. Bend introdujo la llave y abrió la puerta.

La habitación estaba fresca y la cama ordenada. Una pequeña bolsa de mano estaba sobre la estantería de equipajes, aparentemente en la misma posición en que había sido colocada por un botones.

Bend, tranquilamente, caminó hacia ella, apartó las asas de la bolsa de mano, la abrió y miró dentro el ligero surtido de cosas de uso femenino.

—¿Todas estas cosas son tuyas?

—Sí.

—¿Tiene usted licencia para conducir?

—No. Yo no conduzco.

—¿Tiene algún carnet de seguridad social?

—No.

—¿Alguna cosa con qué identificarse?

—Tengo algunas tarjetas.

—¿Qué es lo que va usted a hacer? —preguntó indignado Mason

—. ¿Detenerla otra vez?

—Me gustaría hacerlo —dijo Bend—. Aquí hay algo turbio.

—Pues yo no consigo verlo —anunció indignado Mason—. Esta joven tiene un cuarto en un hotel local. Tiene equipaje. Sale a la calle a buscar un sitio para comer, y cuando está tratando de encontrar un restaurante que le convenga, usted se echa sobre ella, la maltrata y la acusa de andar «solicitando». Naturalmente, los sentimientos de ella hacia usted son en cierta forma menos que amistosos y...

—Oh, guárdese eso para el jurado —dijo Bend—. Al diablo con todo eso.

—¿Va usted a sugerir la libertad?

—¿Va usted a demandarme por falsa detención?

—No en la forma que la cuestión se encuentra. Usted no quiere perseguir, ¿verdad, Verónica?

—Desde luego no. Para mí era una cuestión de principio, eso es todo.

Bend pensó por un momento y entonces dijo:

—Creo que pediré la libertad.

—Muy bien —dijo Mason—. Le tomaré a usted la palabra. No me molestaré en hacer nada más sobre esto. Después que el cargo sea dejado sin efecto, pueden mandar por correo los doscientos dólares que deposité para la fianza.

Bend observó a Mason dudosamente por un momento y entonces dijo:

—Yo supongo que alguien está pagándole a usted una cuenta de quinientos dólares.

Mason sonrió sin decir nada.

Bend gruñó, se volvió sobre sus talones y caminó de regreso por

el pasillo abajo.

La muchacha fue a la bolsa de viaje que estaba abierta, volvió a cerrarla y dijo:

—Estos policías no le conceden ninguna libertad privada a una muchacha. ¿Quiere usted cerrar la puerta?

—Yo no —dijo Mason—, y usted tampoco quiere que yo la cierre. Ándese con cuidado de ahora en adelante. Cuando ocurra que usted tenga un hombre en su cuarto, tenga siempre la puerta abierta.

—¿Por qué?

—Son las reglas de la casa.

—¿Y qué diferencia hace eso?

—Eso puede hacer mucha diferencia.

—Tengo hambre.

—¿No ha tomado usted el desayuno?

—Sólo un poco de café y unas gachas. Casi no pude comer las gachas. Solamente tragué una o dos cucharadas.

—¿Tiene usted algún dinero?

—Un poco.

—¿Cuánto?

—Creo que aproximadamente un dólar y veinte centavos.

Mason dijo:

—¿Conoce usted a un hombre con el nombre de...?

—¿Cuál? —preguntó ella antes de que Mason terminase.

—Nada —dijo Mason.

Él abrió su cartera, sacó dos billetes de veinte y uno de diez y se los alargó a ella.

—¿Y esto para qué es? —preguntó ella.

—No se preocupe por eso. Yo lo pondré en mi cuenta como gastos —dijo Mason.

—¿Quiere decir que esto es para mí...?

—Sí.

La gratitud de ella fue como la de un niño en su simplicidad. Se acercó a él, le puso las manos en el brazo y lo miró con ojos inocentes. Después echó hacia afuera los labios invitadores.

—¿Pero *por qué* —dijo ella suavemente— habría *usted* de hacer eso por *mí*?

—Maldito si yo mismo lo sé —y gentilmente apartó las manos

de ella y salió del cuarto.

Desde un teléfono en una cabina del vestíbulo, Mason llamó al número del gran almacén de Broadway y preguntó por John Racer Addison.

La voz femenina al otro extremo del hilo dijo:

—Voy a comunicarlo con la oficina del señor Addison. —La conexión chasqueó y otra voz femenina dijo:

—La oficina del señor Addison.

—Habla el señor Perry Mason —dijo el abogado—. Quiero hablar con el señor Addison.

—Sólo un momento, por favor. Voy a conectarlo con la secretaria del señor Addison.

Breves momentos después, una tercera voz femenina llegó por la línea:

—Ponga a esa persona en comunicación, por favor.

—Ya está —dijo Mason—. Soy Perry Mason. Quiero hablar con el señor Addison.

—¿Es usted Mason?

—Sí.

—¿El señor *Perry* Mason?

—Sí.

—¿Está usted al teléfono?

—Exactamente —dijo Mason.

—Sólo un momento. Voy a buscar al señor Addison.

Unos segundos después, la voz del señor Addison llegó por el alambre.

—Hola, Mason, ¿dónde está usted?

—En una cabina del «Hotel Rockaway». He estado pensando sobre su queja de que no era capaz de hablar conmigo por teléfono a menos que usted pasase a través de un montón de complicaciones...

—Sí, sí. ¿Dónde está la muchacha? ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está...?

—Está arriba, en su habitación, aquí en el hotel —dijo Mason—. La habitación trescientos nueve.

—Sí, sí, ya lo sé.

—Técnicamente está libre bajo fianza —dijo Mason—, pero tengo la palabra del agente que la arrestó de que la acusación será

retirada y el caso anulado. ¿Alguna cosa más?

—No, no. Eso está bueno. Es magnífico, Mason. Ése es un buen trabajo. Muy buen trabajo. Envíeme la cuenta. Ya sabía que podía confiar en usted. Ésa es la clase de servicio que a mí me gusta, Mason.

—Bajo estas circunstancias —dijo Mason— la cuenta acaso parezca fuera de proporción con la importancia...

—No, no lo será. No lo será. Mándeme la cuenta. Yo le enviaré a usted un cheque. Estoy contento de que la sacara libre.

Como cosa de curiosidad, preguntó Mason:

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted a Verónica Dale?

—No la conozco —dijo Addison impertinentemente—. Sólo la he encontrado en forma accidental. Pero no quiero que mi nombre aparezca mezclado en todo eso. Ya había decidido decirle a usted que no le hiciese saber a ella quién lo había contratado, pero usted me colgó el teléfono. Usted...

—No se lo hice saber —dijo Mason—. Su nombre no fue mencionado. Usted ya me dijo entonces que no se lo dejase saber y yo no le colgué el teléfono.

—Muy bien. Muy bien. Eso está perfectamente bien, Mason. Mándeme la cuenta.

—Lo haré —prometió Mason—. Y aquí hay algo sobre lo que usted puede pensar. O esa muchacha es muy tonta, o trató por todos los medios de conseguir que la arrestasen.

—¿Qué quiere usted decir, Mason?

—No estoy cierto de saberlo —contestó el abogado—; sólo estoy diciéndole a usted, con todo lo que eso significa, que, o bien ella es muy tonta, o trató por todos los medios que la arrestasen.

—¡Caramba! —replicó Addison—. No es tonta, es ingenua.

—Quizá sea usted el que es ingenuo —le advirtió Mason, y colgó el teléfono.

CAPÍTULO III

Della Street se deslizó discretamente en la oficina privada de Mason.

El abogado levantó la cabeza de su trabajo.

—La señora Laura Mae Dale quiere verte.

—¿De qué se trata? —preguntó Mason.

Della Street sonrió:

—Dice que es altamente personal y confidencial.

—Bueno, dile que te dé una idea de lo que se trata si quiere verme a mí —dijo irritado Mason—, y después prepara una cita para...

—La señora Laura Mae Dale —dijo Della Street recalcándolo— es la madre de Verónica.

—¿Verónica? —dijo Mason frunciendo el ceño y luchando por recordar el nombre—. Verónica. Ella..., oh, sí, la virgen encarcelada.

—Exactamente.

Una mueca se extendió por la cara de Mason.

—Sabes, Della, yo más bien he pensado que puede haber consecuencias en ese caso. ¿Le enviamos factura a Addison?

—Sí. De quinientos dólares. El detalle fue enviado esta mañana. La secretaria de Addison llamó por teléfono y pidió la cuenta inmediatamente.

—¿Qué aspecto tiene la señora Dale? —preguntó Mason.

—Más bien de persona capaz. Tiene unos cuarenta y cinco años y parece poseer mucho aplomo. Va vestida con sencillez, pero las ropas son muy buenas y las sabe llevar muy bien.

—Tráela en seguida, Della. Vamos a ver lo que quiere.

La señora Laura Mae Dale, escoltada hasta la oficina privada de

Mason por Della Street, caminó con rápida desenvoltura. Debía de estar acostumbrada a andar en oficinas. Y ciertamente estaba acostumbrada a tratar con las gentes.

—¿Cómo está usted, señor Mason? He oído hablar mucho de usted. Y fue tan bondadoso con mi hija...

Se deslizó a través de la oficina para estrechar la mano del abogado.

Mason la miró de arriba abajo.

Debía pesar quizá unas ciento treinta libras y vestía sus simples ropas con un aire de tranquila seguridad. Podría estar nerviosa pero evidentemente había aprendido a dominarse y tener aplomo. Parecía saber exactamente qué quería hacer y cómo pensaba hacerlo.

—Siéntese usted —la invitó Mason.

—Gracias. Quiero expresarle mi agradecimiento por lo que usted hizo por Verónica.

—Eso no fue nada —le aseguró Mason.

—Ciertamente que fue algo. Fue espléndido. Pensar que un gran abogado como usted abandonaría sus negocios para proteger amistosamente a una inocente muchachita... ¿Cómo fue que acudiese a usted, señor Mason?

—Ésa es una cuestión que no me siento libre para discutirla. Así, por lo tanto, cualquier pregunta que usted haga a ese respecto deberá ser necesariamente contestada con un simple «Sin comentarios».

—Usted no tiene que ser cauto conmigo, señor Mason.

—Sin comentario —dijo Mason.

La sonrisa de ella fue graciosa.

—Verónica es una muchacha muy buena, señor Mason, pero terriblemente impulsiva.

El abogado meneó la cabeza.

—Ella quería vivir por su cuenta y ser independiente y empezó viajando de favor. Desde luego, yo no tenía idea alguna de que iba a marcharse. Sabía que yo iba a impedírselo. Me dejó una nota diciendo sólo que se marchaba para abrirse camino en el mundo y que ya se pondría en contacto conmigo cuando se situase.

—¿Y usted la siguió aquí? —preguntó Mason.

—Así es.

—¿Y cómo supo que estaba aquí?

La señora Dale sonrió:

—Los niños son tan simples... Incluso cuando piensan que están siendo inescrutables, son como libros abiertos. Verónica había estado hablando sobre venir aquí desde hacía un par de meses. Después, de repente, dejó de hablar sobre esto. Cielo, la niña era tan transparente como una ventana de cristal.

—¿Cuándo llegó usted aquí, señora Dale?

Ella sonrió indulgente:

—La mañana siguiente que llegó Verónica. Verónica vino haciendo el viaje en trayectos de favor. Y así hice yo también. Pero ella lo hizo en menos tiempo que yo.

—¿Y cómo supo usted lo que había ocurrido? En otras palabras, ¿por qué viene usted a verme?

—Recorrí los hoteles tratando de encontrar dónde Verónica se había registrado. Lo intenté primero en los baratos. Yo tenía una guía de hoteles con los precios y toda la información. Finalmente encontré el hotel exacto, el «Rockaway». Desde luego, señor Mason, yo no quería que Verónica supiese que la estaba siguiendo. Se hubiera puesto furiosa, pero después de todo es mi única hija y quería asegurarme de que estaba bien.

Mason meneó la cabeza.

—Así, yo llamé por teléfono a su habitación —dijo la señora Dale—. Sólo quería oír su voz en la línea y después hubiera colgado. Pero no contestó. Entonces me puse en contacto con una de las camareras y una pequeña propina hizo milagros. La camarera me dijo que creía que la muchacha se había metido en un lío, que había vuelto al hotel con un policía y con el señor Mason, el famoso abogado. Usted es realmente famoso, señor Mason. La camarera lo reconoció por los retratos de los periódicos. Bueno, desde luego, con estos detalles ya lo supe todo. Me sentí terriblemente preocupada sobre todo esto, señor Mason, pero no sirve de nada preocuparse por el agua que ya pasó bajo el puente. No hay que llorar nunca sobre la leche que se derramó, ésa es mi divisa. Yo tengo una filosofía de la vida, para vivir la mía de un día para otro. He tratado de enseñarle a Verónica el ser de la misma manera.

—¿Cuántos años tiene Verónica? —preguntó Mason.

—Esa niña tiene escasamente dieciocho, pero usted nunca lo

creería.

—Es muy joven.

—Ciertamente lo es, pero Verónica es una buena muchacha, una muchacha bien encaminada, y usted puede confiar en ella en ese aspecto.

—Me pareció mayor de dieciocho años.

—¿Es así? —dijo la señora Dale—. Pues son los que tiene, escasamente dieciocho.

—¿Va usted a hablar con ella?

—Cielos, no. No dejaría que supiese que he estado aquí por nada en el mundo. Yo sólo la seguí para tener un ojo puesto sobre ella y ver que no se metiese en ningún lío. Creí que era un poco joven para desenvolverse por sí misma por el mundo, pero si ella podía hacerlo, yo quería..., bueno, yo no quería hacer nada para interferirme en su independencia.

El gesto de Mason fue un vago estímulo para que siguiese.

—Usted ve, señor Mason, pienso que ésa es la manera de que la gente aprenda. Ésa es la manera como yo aprendí, de todas formas. Yo empecé la vida por mí misma y solamente hubiera querido tener una madre que hubiese puesto sus ojos en mí y me ayudase... Bueno, eso pertenece al pasado. No lloremos nunca por la leche derramada. Ya es suficiente para el día el mal presente y todo lo demás. ¿No lo cree usted así, señor Mason?

El abogado meneó la cabeza de nuevo.

—Bien, a mí me parece que Verónica está capacitada para emprender su propio camino ahora. Ha conseguido un empleo en unos almacenes departamentales..., treinta y un dólares a la semana de sueldo.

—Ya veo que tiene usted información muy exacta —dijo Mason.

—Cielos, sí. He estado manteniendo la vigilancia sobre ella de una manera general. Es una muchacha peculiar. Es amistosa como un cachorrito. Hablará a las gentes que sean amistosas. Tome, por ejemplo a una camarera. Le dirá todo cuanto sabe a una camarera amistosa. Pero ese policía y la forma en que él se acercó a ella... Vamos, señor Mason, no le hubiera dicho ni una sola cosa aunque la hubiese torturado.

—¿Usted va a quedarse aquí? —le preguntó Mason.

—Bueno, yo tengo algunos negocios, un pequeño restaurante

que dirijo en una pequeña ciudad de Indiana, en un lugar del que usted nunca ha oído hablar. Ahora que sé que Verónica está bien, me iré de regreso, pero quiero pagarle a usted su cuenta, señor Mason. No puedo ni siquiera empezar a darle las gracias.

Mason le dedicó a esta sugerencia una ceñuda concentración por un momento y entonces dijo:

—Bueno, si usted realmente quiere pagarme, puede darme cincuenta dólares para redondear las cosas.

—Tonterías, señor Mason. Usted puso su dinero para la fianza. Usted es un abogado de alto precio. Usted...

—Todo eso está bien. Yo voy a obtener que me devuelvan el dinero de la fianza. El caso fue anulado.

—Pero, señor Mason, es absurdo pensar que usted pudiese hacer algo como eso por cincuenta dólares. Quinientos dólares sería lo más aproximado.

—No —dijo Mason—. Cincuenta dólares será correcto en estas circunstancias.

La señora Dale abrió su bolso, sacó un simple cheque en blanco y una pluma estilográfica.

—¿Puedo escribir en algún sitio?

—Venga aquí —le dijo Della, e hizo sentar a la señora Dale en su mesa.

La señora Dale llenó con su pluma el cheque contra el «Second Mechanics National Bank of Indianapolis», pagadero a Perry Mason por el importe de ciento cincuenta dólares, y después de haberlo firmado con mano firme escribió en el respaldo: «En pleno pago por los servicios rendidos en el caso de mi hija Verónica Dale».

—Ya está —dijo secando el cheque—. Yo creo que esto estará bien. Así ya resulta mejor. ¡Mi conciencia no me hubiera permitido pagarle ninguna cuenta por cincuenta dólares a Perry Mason! ¡Vamos!

Inclinó la cabeza hacia un lado contemplando el cheque, después hizo un gesto y se lo pasó a Della Street.

Della, sin decir palabra, le alargó el cheque a Perry Mason.

—¿Pueden darme un recibo? —preguntó la señora Dale.

—El cheque será suficiente recibo en la forma que usted lo hizo —dijo Mason.

—Pero es más en el estilo de los negocios el tener un recibo.

Realmente preferiría...

Mason le dijo a Della Street:

—Hazle un recibo, Della. Escribe que hemos recibido un cheque contra el «Second Mechanics National» por la suma de ciento cincuenta dólares, y que cuando este cheque sea *pagado* constituirá el pago por todos los servicios rendidos a Verónica Dale hasta la fecha.

Della Street meneó la cabeza, colocó papeles de recibo por duplicado en la máquina de escribir, y había empezado sólo a escribir cuando el teléfono sonó en su mesa. Lo cogió y dijo:

—Hola. —Escuchó por unos momentos, arrugó el entrecejo, miró dudosamente a Perry Mason y luego a la señora Dale. Después habló por el teléfono—: Es imposible en este momento. Le llamaremos a usted dentro de unos instantes... Sí, sólo unos instantes... Sí, muy poco tiempo.

Colgó, escribió rápidamente una nota y luego volvió a terminar el recibo en la máquina.

Cuando le alargó a Mason el recibo, una nota colocada encima de aquél decía:

Addison telefoneó que tiene que verte inmediatamente. Parece estar terriblemente nervioso.

Mason meneó la cabeza, estrujó la nota, la echó en el cesto de los papeles, firmó el recibo y se lo entregó después a la señora Dale.

—Creo que lo encontrará en orden —dijo— y me temo que tengo que pedirle a usted que me excuse. Estoy terriblemente ocupado y tengo que llamar a un cliente.

—Oh, comprendo —dijo poniéndose en pie—. Le quedo muy agradecida, señor Mason.

—Hará mejor en dejar su dirección a...

—Oh, ya lo hice. Se la di a su empleada anteriormente.

—Bien, gracias —dijo Mason levantándose.

—¿Y usted no le mencionará mi visita a nadie?

—No a Verónica.

—Cielos, no. No quiero que sepa que estoy aquí en la ciudad. Si ella pensase..., bueno, usted sabe, si pensase que yo la estaba espiando... Es muy nerviosa.

—¿Y supóngase usted —dijo Mason— que Verónica viniese y quisiera pagarme?

La señora Dale pensó sobre esto un momento y entonces dijo:

—Solamente dígame que la cuenta ha sido pagada por un amigo, señor Mason. Usted no necesita decir nada más que eso, simplemente que fue pagada por un amigo. Y ahora, señor Mason, no debo quitarle a usted más tiempo.

Se inclinó, saludó sonriendo con un gesto a Della Street y salió de la oficina.

—Ciertamente excavó un montón de información en muy poco tiempo, Della. Paul Drake debiera tenerla trabajando como detective.

—Supongo que realmente sobornó a esa camarera —dijo Della Street—. ¿Deberé llamar a John Addison al teléfono?

Mason movió la cabeza afirmativamente.

Della Street llamó en seguida y entonces dijo:

—Aquí está, Perry.

Mason tomó el teléfono y dijo:

—¿Quería hablar conmigo?

—Sí, sí. Tengo que verlo a usted en seguida. Ahora mismo.

—¿Puede decirme de lo que se trata?

—No por teléfono. No, pues estoy hablando desde la oficina. Maldita sea, no. Quiero verlo a usted. No quiero tener que esperar en su oficina. Y quiero ir en seguida y entrar inmediatamente.

—Pues venga y entre —lo invitó Mason—. Incidentalmente, acaba de haber un interesante desarrollo en relación con el caso de su amiga Verónica...

—Maldita sea, Mason —gritó por el teléfono Addison—. No se refiera a ella como mi amiga.

—¿No lo es?

—No —gritó Addison—. Voy allí ahora mismo. Y quiero verlo tan pronto llegue ahí.

Y Addison golpeó el receptor al colgarlo, sin siquiera esperar a decir adiós.

CAPÍTULO IV

Gertie, la empleada de recepción, la muchacha del buen carácter, entró de puntillas en el despacho privado de Perry Mason.

—Santo Cielo, señor Mason —dijo con un suspiro—. El señor Addison está ahí fuera y parece loco de remate.

Mason hizo una mueca.

—Está acostumbrado a hacer y conseguir todo lo que quiere el noventa y nueve por ciento de las veces. Dígale que se siente.

—No se sentará, señor Mason. Pasea de un extremo a otro y los ojos le relampaguean. Me ordenó que le dijese a usted que había llegado y que quería verle a usted inmediatamente.

—Hágale esperar un par de minutos, como cosa de principio, y luego hágale pasar.

John Racer Addison presentaba un aspecto incongruente cuando entró en el despacho de Mason tres minutos después.

Siendo evidente que era un hombre acostumbrado a conducirse a sí mismo con una gran dignidad autoritaria, estaba ahora tan nervioso que su cuidadosamente medida manera de caminar había dejado lugar a unos rápidos, cortos y vacilantes pasos cuando se apresuró hacia Mason.

Como Gertie expresó después en un *tête-à-tête* con Della Street:

—Me recordaba un pato tratando de ir a algún lugar de prisa y que, sin embargo, no conseguía ir realmente a ninguna parte y sólo movía las plumas de su cola más rápido de lo normal.

Addison era un hombre gordinflón, con ancho pecho y que prestaba muy cuidadosa atención a sus ropas. Habiendo estudiado cómo hacer que la gente viniese a él, el dueño del gran almacén general se encontraba en aguas desconocidas ahora que se le hacía necesario el realizar una gestión.

—Hola, Addison —dijo Mason caminando en torno a la mesa para tenderle la mano.

Addison apenas se preocupó en recibir el saludo con un apretón de manos superficial.

—Mason, estoy metido en un lío endiablado..., un lío muy endiablado.

—Siéntese usted —dijo Mason—. Dígame qué ocurre.

Addison echó una mirada a Della Street.

—Ya conoce a la señorita Street, mi secretaria —dijo Mason—. Asiste a todas mis conferencias, toma notas y mantiene los hechos con precisión. Puede confiar en ella absolutamente.

—No quiero confiar en nadie —dijo Addison—. Ya he hecho eso demasiadas veces.

Mason sonrió y se sentó detrás de su mesa, esperando a que Addison continuase.

La silente tensión resultaba demasiado para el dueño del almacén general.

—Oh, bueno —dijo—, que sea como usted quiera. Maldita sea, todo el mundo parece hacer lo que quiere y a su manera en estos tiempos.

Della Street mantenía un lápiz inofensivo encima de su libro de notas abierto.

—Vamos a ver, ¿qué lío es éste? —preguntó Mason.

—Mason, me están haciendo objeto de chantaje.

—¿Quién? ¿Por qué cantidad? ¿Y con qué motivo?

—Un hombre del que nunca oí hablar antes, un individuo con el nombre de Dundas... George W. Dundas.

Mason sonrió y dijo:

—George W., ¿eh? Presumo que la cariñosa madre del señor Dundas lo bautizó con el nombre de George Washington esperando que acabase siendo algún día otro padre de esta nación, en vez de lo cual ha resultado ser un chantajista.

—Como cuestión de hecho —dijo Addison—, creo que su nombre medio es Whittley. Ese hombre, tengo entendido, escribe una sección en un diario con el nombre de George Whittley Dundas, una sección de murmuraciones que aparece en uno de los diarios tabloides. Tengo un recorte que traigo para usted.

Las manos bien manicuradas de Addison temblaban

nerviosamente al sacar una cartera del bolsillo interior de su chaleco, extrayendo de ella un recorte de periódico.

—Oh, sí —dijo Mason mientras sus ojos recorrían hasta abajo el recorte—. Una de esas cosas de murmuración que consiguen esto por la insidia. —Seleccionó un pasaje al azar y leyó—: «¿Qué mujer joven y casada ha estado recientemente trotando por ahí, por los centros nocturnos, con un *amigo de la familia*? ¿Y sabe el marido que un abogado de Reno ha sido ya consultado?»

Mason levantó la mirada y dijo:

—Estas cosas constituyen una lectura agradable para personas de un cierto tipo mental. Usted no puede decir si este material es cierto o no. Si ocurre que usted conoce a una persona que es un buen blanco para la murmuración, está bien; pero esta «mujer joven y casada», cuyo nombre discretamente no se menciona, puede ser solamente una invención de la imaginación de George Whitley Dundas. ¿Y qué es lo que Dundas quiere de usted?

—No estoy tratando directamente con Dundas —dijo Addison—, sino con un hombre llamado Eric Hansell, quien dice que es ayudante de Dundas y que es el que consigue la mayor parte de los datos que éste usa en su sección.

—Eso parece una magnífica escenificación de chantaje. Si usted lo analiza directamente, verá que realmente no tiene nada que ver con Dundas. Él puede siempre repudiar a Hansell en cualquier momento.

—Ya me imagino eso —dijo Addison nerviosamente—. Yo no estoy interesado en la mecánica de este asunto. Por todo lo que me concierne, todo eso es chantaje puro y simple.

—Supóngase que usted me informa sobre todo eso.

Addison cruzó su pierna izquierda sobre su rodilla derecha, cambió de postura y después, nerviosamente, volvió a separar las piernas y volvió a cruzarlas con la pierna derecha sobre la rodilla izquierda.

—Maldita sea —dijo—, es que no sé cómo empezar.

—Pues empiece con la ocasión en que encontró a esa virgen —dijo Mason.

Addison estaba visiblemente sorprendido.

—¿Eh? ¿Qué es eso?

—Usted ya me oyó.

—¿Y cómo sabía usted que ella tenía algo que ver con todo esto? Mason meramente sonrió.

—Bueno —dijo Addison—, me imagino que eso es un punto tan bueno para empezar como puede serlo cualquier otro. Era a eso de las nueve de la noche del martes. Vi a esa muchacha con una pequeña maleta que se encontraba de pie al lado de la carretera. Pero no hacía señas con la mano, aunque su actitud revelaba plenamente que estaba buscando que la llevasen en un coche.

—¿Y usted paró?

—Al principio no lo hice. Presumí que debía ser alguna individua de malos antecedentes, y definitivamente no quería tener nada que ver con ella. Pasé con el coche frente a ella, pero le eché una mirada cruzada, y entonces vi que era una joven de muy buena apariencia. Simplemente, no fui capaz de dejarla allí, donde cualquier persona sin principios e irresponsable podía haberla recogido y sacar ventaja de ella. Fue entonces cuando paré el coche y retrocedí.

—¿Ella se mostró debidamente agradecida?

—Fue muy dulce —dijo Addison.

—Siga usted —comentó secamente Mason.

—Naturalmente —dijo Addison—, al recoger a una mujer de este tipo, joven, insofisticada, fresca y sin estropear, uno entra en conversación con ella.

—Muy bien. Cuénteme los hechos.

—Al principio hubo cierto retraimiento —dijo Addison—. Me miraba de arriba abajo. Sus maneras eran un tanto precavidas, un poco intranquilas. Pero pronto la situé en el terreno de la confianza y la convencí de que estaba viajando con un hombre cuyo interés por ella era puramente paternal.

—Puramente —repitió Mason sin tono particular.

—¿Eh? ¿Qué es eso?

—Siga usted.

—Ella se sintió pronto confiada en mí libremente, y me contó su historia. Tenía una buena madre, quería mucho a su madre. Pero la muchacha estaba muy aburrida de la pequeña ciudad donde residía y parecía ser como si la muchacha nunca fuese a salir de aquel ambiente muerto de pequeña ciudad.

—¿Y qué clase de vida tenía en su hogar? —preguntó Mason.

—No tenía vida de hogar ninguna. El padre murió. La madre dirige un pequeño restaurante para servir almuerzos en un lugar a unas cincuenta millas de Indianápolis. Es un pueblo demasiado alejado para que vayan espectáculos allí, pero también lo bastante cercano para que sus negocios se viertan en la gran ciudad, dejando a este pequeño pueblo invariable, conforme a mí me parece que interpreté de su conversación. Ella habló libremente una vez que hubo empezado. Esta muchacha tenía que atender a las mesas, lavar los platos y ayudar en todo. Encontró esto demasiado monótono y propio de la pequeña ciudad. Todos los muchachos jóvenes realmente interesantes se fueron a ciudades más grandes, donde hay más oportunidades. Los que se quedaron no tienen nada de románticos, ni alma, ni fuego.

—Evidentemente produjo en usted una gran impresión.

—¿Qué es lo que le hace decir eso? —replicó Addison enfadado.

—La forma en que recuerda las palabras de ella..., ni alma, ni fuego.

Los ojos de Addison chispearon.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Mason.

—Dieciocho.

—¿Está usted seguro?

—Diablos, no. ¿Cómo puedo estar seguro? ¿Se imagina acaso que yo estaba presente cuando nació o...?

—¿Vio usted su licencia de conducir?

—No. Despacio, Mason, no puedo decir la edad de una muchacha así como así. Tendrá entre dieciséis y veinticinco y entre ese número de años puedo bien engañarme.

—Muy bien —dijo Mason—. ¿Qué pasó entre usted y Verónica Dale?

—Bueno, me dijo muy francamente que había decidido salir al mundo y buscar fortuna, tratar de conseguir un empleo en alguna parte y ser independiente. Después iba a escribir a su madre y decirle donde estaba.

—¿Le dio a usted el nombre de su madre?

—No, no conseguí muchos detalles entonces. Sabe usted, fue un viaje corto, solamente unas veinte millas y yo estaba más interesado respecto a lo que ella pensaba hacer en el futuro, esto es, qué planes eran los que ella tenía y dónde pensaba quedarse.

—¿Se lo dijo?

—Admitió que estaba más bien corta de dinero y que no tenía ningún plan en particular. Era una mujer joven que se sentía confiada en sí misma y en vez de mostrar las experiencias de la vida, parecía solamente demasiado ansiosa de lanzarse y encontrar aquéllas a medio camino. Esto era..., espere, Mason, esto era sorprendente para mí. Y me asustó. Yo he hecho tantos planes en mi vida y trabajado tan duro para conseguir una sensación de seguridad establecida, que fue un choque para mí el encontrar a esta joven mirando adelante, disponiéndose a pasar una noche en una ciudad extraña, donde no conocía a nadie y con muy pocos fondos para proveerse con algo de comida y mucho menos de alojamiento.

—Entonces, ¿le dio usted dinero?

—El problema no era tan simple —dijo Addison—. Había la cuestión de conseguirle una habitación en algún hotel decente. Como usted probablemente comprenderá, Mason, no es una cuestión tan simple ahora el entrar en un hotel y conseguir una habitación. En primer lugar, los hoteles no tienen deseos de aceptar mujeres solas cuando no saben algo sobre su pasado. Y además, también, aun con todo el mejor deseo del mundo, donde no se ha hecho reserva de habitación con días y a veces con semanas de anticipación, es virtualmente imposible el asegurarse una estancia decente.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

—Entonces paré en una estación de servicio y llamé por teléfono a un amigo mío que es el gerente del «Hotel Rockaway». Le dije que iba a mandar a esa muchacha, Verónica Dale, a pedir habitación en su hotel. Yo quería que me asegurara que le daría una habitación y él me aseguró que ya lo arreglaría para que tuviese un alojamiento adecuado. Le dije, desde luego, que yo pagaría por ella.

—¿Y entonces qué hizo usted?

—Regresé al automóvil, llevé a la muchacha al «Hotel Rockaway» y le dije que entrase y pidiese una habitación. Me quedé allí estacionado frente al hotel hasta que vi que se había registrado. Usted sabe, Mason, que en la mayoría de esos hoteles reservan siempre una o dos habitaciones sin importar lo lleno que esté el establecimiento, para emergencias, como para el caso en que haya

reservas duplicadas, en las que el hotel puede ser objeto de demandas por daños, o en que algún cliente muy influyente llega de manera... inesperada.

—Y después, ¿qué? —preguntó Mason.

—Después marché a casa completamente satisfecho porque había hecho todo lo que había podido.

—¿Y usted se enteró de que había sido arrestada por vagabunda?

—Sí, lo supe.

—¿Cómo?

—La matrona de la cárcel me llamó, dijo que Verónica quería que me notificasen que ella no había permitido que la llamada fuese hecha durante la noche anterior, porque no quería que me molestasen. ¿Puede usted imaginarse eso? Una dulce y pura muchacha pasando una noche en la cárcel, simplemente porque ella...

—¿Y cómo supo ella quién era usted? ¿Le dio usted a esa muchacha su tarjeta?

—Para ser franco con usted, Mason, no lo hice. Me sentí avergonzado de mí mismo; pero, sin embargo, hay ciertas precauciones que un hombre de mi posición tiene que tomar. Sin embargo, presumo que ella satisfizo una perfecta y natural curiosidad, y mientras yo estaba telefoneando desde la estación de servicio, debió de leer el cartón de registro que estaba colgado en la columna del volante del automóvil y así recordó después mi nombre y dirección. Ésa es la razón de que la matrona me telefonease.

—¿A qué hora recibió usted esta llamada diciéndole que estaba bajo arresto por vagabunda?

—Exactamente antes de que lo llamase a usted.

—Muy bien —dijo Mason—; aparentemente eso nos trae a un punto preciso. Yo pienso que usted no la ha vuelto a ver desde que yo conseguí su libertad.

—Sí que la he visto —dijo Addison—. Le di un empleo. La llamé al «Rockaway» y le sugerí que se presentase para una entrevista al jefe del personal del almacén.

—¿Cuándo hizo usted eso? —preguntó Mason.

—Poco después que ella fue soltada de la cárcel. Usted me telefoneó desde el vestíbulo del «Hotel Rockaway», creo yo,

diciéndome que todo estaba arreglado y que la muchacha estaba en su habitación, y así yo le telefoneé poco después a ella.

—¿Usted no me había dicho nada sobre eso?

—No he hablado con usted desde entonces.

—Quiero decir que usted no me dijo que iba a hacer todo eso.

—Maldita sea, Mason, ¿es que tengo que decirle a usted todo lo que voy a hacer?

—Algunas veces es aconsejable el decirle a su abogado las cosas.

—Un momento. Mason; usted actúa de una manera como si esta muchacha fuese veneno o algo así.

—Usted parece tener alguna complicación para sacársela de su vida.

—No hable de esa manera. Yo le digo a usted que la muchacha es una niña pura, dulce y adorable.

—Entonces, cualquier chantaje, pienso yo, es puramente una coincidencia.

—Usted está malditamente acertado en que es una coincidencia

—afirmó Addison—. Espere hasta que yo le cuente cómo ocurrió.

—Eso —anunció Mason— es lo que estoy esperando.

—Bueno —dijo Addison—. Cuando Verónica Dale vino a verme, le dediqué una conversación franca y paternal. Le dije que no podía esperar el andar de esa forma todo el país, particularmente de noche, sin que no sufriese experiencias desagradables. Le dije que yo no quería alarmarla innecesariamente, pero le llamé la atención sobre esos asesinatos sexuales que han estado ocurriendo en todo el país, y entonces la envié abajo para que fuese a ver al jefe de mi departamento de personal.

—¿Y le dio un empleo?

—Supongo que la pusieron a trabajar. El hecho de que ella fue al departamento de personal con una tarjeta mía no significa que esto le asegurase un empleo. Naturalmente, presumo que lo consiguió. Pero ni siquiera me molesté en comprobarlo.

—Entonces, por cuanto usted sabe, ¿está trabajando en su almacén ahora?

—Yo diría que sí, que es así.

—Muy bien. ¿Y qué hay sobre Dundas?

—Bueno, este hombre llamado Eric Hansell me llamó por teléfono y me dijo que quería una entrevista conmigo en relación

con una historia aparecida en el diario, «un pequeño retrato de carácter para uno de los articulistas», fue la forma en que él se expresó. Bueno, usted sabe, señor Mason, un hombre de mi posición no puede permitirse ofender a la Prensa. Yo no soy adversario de la publicidad. Nunca lo he sido.

—No —dijo Mason secamente.

—Bueno —dijo Addison—, la entrevista fue enteramente distinta de todo cuanto yo había previsto. El señor Hansell resultó ser un joven de pelo rojo, un tipo petulante de esos que uno está más acostumbrado a asociar con trampas en las carreras de caballos que con gente respetable de los diarios. Lo encontré muy desagradable y muy impúdico. Me hizo unas cuantas preguntas sobre mi vida, mi socio y mis asuntos de negocios..., cuestiones personales impertinentes y preguntas con un aire de arrogante impudicia. Y entonces, cuando estaba a punto de arrojarlo fuera, quiso saber sobre mis relaciones con Verónica Dale.

»Esto me puso furioso, Mason; este hombre parecía haberse salido fuera de su camino para conseguir un montón de hechos. Evidentemente, sabía que yo había telefoneado al gerente del «Hotel Rockaway», y entonces llegó a decirme que George W. Dundas iba a publicar algo sobre mí en su sección de murmuraciones y quería saber si había alguna verdad en el rumor de que yo estaba pensando en casarme con Verónica Dale, una joven que había sido instalada en un hotel del centro de la ciudad a través de mis relaciones y luego detenida por vagabunda esa misma noche.

»Me temo que perdí el temple, Mason. Le grité y le dije que se fuese de allí al infierno, y él simplemente frotó un fósforo por debajo de mi mesa, encendió un cigarrillo, me miró con aire superior y dijo: «*Okay, Fatso*^[2], publicaremos la historia...». Imagínese, Mason, en mi propia oficina, ese joven insolente y sinvergüenza llamándose *Fatso*.

—Una verdadera falta de respeto —dijo Mason, evitando cuidadosamente mirar a Della Street.

—¡Falta de respeto! —exclamó Addison—. ¡Eso era la cumbre de la insolencia!

—Entonces, ¿usted lo arrojó fuera?

—Bueno —dijo Addison—, la situación se puso un tanto

complicada. Si Dundas publicaba algo como eso...

—Usted demandaría al periódico por libelo —dijo Mason.

—Pero, Mason, hay ciertos malditos hechos..., esto es, los hechos en sí mismos son bastante inocentes, pero es fácil ver cómo podrían ser falseados. Como Hansell indicó, podían dar lugar a un cierto juego de hechos. Yo había traído a Verónica Dale a la ciudad. Yo le había telefoneado al gerente de un hotel insistiendo para que le diesen una habitación a la joven y declarado que respondía por ella. Y luego había sido detenida por vagabunda. Había contratado a mi abogado particular para sacarla libre bajo fianza y arreglado las cosas para que el caso quedase sin efecto. Después le había dado empleo en mi almacén. A mí, naturalmente, no me gustaría ver esas cosas impresas. Usted puede comprender mi posición. Es suficientemente inocente, pero..., bueno, hay todos esos señores que levantarían cínicamente una ceja respecto a este asunto. La secuencia de los hechos es infortunada.

—Lo es, sin duda —comentó Mason.

—Entonces —dijo Addison— hay que hacer algo y hay que hacerlo inmediatamente.

—¿Y cuánto quiere Eric Hansell?

—No dijo nada. Es muy listo, bastante. El dinero nunca fue mencionado. Hansell dijo simplemente que estaba reuniendo hechos para la sección de Dundas. Que hacía este trabajo para George Whittley Dundas. Que tenía ya en su poder este puñado de hechos y que quería comprobarlos. Quería tener una entrevista conmigo. Quería que yo declarase definitivamente si ciertas cosas eran verdad o no.

—¿Y qué es lo que declaró usted?

—Yo le dije que cualquier insinuación de que mi interés por Verónica Dale era otro que un interés impersonal y paternal, era el colmo del absurdo. Y entonces, cuando me pidió que o bien confirmase o denegase ciertos hechos, vi que me estaba metiendo más bien en agua demasiado caliente. Le dije que ya no tenía más tiempo para dedicarle y lo eché fuera de la oficina.

—Y entonces, ¿qué? —preguntó Mason—. ¿Usted me telefoneó inmediatamente?

—No, Mason, no lo hice.

—¿Por qué no?

—No lo hice porque no sabía exactamente qué hacer —dijo Addison—. Me puse a pasear por mi oficina durante..., maldita sea, no lo sé, puede que haya sido una hora. Yo odiaba venir a verlo con este asunto más de lo que odié cosa alguna jamás en mi vida. Sentí algo así como si usted se recostase en su butaca ahí riéndose de mí. Usted tiene esa actitud burlona de..., maldita sea, Mason..., yo le digo que usted hubiera hecho lo mismo que yo bajo similares circunstancias. Usted sabe que sí lo haría.

—Su entrevista con Hansell, ¿cuándo tuvo lugar? —preguntó Mason.

—Cuando llegué aquí; hace una hora y media.

—¿Le dejó una tarjeta? —preguntó Mason.

—No, me dio un número de teléfono. Por consiguiente, Mason, ese maldito asunto es un chantaje, pero está manejado tan hábilmente que usted no puede probar que es chantaje. Aquí está el número de teléfono.

Mason tomó el papel doblado que Addison extrajo del bolsillo le dio vueltas entre sus dedos.

—Desde luego, puesto que esto es un completo chantaje, Hansell probablemente no es ninguna pura y blanca flor. El conoce su oficio y ha hecho esto ya antes. Probablemente tiene una ficha de delincuente.

—Pero —dijo Addison— mis manos están atadas, Mason. No hay nada que yo pueda hacer. Yo no puedo afrontar el meterme en una controversia. Los hechos podrían ser tergiversados por mis rivales en los negocios y... entonces el asunto se volvería terrible. Mi socio, por ejemplo, saltaría hasta el techo.

—¿Su socio?

—Edgar Z. Ferrell.

—¿Y dónde está ahora?

—Afortunadamente está de vacaciones. Ferrell es el miembro conservador de la firma. Es..., bueno, no es decididamente ni amplio ni liberal.

—¿Algo así como un palo? —preguntó Mason.

—No me interesa que después digan lo que yo dije de él.

—Nadie va a decir lo que usted dice. Usted le está hablando a su abogado.

—Pues sí, como un palo —dijo Addison con pasión—. Ese

maldito tonto es una piedra. Es un tipo del viejo estilo, profundamente arraigado como un tronco podrido y lleno de bichos, con hormigas subiéndole por toda la corteza y suciedad de pájaros en la copa. Por lo que al negocio concierne, yo lo he estado llevando a él cargado a mis espaldas durante cinco años. El hombre no ha tenido una idea constructiva o una sugestión decente en todo ese tiempo.

»Tuvo práctica como contable y pasa todo su tiempo revisando los libros, haciendo gráficos, metiendo la nariz en las cuentas y proponiendo primero esto, después aquello y haciendo de sí mismo un completo fastidio.

»En un negocio como el nuestro, un hombre no puede perder demasiado tiempo en analizar. Es bueno saber qué almacenes han hecho más dinero, pero después de todo esa cuestión es de *postmorte*. Un directivo debería estar en la línea de fuego proponiendo ideas y no haciendo la disección de cadáveres en la contabilidad de los errores del último año.

—¿Así su socio, de tiempo en tiempo, presenta cifras, declaraciones y gráficos mostrando dónde las ideas de usted han perdido dinero? —dijo Mason sonriendo.

La cara de Addison enrojeció:

—Está pinchando en cada error igual que un gavilán pica en un pato de madera. Nunca toma ninguna responsabilidad por sí mismo. Oh, diablos, ¿de qué sirve eso? El hombre es una esponja, un parásito, un bicho metido en la carne, pero ya lo he soportado demasiado. Simplemente no podría resistir el que él leyese alguna jugosa noticia en una sección de murmuraciones y que viniese a mi oficina trayendo en la mano el recorte y molestándome. Pagaré. Tendré que pagar.

—¿Y cómo fue que adquirió sus intereses en el negocio?

—Heredó las acciones de su padre. En ese tiempo debí de habérselas comprado, pero sentía que necesitaba un hombre más joven en el negocio. Porque era más joven en años, pensé, naturalmente, que tendría más flexibilidad, más asimilación, más energía, más iniciativa, más adaptabilidad.

—¿Y en lugar de todo eso?

—No tenía nada. Una mente estrecha y cerrada. Es una antigualla empantanada.

—¿Y por qué no le compra usted ahora su parte? —dijo Mason.

—Desgraciadamente —dijo Addison— el negocio ha prosperado. Y continúa prosperando. Usted ya sabe lo que pasó durante estos últimos años, Mason. La gente se ha vuelto loca. La gente paga cualquier precio por cualquier clase de mercancía. Yo me asombro al pensar lo que va a ocurrir cuando la inevitable reacción venga, pero exactamente ahora nuestras estanterías están llenas con mercancías de baja calidad y de alto precio, y la gente las está comprando mano sobre mano. Los precios ya no representan nada ahora. Si la gente quiere algo, lo quiere y eso es todo. La perspectiva de los precios ha sido llevada más allá de todo lo creíble.

—¿Ferrell está casado?

—¡Oh, sí!

—¿Y su mujer fue con él de vacaciones?

—No, señor Mason, no fue. Él tenía que ir al Noroeste en un viaje de negocios y entonces se llevó consigo sus cosas de pescar. Decidió hacer una excursión de pesca de truchas mientras se encontraba allí. Es algo que a él le gusta. Es un entusiasta de la pesca.

—¿Fue en auto o en tren?

—En auto. Y ciertamente iba cargado. Sacó el asiento trasero de forma que pudiese apilar allí más cosas de campo..., colchoneta, tienda y todo lo demás. Exactamente ahora está en alguna parte entre Las Vegas y Reno, creo yo. Estará de regreso en dos semanas, que es la fecha de la reunión anual de los accionistas. Yo tengo exactamente ese tiempo para conseguir poner en claro toda esta cuestión..., sólo dos semanas. Si él tuviese alguna noticia de todo esto, armaría un infierno. Espero arreglar las cosas en tal forma que pueda comprarle su parte. Francamente, Mason, poseo un fondo puesto aparte para ese propósito y en el momento en que la reacción industrial se produzca, en el momento en que el movimiento del péndulo sea para el otro lado, de forma que parezca como si fuéramos a enfrentarnos con una firme baja en el volumen de ventas, voy a comprarle a Ferrell su parte. Hay indicaciones que me hacen pensar que no tendré que esperar largo tiempo. Estamos en marzo y creo que para julio podré hacer el trato.

—Bueno —dijo Mason—. Pienso que lo que hay que hacer es

lanzar sobre la pista de Hansell una agencia de detectives privada, ver si podemos descubrir algo y...

—No haga eso —dijo Addison—. Simplemente eso sería un suicidio, Mason. Yo no puedo afrontar el dejar que esos individuos saquen a relucir nada de todo este asunto. Nosotros vamos a tener que pagar.

Mason tamborileó con sus dedos en el borde de la mesa.

—¿Me ha contado usted todos los hechos?

—Sí.

—¿Tuvo usted algún desliz con esta muchacha llamada Dale?

—¿Cómo, señor Mason?

—¿Lo tuvo usted?

—No.

—Ahora escuche —dijo Mason—. Usted le está hablando a su abogado. ¿La tocó usted..., la besó al despedirse, o algo por el estilo?

—Bueno —dijo Addison—, no hubo desliz conforme usted entiende esa palabra..., una palabra, incidentalmente, que es en extremo ofensiva para mí. *Me besó al despedirse*, pero eso fue exactamente un beso de gratitud. El simple e infantil rasgo de una muchacha sin maldad y sin experiencia.

—Ya lo sé —dijo Mason—, y luego ella se las arregló para conseguir ser arrestada por vagabunda.

—No hable de esa manera —dijo Addison—. Diablos, Mason, ¿se da cuenta de las implicaciones inevitables en lo que usted está diciendo?

—Ciertamente.

—¿Y usted quiere decir que esta joven provocó el ser arrestada?

—Addison, hablando como abogado de usted, déjeme decirle algo de los hechos de la vida. Usted toma a una joven, una muchacha que dice que tiene dieciocho años. La muchacha va a un hotel. Usted consigue una habitación en el hotel para ella. Es detenida por vagabunda. Usted me telefonea para que la saque libre. Yo hago eso. Su madre aparece aquí. Dice que ella tiene exactamente dieciocho años. Ella...

—¿Su madre? —interrumpió Addison—. Esto es imposible. Su madre está a dos mil millas de distancia.

—Su madre estuvo en esta oficina hace exactamente unos

minutos —dijo Mason.

—¿Qué es lo que quería?

—Quería agradecerme lo que yo había hecho por Verónica y quería también pagarme mi cuenta. Entonces yo le cargué ciento cincuenta dólares, dejó su cheque y le di un recibo acreditativo que el cheque, cuando *fuese pagado*, cubriría mis servicios. Usted puede pagarme a mí con un cheque personal ahora y cuando regrese a su oficina puede romper en pedazos la cuenta que yo le mandé por quinientos dólares. Entonces si alguna vez alguien dice algo sobre mi cuenta yo simplemente diré que la madre me pagó ciento cincuenta dólares y que tengo los datos del Banco y la copia de papel carbón de mi recibo para probarlo. Cuando el cheque se haya hecho efectivo yo le pagaré los ciento cincuenta dólares en dinero. De esa forma nadie podrá nunca probar que usted me pagó un centavo en el caso de Verónica.

—Bueno, eso cambia las cosas... Pero eso todavía no me deja a mí libre, Mason. Voy a pagar. Tendré que pagar. Ese maldito socio mío..., y hay una minoría de accionistas..., y la reunión sólo de aquí a dos semanas... No, Mason, yo *tengo* que pagar. Consiga que sea lo más bajo posible, pero pague. Líbrese de esos picaros. Consiga librarme de esa maldita sección del periódico.

Mason dijo, cansado:

—Creo que no vale de nada el argumentar con usted. Olvídelo. Deje la cuestión en mis manos.

—Pero escuche usted, Mason. Yo quiero pagar. Yo no puedo afrontar el que mi nombre sea mencionado y...

—¿Qué es lo que ocurre cuando usted le paga a un chantajista? —preguntó Mason.

—¿Cómo voy a saberlo yo? Nunca le pagué a ninguno.

—Así me parece.

—¿Qué quiere usted decir?

—El chantajista toma el dinero y lo gasta y después regresa a buscar más. La forma de cometer el mayor error con un chantajista, es el pagarle la primera vez. Una vez que usted le ha pagado, ya lo tiene en el gancho, colgado. Más pronto o más tarde, usted tiene que hacer algo para protegerse a sí mismo. Cuando lo hace y da la cara con las pruebas de que usted le ha estado pagando al chantajista, para que se esté quieto, entonces ya puede protestar de

su inocencia hasta que las vacas vengan a casa. Eso no le hará ningún bien. El momento de tener un cara a cara con un chantajista es cuando por vez primera quiere morderlo.

—Mason, yo le digo a usted que no puedo hacerlo. Yo...

—Muy bien. Deje el asunto en mis manos. Yo me libraré de él por usted —dijo Mason.

—Pero yo quiero pagar.

—No —dijo Mason—, usted *no* quiere pagar. De lo que usted quiere estar seguro es de que su nombre no va a aparecer en una sección de murmuraciones en relación con un asunto con una muchacha de dieciocho años que es delincuente juvenil. Eso es lo que usted realmente quiere.

—Delincuente juvenil... ¡caramba! —dijo Addison.

—Deje el asunto así —le contestó Mason—. No vamos a discutir sobre esto. ¿En qué Banco opera usted?

—En el «Farmers and Mechanics Second National Bank».

—Muy bien —dijo Mason—. Usted me debe una cuenta por haberme encargado de ese asunto de la vagabunda: quinientos dólares.

—Bueno —dijo Addison tercamente—, añada eso a su cuenta en conexión con esto. Eso solamente va a ser una gota en el caldero de lo que usted va a cargarme por este otro asunto.

—Quiero un cheque ahora. Rompa la cuenta cuando regrese a su oficina.

Addison enrojeció.

—¡Demonios! —dijo irritado Mason—. Use su cabeza. Yo no quiero que esa cuenta y ese cheque pasen por la contabilidad de su almacén. Della, tráeme una libreta de cheques en blanco del «Farmers and Mechanics Second National Bank».

Della Street abrió un cajón de la mesa grande donde guardaba cheques de todos los Bancos y le entregó a Mason una libreta alargada y amarilla.

Mason se lo pasó a Addison:

—Extienda un cheque —dijo— por quinientos dólares.

Addison llenó el cheque.

—Muy bien —dijo Mason—. Ahora ya podemos olvidar ese asunto de Verónica. Voy a encargarme de esta otra cosa y enviarle la cuenta; no hay razón por la cual esto no pueda ir por cauces

regulares. No hable con Hansell. Si *alguien* le pregunta si usted conoce a Hansell, dígame que no puede recordar ese nombre. En caso de que Hansell volviera a visitarle, dígame que está ocupado. No deje que él le haga hablar por teléfono.

—Pero yo no puedo permitirme el adoptar esa actitud, Mason. Después de todo, el hombre tiene demasiado respecto a mí en cuestión de hechos. Yo...

—Dígame que está ocupado —repitió Mason—; yo me encargaré de todo. Ahora regrese a su almacén, rompa la cuenta por los servicios en el caso que nos ocupa cuando la reciba y luego olvídelo todo.

Addison lanzó un suspiro de alivio:

—Ahora lo comprendo a usted, Mason. Maldito, que usted es inteligente. Págueles lo que tenga que pagarles, pero no pase de diez mil dólares sin consultarme a mí... Oh, demonios, no suba más alto de lo que tenga que hacerlo. Pero páguele lo que sea preciso. Supongo que estoy colgado y bien colgado. Después de todo, un hombre de mi posición tiene que hacer concesiones.

—Usted le paga ahora diez mil dólares y tendrá que pagarle a alguien más diez mil dólares dentro de treinta días, y tendrá que estar pagando diez mil dólares todo el resto de su vida. Usted no puede pagarle a un chantajista; debía saber eso, Addison.

—Maldita sea, Mason; yo *tengo* que pagarle.

—Déjeme a Hansell a mí.

—¿Usted va a pagarle?

—Puede ser. Pero si lo hago, manejaré la cosa en forma que no tenga que pagarle nunca más.

Addison se levantó de la gran butaca:

—Muy bien, es por eso que yo lo tengo a usted como mi abogado. Lo lleva todo bien. Usted me exprime, maldita sea, pero siga adelante. Adiós.

Mason se volvió a Della Street tan pronto como Addison hubo salido de la oficina.

—Della, ponte los guantes, ¿quieres?

—¿Mis guantes?

—Así es.

Della Street abrió un cajón de la mesa, sacó un par de guantes de piel y se los puso.

Mason fue al ropero de los abrigos, sacó un par de guantes del bolsillo del sobretodo, se los puso y dijo:

—Ahora quiero esa libreta de cheques del «Farmers and Mechanics Second National Bank».

Della Street le entregó la libreta de cheques. Mason la abrió para sacar uno del centro.

—Pienso que en éste no habrá ninguna huella dactilar —dijo él.

Della Street lo miró con sorpresa frunciendo el ceño, mientras Mason caminaba hasta la ventana, colocaba el cheque por quinientos dólares que John Addison le había dado contra el cristal de la ventana y luego, poniéndole encima el otro cheque con la punta de un lápiz muy afilada trazó cuidadosamente la firma.

Regresó a su mesa, abrió un cajón de ésta, sacó una botella de tinta china y con una pluma de acero trazó en tinta negra la firma sobre las líneas de lápiz.

—¿Qué te parece esto, Della?

Ella lo examinó cuidadosamente y sacudió la cabeza:

—No demasiado bueno.

—¿Qué es lo que no está bien?

—Hay un cierto temblor en las líneas. La firma de Addison es vigorosa, rápida, como hecha a gran velocidad. Cuando tú trazaste esto, lo hiciste muy despacio y da la impresión de una cosa lenta, y aquí y allí hay pequeños temblores que son aparentes..., diablos, jefe, no me gusta ser crítica, pero no es una buena falsificación si es eso lo que estás intentando.

Mason hizo una mueca y dijo:

—Eso está bien. También observarás, Della, que si miras cuidadosamente en la segunda *d*, he fallado un poco en el círculo, y hasta sin apelar a un cristal de aumento, puede verse la línea del lápiz justo dentro de la línea de tinta en la curva.

—Así es —dijo Della Street.

—Muy bien —dijo Mason entregándole el cheque—. Ten cuidado de no tocar esto excepto con guantes. Ve abajo a una de las tiendas donde venden máquinas de escribir, di que quieres probar una de nuevo modelo y quédate entreteniéndote con ella hasta que el vendedor vaya a atender a otra persona; entonces desliza este cheque en la máquina y escríbelo a favor de Eric Hansell por la suma de dos mil dólares y luego vuelve a traerlo aquí. Asegúrate de

que no haya huellas dactilares en él.

Los ojos de Della Street se desorbitaron cuando miró al rostro de Mason, que ahora estaba como de granito.

—¿Quieres decir...?

—Quiero decir —dijo Mason— que hagas exactamente conforme te digo, sin averiguar nada sobre las razones para hacer lo que yo te digo que hagas.

Ella dejó pasar un momento antes de responder:

—Tú quieres decir que en el caso de que ocurriese algo, no quieres que yo...

—Yo quiero decir que quiero que hagas exactamente conforme te digo y que sólo sepas eso y nada más.

—¿Y esto no es más bien peligroso, jefe?

—¿Para quién?

—Para nosotros dos.

—No para ti —dijo Mason—. Tú eres mi secretaria. Ve abajo y haz el cheque a nombre de Eric Hansell por dos mil dólares. Incidentalmente, Della, cuando el señor Hansell me visite esta tarde, puedes salir fuera de la oficina. Mi conversación con el señor Hansell será confidencial.

Ella lo observó por un momento y después cogió el cheque y sin decir palabra salió de la oficina. Cuando Della hubo salido, Mason tomó el teléfono y dijo a Gertie, que estaba en la centralita:

—Póngame con la Agencia de Detectives Drake, Gertie. Quiero hablar con Paul.

Y cuando tuvo a Paul Drake al habla, Mason dijo:

—Llama a cada Banco de la ciudad, Paul. Diles a todos quién eres. Y aquí tienes un informe que puedes pasarles: Un joven más bien inteligente, está presentando cheques pagaderos a él mismo por cantidades sustanciosas. Esos cheques, aparentemente, son extendidos por hombres de considerable preeminencia que tienen grandes cuentas. El hombre puede identificarse a sí mismo como el destinatario del cheque. Los cheques son falsificados. Las firmas están usualmente trazadas con lápiz sobre firmas genuinas y luego cubiertas con tinta china.

»Puedes señalarles a los Bancos que la tinta china es usada porque cubre efectivamente las marcas de lápiz de los rasgos. Por lo tanto, ellos deberán sospechar de cualquier cheque presentado con

la firma en tinta china y hacer una investigación cuidadosa de posibles falsificaciones.

—Gracias —dijo Drake—, ése es un informe *caliente*. Estoy ansioso hasta morirme por poder hacer cosas como ésa por los Bancos. Lo recuerdan después.

—Muy bien —dijo Mason—. Ponte a trabajar —y colgó el teléfono.

Mason tomó el número del teléfono que Eric Hansell le había dejado a John Racer Addison. Ese número era Westmore 6-9832.

Después cogió el teléfono y dijo a Gertie:

—Deme Westmore seis, nueve, ocho, tres, dos, Gertie. Quiero hablar con el señor Hansell.

CAPÍTULO V

Mason vistiendo su abrigo, sombrero y guantes, hizo una pausa en la oficina exterior para inclinarse sobre Gertie, que estaba en la centralita.

—Voy a la oficina de Paul Drake —le dijo—. Estoy esperando que Eric Hansell venga dentro de unos instantes. Cuando llegue notifíquelo a Della. Ella lo llevará a mi oficina privada. *Después* que haya entrado allí, llámeme a la oficina de Drake. ¿Comprendió bien esto?

—Lo comprendí bien —dijo ella.

—Bien —le dijo Mason—. Sea buena muchacha.

—¿Buena cómo? —preguntó sonriendo.

—Tan buena como usted pueda —le replicó Mason empezando a caminar hacia la puerta.

—Ahora estamos exactamente donde empezamos.

Mason dejó la oficina, caminó por el pasillo hacia la «Agencia de Detectives Drake», abrió la puerta, entró y dijo a la muchacha que estaba en la recepción:

—¿Dónde está Paul?

—En su despacho.

—¿Solo?

—Sí.

—Anúnciele que voy a entrar —dijo Mason, y abriendo la pequeña puerta al final de la partición, caminó pasando por una verdadera cueva de conejos de oficinas, para golpear en una puerta marcada:

«MANAGER - Privado».

—Entra, Perry —dijo Drake.

Mason entró.

Paul Drake levantó la vista de algunos informes que estaba estudiando. Era casi tan alto como Perry Mason, pero crecido en una forma suelta y desconectada que hacía que sus movimientos pareciesen torpes y angulares.

—¿Qué es lo que tienes en tu mente? —preguntó Drake.

—Le estoy pasando una lápida a un cincelador.

—¿Necesitas mi ayuda?

—Me estoy escondiendo por unos diez minutos, Paul. Continúa con tu trabajo.

—No, eso es interesante. Hablaré contigo. Después de todo, eres un cliente.

—Lo he sido —dijo Mason haciendo una mueca.

—¿Hay algo para mí en este caso?

—Probablemente antes de que quede resuelto.

—¿Qué es lo que se está cocinando?

—Chantaje.

—¿Podemos nosotros...?

Mason interrumpió con una sacudida de cabeza:

—No es nada del género acostumbrado, Paul. En primer lugar no hay tiempo, y en segundo lugar el cliente no está por eso. Pero pienso que esto va a madurar en algo y tú puedes ser utilizado antes de que esté resuelto. ¿Cómo van los negocios?

—Excelentemente.

—¿Conseguiste todos los ayudantes que quieres?

—Ya los tengo ahora. Hubo una gran falta de hombres buenos durante un tiempo, pero ahora tengo un excelente equipo.

—¿Llamaste a los Bancos?

—Seguro. ¿Dónde conseguiste el informe sobre eso, Perry?

—Oh, es algo que descubrí.

—Ninguno de los Bancos sabía nada de ello. El individuo debe haber venido de afuera.

—Exacto.

—Estás jugando con las cartas pegadas a tu pecho esta vez, ¿no es así?

Mason hizo una mueca.

El teléfono sonó.

Drake cogió el receptor y dijo:

—Hola. Sí, está aquí. Él... Bien. Se lo diré.

Volvió a poner el receptor en su sitio y dijo:

—Gertie dice que te avise que tu visitante ya está instalado.

Mason se levantó y dijo:

—Bien, Paul. Gracias. Me voy.

—¿Vas a encontrarte con ese chantajista?

Mason meneó la cabeza.

—Harías mejor en tener un testigo, Perry.

Mason hizo una mueca y dijo:

—Esta vez un testigo es lo último que quisiera.

—¿Tan malo es eso? —preguntó Drake.

—Peor que malo —dijo Mason, y dejó la oficina de Drake para irse por el vestíbulo.

Entró por el despacho de recepción de su propia oficina, hizo una señal con la cabeza a Gertie y después fue directo a su despacho privado. Della Street había seguido las instrucciones al pie de la letra. Eric Hansell estaba sentado en la gran butaca reservada para los clientes. Su sombrero, con el ala levantada, estaba colocado en la esquina de la mesa de Mason. Cuando éste entró en el despacho, Della estaba diciendo:

—El señor Mason estará aquí en seguida. Tuvo que salir por un momento y..., ¡oh!, aquí está ya.

Mason hizo una seña con la cabeza a Della, miró inquisitivamente a la butaca del cliente y preguntó:

—¿Eric Hansell?

—Exacto —dijo Hansell sin levantarse.

Mason sacó del bolsillo el cheque de dos mil dólares. Caminó entre la mesa y Hansell y se puso de espaldas al chantajista. Sus manos enguantadas colocaron cuidadosamente el cheque por dos mil dólares dentro del sombrero de Hansell y después Mason empezó a quitarse el abrigo y los guantes. Colocó éstos en el bolsillo del abrigo, fue al ropero, colgó el abrigo, puso el sombrero en el estante, se estiró la chaqueta, se volvió a Hansell y dijo:

—Tengo entendido que tiene algo para decirme.

Hansell miró de arriba abajo a Mason con ojos verdes impúdicos, después miró a Della Street. Aspiró una larga y lenta bocanada de humo del cigarrillo que sostenía entre los delgados dedos manchados de nicotina y dijo:

—Ahora, no.

—Eso es todo, Della —dijo Mason.

Della Street se deslizó fuera de la oficina.

Mason se acercó, y se sentó en la silla giratoria de su mesa.

La mirada de Hansell era lenta, fija e insolente.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó Mason.

—Nada.

—Usted visitó a un cliente mío.

—¿De veras?

—Usted sabe que lo hizo.

—Yo ando mucho por ahí. Visito a un montón de gentes. Y no les pregunto ni quién es su médico ni quién es su abogado. Eso no me importa nada.

—Muy bien —dijo Mason con la cara fría y dura como el granito—. Usted visitó a uno de mis clientes.

—Y entonces, ¿qué?

—Entonces yo lo llamé a usted.

—¿Con qué objeto?

—Con ningún objeto.

—Pues yo no vine aquí para jugar a la rueda.

—¿Y qué si jugáramos a quién encontró el botón?

—Prefiero jugar a decidirlo todo.

—¿Qué cartas tiene usted? —preguntó Mason.

—Usted lo sabe. Cuatro ases. Y si usted tiene este despacho con micrófonos, será tanto peor para...

—No hay ninguna instalación de ese género.

—Un montón de ustedes los abogados se las dan de ingeniosos.

—Este lugar no tiene tal instalación.

—Bien. Si lo está, usted lo sentiría. Su cliente lo despediría.

—¿Usted está asociado con George Whittley Dundas?

—Trabajo para él.

—¿Con qué salario?

—No le importe sobre mis arreglos. Son satisfactorios. Obtengo la compensación que quiero y Dundas obtiene los hechos..., aquellos que yo escojo para presentarle.

—¿Y los otros que usted no escoge para presentarle?

—Ésos se pierden en un profundo pozo de silencio.

—Cuando usted le da los hechos a Dundas, él los publica, ¿es eso

cierto?

—Eso es cierto.

—Y cuando usted no se los da a Dundas, entonces, ¿no son publicados?

—Exacto.

—¿Qué es lo que influye para tomar sus decisiones?

—Varias cosas.

—¿Dinero?

—¿Qué piensa usted?

—Yo estoy preguntando.

—Y yo no respondo.

Mason dijo:

—No vamos a ninguna parte por este camino.

—No sea niño —dijo Hansell—. Usted no estudió leyes en un seminario, ¿o sí?

—¿Cuánto?

Hansell sacudió su cabeza y dijo:

—¡Puf...!

—Después de todo —dijo Mason—, nosotros tenemos que tener algo sobre qué poner nuestra vista.

—Usted hace sus compras de Navidad temprano —le dijo Hansell.

—¿Temprano cómo?

—Eso es cosa de usted.

Mason dijo:

—Yo presumo que usted tiene sus datos exactos.

—Yo siempre tengo mis datos exactos. Su cliente se fue por la borda por una «linda» que recogió en una carretera. Usó su influencia para conseguirle una habitación en un hotel amigo. Él conocía al gerente. Pudo visitarla allí, pero no lo hizo. La «linda» fue detenida por vagabunda. El abogado de alto precio de Addison fue corriendo a rescatarla. Es una bonita historia: «¿Qué gran personaje le consiguió a una “linda” una habitación sólo para que la “linda” fuese detenida por vagabunda, antes de que el *Dulce Papaíto* pudiese tomarse la salsa? ¿Qué es lo que hizo que Perry Mason, el abogado de alto precio, volase a la cárcel para ponerle fianza a la *Señorita Inocencia* para que saliese libre?» Me destrozaría el corazón si yo no le entregase una historia como ésta a Dundas.

—¿Y su corazón no ha sido destrozado antes?

—La vida está llena de decepciones.

—Bien. Yo me pondré en contacto con usted.

—Demonios, usted ya está en contacto conmigo ahora.

—Digo que me pondré en contacto con usted más tarde.

La cara de Hansell se puso roja.

—No estoy acostumbrado a andar trotando por las oficinas de la gente. La próxima vez *usted* puede venir a mí.

Se levantó de la butaca, disparó con los dedos su cigarrillo insolentemente, apuntando al cesto de los papeles de Mason, falló el disparo por una pulgada o dos y dejó que el cigarrillo continuase ardiendo en el suelo.

—Usted tiene mi dirección —dijo él—. Cuando quiera verme, telefóneeme, convenga una cita y venga a verme..., y si su cliente es inteligente, eso será antes de las siete de esta noche. Dundas tiene una hora límite, que son las diez de la noche, y él querrá tener tiempo suficiente para hacerle justicia a *esta* historia.

—¿Y le pagará más que Addison?

—¿Y cuánto pagaría Addison?

—¿Y cuánto pagaría Dundas?

Hansell le dijo a Mason con voz aguda de furor y decepción:

—No me interprete mal. Dundas publica el *género* que yo le doy porque ese género es bueno. Me tiene en su lista de pago porque yo le entrego *género* lo suficientemente bueno para hacer que valga lo que él me paga. Eso quiere decir que tengo que pasarle un montón de buen material caliente, un montón infernal.

—¿Y bien? —preguntó Mason.

—Si yo no tuviese a Dundas, no tendría ningún canal de publicidad —dijo Hansell—. Por los cuernos del diablo, ¿tengo que hacerle a usted un diagrama? ¡Narices! Para ser un abogado, está usted bastante verde...

Agarró su sombrero y repentinamente se paró en una postura de velado interés.

Después de un momento, sacó el cheque del sombrero, lo miró y luego dijo:

—¡Que me maldigan!

Mason no dijo nada.

Hansell miró al cheque una vez más, después caminó hasta

donde estaba caído el cigarrillo, lo agarró y lo depositó, tras de apagarlo, en el cenicero que estaba sobre la mesa de Mason:

—No cayó en el cesto —dijo.

Mason guardó silencio.

—Lo siento —dijo Hansell.

—No tiene importancia.

—Usted sabe, en este negocio, Mason, nosotros encontramos toda clase de personas.

Mason meneó la cabeza.

—Pero —continuó Hansell— a nosotros no nos gustan los cheques.

—Y a nosotros no nos gustan los chantajistas.

—Muy bien —dijo Hansell con una torcida sonrisa descomponiendo su cara y mostrando unos dientes amarillos—. Póngase desagradable si usted quiere. Esta fiesta es suya. Usted está pagando por ella..., y recuerde que si hay algo raro sobre esto o que tiene algún micrófono en esta oficina, usted es el que va a sentirlo. Yo soy un repórter legítimo. Tropecé con un escándalo sobre John Racer Addison y fui a él para tratar y conseguir la confirmación. Usted está tratando de pagarme para que no se publique. Y yo solamente estoy tomando el cheque porque con él demostraré que los hechos son ciertos.

Mason no dijo nada.

—Una magnífica y pequeña «linda» —continuó Hansell—. El viejo paternal John Racer Addison la instaló en una habitación de hotel y la sacó libre cuando fue arrestada bajo la acusación de vagabunda. El viejo y querido Papá Addison... Vamos, maldita sea, si usted tiene micrófono, ya puede poner todo este disco en marcha.

»Y le diré a usted algo más. Todo el material está en un sobre, listo para ir a manos de Dundas. Si algo me ocurre a mí, el sobre estará en el correo a tiempo para llegar antes de la hora límite. Dundas daría un diente por publicar una cosa como ésta dando nombres.

Mason dijo, cansado:

—Ya le dije que este despacho no tiene micrófonos.

—Bueno, pues si lo está, ello hará una buena historia.

Mason bostezó.

—Maldita sea, a nosotros no nos gustan los cheques —dijo

Hansell después de un momento.

—Ya sé, ya me lo dijo antes. A usted le gustaría el dinero en pequeños billetes. Usted los pondría en su bolsillo y saldría afuera. Luego, el mes próximo volvería con la misma historia otra vez, y otra vez, y otra vez. Pero conforme está ahora la cosa, y con objeto de que usted cobre esos dos «grandes», sólo pone su nombre en el respaldo del cheque y lo cobra por el Banco. Y si viene con una repetición, las cosas van a serle duras.

Hansell dijo sarcástico:

—Así es que usted cree ser inteligente. Usted da un cheque. Pero, demonios, eso no es ser inteligente, porque el dinero es mudo.

Mason bostezó.

—Demonio, yo ni siquiera voy a ser diplomático sobre eso. Su cliente no me pagó porque pensó que yo volvería. Él mandó por usted porque pensó que usted sería bastante inteligente para discurrir alguna forma de que yo no pudiese volver más. Él hubiera pagado cinco «grandes». Usted le dijo que era muy inteligente y que hiciese un cheque por dos «grandes». Muy bien, se supone que usted es inteligente. Pero ahora vamos a ver lo inteligente que es.

Hansell dobló el cheque, lo deslizó en el bolsillo de su chaleco y dijo:

—Muy bien, señor *Sabio*. Vamos a ver si gana el importe de su cuenta.

Mason volvió a bostezar.

Hansell se caló el sombrero, ladeándolo pretensiosamente.

—Puede salir por esa puerta —le dijo Mason.

Hansell caminó hacia la puerta de salida, tiró de ella para abrirla y se paró en el umbral, volviéndose para mirar a Mason con su sonrisa impúdica y retorcida.

—El señor *Sabio* —dijo sarcásticamente, y salió.

La puerta dio un golpe al cerrarse detrás de él.

CAPÍTULO VI

Era poco antes de la hora de cerrar la oficina cuando el teléfono instalado sobre la mesa de Della Street sonó. Ésta tomó el receptor y dijo:

—Un momento, Gertie. —Se volvió hacia Mason—: John Racer Addison otra vez.

—¿Al habla? —preguntó Mason.

—No. En la oficina.

Mason frunció el ceño y dijo:

—Bien, Della. Tráelo aquí.

—Saldré en seguida, Gertie.

Colgó el teléfono y salió afuera para escoltar a Addison al despacho privado.

—Hola, Addison —dijo Mason—. Estoy esperando el desarrollo de este asunto sobre el cual usted me consultó. Sin embargo, no hay nada que yo necesite discutir con usted. La situación es...

—No, no —dijo Addison—. No es eso.

—Siéntese usted —invitó Mason.

—No puedo sentarme —dijo Addison paseándose de un lado a otro por el despacho, con pasos cortos y nerviosos. Sus manos estaban apretadas y empezó a hacer crujir los nudillos uno tras otro.

Della Street indicó con una pequeña mueca que ese ruido le estaba produciendo dentera, pero Addison continuó haciendo crujir sus dedos al tiempo que caminaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mason.

—Que todo el infierno se ha soltado —dijo Addison.

—¿Su pequeña virgen otra vez? —preguntó Mason.

—¿Mi virgen?

—La virgen vagabunda.

—¡Oh! —dijo Addison como si hubiera olvidado todo enteramente sobre eso—. ¿Qué es lo que hizo usted con eso?

—Todo está arreglado, creo yo —le dijo Mason—. Recuerde que si alguien le preguntase si conoce a Eric Hansell, usted contesta que no puede recordar ese nombre y que está seguro de que nunca tuvo ningún trato con él.

—Desde luego, desde luego —dijo Addison impaciente—. Dios mío, Mason, yo le entregué este asunto a usted. Y espero que lo arreglará. Cárgueme lo que eso valga, pero sáqueme de eso. Llegaré a pagar diez mil dólares..., maldita sea, llegaré adonde tenga que llegar. No saque usted esto a relucir ahora. Ya tengo bastante para preocuparme.

—Creo entonces —dijo Mason—, que esto que trae es algo nuevo.

—¡Algo nuevo! —dijo Addison mirando casi enfurecido a Della Street.

—Está bien —le dijo Mason—. Della se queda aquí. Y ahora déjese de andar batiendo en la maleza. ¿Cuál es el problema?

—Mi socio, Edgar Z. Ferrell. Ya le he hablado de él.

—Exacto. Está de vacaciones en el Noroeste resolviendo un negocio allí y dedicándose a la pesca después.

—Mason, lo que voy a decirle tiene que ser absolutamente confidencial.

—Hasta ahora nunca se repitió fuera de aquí nada de lo que usted dijo, ¿o sí? —preguntó Mason.

—Esto es algo diferente. Esto es un lío.

—Continúe usted.

—Ferrell es un sujeto muy peculiar. Está casado con una mujer muy atractiva. Lo que Loraine Ferrell haya visto alguna vez en Edgar, es más de lo que yo pueda saber. Ella es una mujer deliciosa, con muy bella presencia, inteligente y aguda y con grandes cantidades de atractivo.

—Yo me supongo —dijo Mason— que su socio Ferrell no tiene atractivo.

—Es un palo seco, una colilla, una gotera, una gota, un fracaso. ¡Dios mío! Es tonto.

—Continúe.

—Tengo que contarle a usted esto desde el principio —dijo

Addison.

—Mejor será que empiece ya —le dijo Mason—. Hemos perdido ya bastante tiempo.

—Hace unas tres semanas —dijo Addison— tuve ocasión de comprar una propiedad para una casa de campo. Está a unas veinte millas fuera de la ciudad. El lugar estaba en ruinas. Originalmente aquello habían sido trescientos acres de terreno. Después fue dividido, hasta que finalmente había sólo un terreno de doce acres y la vieja casa del rancho.

—Continúe —dijo Mason cuando Addison hizo una pausa—. Y será mejor que se siente mientras está hablando. Así puedo oírlo mejor.

Addison dudó un momento, después se dirigió a la butaca y se hundió en ella.

Era una butaca profunda y confortable, pues creía Mason que el cliente que estaba por completo cómodo físicamente, estaría también más apto para contar su historia entera que uno que estuviese sentado en una silla dura e incómoda.

—Continúe —dijo Mason impaciente.

—Bueno, fui a ver el lugar. Ferrell vino conmigo. Era una bonita propiedad, pudiendo utilizarla. Pero para mí no tenía utilidad alguna. Yo no podía mirarla como una posibilidad de negocio porque la casa era demasiado grande para ser dejada sola y yo no quería poner en ella a nadie. Era una casa arruinada, de viejo estilo y de dos pisos. Había gran cantidad de espacio dentro y gran cantidad de espacio alrededor. Había un granero y un garaje y el sitio estaba idealmente localizado en lo que a independencia concierne, con un pequeño riachuelo y maleza, muchos robles grandes en torno al lugar, terreno para granja, gran cantidad de agua para propósitos ordinarios y además esa ruinosa casa de viejo estilo, que se podía comprar muy barata.

—¿Y usted la compró? —preguntó Mason.

—No, la rechacé —dijo Addison.

—Y después, ¿qué ocurrió? —preguntó Mason.

—Entonces, dos días después, Ferrell compró secretamente él mismo la propiedad.

—¿Sin decírselo a usted?

—Sin decirme ni una sola palabra sobre ello. Pude descubrirlo el

martes último, y fue por casualidad.

—Desde luego —dijo Mason—, desde el momento en que usted no quiso ese sitio, eso está bien. Pero si usted había estado procediendo un poco fríamente sobre eso para obtener un precio más bajo, con la intención de hacer una contraoferta, la acción de Ferrell fue más bien poco corriente tratándose de un socio. ¿Discutió el asunto con usted..., no le preguntó si estaría bien que él hiciese una oferta?

—No, Ferrell no lo hizo —dijo Addison—. Y ese negocio le muestra a usted la clase de pato que es.

—¿Y para qué quería él ese sitio? —preguntó Mason.

—Ahí está —dijo Addison—, usted me ha cogido.

—¿Qué piensa usted? —preguntó Mason.

—¿Qué piensa usted?

—Lo que yo pienso no coincide con su retrato de Loraine Ferrell y sus comentarios sobre el carácter de Edgar Ferrell.

—Bueno —dijo Addison—, le estoy diciendo a usted lo que yo sé. Quizá haya mucho que yo no sepa.

—Yo creo entonces —dijo Mason— que usted no vino a consultarme a mí sobre la finca de su asociado.

—Quería explicarle a usted cómo ocurrió el que yo fuera allí.

—¿Cuándo?

—La noche que recogí en la carretera a Verónica..., el martes.

—¡Oh! —dijo Mason.

—¿Por qué dice usted «¡oh!» en ese tono de voz? —preguntó Addison indignado.

—Maldito sea si yo mismo lo sé —le replicó Mason—. Continúe con su historia.

—Bueno, hay razón para ello —siguió Addison—. Usted está sumando dos y dos y haciendo que sean doce. Está poniendo su carro tan lejos al frente del caballo...

—Dígame sólo los hechos —dijo Mason—. Y después que yo tenga el cuadro completo, trataré de ponerle el marco.

—Bueno —dijo Addison—. Esto es así, Mason. Yo fui allá y vi la propiedad, creo que hace unas tres semanas. Como ya le dije a usted, yo no la quería. No veía ninguna razón para comprarla. El martes por la tarde el agente de fincas que me había ofrecido esa propiedad me llamó por teléfono y me preguntó si quería echar un

vistazo a alguna otra finca. Hablamos un poco por teléfono y me preguntó si a mi socio le gustaba la propiedad que había comprado. Yo no sabía de lo que estaba hablando. Se explicó y resultó que Ferrell había comprado aquella propiedad.

Mason meneó la cabeza.

—Y entonces —añadió Addison— el agente de fincas dijo que Ferrell había tenido una prisa terrible para realizar la compra y obtener la posesión de la propiedad.

—No veo nada particularmente extraño respecto a eso —dijo Mason.

—Espere un momento. Recuerde que esa conversación fue el martes. El agente añadió después que Ferrell le había dicho que tenía que estar en posesión de la propiedad el martes, porque iba a ir allí a pasar dos o tres semanas a contar del martes al mediodía.

Mason arrugó el ceño.

—Bueno —dijo Addison—, yo me quedé pensando sobre esta cuestión. Empecé a pensar si Ferrell no estaría tratando de jugarnos una mala partida a mí o a su mujer y decidí ir en automóvil allí el martes por la noche y averiguarlo.

—¿Y qué hizo usted?

—Tomé mi coche y me fui a aquel sitio.

—¿Y qué encontró allí?

—Nada, ninguna indicación de que hubiese alguna persona en aquel lugar, aun cuando una cosa me sorprendió como un poco extraña.

—¿Y qué es ello?

—Alguien había estado allí..., ¿recuerda usted que había llovido...?, veamos, me parece que el lunes por la noche llovió, y había un lugar a un lado de la casa donde el terreno estaba lo bastante blando para mostrar las huellas de un automóvil. Se podía ver que uno o dos automóviles habían estado allí muy recientemente.

—¿Y alguna cosa más?

—No, pero la cosa me fastidió, eso es todo. Yo, finalmente, llegué a la conclusión de que Ferrell había comprado aquel sitio como una inversión, tenía a alguien en el anzuelo con quien podía hacer un negocio y que había llevado a esa persona allí para enseñarle la propiedad, a esa persona le había gustado y Ferrell

había accedido a cederle sus derechos en la propiedad.

—Eso suena como una conclusión lógica —dijo Mason.

—Eso sonaba así entonces, sí, muy bien. Era una explicación que se me ocurrió a mí y yo estaba satisfecho con ella. Suponía que Ferrell se había marchado para sus vacaciones el martes al mediodía. Por lo tanto, quería concluir el negocio con su comprador. Así, pues, había abandonado el almacén un poco antes del almuerzo el martes y llevado al comprador allí para enseñarle el sitio el martes por la tarde, había recogido el cheque de aquel hombre por la compra, le había dado un recibo y se había ido a pasar sus vacaciones.

—Bien, ¿y por qué no? —preguntó Mason.

Addison sacó del bolsillo un telegrama y dijo:

—Porque aquí hay un telegrama que fue enviado como carta nocturna el miércoles por la noche, el cual parece eliminar esa suposición.

Addison le entregó el telegrama a Mason.

Mason tomó el telegrama, pero por un momento no lo leyó. En lugar de eso dijo:

—¿Qué es toda esta armazón, Addison? Usted, evidentemente, ha recibido una información que le hace pensar que aquella explicación era incorrecta.

Addison meneó la cabeza y dijo:

—Lea el telegrama.

Mason lo desdobló y leyó:

LLEGADO A LAS VEGAS BIEN. ESPERO LLEGAR A RENO MAÑANA NOCHE. A ALTURAS AL DÍA SIGUIENTE. IRÉ RECOGER TELEGRAMAS CUIDADO WESTERN UNION PERO NO TELEGRAFÍE EXCEPTO POR ALGO IMPORTANTE. ESTOY REALIZANDO VIAJE EN PEQUEÑAS ETAPAS Y DISFRUTÁNDOLO MUCHO. SALUDOS.

Mason volvió a doblar el telegrama y dijo:

—¿Y qué es lo que lo tiene a usted ahora tan preocupado? ¿Ha recibido algún otro telegrama?

—No —dijo Addison—, pero su mujer, Loraine Ferrell, vio el coche de Edgar Ferrell en la calle esta tarde, temprano.

Mason arqueó una ceja sorprendido.

—Ella iba de compras a esa hora y trató de seguirlo, pero no pudo. Dice que había una linda muchacha de cabello rojizo conduciendo el coche. Y está completamente furiosa.

—¿Está segura de que ése era el coche?

—Absolutamente segura, y dice que no sólo reconoció el automóvil, sino que con una rápida mirada a la placa de matrícula, vio que era la misma.

—¿Y qué hizo ella? —preguntó Mason.

—Trató de conseguir un taxi intentando seguir el coche. Pero éste había dado la vuelta a la esquina y se había alejado.

Mason echó hacia afuera sus labios pensativamente por un momento y después dijo:

—Bueno, Addison, si su socio quiere tener un nido de amor, yo no veo que haya nada de particular que usted pueda hacer sobre eso.

Addison empezó a hacer crujir sus dedos otra vez.

—¿Hay algo? —preguntó Mason.

—Sí —dijo Addison simplemente.

—¿Qué?

—Yo estoy en una posición endiablada, Mason. En una situación infernal.

—¿Cómo es eso?

—Si Edgar está usando esa vieja casa de rancho como un nido de amor, quiero cazarlo en ella.

—¿Por qué?

—Porque entonces Loraine estará en posición de obtener el divorcio. Y yo estaré en posición para hacer que Edgar me venda su parte.

—Bueno —dijo Mason—. Yo no soy más clarividente de lo que lo es usted, Addison.

—Quiero que usted vaya allí conmigo esta noche. Quiero su consejo. Si Edgar está allí tendremos un ajuste de cuentas. Lo quiero a usted como testigo. Y llevaré conmigo mi talonario de cheques.

—Usted siempre está refiriéndose a Ferrell como su socio. Yo pensaba que ese negocio era una corporación.

—Desgraciadamente, lo es ahora. Antes era una sociedad. El padre de Ferrell y yo organizamos el negocio juntos. Poco antes de la muerte de Frank Ferrell hicimos del negocio una corporación.

Cada uno de nosotros tomamos el cuarenta por ciento de las acciones.

—¿Qué le ocurrió al otro veinte por ciento?

—Les dimos a los antiguos empleados una oportunidad para comprarlo, a gentes en las que nosotros podíamos confiar. Con pocas excepciones, nunca acuden a las reuniones y firman poderes como cuestión de fórmula. Cobran los dividendos de las acciones. Eso es todo lo que quieren. Pero si dejan de ser empleados nuestros, tienen que vendernos sus acciones.

»Bueno, Edgar heredo las acciones de su padre y desde entonces ha sido un dolor de cabeza.

—¿El joven Ferrell no tiene ninguna de las buenas cualidades de su padre?

—Por lo que yo sé —dijo Addison—, Frank Giles Ferrell hizo sólo un error en su vida. Y ese error se llama Edgar, pues ese muchacho es una equivocación del principio al fin. Frank tuvo una educación seria. Tuvo que trabajar duro. Él trabajó desde abajo. Ese trabajo duro fue su salvación. Edgar era hijo único y Frank decidió que Edgar nunca iba a tener que trabajar como él había tenido que hacerlo.

»Es la misma vieja historia. Edgar tenía ya un automóvil tan pronto tuvo edad para conducirlo. Recibió una educación de colegio y aquel padre indulgente inculcó en Edgar que nunca tendría que sacrificarse indebidamente.

—¿Y por qué dejó que entrase en el negocio con usted?

—Cuando Frank murió, las acciones le fueron dejadas al muchacho. Él no quiso venderlas a ningún precio. Ahí es donde cometí mi mayor equivocación. Pensé que si venía al negocio y tenía que trabajar, estar en la oficina las horas regulares y todo eso, no pasaría mucho tiempo antes de que se cansase de todo y entonces querría el dinero de su parte.

—¿Y no ocurrió de esa manera?

—Definitivamente no marchó de esa manera. En primer lugar, no va a la oficina con regularidad y cuando lo hace se entrega simplemente a andar con cifras, se mezcla en cosas de las que no entiende nada en absoluto y consigue la ayuda... Bueno, ¿de qué sirve discutir esto, Mason? Esto me vuelve loco. Es un arreglo en extremo insatisfactorio.

—Muy bien. ¿A usted le gustaría ver a la mujer de Ferrell divorciarse?

—Por razones de negocios, sí.

—¿Está usted seguro de que no hay otras razones?

—No me interprete mal. Yo soy un hombre de negocios. Cuando llega la ocasión de negociar con Edgar, yo soy tan frío como un pescado. Si Edgar compró esa finca como un nido de amor, si anda por ahí jugando con alguna individua y Loraine puede cazarlo en ello, lo demandará en divorcio. Y habrá un arreglo de las propiedades. ¿Me comprende?

—Vamos a ver si lo comprendo.

—En el arreglo, Loraine obtendrá una buena parte de las acciones de Edgar. Yo le compraré con premio a ella esas acciones. Entonces tendré el control de los intereses y Edgar saldrá como el diablo del negocio y se quedará fuera. Tendrá que sentarse en las filas laterales de accionistas, y entonces, o bien me vende sus acciones a un precio razonable, o será como cualquier otro accionista y llevará los dividendos que se paguen, asistirá a las reuniones de accionistas, hará sus sugerencias como un accionista más y la administración adoptará o no esas sugerencias. O las tirará por la ventana, conforme le agrade.

—¿Usted siente antipatía por su socio?

—Yo no siento antipatía por él: lo odio.

—¿Pero usted no odia a la mujer de su socio?

—Loraine es normal —dijo Addison—. Es en extremo atractiva. No se equivoque sobre esto, Mason. Y es inteligente. Yo puedo hacer negocio con ella. Sería muy bueno, desde luego, si ella pudiese conseguir la mitad de las acciones de Edgar. Pero realmente no hace mucha diferencia lo que ella pueda conseguir, siempre que sea lo bastante para darme a mí el control de esos intereses. Eso es todo lo que yo quiero. Y si Edgar está allí sosteniendo un nido amoroso, entonces sabrá que soy yo quien tiene la sartén por el mango. Le diré que nosotros no podemos dejar que el escándalo toque a nuestro negocio, y entonces sacaré mi talonario de cheques. Con usted allí presente para respaldar mi juego, todo irá bien.

—¿Cuándo vamos allá? —preguntó Mason.

—Esta noche después de cenar.

Mason miró su reloj.

—Muy bien. No regrese usted a la oficina. No esté donde *cualquiera* pueda encontrarlo. Vaya a buscarme al «The Stag» a las siete. Hasta entonces, manténgase fuera de contacto con su oficina y fuera de contacto con la policía.

—¿La *policía*?

—Exacto.

—¿Y por qué la policía?

—Le jugué una buena a su chantajista. Pero según las cosas parecen ahora, puede que fuese un poco prematuro. Haga como yo le digo y no pregunte nada.

—La policía..., digo, Mason, que no me gusta eso.

—¿Y a quién le gusta? —preguntó Mason levantándose de su butaca y caminando hacia el guardarropa para coger su sombrero.

CAPÍTULO VII

—Disminuya la marcha. Es exactamente después de cruzar la próxima tajea —dijo Addison—. Allí hay una carretera que dobla a la izquierda... Vaya despacio. Es una vuelta cerrada... Y aquí está, aquí mismo. Exactamente abajo, a la izquierda, en ese camino malo.

Mason giró el volante de su coche, puso el freno y dejó deslizar el coche hacia abajo por una aguda pendiente.

—¿Usted recogió a Verónica cerca de aquí? —preguntó.

—Estaba atrás en la carretera..., exactamente junto a aquella tajea que acabamos de pasar.

—Muy bien. Yo sólo quería aclarar eso.

El camino malo descendía hasta el lecho seco de un río sobre el cual había un puente más abajo de la carretera principal, y se cruzaba aquí el lecho del río por otro puente pequeño de madera que desembocaba en un llano.

Addison, mirando por el cristal del parabrisas, dijo:

—No hay luces en ese sitio... No creo que esté aquí... Creo que Loraine debe haberse equivocado. Él no se hubiera pasado sin sus vacaciones.

Mason contestó:

—Puesto que estamos aquí, por lo menos llamaremos a la puerta y nos aseguraremos en absoluto de que no hay nadie en la casa.

—¿Y qué diré yo si él estuviese aquí?

—Nada. Yo hablaré.

Mason se deslizó saliendo de detrás del volante y caminó hacia la puerta del frente de la casa. Addison quedó sentado inmóvil y pensativo durante unos pocos momentos en el coche y después bajó también para reunirse con Mason.

El abogado, investigando en el pórtico, dijo:

—Hay una linterna eléctrica en el departamento de guantes del coche. Creo que voy a buscarla.

—Aquí hay un llamador —dijo Addison.

—Usted use el llamador —le dijo Mason—. Yo voy mientras tanto a buscar la linterna eléctrica.

El abogado volvió al coche, abrió el departamento de guantes, sacó una linterna eléctrica y regresó de nuevo a la puerta del frente.

—¿Algún resultado? —preguntó.

—Con los golpes casi eché la puerta abajo. No hay nadie en la casa.

—Bueno —dijo Mason—. Es casi seguro ahora que no hay nadie aquí. Vamos a echar una mirada alrededor.

Caminaron en torno a la casa. El foco de la linterna de Mason barrió arriba y abajo las fachadas, penetrando a través de las ventanas. En el piso de abajo las cortinas estaban todas bajas y las ventanas cerradas herméticamente. Pero en el piso de arriba había una ventana sin cortina. La linterna de Mason, enfocando a través de la ventana, iluminó el techo de aquel cuarto, y entonces, repentinamente, el abogado se detuvo manteniendo la lámpara fija en un sitio.

—¿Qué es eso? —preguntó Addison.

—¿Ve usted —preguntó Mason— lo que yo veo?

Addison se echó ligeramente atrás siguiendo el trazo de luz de la linterna.

—El cristal está roto —dijo.

—Es un agujero redondo perfecto —dijo Mason—, con unas pocas hendiduras irradiando de él.

—Bueno, que me maldigan —exclamó Addison.

Mason movió ligeramente la linterna. La luz se reflejaba en las hendiduras del cristal de la ventana y mostró algunas astillas.

—Usted no supone que... —dijo Addison.

—Yo no sé —contestó Mason gravemente.

—¿Pero esto es...? —Addison parecía reacio en convertir su pensamiento en palabras.

—Es el agujero de una bala —terminó diciendo Mason por él.

—Tenemos que entrar y ver lo que haya —indicó Addison.

Mason movió la linterna dirigiéndola abajo. Siguieron un camino en torno a la parte trasera de la casa. Mason golpeó en la

puerta de atrás y probó el picaporte. La puerta estaba cerrada. Caminó después en torno a la casa probando las ventanas. Todas ellas estaban cerradas.

—A mí no me gusta esto —dijo Addison—. Este lugar está terriblemente apartado. Me siento como un ladrón. ¿Supongamos que alguien nos atrapase aquí?

—Quiero averiguar lo que ocurre en esta casa antes de que hagamos nada. Las ventanas parecen estar todas cerradas. Hay una llave en la puerta de atrás. ¿Qué clase de cerradura hay en la puerta del frente? ¿Es una cerradura de muelle?

—No lo sé.

—¿Hay luz eléctrica en la casa?

—No la había cuando yo vine a verla. Ni siquiera había la instalación hecha.

Mason caminó en torno a la casa hasta que finalmente estuvo otra vez junto a la puerta del frente.

—Las ventanas están todas cerradas por dentro con cerrojo —dijo el abogado—. Hay una llave en la puerta de atrás. Quien fue el último que abandonó la casa, debió de salir por la puerta del frente.

Mason probó el picaporte y luego retrocedió sorprendido cuando aquél cedió para atrás y la puerta se abrió de par en par sobre unas bisagras bien aceitadas.

Había un cierto olor viscoso en el interior de la casa como resultado de los meses durante los cuales había estado cerrada e inhabitada.

—Muy bien, echemos una mirada por aquí —dijo Mason.

—Yo pregunto —manifestó Addison— si esto no es peligroso.

—Tiene usted perfecta razón en creer que es peligroso. Mantenga sus manos en los bolsillos. Quiero ver lo que hay arriba en esa habitación.

—No creo que a Ferrell vaya a gustarle eso..., si alguna vez se entera de ello.

—A nadie le gusta esto..., y a la policía tampoco le gustará. Mantenga sus manos...

Addison tropezó, se fue hacia adelante, sé agarró al pasamanos para sostenerse y después cayó hacia adelante sobre los peldaños de las escaleras.

—Eso es el completo —dijo Mason.

—¿Por qué?

—Por las huellas dactilares. Ya le dije a usted que tuviese las manos en los bolsillos.

—Diablos. No sea melodramático, Mason. ¿Quién va a tomar mis huellas dactilares?

—La policía —dijo Mason abriendo la marcha escaleras arriba.

El abogado se detuvo en el corredor de lo alto y dijo:

—Esa habitación está hacia la parte de atrás de la casa. Veamos, hay cuatro puertas en el lado de la mano izquierda. Creo que probaremos la tercera puerta.

El foco de la linterna de Mason iluminaba el camino a lo largo del corredor. Se detuvo frente a la tercera puerta, dudó un momento, después sacó un pañuelo de su bolsillo y teniéndolo en la mano hizo girar el picaporte.

La puerta se abrió para dentro. Un olor de muerte saludó su olfato.

El foco de la linterna mostró una figura caída en el suelo con la cara hacia arriba, un ojo medio cerrado, el otro abierto contemplando el techo de la habitación con mirada vidriosa.

Addison retrocedió tan rápido como si Mason le hubiese dado un golpe en el estómago.

Mason ni siquiera miró atrás por encima de su hombro al ruido del movimiento, pero dijo:

—Eche una mirada por encima de mi hombro. No toque nada. ¿Quién es el muerto?

Addison, contrariado, avanzó de forma que pudiese mirar dentro de la habitación por encima del hombro de Mason.

—Es Edgar Ferrell.

—Ahora ya sabe por qué yo quería que usted pusiese sus manos en los bolsillos —le dijo Mason.

Addison hizo un pequeño ruido sollozante.

Mason tiró de la puerta cerrándola, se volvió y cuidadosamente empezó a retroceder por el corredor.

Fueron abajo por la rechinante escalera de la vieja casa. Mason se detuvo para frotar su pañuelo sobre el picaporte por la parte de adentro de la puerta y la manilla de hierro del exterior. Después tiró de la puerta y la cerró.

—Después de todo —dijo Addison—, no hace diferencia ninguna

que nosotros dejemos alguna huella. Tenemos que notificar esto a la policía...

—Ya hablaremos de eso —dijo Mason dirigiéndose hacia el coche.

—¿Qué quiere usted decir con que ya hablaremos de eso? —preguntó Addison—. Es un delito el no notificarlo a la policía cuando uno encuentra un cadáver. Yo no soy abogado, pero eso sí lo sé.

Mason puso en marcha el coche.

—Dije que ya hablaremos de eso.

—Bueno, empiece a hablar —dijo Addison.

Mason condujo su coche lentamente a lo largo de la estrecha carretera, cruzó el río seco por el puente de madera y subió por la cuesta de grava a la carretera principal.

—Continúe —dijo Addison nerviosamente—. Empiece a hablar. Pero le advierto a usted francamente, Mason, que, no obstante lo que usted diga, voy a parar en el primer teléfono y notificarlo a la oficina del *sheriff*.

—Por la forma en que las cosas se presentan, yo diría que Ferrell está muerto desde hace tres o cuatro días.

—¿Y eso, qué? —preguntó Addison.

—Eso —dijo Mason— hace que sea sobre el martes por la noche cuando ocurrió. El martes por la noche es la hora lógica que haya ocurrido esto. Ferrell empezó sus vacaciones. Por una razón o por otra, no marchó inmediatamente en su viaje de pesca. Vino a esta casa.

—Naturalmente —dijo Addison con impertinencia—. No se necesita ser abogado ni detective para figurarse eso.

Mason, después de haber hecho la parada obligatoria en el cruce con la carretera principal, entró en pavimento sólido y dijo:

—Y usted estuvo aquí el martes por la noche.

—Pero nadie sabe eso excepto usted y yo.

—¿Y no piensa decírselo así a la policía?

—No soy tan tonto como todo eso.

Mason, frenando el automóvil, dijo:

—Recuerde que usted recogió a Verónica aquí el martes por la noche.

—Verónica no tiene absolutamente nada que ver con esto y esto

no tiene absolutamente nada que ver con Verónica.

—Esperemos que sea así —dijo Mason—. Muéstreme exactamente dónde recogió a Verónica, Addison.

—Estaba a mano derecha al lado de la carretera, exactamente sobre esta tajea; ésa a la que estamos llegando.

Mason dirigió el coche al lado de la carretera y paró.

—¿Quiere usted, por *favor*, dejarse de todas esas cosas y dirigirnos adonde podamos notificarlo a la policía? —preguntó Addison.

En vez de hacer eso, Mason se apeó y caminó hasta la tajea. Después de un momento, Addison se reunió con él.

—No creo que esa casa esté a más de doscientas yardas de aquí en línea recta —dijo Mason.

—¿Adónde demonios va usted a parar?

—Supóngase que usted va a la policía. Su cara es una máscara de inocencia angelical. Usted está sorprendido y conmocionado por saber la muerte de su socio. La policía le pregunta a usted cuestiones de rutina. Quieren averiguar si usted sabía algo de este sitio. Usted les dice que estuvo a verlo pensando en comprarlo y Ferrell estaba con usted, y que Ferrell al mismo tiempo que usted la estaba viendo, debió de tener la idea de que podía ser un buen sitio para él.

Addison movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Entonces —dijo Mason— la policía le pregunta si estuvo alguna vez aquí después de eso, y entonces, ¿qué hace usted?

—No veo razón para explicarles mis negocios privados.

—En otras palabras, ¿usted les diría que usted no había estado aquí desde entonces?

Addison movió la cabeza asintiendo.

—Y ahí —dijo Mason— llegamos al problema. Si usted dice que estuvo aquí, tendrá que explicarse bien. Si dice que no estuvo y la policía empieza a comprobar las marcas de las ruedas de automóviles en el fango y descubre que esas huellas corresponden con las del coche de usted y luego cogen a Verónica y le preguntan dónde estaba cuando usted la recogió, probarán que...

—Que yo venía por esta carretera exactamente igual que otro automovilista cualquiera —dijo Addison—. Yo había estado a cien millas de aquí, al Este, por causa de negocios.

—La cuestión —dijo Mason— es que hay un puente de madera sobre ese río seco por donde se va a la carretera. Hay una subida de grava. Usted subió a gran velocidad. Sentada aquí de noche, cuando todo estaba en silencio, Verónica pudo haber oído su coche desde el momento en que salió de junto a esa vieja casa del rancho. Pudo haber oído las ruedas en el puente de madera, oír el crujido de su motor cuando usted subió a gran velocidad la cuesta, y usted mismo admite que iba conduciendo despacio y cambiando de marchas cuando pasó frente a Verónica.

Addison no dijo nada.

—Y así, pues —dijo Mason—, llegamos a otra cosa. Cuando usted vino a mi oficina esta tarde, usted estaba todo nervioso, restallando sus dedos y caminando de un lado a otro...

—Bueno, ¿y por qué no habría de haberlo hecho así? Yo ya tenía bastante en mi cabeza...

—Usted es un hombre de negocios —interrumpió Mason—. Está acostumbrado a tener muchas cosas en su cabeza. Tiene responsabilidades, tiene decisiones que tomar. Apenas pasa un día que no tenga que enfrentarse con algún problema que le produzca terribles dolores de cabeza si toma una decisión equivocada.

—Por amor del cielo, ¿va a estarse aquí de pie dando vueltas y hablando? Hace frío. Yo vuelvo a meterme en el coche.

—¿A qué hora —preguntó Mason— Loraine Ferrell se puso en comunicación con usted y le dijo que había visto el automóvil de su marido?

—¿Cómo puedo yo recordar todas esas pequeñas cosas...? —preguntó Addison.

—¿A qué hora? —dijo Mason con la voz llena de persistente calma—. Y recuerde que a Loraine Ferrell le será hecha la misma pregunta por la policía.

—Yo no lo sé. Probablemente después del almuerzo.

—Ya pensé eso —dijo Mason.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que usted estaba demasiado fatigado mentalmente cuando estaba hablando conmigo para hacer que su presente historia suene a verdadera. Quiero decir que después que Loraine Ferrell le dijo que había visto el coche de su marido, usted se dio cuenta del problema en que se encontraba. Usted no quiso

hacer suposiciones aventuradas..., y entonces vino aquí. Pero esta vez no vino directamente a la casa del rancho, sino que estacionó su coche en algún lado de la carretera, subió a pie la cuesta, caminó por entre la maleza y a través del lecho seco del río pasó bajo la cerca y fue hasta donde pudiese ver la casa desde la maleza. No vio ninguna señal de gente en actividad. Se sintió curioso. Y empezó a investigar tratando de descubrir si Edgar Ferrell había estado aquí. Usted...

—No, no —dijo Addison con voz de pánico.

—Usted subió a la casa —continuó Mason con calma e inexorablemente—. Quiso asegurarse de que no había nadie en la casa. Probó la puerta. Se abrió. Entró. Yo no sé hasta qué extremo investigó, pero usted encontró el cadáver de Ferrell. Entonces fue cuando se sintió lleno de pánico y corrió a mi oficina.

—Mason, usted no sabe lo que está diciendo.

—Al diablo que no lo sé —dijo Mason—. Y el punto adonde estoy llegando, Addison, es que usted sabía ya que ese cadáver estaba allí, antes de que fuese a mi oficina, y usted dejó huellas dactilares por todas partes. Y si usted ha hecho todo eso, entonces ha escrito por sí mismo la solicitud de billete para el viaje sin regreso a la celda de la muerte en la prisión de San Quintín.

La luz que venía de los focos del automóvil de Mason allí estacionado era suficiente para mostrar el desaliento en el rostro de Addison.

—Por todo eso —dijo Mason— recuerde que le está hablando a su abogado —y echó a andar hacia su coche.

Mason abrió la puerta del lado izquierdo y se sentó detrás del volante. Addison subió por el otro lado dejándose caer en el asiento.

—¿Y *ahora* —preguntó Mason— todavía quiere notificarlo a la policía?

—No —dijo Addison con la voz llena de terror.

—Addison, yo voy a jugarle el cuello por usted. Probablemente soy tonto al hacerlo, pero ésa es la única forma en que podrá tener una oportunidad. Nosotros no vamos a notificarle a la policía que hemos encontrado el cadáver.

—Pero ¿y mis huellas dactilares, mis...?

—Ahora, escúcheme cuidadosamente —dijo Mason—. Usted va a llamar a Lorraine Ferrell. Le va a preguntar si ha sabido algo más

de Edgar. Va a mencionarle, como por casualidad, que Edgar puede haber hecho algún negocio relativo a la casa de campo que él ha adquirido recientemente, y que la razón de que usted cree eso, es porque el agente le dijo que Ferrell estaba muy ansioso de dejar el trato ya terminado en forma que pudiese tomar posesión de la finca el martes último por la mañana.

Addison asintió con la cabeza. Estaba escuchando atentamente.

—¿No cree que ella sabe algo sobre ese negocio?

—Yo creo que ella no sabe nada, pues de otra manera me hubiera dicho algo sobre esto.

—Bueno —dijo Mason—. Usted conversa con ella exactamente como si creyese desde luego que ella sabía todo esto.

—En el momento en que yo mencione esa casa de campo —dijo Addison—, me va a saltar al pescuezo queriendo ir allí.

—Eso es magnífico. Y usted va con ella.

—¿Y usted quiere que yo vuelva allí *otra vez*? —preguntó Addison con desaliento.

—Exactamente —dijo Mason—, y lo más pronto posible.

—Y después, ¿qué?

—Después, ustedes descubren el cadáver. Y tan pronto como la policía acabe con usted, usted y Loraine Ferrell se van a su almacén y esperan por mí. Dígale al guarda nocturno que esté con un ojo alerta. Yo iré por la entrada del lado de Broadway y golpearé en la puerta.

—Pero ¿y en qué forma va todo esto a cambiar la situación?

—Cuando usted salga con Loraine Ferrell —dijo Mason— irá a aquella casa con ella y la lleva alrededor de los pisos bajos antes de ir arriba. Usted dejará huellas dactilares por todas partes. Ésas serán las huellas dactilares naturales, hechas en presencia de un testigo.

—¿Y bien? —preguntó Addison.

Mason dijo secamente:

—Así entonces, cuando la policía encuentre sus huellas dactilares en esa casa, no podrán decir si fueron hechas a las diez de la noche, o a las ocho, o...

—¿O qué? —preguntó Addison cuando Mason hizo una pausa pensativamente.

—O el martes por la noche cuando se estaba cometiendo el asesinato —dijo Mason.

CAPÍTULO VIII

Mason estacionó su coche en el parque de estacionamiento cercano al edificio de su oficina, tomó el ascensor, caminó hacia su oficina y luego se detuvo cuando pasó frente a la puerta iluminada donde decía:

«Agencia de Detectives Drake»

La oficina de Drake permanecía abierta las veinticuatro horas del día y el mismo Drake se quedaba normalmente allí hasta muy tarde por la noche.

Mason abrió la puerta. La muchacha de servicio nocturno levantó la mirada y Mason dijo:

—¿Está Drake dentro?

Ella afirmó con la cabeza, le hizo una seña a Mason de que podía entrar, colocó un enchufe de línea bajo la luz roja en la centralita y dijo:

—Agencia de Detectives Drake.

Mason cruzó a través de la puerta baja que la muchacha de la centralita abrió tocando un botón eléctrico y el abogado siguió por el estrecho pasillo hasta el despacho de Drake.

Drake estaba hablando por teléfono cuando Mason entró.

—Era sólo un informe, sargento —dijo Drake al teléfono—. Yo no puedo darle a usted las fuentes de mis informes... No, eso no vino de parte de la víctima. Vino por información recogida por mis ayudantes... Demonios, yo sé que estoy tratando con la ley, pero usted está tratando con una agencia de detectives. Usted me eliminaría todos los negocios si me sacase mis fuentes de información. ¿Cómo le parecería a usted si yo le pidiese que dijera todo sobre sus soplones...? Bueno, yo afirmo que eso es lo mismo... ¿Perry Mason? Yo no lo sé. ¿Por qué no prueba usted en su

oficina...? Bien, si me pongo en contacto con él, ya le diré que usted quiere que lo llame. Adiós.

Drake colgó el teléfono y dijo:

—¿Qué demonios era eso sobre cheques falsos, Perry?

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Era el sargento Holcomb quien llamaba. Cogieron a un tipo llamado Eric Hansell esta tarde que estaba presentando al cobro un cheque falso por dos mil dólares firmado por John R. Addison, el hombre de los grandes almacenes.

»El Banco probablemente hubiera pagado el cheque si no hubiera sido por mi aviso, pero examinaron la firma y vieron que había sido calcada. Trataron de ponerse en contacto con Addison, pero éste no pudo ser encontrado y entonces llamaron a la policía. Los policías fueron allí y ese individuo llamado Hansell contó una extraña historia: así pues, lo arrestaron preventivamente, reteniéndolo para un nuevo interrogatorio. Hace un momento confesó y les dijo que había obtenido el cheque de ti.

»El sargento Holcomb siempre se huele una rata cuando tú estás mezclado en un caso. El mencionarle el nombre de Perry Mason le pone la sangre a toda presión, a más de doscientos.

—Le haré una llamada —dijo Mason tranquilamente—. Ten preparados media docena de ayudantes, Paul, ponlos en línea y dispuestos a entrar en acción dentro de unas dos horas.

—¿Qué es lo que ocurre?

Mason se sentó en una butaca y dijo:

—Bueno, Paul, esto es más bien intrigante. Esto es así...

Drake levantó la palma de la mano protestando:

—No lo cuentes, Perry. No quiero oírlo. Al tratar contigo, cuanto menos sepa, mejor para mí.

—Yo mismo he pensado que eso podía ser una buena idea —dijo Mason—. ¿Estás en buena amistad con el *sheriff*?

—Así, así. ¿Por qué?

—Puedes darte una vuelta por la oficina del *sheriff*. Tú estás trabajando en un caso relativo a Edgar Z. Ferrell. Éste es socio de John Addison en los almacenes generales «Treasure Chest», en Broadway.

Drake entornó los ojos:

—¿Y qué tengo que hacer?

—Estás trabajando para mí —dijo Mason—. He aquí la historia. El martes al mediodía, Edgar Ferrell salió de vacaciones. Iba conduciendo un automóvil cargado con cosas para el campo: sacos de dormir, artefactos de pesca, equipaje, un hornillo de gasolina y una tienda de campaña. La parte de atrás del coche y el departamento de equipajes estaban repletos de cosas. Con objeto de tener más espacio, había sacado el asiento de atrás y lo había dejado en el garaje.

»Y esta tarde —continuó Mason—, su mujer, Loraine Ferrell, vio el coche de Edgar en la calle. Sólo lo vio pasar como un relámpago y cree que iba conduciéndolo una mujer. No podía estar segura.

»Así —dijo Mason con la cara como una máscara de inocencia— tú estás averiguando el caso. Quieres averiguar en los hospitales, quieres averiguar si ha habido alguna denuncia de accidente o si algún cadáver sin identificar está perdido por ahí. Ferrell *puede* haber sido víctima de un asalto. Alguien puede haber tomado su auto, robado a Ferrell y después haberlo golpeado en la cabeza.

—¿Y cuándo empiezo? —preguntó Drake.

—Mejor que empieces durante los próximos cinco o diez minutos —dijo Mason—. Dame el teléfono. Llamaré a Holcomb.

—Bueno —dijo Drake—; por lo menos *eso* será una carga fuera de mi mente. Así Holcomb sabrá que te transmití su mensaje.

Mason llamó a la Jefatura de Policía, consiguió que se pusiese Holcomb al aparato y dijo:

—Habla Perry Mason, sargento. Pasé por aquí a ver a Paul Drake y me dice que usted quería que yo lo llamase.

—Cada vez que usted se mezcla en un caso, Mason, hay algo que va retorcido en él.

—¿Cuál es el caso y qué es lo que está retorcido? —preguntó Mason.

—Tengo un hombre en mi oficina que fue arrestado tratando de pasar un cheque falso. Dice que usted lo sabe todo sobre ese cheque.

—¿Está usted seguro de que el cheque está falsificado?

—El cheque está falsificado. La firma ha sido calcada. Es la firma de John Racer Addison. El hombre de los almacenes generales —dijo Holcomb.

—¿Y qué dice Addison a todo eso?

—Hasta ahora no hemos sido capaces de ponernos en contacto con él. El Banco descubrió la falsificación porque la «Agencia de Detectives Drake» había notificado a todos los Bancos hoy temprano para que estuvieran alerta sobre cheques falsificados con tinta china y expedidos a cuenta de hombres preeminentes.

Mason le hizo un guiño a través de la mesa a Paul Drake.

—¿Y qué dice Drake sobre eso? ¿Dónde obtuvo él el informe?

—No dice nada —contestó Holcomb—, pero nosotros sabemos que un gran porcentaje de su negocio consiste en trabajo de usted. Así, cuando este tipo dice que usted sabía sobre el cheque..., bueno, yo pensé que era mejor que lo investigásemos.

—Iré ahí a ver a ese tipo y a hablar con usted.

Hubo un tono de sorpresa en la voz de Holcomb al decir:

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Muy bien —le contestó Holcomb—. Demonios, yo pensé que usted trataría de escabullirse de esto.

Mason colgó el teléfono. Drake dijo:

—Holcomb no gusta del terreno que pisa, Mason.

—Hay algunos buenos policías —replicó Mason—, pero precisamente ocurre que Holcomb no figura dentro de esa clasificación. El teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios, es un individuo cabal y honrado y un hombre inteligente. Holcomb es un tozudo capaz de fraguar la culpabilidad de un detenido si lo cree culpable. Y en realidad no piensa que hace nada malo. En realidad piensa que está ayudando a la causa de la Justicia, que hay un agujero en la prueba y que le corresponde a él, como policía bueno e inteligente, tapar ese agujero.

—Y cree también que tú te llevas a sus clientes exactamente dando la vuelta a las paredes de la prisión del Estado —dijo Drake.

—Bueno, ¿y por qué no?

—Discute eso con Holcomb.

—No sirve de nada el discutir con ese pájaro. Tiene una cabeza tan gorda que le metes un cartucho de dinamita por las narices, lo haces estallar y el individuo ni siquiera estornuda. Bueno, me voy a verlo.

Mason dejó la oficina de Drake, subió a su coche, fue a la Jefatura de Policía, encontró al sargento Holcomb en su despacho y

llamó a la puerta.

—Entre —dijo Holcomb.

Mason entró en el despacho.

El sargento Holcomb, con su pesada frente arrugada ceñudamente, estaba mascando un puro. Al otro lado de la maltrecha mesa y de él estaba sentado Eric Hansell, cuya insolente seguridad se había evaporado ahora completamente de sus maneras.

—Hola, Mason —dijo Holcomb—. Siéntese.

Hansell dijo:

—¿Qué demonios estaba usted tratando de hacerme? ¿Qué cosa estaba fraguándome? Usted cree que puede...

—Ya está bien —interrumpió Holcomb—. Seré yo quien hable por un rato, Hansell. Cállese.

La acritud con la cual Hansell silenció sus protestas, demostró el extremo al cual la policía había quebrado su concha de impúdica arrogancia.

El sargento Holcomb dijo:

—Hansell fue arrestado cuando trataba de cobrar un cheque de dos mil dólares supuestamente firmado por John Racer Addison. La firma había sido calcada con lápiz y luego cubierta con tinta. Nosotros no hemos sido capaces de ponernos en contacto con Addison. Por un rato Hansell se las dio de inteligente y no le decía nada a nadie, excepto lo que su amigo George Whittley Dundas iba a hacerles a los policías. Nosotros ya llamamos por teléfono a Dundas. Dundas escuchó largamente por teléfono, tragó saliva un par de veces y luego dijo que él había conocido a un tal Eric Hansell, que lo conocía sólo ligeramente, no tenía relación alguna con él y que consideraba un ultraje el que lo nombrase a él como referencia. Dijo que solamente lo había visto una o dos veces en un bar.

—Esa rata maldita —exclamó Hansell— tratando de salvarse él solo...

—Cállese —disparó Holcomb.

Hansell se achicó. El abrigo con los hombros enguatados pareció repentinamente demasiado grande para él.

Holcomb dio vueltas al puro reblandecido en torno a su boca, mientras sus maneras mostraban demasiado claro un deseo

impaciente de caer sobre alguien por cualquier cosa.

—Y después de eso, ¿qué? —preguntó Mason.

—Después, luego que Dundas repudió a Hansell, éste contó una historia diferente. Dijo que fue a la oficina de usted, que tenía algunos asuntos de negocios con Addison y que usted le dio este cheque como procediendo de Addison.

—¿Qué asuntos de negocios son éstos con Addison? —preguntó Mason.

—No lo dijo.

—¿Lo ficharon? —preguntó Mason.

—Sí. Acusación de falsificación.

—Bueno —dijo Mason—. ¿Por qué no comprobar sus huellas dactilares? Ésa es la primera cosa, encontrar quién es este tipo. Si anda por ahí contando historias de hadas y...

Hansell, repentinamente, se levantó de su asiento:

—Usted, maldito abogado tramposo. Usted...

El sargento Holcomb se inclinó rápido a través de la mesa. Su mano alcanzó a Hansell por el lado de la mandíbula con un fuerte y seco golpe.

—Siéntese y calle —gruñó Holcomb.

—Después de todo —continuó Mason con calma, como si no hubiera habido interrupción— lo primero de todo es descubrir algo sobre el hombre con quien estamos tratando.

Holcomb observó a Mason con ojos pensativos.

—Usted todavía no ha negado la historia de este tipo.

—Yo no he oído su historia.

—Yo se la he dicho a usted.

Mason se volvió a Hansell:

—¿Usted estuvo en mi oficina?

—Usted sabe que yo estuve.

—¿Y yo le di a usted este cheque?

—Usted sabe que me lo dio.

—¿Un cheque supuestamente firmado por John Addison?

—Sí.

—¿Y por qué era el cheque?

—Usted sabe por qué era. ¿Quiere usted que yo lo diga?

—Desde luego yo quiero que lo diga —dijo Mason—. Es por eso que le estoy preguntando. Si usted recibió un cheque por dos mil

dólares de John Addison, ciertamente precisa haber hecho algo o planeado hacer algo para ganarlo.

—Continúe usted acorralándome y lo diré —amenazó Hansell.

—Maldito si yo lo acorralo —dijo Mason—. ¿Qué fue ello?

Hansell dijo:

—Muy bien. Yo sabía que Addison lo había nombrado a usted para...

Mason interrumpió alzando las cejas:

—¿Usted quiere decir que Addison le estaba dando a usted dinero porque usted sabía algo entre Addison y yo?

—Bueno. ¿Y por qué no?

Mason sonrió y dijo:

—A un abogado le pagan por lo que él sabe. Pero si usted está tratando de afirmar que Addison le pagó por algo que usted sabía, usted está tratando de saltar fuera de la sartén para caer en el fuego, joven. Si por alguna casualidad usted demostrase su inocencia en la acusación de pasar un cheque falsificado, queda completamente en descubierto para ser acusado de chantaje.

Hubo un momento de silencio después de esto.

—Así —continuó Mason—, si va a tratar de mentir sobre eso, mejor será que tenga cuidado en lo que dice.

El sargento Holcomb mascó su puro:

—Maldito si no pienso que ésta es la cosa.

—¿Qué? —preguntó Mason.

—Este tipo estaba tratando de hacer un chantaje —dijo Holcomb—. Usted no tenía ninguna manera de librarse de él y entonces lo atrapó haciéndolo que fuese enganchado con una acusación de pasar un cheque falso. Después él no podía explicar la cuestión del cheque sin quedar él mismo en descubierto para ser acusado de chantaje. Pero si él no se atreviese a admitir eso, no puede decir en absoluto nada del porqué recibió el cheque.

—¿Tiene usted alguna prueba para sostener eso, sargento?

—Sólo la forma en que eso parece.

Mason se volvió a Hansell:

—¿Tiene algo que decir sobre eso, Hansell?

Hansell tragó dos veces.

—Dígalo —gruñó Holcomb—, conteste la pregunta.

—No —dijo Hansell.

—Entonces —añadió Mason con delicadeza—, ¿qué era lo de la consideración contra el cheque?

Hansell dijo:

—Yo quería encontrar alguien que me financiase en un negocio. Había hablado con Addison. Addison me dijo que viese a su abogado. Yo le expliqué el negocio a Mason y Mason dijo que parecía bueno y que Addison me financiaría sobre la base de dos mil dólares. Y él me dio el cheque.

Mason sonrió:

—¿Y entonces yo saqué el cheque del sombrero..., así sencillamente?

—Lo sacó de *mi* sombrero —dijo Hansell.

Mason hizo una mueca.

Holcomb dijo:

—Por todos los diablos, Hansell, ¿qué está usted tratando de hacer, dárselas de listo? Lo sacó de *su* sombrero. ¿Qué demonios es eso?

Hansell cambió de postura.

—Siga —dijo Mason—, cuéntenos eso del sombrero.

—Usted se va al infierno.

—¿Qué fue eso del sombrero? —preguntó Holcomb.

—Nada. Era sólo un chiste.

—¿Ésa es su historia? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Y eso es todo?

—Sí.

—¿Qué era —preguntó Mason suavemente— ese asunto de negocios?

—Se relacionaba con respaldar a un fabricante que iba a producir una mercancía que Addison iba a vender en su almacén.

—¿Quién era el fabricante? —preguntó Mason.

—No puedo decírselo.

—¿Qué artículo era?

—Eso es confidencial.

—¿Y usted me lo dijo cuando tuvimos nuestra entrevista?

—Usted sabe que sí.

—¿Usted se lo dijo a Addison?

—Sí.

Mason le hizo una mueca al sargento Holcomb y dijo:

—¿Por qué no averigua algo sobre este tipo?

El sargento Holcomb llamó a la oficina de identificación y dijo:

—Yo envié ahí algunas huellas dactilares hace un par de horas. ¿Qué averiguaron ustedes sobre esto? Hay un hombre con el nombre de Hansell... Bueno, estaré al teléfono. Miren a ver. Si ustedes las tienen clasificadas quiero... Bien, esperaré.

Holcomb cambió su mirada de Mason a Hansell y después a aquél y dijo gruñonamente:

—Maldito si no creo que esto es una mala partida. Parece totalmente una forma muy aguda de librarse de un chantajista...

Nadie dijo nada durante diez segundos. Después, Holcomb dijo al teléfono:

—Bien, ¿qué es ello?

El sargento escuchó tensamente durante varios segundos, después acercó a sí un lápiz y papel, escribió unas notas y dijo:

—Bien, ya lo tengo. ¿Cuál era la fecha de esa segunda detención? Bueno. Gracias, Mac.

Colgó el teléfono y lo empujó a un lado. Sacó el puro de la boca, lo tiró en una escupidera y dijo a Hansell:

—Esto ya está mejor.

Hansell no replicó nada.

El sargento Holcomb dijo:

—Usted tiene una ficha de todos los demonios, señor Hansell, alias Hanover, alias Handwig.

Hansell miró abajo a la mesa.

—Pero —continuó Holcomb volviéndose a mirar a Mason— es exacto como yo pensé. Esto es chantaje. Él no ha hecho nunca ningún trabajo de periodismo en su vida. Todo ha sido siempre extorsión e intentos de extorsión. Nunca ha habido ninguna falsificación. Y ahora usted quiere que yo crea que él fue a un Banco y trató de hacer pasar en la ventanilla un cheque falso por dos «grandes».

—Bueno, ¿él lo hizo o no? —preguntó Mason.

—Maldito si no lo hizo —admitió Holcomb dudoso—. Él lo hizo realmente.

—¿En el Banco de él o en el Banco de Addison?

—En el Banco de Addison —dijo Holcomb—. El Banco contra el

cual fue extendido el cheque. Hansell tenía encima documentos demostrativos de su identidad, tales como licencia de conducir, tarjeta del Seguro Social y una carta de identificación de un banquero. Él quería el dinero.

Mason bostezó:

—Él tiene una ficha, ¿no es así?

—La mitad del largo del brazo de usted —dijo Holcomb—. Todo por chantaje. Maldita sea, Mason, a mí me parece como que usted le ha jugado una mala partida a este pájaro y está tratando de jugarnos otra a nosotros.

—¿Cómo es eso?

—No me gusta envolver a este tipo en esa cuestión de la falsificación. Me suena a chantaje.

—Muy bien —dijo Mason—. Deje que hable Hansell. Déjelo a él decirle para lo que era el cheque. Si era para un chantaje vamos a amarrarlo por eso.

—Yo ya se lo he dicho —murmuró Hansell.

—No, usted no lo dijo —contestó Mason—. Usted no ha mencionado nombres. Usted no ha mencionado nada excepto generalidades. ¿Quién es el fabricante? ¿Quién era...?

—Muy bien —estalló Hansell—, voy a limpiarme. Yo visité al señor Addison. Le dije que quería un préstamo de dos mil dólares. Le dije que necesitaba el dinero y Addison me dijo que si yo visitaba la oficina del señor Mason, podía recoger allí el cheque.

Mason dijo:

—¿Addison no le dio a usted el cheque él mismo?

—No. Él me dijo que lo consiguiese por medio de usted.

—Usted fue a Addison y le pidió un préstamo y Addison le dijo que usted fuese a mi oficina para recibir el cheque —dijo Mason sonriendo.

Hansell pensó las cosas durante un minuto y luego dijo:

—Usted me deja hablar con el señor Addison dos minutos y yo lo probaré.

—¿Esa historia que usted acaba de contar?

—Sí.

—Entonces su otra historia era falsa.

—Bueno... Sí.

Mason le dijo a Holcomb:

—Bueno, ahí lo tiene usted, sargento. El admite ahora que eso fue una mentira. Conforme a mí me parece, el tipo está tratando de representar algo ingenioso aquí. Él pensó que si podía cobrar el cheque supuestamente firmado por Addison y expedido a su favor por dos mil dólares, así él, tendría algo contra Addison. Yo pienso que todo esto es parte de un plan de chantaje.

—Pues eso me suena a mí disparatado —dijo Holcomb.

—Bueno, después de todo —le dijo Mason— este hombre continúa mintiendo sobre el cheque. Eso es una falsificación o el primer paso en un plan de chantaje.

El sargento Holcomb dijo:

—Es una forma endiablada de tratar con un chantajista. Creo que esto no me gusta.

—Me importa un bledo que a usted le guste o no —dijo Mason irritado—. Usted me hizo venir aquí sobre la palabra de un pícaro. El individuo tiene una ficha de delincuente tan larga como su brazo. El admite ahora que la historia que él contó sobre haberle dado yo el cheque era una mentira. Y ahí es donde intervengo yo.

Mason empujó atrás su silla.

Hansell miró arriba con el veneno concentrado en sus ojos:

—Usted es un maldito ingenioso, señor Perry Mason —dijo en tono salvaje—, y usted lamentará el día en que trató de jugarme una partida como ésta.

—¿Yo estoy jugándole una partida? —preguntó Mason con la mano en el picaporte.

—Usted sabe que si lo está.

—Pero —dijo Mason— yo pensé que usted acababa de decirle al sargento Holcomb que su trato era con Addison y que su historia sobre mí era todo un cuento de hadas.

Hansell no replicó nada.

—Si usted quiere tener alguna declaración de Addison —dijo Mason— mejor hará en hablar con Addison antes de que este hombre tenga ocasión de hablar con él por teléfono.

—Usted no puede hacerme eso a mí —dijo Hansell medio levantándose de su silla—. Yo tengo derecho a hablar con Addison por teléfono. Después de todo, su firma está en el cheque.

Mason dijo:

—Yo entiendo que la firma del cheque fue calcada.

—No me gusta esto —dijo el sargento Holcomb.

—Incluso suponiendo que las sospechas de usted sean verdad —dijo Mason—, yo creo que el Departamento de Policía no está ansioso por tener chantajistas sueltos por ahí tratando de practicar extorsiones contra hombres de negocios de reputación.

—Si usted hubiera aparecido claro en este asunto —dijo Holcomb— yo hubiera agarrado por el cuello a este tipo y le hubiera dado un masaje facial por la jugada que estuvo tratando de hacer. Pero en la forma que esto está, que me maldigan si sé a qué atenerme.

Mason se volvió a Hansell y dijo con voz paternal:

—¿Qué era ello, Hansell, chantaje?

—Usted se va al infierno.

—El sargento Holcomb le sacará a usted la verdad —le avisó Mason—. Él irá hasta el fondo de todo.

—Ya dije que puede usted irse al infierno.

—Muy bien —dijo Mason alegremente, y se volvió hacia la puerta.

El teléfono del sargento Holcomb sonó sobre la mesa. Holcomb descolgó el receptor y dijo:

—Sí, hola, habla Holcomb... Espere, Mason... Oiga, Mason...

Mason ya fuera en el pasillo, se volvió antes de que la puerta se hubiese cerrado y agarrado al picaporte dijo:

—¿Qué es ello, sargento?

—Es algo que puede interesarle a usted —dijo Holcomb—. Maldita sea. Creo que sí le interesa.

—¿Qué es ello? —preguntó Mason.

—Es una llamada de Homicidios —dijo Holcomb—. Ellos sabían que yo había estado tratando de ponerme en contacto con Addison. Ahora, conforme a una información que acaba de llegar por la radio de la policía, Edgar Z. Ferrell, el socio de Addison en los almacenes generales «Treasure Chest», ha sido encontrado muerto en una casa abandonada de un rancho, a unas veinte millas fuera, en el campo. Evidentemente el sujeto fue asesinado con disparos hechos por alguien que estaba emboscado fuera de la casa y que metió una bala a través de la ventana.

Mason alzó sus cejas y dijo:

—¿Tienen alguna idea de cuándo fue cometido el asesinato?

—Espere un momento —dijo Holcomb.

El sargento sacó la mano del micrófono del teléfono y dijo:

—¿Cuándo fue disparado el tiro...? ¿Ellos creen que fue el martes por la noche...? Muy bien, continúe al teléfono un minuto, ¿quiere?

La ancha palma de la mano de Holcomb cubrió una vez más el micrófono:

—Probablemente el martes por la noche —dijo.

Mason asintió con la cabeza cautamente, miró a Hansell y preguntó:

—¿Dónde estaba usted el martes por la noche?

Hansell saltó violentamente de su asiento:

—Dios, si usted cree que va a fraguar *esto* contra mí... Usted, cochino abogado tramposo...

—Tut, tut —dijo Mason—. ¡Qué lenguaje, Hansell! Desde luego yo no sé nada sobre su pasado, pero si usted se ha estado ganando la vida con el chantaje, yo le aconsejaría dejar eso y dedicarse a algo honrado en cambio..., a condición, desde luego, de que usted pueda probar su inocencia en esta acusación de asesinato.

—Yo no ando en asesinatos —gimió Hansell—. Yo fui envuelto falsamente en esto de pasar un cheque falso cuando traté de hacer un...

El sargento Holcomb volvió a colgar el teléfono.

Mason dijo:

—Estoy muy sorprendido de enterarme del asesinato de Ferrell. Yo no lo conocía a él, pero he tenido tratos de negocios de tiempo en tiempo con John Racer Addison. Supongo que él debe estar muy apenado por todo esto. Creo que haré mejor en regresar a mi oficina.

El sargento Holcomb no dio señal de haberlo oído. Estaba mirando pensativamente a Hansell:

—¿Sabe usted algo sobre este asesinato? —le preguntó.

Hansell casi sollozó con la voz llena de rabia y nerviosismo:

—Por el amor de Dios, ¿va a dejar usted que ese maldito charlatán no solamente ponga las palabras en la boca de usted sino que también le clave sus pensamientos en su cabeza? ¿Va usted...?

El sargento Holcomb se inclinó a través de la mesa, lanzó un largo y fuerte golpe en pleno rostro de Hansell:

—Yo no dejo a los chantajistas que me hablen así —dijo.

Mason tiró suavemente de la puerta cerrándola detrás de sí y caminó afuera por el pasillo.

CAPÍTULO IX

El guarda nocturno de los almacenes generales estaba esperando en la puerta del frente.

Mason le mostró su tarjeta personal a través de la gran puerta de grueso vidrio. El guarda asintió con la cabeza, abrió la puerta y dijo:

—La señora Ferrell lo está esperando a usted.

—¿Y el señor Addison también? —preguntó Mason sonriendo.

El guarda sacudió la cabeza:

—El señor Addison no está aquí todavía. La policía lo retuvo.

—¿Lo retuvo? —preguntó Mason.

—Lo retuvo para que hiciese algo para ellos.

—¿Qué?

—Bueno, señor, yo supongo que usted comprende lo que ha ocurrido. Parece ser que ha ocurrido un accidente y parece ser también que hay algo sobre el revólver, que la policía quiere que el señor Addison explique. Si usted me perdona, yo creo que la señora Ferrell le dará a usted los detalles.

—Vamos —dijo Mason.

El guarda caminó delante a lo largo de largas filas de mostradores cubiertos con paños contra el polvo, tomó un ascensor al quinto piso y siguió andando hasta una suntuosa serie de oficinas.

Las luces estaban encendidas en un despacho marcado «R. Addison» y también en un despacho inmediato que tenía marcado sobre el cristal de la puerta «R. Ferrell».

El guarda nocturno pasó delante, llamó en la puerta la abrió un poco y dijo:

—El señor Perry Mason.

—Pase usted, señor Mason —contestó una voz de mujer, una voz bien modulada y resonando con ricos matices.

Mason empujó la puerta abriéndola y entró.

Loraine Ferrell había estado tendida en un sofá en el último extremo del cuarto. Estaba apartando de sí un ligero cobertor cuando Mason entró.

—Buenos días, señora Ferrell —dijo Mason.

Ella le mostró por un instante las piernas, cuando apartaba el cobertor, y rápidamente se sentó sobre el sofá. Después se estiró la falda, le sonrió y dijo:

—Ha sido usted muy bondadoso en venir. Estaba tratando de descansar un poco y tranquilizarme. ¿En dónde está el vigilante nocturno?

Mason se volvió para mirar por encima del hombro.

—Exactamente entrando en el ascensor —dijo él.

—Está bien. Cierre la puerta. Venga aquí y siéntese en esa butaca a la cabecera del sofá.

Ella parecía perfectamente serena.

Mason cerró la puerta y caminó hasta la cómoda butaca que le había indicado.

—Estos directores modernos son muy buenos para sí mismos —dijo ella—. Encontré el cobertor en un cajón en el ropero de los abrigos, allí. Creo que mi marido acostumbraba a echar una pequeña siesta después del almuerzo. Siempre ocurría que él no estaba disponible en el teléfono hasta después de las tres de la tarde.

Mason sonrió con una sonrisa nada comprometedora.

Lo estaba observando al mismo tiempo que ella hablaba y valorándolo cuidadosamente.

Mason, a su vez, la miró con sus ojos de hábil abogado, observando sus ropas elegantes, los ojos grandes y expresivos, los gruesos labios y su redonda garganta.

Repentinamente ella dijo:

—¿Hasta dónde tengo que ser yo hipócrita con usted, señor Mason?

—¿Por qué no ha de ser usted misma, natural?

Ella rió nerviosamente:

—Usted me escudriñó con esa mirada y luego volvió los ojos a

un lado como si ya me hubiese catalogado.

—Es una costumbre —dijo Mason sonriendo y sacando su cigarrera.

—¿Qué es una costumbre?

—Esa rápida mirada. A los clientes no les gusta que los miren fijamente y los testigos se desconciertan algunas veces por una mirada fija y directa.

—¿A usted no le gusta desconcertar a los testigos?

—Solamente a los testigos de la parte contraria y esto sólo en el Tribunal.

—Me supongo que no será una testigo contraria.

—Espero que no.

—¿Puede usted conocer a la gente con una sola y rápida mirada como ésa?

—Puedo intentarlo así.

—¿Con éxito?

—Eso depende. Un abogado que tiene muchos procesos, precisa realizar rápidas apreciaciones. El ujier pronuncia el nombre de un jurado previsto. Esa persona se levanta de su sitio en la sala del tribunal. Camina para tomar su puesto en el estrado de los jurados. Uno tiene la oportunidad de observarlo durante seis o siete segundos. En esos seis o siete segundos usted tiene que formarse un rápido juicio de su carácter, de cómo podrá reaccionar ante los testigos y los argumentos, qué clase de persona es él, si tiene amplitud de criterio o una mente liberal, o si es una persona de prejuicios, de buena naturaleza o antagonista.

»Desde luego, usted tiene una oportunidad para suplir esa primera impresión preguntándole algunas cuestiones, pero por regla general un hombre ya se ha encerrado en sí mismo cuando empiezan a preguntarle, de forma que su apariencia es más o menos una máscara. Él está tratando de convencerlo a usted de que es inteligente e importante. Él sabe que está bajo la luz de las candilejas y tiene esa tendencia natural a representar lo mejor que puede su papel. Él está tratando de convencerse a sí mismo de que es una especie de juez. La mejor oportunidad para medirlo es, pues, cuando él camina para situarse en el estrado de los jurados.

Ella rió libremente:

—¿Quiere usted que yo camine también?

Mason, repentinamente, se volvió y sus ojos se enlazaron con los de ella.

—Sí.

Aparentemente su respuesta monosílaba la desconcertó un tanto. Después alzó el mentón, sonrió, se levantó del sofá y caminó por la oficina alejándose de Mason. Sus pasos indicaban que estaba consciente de su figura y de sus caderas. De pronto, se volvió, sonrió a Mason, caminó lentamente hacia él y volvió a sentarse.

Ella dijo:

—Mi marido me dejaba aburrir sin procurarme distracciones.

—Me imagino todo eso.

—Siento que él haya actuado de manera tan misteriosa y complicada. Por lo que a las convenciones concierne, mostraré la pena adecuada. Pero en realidad siento como si un peso muy grande me hubiese sido quitado de los hombros. ¿Es eso inadecuado?

—¿Se siente usted realmente así?

—Sí.

—Entonces es mucho mejor el que sea franca... conmigo.

—Ya pensé que así era mejor.

—¿Estaba usted enamorada de su marido cuando se casó con él?

—Señor Mason, yo cometí la equivocación más grande que pueda cometer una mujer. Me casé con el dinero. Supongo que si yo hubiese sido menos..., menos, digamos deseable..., todo habría ido bien. Pero tenía bastantes personas para escoger. No creo que estuviera realmente enamorada de ninguno de ellos, pero uno o dos me causaron gran impresión. Desgraciadamente ninguno de ellos tenía dinero.

»Edgar Ferrell estuvo cortejándome de una manera tranquila y metódica. Había veces en que me aburría terriblemente, pero era claro y franco. Me dijo que me daría una pensión generosa. Lo hizo. Y eso fue todo. Una pensión, respetabilidad y aburrimiento.

»En esa época yo no había comprobado cuán desagradable y terrible iba a ser el aburrimiento. A mí no me hubiera importado que hubiésemos reñido amargamente. Si él hubiera tratado de pegarme, es posible que yo lo hubiese amado o, al contrario, odiado lo bastante para destrozarle el corazón. Pero él no hizo nada de eso. Era simplemente esa constante, penetrante y estólida respetabilidad

la que me puso los nervios en forma que yo quisiese llorar.

»Y entonces, para hacer empeorar las cosas, algunos de los otros cortejadores que me habían impresionado emocionalmente pero que no tenían dinero, se lanzaron en el mundo de los negocios y empezaron a ganarlo.

—¿Por qué no se divorció usted de él? —preguntó Mason.

—En primer lugar, no tenía motivos para ello. En segundo lugar, si yo hubiese intentado divorciarme de él sin motivo, hubiéramos tenido un arreglo en las propiedades que no hubiera resultado satisfactorio en absoluto. Y todo el tiempo, de manera abrumadora, él estaba tratando de divertirse con otras.

»Buen Dios, señor Mason, si siquiera yo lo hubiera sabido... Si yo hubiera pensado que él tenía interés bastante en la vida para divertirse un poco, es posible que me hubiese decidido yo misma hasta el punto de encontrar algo más romántico en él. Pero él era sólo un marido estólido, fijo y confiable. No muy brillante, absolutamente sin imaginación alguna, con ponderada dignidad, falta de humor y ninguna espontaneidad.

—Y así —dijo Mason— al sentirse aburrida, era solamente muy natural para usted el empezar a divertirse por ahí un poco.

Ella resopló repentinamente. Puede que fuese indignación, puede que ella estuviese poniéndose en guardia.

—¿No lo hizo usted? —preguntó Mason con tono natural encendiendo un cigarrillo.

—No —dijo ella—. Yo había hecho «mi cama». Y estaba acostada en ella pero no en ninguna otra.

—¿Tuvo tentaciones? —preguntó Mason.

—Desde luego que las tuve. Dios Santo, soy solamente humana. Yo quiero un poco de romanticismo. Quiero tener proposiciones de personas que dicen cosas ingeniosas, que llevan su vida de una forma inteligente y romántica. Odio el fastidio, la vida rutinaria y aburrida de matrimonio en la que un marido insiste en creer que su mujer tiene que pasar por todo. Y que la tiene segura. Mi marido tiene la mentalidad de un contador... Señor, cómo me gustaría poder hablar con esa «otra mujer» que iba a compartir con él esa casa de campo. Yo pienso si mi marido trató de andar por ahí representando el enamorado de corazón ligero, o si bien ese intento romántico era tan sórdidamente comercial como la forma de

cortejarme a mí.

—¿Quiere usted un cigarrillo? —preguntó Mason.

—No, gracias.

Hubo silencio por un momento. Entonces, Loraine Ferrell dijo:

—Sí, como esposa, yo le era fiel a Edgar Ferrell. Pero ahora como viuda voy a serme fiel a mí misma.

—¿Piensa usted en casarse otra vez? —preguntó Mason.

—Definitivamente, no. Para su información privada, señor Mason, ya he tenido una dosis muy grande de matrimonio. Puedo pasarme sin ello por algún tiempo. Tengo dinero..., esto es, tendré dinero. Tendré libertad e independencia. Quiero cultivar amistades inteligentes y articuladas. Proyecto viajar..., bueno, para ser franca, pienso provocar el instinto de persecución en los hombres. Después pienso subirme a una percha solitaria y mirar abajo con divertida tolerancia a quienquiera que me corteje.

»Y si yo mezclo unas pocas metáforas cuando algún caballero verdaderamente atractivo llegue veloz en un hermoso caballo blanco y quiera tomarme en sus brazos y llevarme, no voy a resistir demasiado si así lo siento.

Había una soñadora expresión en su rostro. Sus ojos, mirando por encima de la cabeza de Mason, contemplaban el techo con cierta complacencia de anticipaciones, como si ya estuviera viendo en el futuro las experiencias que describía. Por el momento ella podía haber estado hablando para sí misma, completamente olvidada de la presencia del abogado.

—Pero —continuó ella— no voy a casarme con él, no a menos que él tenga cierta cualidad que..., bueno, es difícil de describir, pero he descubierto que el gran vicio de todos los hombres es que cuando saben que pueden conseguir a una mujer, ya lo dan esto por garantizado. El hombre que puede continuar cortejando a una mujer después que ya la ha poseído, es un individuo de una especie muy rara. Ese hombre no tiene precio.

—Quizá nunca encuentre usted uno así —dijo Mason.

—Entonces me divertiré más buscando en vano que casándome con uno de la clase mala.

—La juventud y la belleza son pasajeras.

—Mayor razón aún para gozarlas plenamente mientras uno las tiene. No son menos pasajeras cuando se unen con los lazos

sagrados del matrimonio. Pero ¿cómo es que la conversación se fue por estos canales?

—Yo estaba simplemente haciendo preguntas.

—Pero preguntas muy personales y directas.

—Porque es una cuestión muy personal y muy directa.

—Muy bien. Hablemos del asesinato un poco.

—¿No fue un suicidio? —preguntó Mason.

—Aparentemente no. Fue asesinato. La policía ha reconstruido el crimen. No había electricidad en la casa de campo. Edgar usaba lámparas de petróleo en el piso de abajo. Él tenía una linterna de gasolina que utilizaba para alumbrarse cuando iba al piso de arriba.

»Él acababa de llenar la linterna. Subió por las escaleras, a un dormitorio donde había dejado su maleta. Las cortinas estaban echadas en el piso de abajo pero no había cortinas en las ventanas del dormitorio.

»Él entró en ese dormitorio con la linterna. Alguien que había estado esperando afuera en un automóvil, apuntó cuidadosamente con un revólver del calibre 38 y le disparó. Reconstruyendo la línea del disparo desde el agujero en el cristal y la altura de la cabeza de Edgar en que ésta debía estar, la policía tiene la línea del disparo y el lugar donde el asesino estaba exactamente, revelado todo por las huellas de un automóvil que había sido dejado sobre el fango. Y no ha llovido desde el lunes por la noche.

—¿La linterna de gasolina quemó todo el combustible? —preguntó Mason.

Ella se estremeció:

—No. Debió de haber sido apagada. Estaba casi llena. Pero ésa es la única forma en que pudo haber ocurrido la muerte, pienso yo. El asesino no podía ver el interior de ese cuarto ni de día ni de noche, a menos que Edgar estuviese allí dentro con la linterna encendida.

—¿Usted no tenía idea de que su marido poseía esa casa de campo?

—Ni la más remota idea. Cuando oí hablar de eso, me mostré absoluta y completamente incrédula. Esto simplemente confirma que incluso un individuo tan pasivo como Edgar Ferrell tiene instintos masculinos latentes.

—¿Usted cree que aquello era un nido de amor?

Ella lo miró y rió.

—¿Tiene alguna prueba? —preguntó Mason.

—La policía está obteniendo la prueba. Ellos han encontrado allí huellas dactilares que son aparentemente huellas de mujer. Las hay por todo el lugar.

—¿Tiene usted alguna idea de quién era esa mujer?

Ella sacudió la cabeza:

—Eso está absolutamente fuera de mi alcance. Tengo la idea, sin embargo, de que se trata de alguna empleada del almacén. Yo les dije a la policía que si ellos tomaban las huellas de cada una de las empleadas, estaba segura de que encontrarían a la persona que buscan.

—¿Qué es lo que la hace a usted pensar así?

—Porque yo conocía a Edgar. Edgar no hubiera sabido cómo ir por ahí buscando aventuras. Él no hubiera tenido ni iniciativa ni lenguaje. Hubiera resultado tan estúpido como un viejo caballo tratando de corretear por un prado bajo los efectos de la primavera. Tiene que haber sido alguna niña de aquí del almacén, que tuvo oportunidad de sobrepasarse con él cuando nadie los estaba viendo.

Mason contempló la punta de su cigarrillo:

—¿Quiere usted decir que ella se enamoró de su marido?

La risa de Loraine Ferrell fue rica y gutural:

—¡Por favor, señor Mason!

—Entonces, ¿qué es lo que ella quería?

—¿Qué es lo que usted supone que ella quería? La misma cosa que quise yo. Dinero.

—Entonces, ella no debe de continuar siendo empleada del almacén —dijo Mason.

—Tiene usted razón, señor Mason, absolutamente.

La sonrisa de ella era beatífica.

—Entonces —continuó ella— nosotros podemos estrechar nuestra busca y apresurar la cuestión. Yo pienso que todo lo que la policía tiene que hacer es buscar a alguna mujer joven, linda y atractiva que estaba trabajando aquí y que dejó el empleo.

—Creo que el instalar a una mujer joven en un departamento, es el procedimiento corriente, ¿no es así? —preguntó Mason.

Ella dijo con lentitud:

—Yo no sabría decirlo.

—Uno difícilmente puede esperar que una mujer joven, no importa cuán ambiciosa sea o lo bien pagada que esté, vaya afuera y viva en una vieja casa de una granja donde no había comodidades ni electricidad.

Ella arrugó el ceño:

—Eso es verdad.

—Sigamos exactamente ese razonamiento a través de sus lógicas conclusiones. Si ninguna mujer joven vivía allí, entonces aquello debía de ser un lugar para encontrarse.

Las cejas de Loraine Ferrell se unieron, y dijo:

—Está siendo terriblemente lógico en esto, señor Mason, y..., maldita sea, tiene usted razón. Eso parece como si fuese un asunto con una mujer casada, alguna que solamente en ocasiones podía marcharse, alguna que no se atrevía a ser vista en la ciudad. Eso debe haber sido así.

—Entonces —dijo Mason— tenemos una extraña serie de pistas contradictorias.

Loraine Ferrell cruzó sus rodillas, colocó sobre la de arriba las palmas de sus manos juntas y pensativamente miró el dibujo de la alfombra diciendo:

—Usted está construyendo todo esto, dando un paso tras otro. Supongo que el paso próximo será el marido furioso.

Mason reanudó la conversación:

—El cual siguió a su fugitiva mujer al nido de amor estuvo fuera observando, vio al amante de su mujer de pie cerca de la ventana de un cuarto del piso de arriba y no pudo resistir a la tentación de tirar del gatillo y después marcharse en su auto.

»Eso dejó a la esposa fugitiva sola en la casa con el amante que acababa de ser muerto. Ella hizo lo mejor que pudo. Apagó la linterna de gasolina y sabía que tenía que abandonar aquel lugar. Tenía solamente una forma para marcharse y ésta era la misma forma en que había llegado: en el automóvil de Edgar Ferrell.

Loraine Ferrell meneó la cabeza lenta y pensativamente.

—Todo eso, desde luego, está basado en un hecho —dijo Mason.

—¿En qué?

—En que usted me está diciendo la verdad.

Ella ni siquiera levantó la mirada en su contemplación de la alfombra. No había ni resentimiento ni furor en su tono. Dijo

simplemente y convincente:

—Yo no sé mentir mucho, señor Mason. Lo he hecho una o dos veces, pero no sirvo para eso y no me gusta. Le estoy diciendo a usted la verdad. Eso es más fácil. Es menos complicado. Usted es un abogado..., y en cierta forma yo tengo una idea de que usted me habría desnudado completamente si yo tratase de ocultarme detrás de una capa de mentiras. Estoy diciéndole a usted la verdad. Usted probablemente es la única persona en el mundo que sabrá que yo no soy una viuda llena de pena. Estoy poniendo las cartas sobre la mesa. Yo...

Sonaron golpes de nudillos en la puerta y después giró el picaporte. La puerta se abrió y John Addison, con aspecto cansado y preocupado, apareció en el umbral.

—Hola, Mason. Gracias a Dios que está usted aquí.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Loraine Ferrell.

—Maldito si no ocurrió todo —dijo Addison—. Miren, ni siquiera sé mi camino en *este* despacho. Vamos a mi despacho personal. Tengo allí una botella. Necesito un trago.

Addison fue delante camino de su propio despacho, abrió la puerta de cristal de una librería, apretó la manija y un montón de libros de un estante se abrieron a un lado descubriendo una fila de botellas con una caja eléctrica para producir hielo.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó él.

—Un *whisky* escocés y soda —dijo Loraine Ferrell.

Mason meneó la cabeza asintiendo.

Addison colocó tres vasos sobre su mesa, vertió el *whisky* en ellos con mano temblorosa y puso trozos de hielo y soda fría.

—Esta luz me atonta. Ya hay luz diurna bastante afuera y así esta iluminación parece amarilla y mareante y... —dijo Addison.

Caminó hasta la ventana, corrió a un lado las pesadas cortinas y luego fue a apagar las luces.

El sol todavía no había salido, pero había luz natural bastante para mostrar los objetos bien distintamente en el cuarto.

Addison levantó su vaso:

—Mucha suerte —dijo, y después añadió—: Vamos a necesitarla. Bebió más de la mitad del vaso.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —preguntó Mason.

Addison se dejó caer en una gran butaca, sacó un puro de un

estuche provisto de un regulador de humedad del tabaco que estaba sobre la mesa, le recortó la punta, encendió una cerilla y mantuvo la otra punta del puro contra la llama haciéndola girar lentamente para encenderlo bien.

Después sacudió la cerilla, la arrojó en un cenicero y dijo:

—Edgar Ferrell fue muerto con mi revólver.

—¿Su revólver? —exclamó Loraine.

Addison asintió tristemente.

—¿Y cómo fue eso? —preguntó Mason con los ojos fríamente cínicos.

Addison mantuvo la mirada fija en la punta de su puro evitando conscientemente las de la viuda de su socio y de su abogado.

Mason esperó pacientemente a que Addison contestase a la pregunta.

Loraine respiró profundamente, se echó hacia adelante como si fuese a decir algo, pero después captó una mirada significativa de Mason y se recostó en su butaca, esperando.

Addison aspiró varias veces su cigarro y bebió otro gran trago de *whisky* con soda.

—Esto es —dijo él a la defensiva— una de esas pequeñas cosas en las que uno nunca piensa en el curso ordinario de un día de trabajo.

Addison esperó pero nadie dijo nada.

—Pero —continuó Addison— esas cosas se hacen endiabladamente importantes cuando se produce un caso de asesinato.

Otra vez se produjo un período de silencio.

—Y así ahora —dijo mirando a Mason por primera vez desde que había empezado sus explicaciones— usted negocia en casos de asesinato, exactamente lo mismo que yo negocio en mercancías. Supongo que dirá que yo debía haberle dicho esto la primera vez que hablé con usted. En opinión de usted, esto parecerá muy importante. Y eso es porque usted está entrenado en pensar en términos de casos de asesinato. Ése es su negocio. Pero para mi criterio esto era simplemente una cuestión menor que no tenía importancia ninguna.

—Mejor será que se descargue de eso de una vez —dijo Mason— y se deje de andar con rodeos.

—Cuando Edgar decidió realizar ese viaje de pesca, quiso llevar un revólver. Y me pidió el mío prestado.

—¿Por qué no se compró él uno?

—Maldito si yo lo sé —dijo Addison amargamente—, pero hace unos tres meses, Edgar y yo salimos de viaje. Yo llevaba mi revólver conmigo y quise hacer algún ejercicio de puntería para continuar entrenado. No creo que Edgar hubiese disparado nunca un revólver. Entonces él tomó interés. Le enseñé algo sobre tiro al blanco, así como un poco sobre disparar de pronto y otras cosas. Efectivamente aprendió a apuntar bastante bien. Él era por naturaleza bastante miedoso. Cuando decidió realizar ese viaje de pesca, lo primero en que pensó fue en mi revólver.

—¿Entonces usted le enseñó a disparar? —preguntó Mason.

—Exactamente.

—¿Y le enseñó a practicar lo que usted llama disparar de pronto?

—Sí.

—En otras palabras —dijo Mason—, usted ha practicado mucho el tiro de revólver, ¿no es así?

—Yo era miembro de un equipo que ganó el primer lugar en el Campeonato de Tiro del Oeste hace unos años.

—Muy bien —dijo Mason—. Díganos ahora algo sobre el revólver. Vamos a puntualizar eso.

—Bueno, eso es todo. Yo le presté el revólver a Edgar. La policía encontró el arma en el lecho seco del río. Ellos tropezaron con él sólo por casualidad. Yo no creo que lo hubieran encontrado si hubiera sido de día, pero al ir por allí de noche, con sus linternas dirigiéndolas en torno, el foco de una linterna reflejó el metal del revólver y uno de los policías lo descubrió.

—¿Y usted dice que ésa es el arma con la cual Edgar fue muerto? —preguntó Mason.

—Eso es lo que la policía parece pensar.

—¿Cuántas balas había en él cuando fue encontrado?

—No tenía ninguna. El arma había sido completamente limpiada de huellas dactilares y arrojada lejos, pero la policía dice que había sido disparada recientemente. Yo me inclino a concordar con ellos. Yo siempre mantenía el tambor y el cañón limpios. El revólver había sido disparado y no había sido limpiado. Hay residuos de

pólvora en el cañón.

Mason dijo lentamente:

—Eso parece muy grave, Addison.

—¿Grave hasta qué punto? —preguntó Addison.

—Completamente grave —dijo Mason.

La señora Ferrell dijo:

—Seguramente, señor Mason, usted no cree que haya ninguna posibilidad de que John Addison pueda haber...

—No se trata de lo que yo pienso —interrumpió Mason— sino de lo que la policía va a pensar y de lo que un jurado va a pensar.

Hubo un intervalo siniestro de silencio.

Mason se puso de pie:

—Muy bien, amigos, yo haré lo mejor que pueda. Addison, ponga su mesa en orden. Ellos lo arrestarán a usted antes del mediodía. Cuando lo hagan, no hable. *No diga una sola palabra.* ¿Puede recordar esto?

—Dios mío, Mason. Pero yo tendré que explicar algunas cosas.

—Después tendrá que explicarlo todo.

—¿Y bien?

—¿Puede usted hacerlo?

Los ojos de Mason se fijaron en los de John Addison. El magnate de los almacenes generales se removió en su butaca.

—No —dijo él.

—Ya pensé eso —dijo Mason, y se marchó dejando a Addison y Loraine Ferrell solos en las oficinas.

CAPÍTULO X

A las ocho Mason encontró a Paul Drake estudiando los informes que habían sido colocados en su mesa. Drake estaba con una máquina eléctrica de afeitar en la mano, rasurándose al mismo tiempo que leía los informes. En la esquina de su mesa había unos platos que evidenciaban que había estado comiendo jamón y huevos, tostadas y café, enviados de un restaurante cercano.

Drake levantó la mirada suspendiendo el afeitado, torció la cara poniéndola en un ángulo que estiraba la piel en línea con el cuello y lentamente pasó por allí la máquina eléctrica para continuar el rasurado y dijo:

—Hola, Perry. ¿Qué hay de nuevo?

—Eso mismo es lo que yo quiero saber —replicó Mason.

Drake tenía cuatro o cinco teléfonos esparcidos sobre la mesa a corta distancia para poder alcanzarlos:

—¿Dónde quieres empezar? —preguntó dejando la máquina eléctrica y poniéndose en el rostro una loción—: ¿Quieres empezar por Addison?

—¿Qué hay sobre Addison?

—Addison está comprometido, Perry. La policía encontró un arma. Ellos piensan que es el arma con la que se cometió el crimen; es un revólver calibre 38, y el arma con que se cometió el crimen era también un 38. Ha sido disparado recientemente pero todas las balas fueron quitadas del cilindro. El revólver fue evidentemente arrojado lejos. Estaba entre unas piedras. El mango del revólver era de madera y había saltado un pedazo de ésta cuando golpeó contra una piedra. La policía buscó por allí y encontró el trozo desprendido en el sitio donde había golpeado el revólver. Evidentemente había sido arrojado con considerable fuerza, a juzgar por las astillas que

había causado en la piedra el revólver al chocar con ella la parte metálica.

—¿Y bien? —preguntó Mason.

—Ellos hicieron un trabajo rápido para comprobar los números. Es el arma de Addison. Apparentemente él es bastante hábil como tirador de revólver. Y esto le produjo a la policía un montón de sospechas.

—¿Estás seguro de que el crimen fue cometido con un treinta y ocho?

—Muy seguro. Han medido el agujero que el proyectil causó en el cristal de la ventana cuando entro por él. Y ése es un agujero perfecto sin haber virtualmente roto nada, excepto la perforación con radiaciones.

—¿Qué hicieron con la ventana?

—Cortaron el cristal de ella para sacarlo y lo montaron entre láminas de plástico transparente. Lo guardan como una prueba.

—¿Y no han recuperado el proyectil fatal?

—No, según creo. El cirujano encargado de la autopsia del cadáver está practicando ésta aproximadamente ahora mismo. Y la bala está alojada en alguna parte de la cabeza del sujeto. La herida sólo es penetrante, sin salida alguna.

—¿Algo más de nuevo?

—Tuve una entrevista con el sargento Holcomb.

—¿Qué es lo que quiere?

—Ha estado investigando sobre ese informe que comuniqué a los Bancos. Dice que Eric Hansell es un chantajista y que él cree que todo eso fue fraguado para librarse de un chantajista que estaba molestando a un cliente tuyo y piensa que ese cliente es John R. Addison.

—¿Qué fue lo que le dijiste?

—Yo me mantuve en mis trece y le dije que había recibido un informe y lo había pasado de buena fe a los Bancos que, si había algo entre Addison y Hansell, no sabía nada sobre eso.

Mason meneó la cabeza.

—Desde luego, ahora que este caso de asesinato está desarrollándose —advirtió Drake—, vas a caer de cabeza en ese asunto nuevamente y en gran forma.

—Yo voy a caer de cabeza en un montón de cosas —dijo Mason.

Drake dijo irritado:

—Bueno, no me digas nada más de lo que yo ya sé ahora. Ya tengo bastantes cuestiones para responder yo mismo.

—Y tendrás todavía más. La señora Laura Mae Dale es la madre de Verónica Dale. Y Verónica Dale está al presente trabajando en el almacén de Addison, en Broadway. Quiero averiguar algo sobre la señora Dale. Y cualquier cosa que averigües también sobre su hija, Verónica, será tanto mejor.

—Muy bien —dijo Drake ya cansado—. Tengo algunos hombres que se presentarán para entrar en acción dentro de unos quince minutos. Y los pondré inmediatamente a trabajar.

—No quiero nada tosco —dijo Mason—. No quiero nada de estilo patoso. Lo que deseo es un ligero matiz con una inteligente estructura. No quiero que esas gentes sepan que alguien tiene interés en ellas.

—No te preocupes —dijo Drake—. Yo no sé la profundidad que tiene el agua ahí, pero lo que sí sé es que el hielo que la cubre es muy delgado. Los muchachos que yo utilice en este caso, serán los mejores en este ramo.

—Ése es el asunto —contestó Mason—. Y ahora escucha cuidadosamente lo que voy a decirte, Paul, porque quiero que recuerdes exactamente lo que te diga.

—¿Por qué?

—Porque así podrás adivinar también lo que no digo.

—Dispara.

—Guardarás esto escondido debajo de tu sombrero —dijo Mason—. Addison recogió a Verónica Dale. Ella estaba parada en la carretera esperando a que la recogiese algún automovilista. Él la trajo a la ciudad. Ella lo impresiono diciéndole que era una muchacha inocente, de un género que ya no existe más. Estaba fingiendo ser una sintética creación de un ángel de inocencia que se hallaba muy en boga en las novelas de hace medio siglo.

Drake dijo:

—¿A qué hora?

—Durante la última parte de la tarde.

—¿Dónde?

—Oh, fuera de la ciudad, por el lado del Este —respondió Mason con un ademán de la mano.

—Continúa.

—Addison representó el papel de un hombre paternal, de un padre muy preocupado e inquieto que estaba asombrado ante los riesgos que la muchacha estaba tomando. Ponte en el caso de Addison. Ha amasado una considerable fortuna. Sabe exactamente dónde va a poner el pie antes de dar el paso. Había recogido a esta muchacha al parecer inocente, la cual, como por casualidad, hizo la observación de que estaba dirigiéndose a una ciudad extraña, viajando de favor con los automovilistas y que en esa ciudad no conocía a nadie ni tenía sitio para vivir y estaba virtualmente sin dinero y llegaría allá bastante después de la hora de cenar.

—La gran pregunta que tengo en la mente —dijo Drake— hablando como un detective práctico es: ¿cómo pudo ella llegar tan lejos con toda esa inocencia intacta?

—Ya te dije que ella pintó un cuadro imposible —dijo Mason—. Addison utilizó su influencia en el «Hotel Rockaway» para conseguir un cuarto para ella. La acompañó al hotel y después trató de desprenderse de ella.

—¿Pero no lo hizo así?

—La muchacha fue arrestada en la calle por vagabunda.

—¿En la *calle*?

—Exactamente.

—Por todos los diablos, Perry. La policía no detiene a muchachas en las calles a menos que ellas estén haciendo algo malo, y haciéndolo, en verdad, muy abiertamente.

—Ya lo sé —dijo Mason—, pero hay una posibilidad de que la muchacha *quería* ser arrestada.

—¿Entonces quieres decir que ella no estaba...?

—Quizá ella solamente estaba fingiéndolo —interrumpió Mason.

—Pero ¿por qué?

—Yo fui a rescatarla. Puse fianza por ella. Y conseguí que el caso quedase sin efecto.

—¿Cuándo?

—A la mañana siguiente.

—Y después, ¿qué?

—Después su madre. Laura Mae Dale, vino a visitarme, y de paso me dejó una dirección falsa.

—¿Qué es lo que quería?

—Quería pagarme mi cuenta.

—¿Y lo hizo?

—Sí.

—¿Cuánto?

Mason hizo una mueca:

—Ciento cincuenta dólares.

—¿Hubo una rebaja por liquidación?

—Fue una venta por inventario —dijo Mason.

—Y me imagino que Addison pagó otros quinientos dólares.

—Yo te dije —dijo Mason— que escuchases muy cuidadosamente lo que voy a decirte, de forma que adivines así las cosas que no digo.

—¡Oh, oh! —observó Drake.

—La madre —dijo Mason— procede de una ciudad del Medio Oeste, probablemente a unas cincuenta millas de Indianápolis. Tiene allí un restaurante. Está muy preocupada por la aventura de su hija al lanzarse al gran mundo. La muchacha no tiene idea de que su madre está aquí y la madre no quiere que ella lo sepa. Ella quiere mantenerse enterada de lo que está ocurriendo y ver si Verónica se asienta, se entrega al trabajo y obtiene un empleo, o si por el contrario se lanza a sembrar avena silvestre por ahí.

—¿Sólo avena? —preguntó Drake con una mueca.

—Sólo —dijo Mason.

La sonrisa se eclipsó repentinamente del rostro de Drake:

—Pero si plantas esa avena en un terreno adecuado, puede producir una gran cosecha —dijo.

—Una verdadera y rica cosecha —contestó Mason.

Drake súbitamente dio un salto en su butaca.

—Y ahora —añadió Mason— quiero que vayas a ver a John Addison antes de que la policía lo detenga. Él sabe que estás trabajando para mí. Haz que llame a Verónica y que le diga que vaya contigo.

—Y después, ¿qué?

—Llévala al departamento de Della. Della se encargará de eso a partir de ahí.

—¿Por qué no vas tú mismo a ver a Addison? —preguntó Drake.

—Es que puede que yo no sea capaz ya de regular mis propias actividades, idas y venidas, por más tiempo, Paul.

Y se fue mientras Drake quedaba pensando sobre todo eso.

CAPÍTULO XI

Mason, al entrar en su despacho privado encontró al teniente Tragg confortablemente acomodado en la butaca de los clientes.

—Hola, Tragg. ¿Cómo usted por aquí?

—Se metió aquí dentro por sí solo —dijo enfadada Della Street.

Mason arrugó el ceño:

—Tengo una sala de espera, ¿sabe usted, Tragg?

—Seguro, lo sé. Y si hubiera estado esperando en la sala de espera y usted se hubiera deslizado escurriéndose por la puerta del pasillo, Della Street le hubiera dado el soplo y usted se hubiera escurrido afuera otra vez.

Mason dijo fastidiado:

—Tengo hoy una cadena de compromisos y así, pues, espero que sea usted breve, teniente. Me imagino que la policía considera que ellos son una clase especial y que no necesitan anunciarse de la manera regular.

—A nosotros no nos gusta esperar en las oficinas del público —dijo Tragg haciendo una mueca—. Eso nos hace perder el tiempo y le da a la gente un sentido de superioridad.

—Sentido que ustedes no quieren que la gente tenga —dijo Mason.

—A nosotros nos gusta tener a las personas un poco a la defensiva, psicológicamente ¿sabe usted, Mason? ¿Por qué perder tiempo en discutirlo ahora?

—¿Qué es lo que quiere, Tragg?

—Parece ser que usted ha tenido un conflicto con el sargento Holcomb.

—¿Yo tuve un conflicto? —preguntó Mason arqueando sus cejas—. Pues es una novedad para mí.

—Pero no es ninguna novedad para Holcomb.

—Yo no sé lo que Holcomb piensa. Creí que estaba ayudándome.

—Usted molestó a Hansell.

—¡Qué cosa tan lamentable! —dijo Mason.

—No debió de haberlo hecho, Mason. Cuando Hansell se enfureció, decidió confesarlo todo. Y en efecto, admitió todo el asunto.

—¿Lo hizo así de veras?

—Exactamente.

—Yo supongo —dijo Mason— que el sargento Holcomb estaba tan ansioso de atraparme a mí, que le prometió a Hansell la inmunidad en todo cuanto fuese, excepto el asesinato, si Hansell le proporcionaba algo con lo que pudiera complicarme a mí.

—No sé lo que Holcomb le dijo —continuó el teniente Tragg—. Lo que sí sé es que quieren verlo a usted en la Jefatura.

—¿Quién?

—Varias personas.

—¿Y sobre qué?

—Entre otras cosas —dijo Tragg—, quieren preguntarle a usted sobre una falsificación.

—¿Qué falsificación?

—La del cheque que Hansell presentó en el Banco.

—*Estaba* falsificado, ¿no es así?

—El Banco dice que sí.

—Y entonces, ¿qué?

—Hansell dice que usted lo falsificó.

—¿Qué yo lo falsifiqué?

—Exactamente.

—¡Vamos, qué cosa tan extraordinaria! —comentó Mason.

—Seguro que lo es —expresó Tragg secamente.

Mason observó al teniente por un momento y dijo:

—¿Está usted todavía en Homicidios, teniente?

—Exacto.

—Entonces, ¿cómo es que un teniente de Homicidios es solicitado para venir aquí a presentarme una invitación oficial para ir a la Jefatura de Policía a contestar una acusación de falsificación?

—Estamos trabajando en este caso juntos —dijo Tragg.

—¿Usted y Holcomb?

—Exacto.

—Holcomb acostumbraba a estar en Homicidios.

—Pero ya no está ahora en Homicidios. Algunas veces ayuda, pero está en investigación general ahora. Tome su sombrero, Mason, vamos a dar un paseo.

—Supóngase usted que yo no quiero ir a dar un paseo.

—Eso puede resultar demasiado malo para usted.

—¿Es una amenaza?

—Maldito que tiene usted razón: es una amenaza —dijo Tragg—. Escuche, Mason, yo he tratado de ser amable. Nosotros tenemos las llaves echadas sobre usted en un caso de falsificación. Usted falsificó un cheque y se lo dio a Eric Hansell.

—Usted tiene la palabra de un maleante.

—Nosotros tenemos la palabra de un maleante, así es —concedió Tragg con voz débil—, pero tenemos circunstancias corroboradoras en toda la línea. Ahora vamos a obtener más circunstancias corroboradoras. Ahora mismo ya tenemos bastante para expedir una denuncia. Usted le jugó una partida muy hábil a un chantajista, pero éste se mezcló con un caso de asesinato y le salió el tiro por la culata. Si no hubiera sido por el asesinato, usted hubiera podido sentarse encima de su triunfo. Pero tal como está esto, está sentado en un barril de pólvora.

Mason miró a Della Street y vio que estaba con su lápiz volando sobre las páginas del libro de taquigrafía tomando la conversación.

—¿Qué es lo que dijo Addison sobre el cheque?

—Fue el Banco de Addison quien lo dijo. La firma es falsa. Y no es una falsificación muy buena. Y su amigo Addison se encuentra envuelto en un lío hasta las cejas.

—¿Cómo es eso?

—Nosotros podemos probar que él pasó con su automóvil por esa carretera que cruza a un cuarto de milla del lugar donde fue cometido el asesinato, a la hora aproximada en que éste ocurrió.

Mason mantuvo su voz artificiosamente natural.

—Muy bien, Tragg, vamos a dar un paseo.

Tomó su sombrero.

—¿Algún mensaje? —preguntó Della Street.

—Ninguno —dijo Mason—. Estaré pronto de vuelta.

—*Puede que esté* pronto de vuelta —rectificó Tragg.

CAPÍTULO XII

El teniente Tragg abrió la puerta y le dijo a Mason:

—Entre.

El abogado penetró en un cuarto grande completamente amueblado. El sargento Holcomb, mascando nerviosamente un puro apagado, estaba sentado a un extremo de una larga mesa de roble. A mitad de la mesa Eric Hansell, ahora nuevamente recuperada su impúdica seguridad, estaba fumando un cigarrillo.

Al otro extremo de la mesa un taquígrafo estaba tomando la conversación.

El sargento Holcomb hizo una mueca cuando Mason entró.

El teniente Tragg, siguiendo detrás de Mason, cerró la puerta y dijo:

—Tome una silla, Mason.

El sargento Holcomb le dijo a Hansell:

—Ahora quiero que usted repita exactamente lo que nos ha dicho a nosotros. Continúe y dígame con precisión lo que ocurrió. Quiero que Mason lo oiga.

Hansell dijo:

—Aquello era un chantaje. Lo confesaré así.

—Continúe directo —dijo Holcomb.

Hansell sacó un nuevo cigarrillo.

—Recuerde, Hansell, que estas gentes no le pueden dar la inmunidad. Ellos... —dijo Mason.

—Usted no intervenga en esto —dijo amenazadoramente Holcomb—. Somos nosotros quienes llevamos la batuta. Cuando usted haya oído la historia completa, cantará una canción diferente.

Los ojos verdes de Hansell miraron brevemente al rostro de Mason y aquél dijo sarcástico:

—Tipo inteligente.

—Y usted —le gritó el teniente Tragg a Hansell— mantenga su boca callada excepto cuando le hablen, y cuando se le diga que hable, diga lo que tiene que decir y nada más. Y ahora vamos a acabar con esta comedia. Vamos. Empiece a hablar.

Hansell encendió el cigarrillo, aspiró largamente el humo y dijo:

—Yo ando por ahí husmeando y consigo algunas informaciones. Ése es mi negocio. Si es algo que yo no puedo manejar, entonces se lo entrego a George Whittley Dundas para su sección de murmuraciones. Lo que él me paga es sólo dinero para cacahuetes. Yo no puedo vivir de eso, pero teniendo una salida para la publicidad, esto me proporciona la ocasión de realizar mejores golpes.

—Comprendemos —dijo Holcomb, y después añadió, sarcástico —: Desde luego usted nunca le jugó una de éstas a Dundas de rechazo.

Hansell guardó silencio.

—Continúe con su historia —dijo Tragg.

Hansell dijo:

—Yo tengo los ojos y los oídos alerta alrededor de esta Jefatura, adonde llega pequeña información..., nada confidencial, usted comprende. Sólo la clase de género que de todas formas aquí le entregan a la Prensa.

»Tuve un soplo de que Perry Mason había estado aquí en persona para sacar a una muchacha acusada de vagabunda. Me pareció raro que un abogado de alto precio hubiese venido para salvar a una vagabunda. Entonces decidí investigar. Con toda seguridad Mason había venido y le había puesto una fianza en metálico de su propio bolsillo.

»*Okay*, yo hablé entonces con el individuo que había hecho el arresto. Aquél me contó su historia exactamente en la forma que él se la había contado a los de la Prensa. Con eso, seguí la pista al «Hotel Rockaway», donde la individua había tenido una habitación, y descubrí que la habitación le había sido dada por orden del gerente del hotel.

»Fui al gerente del hotel. Le dije que quería saber por qué estaba jugando al favoritismo con lindas muchachas rubias. Me dijo que me fuese al diablo. Entonces le señalé que la linda blonda había

sido detenida por vagabunda una hora después de que se había registrado en su hotel, y esto puso una nueva y diferente luz en la situación.

»Naturalmente, no quería que el nombre del «Hotel Rockaway» apareciera en letras de imprenta como la residencia de una mujer que había sido arrestada por vagabunda, y tampoco quería que su esposa supiese que él lo había arreglado para que le diesen aquella habitación. Así, *quebró* y me contó su historia. John Racer Addison lo había llamado y le había pedido un favor personal para que le reservase una habitación en el hotel a Verónica Dale. Addison dijo que respondía por ella.

»Esto estaba muy bien para mí. Yo había ido a la pesca de pequeños peces y ahora resultaba que los pescaba grandes. Decidí interrogar a Verónica Dale.

»Ella se mostró muy cauta en cuanto a Perry Mason, pero en cambio habló largo sobre John Addison y dijo que era un hombre muy bueno. La había recogido en la carretera el martes por la noche y la había alojado en el hotel.

»*Okay*, yo fui a ver a Addison. Hice sonar un látigo amenazador sobre él. Addison se sintió lleno de miedo. Le di tiempo para que lo pensase y le dejé un número de teléfono.

»Mason me llamó a ese número de teléfono. Yo fui a verlo. Estaba afuera. Su secretaria dijo que me tomaba mi sombrero. Lo colocó en la esquina de la mesa. Mason llegó y se puso a hablarme dando vueltas ante mí. Yo estaba endiabladamente furioso. Me levanté para marcharme y allí estaba el cheque de dos mil dólares dentro de mi sombrero, firmado por John Racer Addison y pagadero a mi nombre. Bajo tales circunstancias, no tuve idea de que la cosa pudiese ser dudosa. Tomé el cheque y me fui inmediatamente al Banco. Yo nunca he hecho ningún trabajo de Prensa. Soy un chantajista..., y así, ¿qué?

—Muy bien, muy bien —dijo el teniente Tragg—. Vuelva al resto de eso sobre la rubia.

—Ya lo he dicho todo sobre ella.

Tragg miró significativamente al sargento Holcomb y dijo:

—¿Sabe por qué nosotros estamos interesados en...?

Holcomb meneó la cabeza.

—Un poco más sobre esa rubia —dijo Tragg.

—¿Dónde recogió Addison a esa muchacha? —preguntó Holcomb.

—Exactamente después de pasar Canyon Verde.

—¿A qué distancia de Canyon Verde?

—Oh, diez o quince millas, deduzco por la forma en que habló.

—En otras palabras, John Racer Addison estaba viajando por esa carretera desde Canyon Verde el martes por la noche.

—Seguro —dijo Hansell—. Tenía que ser así para haberla recogido. La trajo a la ciudad.

—¿A qué hora?

—Entró en el hotel a eso de las diez menos cuarto. Y fue arrestada por vagabunda a eso de las diez y media, según creo.

—¿Y dónde está esa muchacha ahora?

—No lo sé. Pero apuesto a que ustedes podrán encontrarla por medio de John Addison. Cuando esos viejos chivos empiezan a tomar un interés paternal en una linda rubia que está jugando el juego de todos los ángeles..., demonios, no me hagan reír. Addison está revoloteando sobre ella como una mosca sobre un tarro de mermelada y ella lo está dejando que revolotee. Si ustedes quieren confirmar la historia hablando con ella, díganle sólo a Addison que quieren que presente a Verónica Dale y la traerá en seguida aquí.

—Muy bien, Hansell —dijo Tragg—. Le concedemos todo eso. Pero no piense que está obteniendo la inmunidad en una fechoría de chantaje, solamente por su magnética personalidad, o porque nosotros estamos ansiosos de coger a Perry Mason en una mala pasada que le jugó. Usted es un maldito y cochino maleante. Usted es un gusano repugnante y a mí personalmente me gustaría arrancarle esa sonrisa burlona del mapa de su rostro con una partida de puñetazos. La única razón por la que no le arrancamos esos dientes amarillos haciendo que se los trague, es porque usted ha tropezado con un asesinato. Como ya sabe, Edgar Ferrell, el socio de Addison, fue asesinado el martes por la noche en una casa que está a un cuarto de milla de la carretera de Canyon Verde. Así entonces, ¿dónde recogió a esa muchacha Addison? Quiero decir, *¿exactamente* dónde?

—Yo no puedo decirle a usted eso —dijo Hansell observando pensativamente la punta de su cigarrillo—. ¿Dónde corresponden las veinte millas desde Canyon Verde?

—Eso correspondería... casi exactamente del lado opuesto del lugar donde el crimen fue cometido —dijo el teniente Tragg.

—Pues ahí es donde fue.

Holcomb dijo:

—No dijo eso hasta ahora. ¿Qué fue lo que usted nos contó antes, Hansell, respecto a lo que la muchacha dijo sobre el hombre que la recogió?

—Ya se lo dije. Ella tiene la facultad de darse cuenta y conocer los automóviles de noche. Escucha el sonido del motor y...

—Eso es, precisamente —dijo Holcomb—. ¿Y qué hay sobre eso del sonido del motor de Addison?

—Oh, eso... —dijo Hansell, y luego, repentinamente, iluminó su cara una expresión picara y calculadora de precaución.

Tragg, acostumbrado a tratar con individuos de este tipo, interpretó aquella expresión correctamente:

—Recuerde, Hansell —dijo—, que usted está consiguiendo solamente la inmunidad mediante la promesa de que confiese y salga limpio cien por cien. Si usted trata de ocultarnos aunque sólo sea un uno por ciento, nosotros le arrojaemos encima el Código Penal por su falsificación, y ya lo tenemos en las uñas con eso.

—No estaba ocultando nada. Estaba sólo pensando.

—Bueno, empiece a hablar —dijo Tragg—. Los que pensaremos seremos nosotros.

—Ahora recuerdo. No le presté entonces ninguna atención. Me dijo que escogió el auto de Addison porque le sonó como un coche caro. Dijo que estaba saliendo de una carretera lateral. La noche era silenciosa y ella pudo oír el motor del coche acercándose por la carretera lateral. Después oyó las ruedas cruzando un puente de madera. Luego el coche ascendió una cuesta y llegó hacia ella, escuchó el sonido del cambio de marchas. Había subido a la carretera principal a gran velocidad y había cambiado después, unas cien yardas antes de cruzarse con ella. El motor sonaba suave y bien cuidado, y entonces se puso en pie junto a una tajea y se volvió de forma que los faros delanteros del coche le diesen en la cara y ésta pareciese dulce y desvalida.

—¿Junto a una tajea? —dijo Tragg.

—Junto a una tajea.

—¿Y Mason le dio a usted ese cheque?

—Mason me dio ese cheque. Estaba puesto en mi sombrero.

—¿Y la secretaria de Mason puso el sombrero sobre la mesa?

—Exacto.

Tragg dijo:

—Muy bien, Mason. Usted ha estado llevando la delantera por largo tiempo. Y yo voy a presentar una demanda contra usted por falsificar el nombre de Addison en un cheque. Y voy a citar también a Della Street.

—¿Sobre la base del testimonio de este maleante? —preguntó Mason.

—Está completamente en lo cierto —dijo Tragg—; es un maleante, pero su historia tiene sentido. Usted sabía que si le pagaba a un chantajista, nunca se vería libre de él. Usted se imaginó que él tenía una ficha de delincuente y que si conseguía que fuese atrapado por pasar un cheque falso, nosotros le echaríamos el Código Penal encima y ya nunca más tendría oportunidad de usar la información que poseía. Lo que es más, nunca hubiera podido explicar eso porque usted lo hubiera puesto entre los dos cuernos de un dilema. Tenía que escoger entre ser un falsificador o un chantajista. Si se callaba, iba a la cárcel por falsificador. Y si hablaba se envolvía a sí mismo en el delito de chantaje.

Hansell miró burlonamente:

—Tipo agudo —le dijo a Mason.

—Por Cristo, cállese —gritó irritado Holcomb.

Sonó el teléfono.

Holcomb caminó hacia el aparato, tomó el auricular y dijo:

—Habla Holcomb. ¿Quién...? Sí... ¿Qué hay de eso?

Repentinamente se sacó el cigarro de la boca y lo arrojó en la escupidera.

—Vuelva a decirme eso —dijo indignado.

Se arrugó toda su cara a causa de la intensidad de su esfuerzo en concentrarse, y después dijo:

—Muy bien —y puso de un golpe el auricular en el gancho, con tanta fuerza que pareció que el gancho iba a ser arrancado del teléfono.

—Quiero hablar con usted, teniente —le dijo a Tragg.

Tragg dijo:

—Bueno, vamos a capturar a Addison, averiguar sobre esa

Verónica Dale, llevarla a la carretera y ver si ella puede decirnos exactamente el sitio en donde fue recogida.

Holcomb meneó la cabeza sin entusiasmo.

—Después de pensarlo mejor —dijo Tragg—, creo que esperaremos hasta que sea de noche para hacer eso. Vamos a llevarla hasta Canyon Verde y dejarla que vea la carretera aproximadamente bajo las mismas condiciones en que la vio cuando estaba viajando de favor.

—¿Van ustedes, pájaros, a intentar mantenerme detenido? Si van a hacerlo, mejor será que expidan una demanda jurada y que consigan una orden al efecto —dijo Mason.

—Usted se limita a estar sentado ahí —dijo Tragg imperativo— y dentro de veinte minutos ya habremos tomado completa cuenta de usted, señor Mason.

Holcomb dijo:

—Después de todo, Tragg, nosotros no queremos en este asunto ir sólo a medias. Haremos mejor en comprobar la historia de Hansell un poco más.

—Ésta es una trampa típica de Mason. Yo sé que Hansell está diciendo la verdad. Eso suena exactamente a cosa de Mason. Es exactamente la forma en que Mason jugaría esa partida. Estaba tratando de proteger a su cliente, y cuando Mason empieza a proteger a un cliente, no le importa nada la forma en que lo hace. Protege los intereses de su cliente. Estaba poniendo a Hansell en tal situación, que este tipo no podría hablar, no podría chantajear y no podría volver nunca atrás.

—Bueno, volvamos a hablar un poco de eso —dijo Holcomb, y cruzando su mirada con la de Tragg, le hizo un guiño significativo.

Mason echó atrás su silla:

—No crean que yo voy a estarme aquí inmóvil mientras ustedes llevan a cabo una controversia. Estaré en mi despacho.

—Presentaremos una orden de detención contra usted y vamos a llevarlo a la jaula bien esposado —le advirtió Tragg.

—Háganlo —dijo Mason—. Llamen a los fotógrafos de Prensa y consíganse alguna publicidad también si quieren.

—Eso es exactamente lo que haremos —le contestó Tragg.

—Estupendo —dijo Mason, y salió de la oficina.

El abogado tomó un taxi para regresar al edificio de sus oficinas,

caminó por el pasillo, abrió con llave la puerta marcada Perry Mason - Privado, y le dijo a Della Street:

—Della, vas a tener que eclipsarte.

—¿Por qué?

—Ese cheque —dijo Mason—. Van a llevarte ante el gran jurado y no quiero que estés a su alcance por algún tiempo. Yo...

Della Street dijo, excitada:

—Jefe, ¿el sargento Holcomb no recibió una llamada telefónica?

Mason había ido hasta el cajón de una mesa, lo abrió y estaba sacando rápidamente papeles de su archivo privado. Se paró a mitad de un movimiento y miró a Della Street con repentina sorpresa y comprensión.

—¿La recibió? —preguntó Della.

—Demonios, sí.

Della Street dijo:

—Actué tan rápida como pude. Era el Banco telefoneando que había habido un terrible error al acusar a Eric Hansell de falsificación, que aunque era verdad que la firma había sido calcada, John Racer Addison había reconocido la firma como suya. Que había firmado el cheque con lápiz primero, y después, pensando que quizá la firma con lápiz no sería reconocida por el banco, la había trazado encima con tinta china y había enviado el cheque a esta oficina para dárselo a Hansell.

Mason hizo una pausa por un momento digiriendo la información, y después dejó los papeles otra vez en el cajón, caminó dando vueltas a la mesa y tomó a Della Street en sus brazos.

—¿Cómo se te ocurrió todo eso? —preguntó.

Estaba estrechándola en tal forma que la voz de ella sonaba apagada.

—Esto era elemental, mi querido Watson. Todo el mundo había estado tan ocupado con ese caso de asesinato, que olvidaron que Addison nunca había en realidad negado el cheque. Así es que tan pronto como el teniente Tragg dejó esta oficina, yo me puse en contacto con Addison, le dije que llamase al Banco diciéndole que acababa de saber que Hansell había sido arrestado por presentar un cheque falsificado, pero que el cheque no era falso en absoluto sino perfectamente genuino y que la firma era suya. Le dije que su llamada le costaría dos mil dólares pagándoselos al chantajista, pero

que si no lo hacía, encontraría a su abogado en la cárcel y los dos mil y muchos más serían por cuenta suya.

Mason soltó a Della Street, fue a su mesa, se sentó en la butaca, echó atrás la cabeza y rió.

—¿Lo hice bien? —preguntó.

—¿Bien? —dijo Mason—. Lo hiciste perfectamente. Sólo que violaste media docena de secciones del Código Penal.

—Y entonces, ¿qué?

—Seguro como el diablo que ellos te detendrán si alguna vez descubren lo de esa llamada.

—Muy bien. Déjalos que traten de descubrirlo. Yo sabía que estaba jugándome una oportunidad, pero una muchacha que no corre un riesgo una vez que otra, es un palo. Y además tengo el abogado más inteligente de la ciudad de mi parte.

—El abogado —dijo Mason— sería sólo una camisa almidonada sin su secretaria. Cielos, Della. No hay que maravillarse de que Holcomb pareciera como si hubiese tragado demasiado jugo de tabaco. ¿Te he aumentado el sueldo recientemente?

—Sí.

—Bueno, pues vuélvete a aumentar —dijo Mason—. Vas mejor y mejor. Y ahora tienes otro nuevo trabajo. Ve a tu departamento. Espera allí. Paul llevará a Verónica Dale. Encuentra algún sitio para tenerla oculta. Yo saldré tan pronto como pueda irme, pero acaso sea tarde.

»Empieza ya, Della, y esperemos que tendremos suerte. Vamos a necesitarla a montones.

CAPÍTULO XIII

Perry Mason golpeó suavemente en la puerta del departamento de Della Street.

Ella abrió un pequeño resquicio de la puerta, vio quien llamaba y le dio entrada cerrando suavemente detrás de él.

—¿Todo va bien? —preguntó Mason.

—Está abajo, en el departamento

13 B.

—¿Hizo algún escándalo?

—Dulce como un cordero.

—¿La tuviste aquí por algún tiempo?

—Sí. Pero solamente un momento. Tenía miedo que viniesen a buscarla aquí. Tuve también otro visitante.

—¿Quién?

—Lorraine Ferrell.

—¿Cómo? —preguntó Mason.

Ella movió la cabeza.

—¿Cómo fue eso? —preguntó de nuevo Mason.

—Andaba buscándote a ti. No pudo obtener ninguna noticia satisfactoria en la oficina y entonces vino aquí. Eso fue cuando yo estaba esperando a Verónica y al hombre de Drake, y así me libré de ella en seguida. Está muy nerviosa, quiere verte, dice que es terriblemente importante. Jefe, yo voy a decirte algo sobre esa mujer. Está enamorada de John Addison.

—¡No!

—Definitivamente sí.

—Pues no lo mostró así cuando yo hablé con ella y Addison.

—Quieres decir que no lo viste. Es preciso una mujer para ver cosas como ésa.

—Caramba, Della, eso complica las cosas. Si ella supiese algo sobre Verónica, podría ponerse celosa.

—Pienso que lo sabe y pienso que lo está.

—¿Y qué hay sobre John Addison? —preguntó Mason—. ¿Estará enamorado de Lorraine?

—No sé respecto a él —dijo Della—, pero puedo decirte definitivamente que esa mujer está enamorada de él.

Mason se sentó en la esquina de la mesa balanceando un pie y con la frente fruncida.

—Eso podría complicar las cosas. ¿Y qué hay sobre Verónica?

—Es exactamente lo mismo de siempre. Addison le dijo que quería que fuese con el hombre de Drake y ella lo siguió como un dulce corderito. No preguntó, sólo obedeció. Vino aquí y yo le dije que estaba consiguiendo un departamento para ella, y hasta que lo lograra, tenía que estar dentro de ese departamento sin comunicarse con nadie.

—¿Le diste alguna razón?

—No tuve que hacerlo. Fue completamente dócil. Jefe, una mujer no *puede ser* tan inocente como todo eso.

—¿Crees que está complicada en el asesinato?

—Aparentemente ella no lo cree y eso es punto y aparte —dijo Della Street—, pero eso no está claro. Una muchacha con su belleza tiene que haber tenido hombres que la cortejasen. Debe saber todo lo que ocurre. Si el dueño rico de un almacén general la recoge y la lleva en su automóvil, le consigue una habitación en un hotel, luego le da un empleo y después repentinamente la saca del empleo y la envía a un departamento donde se supone que debe estar recluida misteriosamente, caramba, jefe, hasta una joven e inocente muchacha se rebelaría contra eso.

—¿Y no hay signos de rebelión?

—Sólo dulce inocencia —dijo Della Street—. Una inocencia completamente sintética.

—¿Ellos la sacaron del «Hotel Rockaway» sin conflicto?

—Sí. Aparentemente la policía no había empezado a investigar sobre ella. Los hombres de Drake se aseguraron primero de que aquel lugar no estaba siendo vigilado. Después hicieron que fuese a pagar su cuenta, tomar su pequeña maleta y marcharse.

—¿No ha adquirido más equipaje?

—Al parecer, no. La mayoría de las mujeres, en esas circunstancias, hubieran hecho que Addison autorizase una cuenta para ella y hubiese adquirido algunas ropas. A mí esta muchacha me parece una viajera experimentada. Lo que ella es capaz de hacer con las pocas cosas que tiene en esa pequeña maleta, es absolutamente asombroso. Desde luego, su equipaje son cosas ligeras que se guardan muy bien. Jefe, yo te digo que hay algo muy raro respecto a esa muchacha.

—Bueno —dijo Mason—. Voy a echarle una mirada, y con esto quiero decir una buena mirada. ¿Departamento 13-B?

—Exactamente.

—¿Cuánto tiempo dispondremos de ese departamento?

—Una semana. La muchacha que lo tiene alquilado está en Salt Lake. Le telefoneé y le expliqué algo de lo que ocurría. Le dije simplemente que precisaba un departamento para una muchacha sola y que le pagaríamos veinte dólares por día y respondíamos de todo daño. Saltó de alegría con la sorpresa.

—Muy bien —dijo Mason—. Iré a ver cómo se porta Verónica en sus nuevos cuarteles. ¿No crees que no tiene ninguna idea de que está siendo puesta fuera de la circulación por causa de ese caso de asesinato?

—No sé lo que piensa —dijo Della Street—, pero afirmo que está haciendo una comedia. Una muchacha no puede ser tan tonta.

—¿Tan inocente?

—Tan tonta.

—Acaso no haya «lobos» paternos en la pequeña ciudad donde ella se ha criado.

—Tienen películas. Y tienen revistas. Tienen radio. Y aunque quizá no tengan «lobos» que viven en tan bellas cuevas, puedes apostar de todas formas que tienen «lobos».

Mason dijo:

—Bueno, voy a echarle una mirada a ese pequeño cordero.

—La que finge ser un pequeño cordero, si me preguntas a mí —dijo Della Street—, perdiéndose fuera del rebaño, balando desmayadamente y mirando de soslayo con sus dulces ojitos al lobo. Cielos, qué felina soy. Pero no puedo evitarlo.

—Bueno, voy a verla —dijo Mason sonriendo.

—Si tomas mi consejo, debes de llevar un testigo.

—Un testigo o una dama de compañía.

—Los dos.

—Puedo llegar más lejos si voy solo.

—Puedes llegar *demasiado* lejos. Recuerda, jefe, que no puedes ni siquiera repetir lo que ella dijo. Y si ella lo dice con ese dulce aire de inocencia en su mirada...

—Has hecho una gran venta —dijo Mason—. Toma tu libreta de notas y ven conmigo.

Della Street tomó su libreta de taquigrafía, se la puso en el bolsillo y acompañó a Mason dos pisos abajo, por las escaleras, al departamento

13-B.

Mason golpeó en la puerta.

Verónica Dale la abrió por completo.

Hubo un relámpago momentáneo de expresión, pero éste fue muy breve. Era muy difícil decir si se sintió decepcionada o sorprendida.

—Oh, señor Mason —dijo—. Qué bien que haya venido a ver el departamento. Es absolutamente maravilloso. No sé cómo podré agradecer esto al señor Addison...

Mason se abrió camino adentro del departamento y dijo:

—Voy a echarle un vistazo.

—Es maravilloso. Lo tiene todo.

Della Street se sentó, para no molestar, en una esquina del departamento y puso su libreta de taquigrafía equilibrada sobre sus rodillas.

—¿Tiene alguna idea del *porqué* está aquí, Verónica? —preguntó Mason.

—El señor Addison dijo que iba a tratar de conseguir algo para mí. Dijo que una muchacha no podía estar viviendo en el hotel y trabajando..., bueno, usted sabe, no se puede pagar una habitación de hotel y con servicio de hotel. Iba a tratar de conseguir un departamento para mí. Así entonces, me envió esta nota diciendo que podía ir con el portador, que yo no tenía que trabajar y que sólo tenía que hacer lo que el hombre me dijese. Era una nota extraña, pero sabía que estaba intranquilo y consentí en ello. Tenía una idea de que eso se relacionaba con conseguir un departamento.

—¿Usted sabía que los departamentos escasean?

Ella sonrió y dijo:

—Yo sabía que el señor Addison tenía influencia. Y mire lo que él ha hecho..., gracias también a la señorita Street, desde luego.

—Verónica, vamos a tener una conversación. Quiero saber algo sobre su pasado —dijo Mason.

—Cómo no; sí, señor Mason —dijo ella, y después añadió—: Desde luego.

Mason arrastró una silla para ella de manera que se encontrase frente a Della Street. La hizo sentarse, se sentó él en otra, cruzó sus largas piernas, encendió un cigarrillo y miró a la muchacha especulativamente.

—¿De qué se trata? —preguntó ella.

Mason dijo:

—Verónica, creo que usted se siente agradecida al señor Addison.

—¿Agradecida? —exclamó ella—. Lo haría todo por él. Creo que es el hombre más bueno del mundo.

—Magnífico. Ahora, yo soy el abogado del señor Addison.

Ella meneó la cabeza.

—Y el señor Addison se encuentra en un lío.

—¿En un lío? ¿El señor Addison? Oh, no. No puede ser. Es tan bueno. El...

—Está en un lío por causa de la muerte de su socio. Ahora, Verónica, quiero que usted conteste a unas preguntas.

—Sí, señor.

—¿Usted estaba viajando con ayuda de los automovilistas cuando encontró al señor Addison?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevaba usted viajando así?

Ella levantó su mano, empezó a contar con los dedos y dijo:

—Cinco días.

—¿Y por qué hacía eso?

—No lo sé, señor Mason. Yo solamente sentí un irresistible deseo de marcharme de aquella pequeña ciudad. Parecía como si no pudiese resistirlo un día más. Odiaba el dejar a mi madre, pero..., bueno, así es como fue. Una muchacha tiene que vivir su propia vida. Está bien que mi madre se asiente en esa ciudad con su pequeño negocio de restaurante, pero a mí me parecía como si

estuviese tratando de enterrarme a mí misma. Mi madre tiene un pequeño restaurante. Yo la ayudaba sirviendo a las mesas, haciendo algo de cocina, lavando platos y teniendo las cosas limpias. Había montones de trabajo relacionados con eso.

—¿Y es buen negocio? —preguntó Mason.

—No. Es sólo un sitio de paso. Nosotros hacíamos un negocio regular con los chóferes de camiones y las gentes que iban de viaje por la carretera. Y además, desde luego, había algunos clientes del mismo lugar. Casi nunca teníamos un cliente fijo. El pueblo era tan pequeño que pocas personas se detenían allí. Éstas sólo se detenían brevemente.

—Cuando usted se marchó, ¿no le dijo a su madre adónde iba?

—No. Simplemente me marché.

—¿Y le ha notificado usted ahora de que ya está residiendo aquí?

—No.

—¿Por qué no?

—Tengo miedo que ella..., bueno, no sé. Tengo miedo de que ella venga y me lleve.

—¿Qué edad tiene usted?

—Dieciocho.

—¿Y no piensa que su madre puede estar tratando de seguirla a usted?

—Cielos, no. No puede tener ninguna idea de si me he ido al Norte, al Sur, al Este o al Oeste.

—¿No se supone que acaso ella esté preocupada por usted?

—Lo dudo. Ya tengo bastante edad para cuidarme de mí misma.

—Verónica, ¿cuál es el nombre de su madre y dónde vive? ¿Dónde está esa pequeña ciudad de que tanto habla usted?

—Su nombre es Laura..., Laura Mae Dale, y no quiero decirle a usted en donde ella vive.

—¿Por qué?

—Porque le escribiría. No quiero que ella sepa dónde estoy. Puede llevarme de regreso.

—Díganos exactamente qué ocurrió antes de que encontrase usted al señor Addison.

—¿Antes que lo encontrase?

—Exacta, inmediatamente antes.

—Yo estaba en dificultades.

—¿Qué clase de dificultades?

—Dificultades con los «lobos».

—¿Cómo ocurrió eso?

—En la vieja forma de siempre. Yo traté de escoger los coches. Al oído medía su tamaño, escuchando el ruido del motor. Cuando usted se encuentra parado al lado de la carretera, puede oír el motor de un coche desde lejos. Y después, desde luego, puede comprobar mucho por el aspecto de un auto. Si tiene un montón de cosas brillantes al frente y parece caro, entonces doy vuelta de forma que la gente del coche puede ver que quiero que me lleve; pero si es un auto viejo, vuelvo mi cara al otro lado y levanto la cabeza para mostrarles que estoy esperando un autobús.

»Algunas veces cometo un error. Y con este hombre cometí uno de ellos. Pensé que era correcto y subí al coche. Era ya después de oscurecido entonces y no pude darme cuenta de cómo era su auto. Casi tan pronto como subí, empezó a galantearme.

—¿Y eso le importaba a usted?

—Mientras mantuviese sus manos fuera de mí..., más bien me gustaba. ¿Está muy mal eso, señor Mason?

Della Street, levantando los ojos de su libreta de taquigrafía, sorprendió la mirada de Mason y le hizo un ligero guiño.

—Eso depende —dijo Mason—. ¿Por qué le gustaba a usted eso, Verónica?

—Porque era diferente de lo que hacían en la pequeña ciudad, por la forma en que empezó a hacerlo y todo lo demás. Eso era..., bueno, era algo inteligente. Después empezó a poner sus manos en mí y quise gritar. Sólo deseaba salir del coche inmediatamente.

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Apagué la llave del encendido, la saqué después de cerrar aquél y, claro está, el coche se paró. Abrí la puerta y salté afuera. No pudo correr detrás de mí y atraparme, ni tampoco pudo dejar su auto allí mismo, en medio de la carretera, y empezó a correr persiguiéndome.

—¿Y qué hizo usted cuando saltó afuera?

—Entonces le arrojé las llaves y..., bueno, eso es todo. Solamente le arrojé las llaves.

—Y después, ¿qué?

—Oh, dijo un montón de cosas, pero, desde luego, los hombres hacen eso cuando están decepcionados.

—¿Cómo —preguntó Mason— aprendió usted tanto sobre los hombres?

—Yo... Yo he hablado con mucha gente.

—Y sobre eso de viajar de favor, ¿cómo sabía usted la forma de hacerle frente a un «lobo»?

—Una muchacha me lo dijo; yo creo que fue de ahí de donde yo saqué la idea de viajar así, señor Mason. Esa muchacha era uno de los pocos transeúntes que se detuvieron en el restaurante y habló conmigo. Quería un sitio para pasar la noche. Caramba, señor Mason, ciertamente tenía valor. Solamente tenía unos dos dólares y cincuenta centavos. Había estado viajando gratis y pensaba seguir haciéndolo así. Decía que lo conseguiría de alguna manera. Yo pensé que una muchacha tenía que ser..., bueno, usted sabe, una *mala* muchacha para hacer cosas como ésa. Pero ella me dijo que no era preciso en absoluto ser mala, que casi todos los hombres eran muy caballeros y algunos de ellos le darían dinero a una muchacha sólo para ayudarla en su camino. Yo le pregunté sobre los hombres malos y ella entonces me explicó el truco ese del encendido del auto. Dijo que cada vez que subía a un coche lo primero que hacía era observar la llave del encendido, de forma que cuando las cosas se ponían demasiado mal, siempre podía echarle mano, cortar el encendido, girar la llave, parar el auto y después apearse y esperar a otro que la llevase.

—¿Y eso es lo que usted hizo esa noche precisamente antes de que el señor Addison la recogiese?

—Sí.

—¿Puede usted recordar el lugar donde él la recogió?

—Sí. Exacto junto a una tajea.

—Ahora, dígame exactamente, ¿qué ocurrió?

—Bueno, yo salté de aquel auto. Aquel hombre era muy mal intencionado y dijo un montón de cosas, pero después se marchó. Yo tenía miedo. No traté de conseguir que otro auto me llevase durante un tiempo. Creo que caminé una milla o así, y cada vez que oía un coche que llegaba, me iba al lado de la carretera y me escondía en la maleza. Yo pensaba que podía ser aquel mismo hombre que regresaba.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted haciendo eso?

—Debió haber sido media hora o tres cuartos.

—Y luego, ¿qué?

—Luego me cansé y comprobé que no podía continuar el camino así, y entonces me senté al lado de la tajea.

—¿Cuántos autos pasaron después que usted se sentó?

—Ninguno. El señor Addison fue el primer automovilista que pasó.

—¿Usted escuchó el ruido del motor?

—Sí. De hecho, señor Mason, el auto del señor Addison estaba abajo en alguna parte, en una carretera lateral. Lo oí ponerse en marcha y después ir por una carretera más o menos paralela a la principal y luego oí las ruedas sobre un puente de madera y que el coche subió a la carretera principal, paró y volvió a correr de nuevo. Oí al conductor cambiar las marchas, la forma en que el motor sonaba y todo lo demás y..., bueno, estaba bastante cansada para decidirme a arriesgarme a todo lo que fuese.

Mason miró a Della Street.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted sentada en la tajea, Verónica?

—No lo sé. Cuatro o cinco minutos, quizá. No había demasiado tráfico a lo largo de esa carretera a aquella hora. Es una de las carreteras principales, pero no la principal.

—En cuanto usted estuvo allí, ¿oyó alguna cosa que pudiese haber sido un tiro?

—No tiros —dijo ella—. Pero sí había alguien que tenía algún problema con su automóvil. Se oyó el ruido del escape cuatro o cinco veces.

—¿Dónde? —preguntó Mason.

—Allí cerca de la carretera. Caramba, señor Mason, puede haber sido el coche del señor Addison. Yo no lo sé. Era en aquella vecindad, en alguna parte.

—¿Oyó usted los estampidos del escape?

—Sí, cinco o seis veces.

—Describa esos ruidos —dijo Mason—. ¿Fue un ruido grande y luego, después de poco tiempo, otro y...?

—No. Fueron todos juntos, casi al mismo tiempo. Recuerdo haber pensado sobre eso entonces porque normalmente, cuando se oyen una serie de estampidos del escape, es igual que cuando un

camión está bajando una colina o algo parecido. Cuando una persona pone en marcha un coche y falla y el escape produce estampidos, pasa más tiempo entre..., entre los ruidos.

Mason le observó el rostro. Ella le sostuvo la mirada con sereno candor y la tranquilidad de la mayor inocencia.

—No dijo nada sobre esos estampidos del escape cuando hablé antes con usted.

—¡Cielo Santo! ¿Por qué había de hacerlo, señor Mason? No era quizá más que un viejo automóvil haciendo ruido con el escape.

—¿Y esos ruidos se produjeron todos a un tiempo?

—Sí. Primero un estampido, después otro y luego tres o cuatro realmente rápidos y simultáneos.

—¿Y eso fue todo?

—Yo creo que la persona aquélla consiguió poner en marcha su coche.

—¿Pero eso ocurrió algún tiempo antes de que el señor Addison apareciese?

—Oh, sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Un minuto poco más o menos —dijo ella inocentemente.

—¿Mucho más de un minuto?

—No lo creo. Acaso un minuto o dos. Ahora que vuelvo a pensarlo, pudo *haber* sido el propio señor Addison poniendo en marcha su coche.

Se oyeron golpes en la puerta y después alguien giró el pasador y golpeó con el pie en la base de los paneles.

—Vamos, vamos, abran —gritó impaciente una voz de hombre—. Abran o echaremos la puerta abajo. En nombre de la Ley.

Mason dijo:

—Verónica, yo quiero que usted piense cuidadosamente...

—¿Qué está haciendo la Ley aquí? —preguntó ella.

—Es sobre esos ruidos del escape —continuó Mason—. Usted hizo...

Una voz en el pasillo dijo:

—Por favor, no hagan tanto ruido. Aquí hay una llave pasador.

Se oyó el ruido de una llave en la puerta y el teniente Tragg y el sargento Holcomb entraron en la habitación.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Tragg—. Interrumpiéndoles un

lindo *tête-à-tête*, ¿eh?

—Exactamente, interrumpiendo —le contestó Mason.

Holcomb dijo:

—Creo que lo hemos atrapado en esto, teniente. Está presionando a un testigo de la acusación.

Mason sonrió y dijo:

—Un testigo para la defensa, caballeros.

—Usted puede pensar eso —dijo Tragg—, pero ya será una historia diferente cuando realmente diga la verdad. Usted sabía que nosotros queríamos sacar a esta muchacha y llevarla a la carretera para que señalase el sitio donde Addison la recogió.

—Pero no hasta la noche —dijo Mason.

—Y así, ¿qué?

—Que no es todavía de noche.

—Es un testigo para la acusación.

Mason, cansado, le dijo a Della Street:

—No tiene utilidad el argüir con estos hombres. Della, pienso que aquí es hasta donde hemos llegado.

La sonrisa de Tragg fue triunfante:

—Otra vez equivocado, señor Mason. Aquí es donde usted se va.

Fuera, en el pasillo, Della Street dobló su libreta y dijo:

—Bueno, creo que les llevamos alguna delantera en eso.

—No lo sé —dijo Mason—. Pero tenemos a Tragg preocupado. No sabe exactamente lo que Verónica nos dijo y no dudará que tenemos eso tomado en taquigrafía.

—Le pedirá que le diga lo que nos contó.

—Aun así no lo sabrá. Y a la hora en que empiece a hacer preguntas, la encontrará ya un poco precavida, a menos que ella sea la más experimentada embustera en diecisiete Estados.

—Por lo que a mí concierne —dijo Della Street amargamente—, puedes decir en dieciocho Estados.

—¿Tan malo es eso? —preguntó Mason.

Della Street apretó enfurecida el timbre del ascensor.

—Todo ese asunto del estampido del escape —dijo—, pone realmente en mala situación a Addison.

—Efectivamente, así es —admitió Mason—. Desde luego, en cierta forma Addison se puso a sí mismo en esa situación.

Entraron en el ascensor, subieron dos pisos y salieron hacia el

departamento de Della Street. Della metió la llave en la cerradura de la puerta, giró aquélla y cuando nada ocurrió dijo:

—¿Quieres creer que no funciona bien la cerradura? Yo... — volvió a hacer girar la llave y dijo:

—No abre.

Mason probó y dijo:

—Caramba, Della, parece como si estuviera abierto.

Dio vuelta al picaporte y la puerta se abrió.

—Bueno, maldita sea —dijo Della Street—. Creo que dejé el cierre sin soltar el muelle de seguridad. Lo había dejado sujeto para que pudieses entrar en el caso de no poder abrir en aquel momento.

—Creo que así fue. No recuerdo haberte visto sacar el gancho del resorte de seguridad.

—Bueno, yo *debiera* haberlo hecho. Siempre lo hago.

—Es difícil recordar pequeñas cosas de rutina —dijo Mason—, pero estoy seguro de que no lo hiciste. De todas formas, ése es asunto menor. Por lo que nosotros estamos luchando ahora es por conseguir para Addison una salida. Las cosas parecen muy negras. Su coche estaba allí probablemente a la hora exacta en que se cometió el crimen. El hombre fue muerto con su revólver. Un testigo lo señalará en cuanto a la hora que se hicieron los disparos. Y ahora tenemos un testigo que declarará que los tiros fueron disparados en rápida sucesión. Ya puedes ver la forma en que la policía construirá sobre esa teoría. Addison, gran tirador, está junto a su automóvil. Ferrell está en la habitación de arriba. Addison apoya un brazo en la portezuela del automóvil o quizá se agacha y apoya el brazo en la capota del coche. Apunta cuidadosamente, oprime el gatillo enviando un proyectil a través del cristal de la ventana a la cabeza de Ferrell. Después se vuelve tranquilamente, vacía el revólver, abre el cilindro, saca de él las cápsulas, las mete en su bolsillo y arroja el arma lejos.

—¿Y con qué idea había de sacar las cápsulas? —preguntó Della Street.

—Aparentemente, la persona que cometió el asesinato —dijo Mason— pensó que si la policía no podía apoderarse de las balas que había en el revólver y probar que el proyectil fatal era igual al de las cápsulas que había en el revólver, no podrían probar definitivamente que era el revólver con el que fue cometido el

asesinato.

—Pero es una cosa muy extraña el que un hombre arroje el revólver en la escena del crimen, particularmente cuando la policía podría comprobar los números del arma y descubrir quién era su dueño.

—Tienes que recordar que, como Addison dijo, el revólver probablemente no hubiera sido encontrado si la policía no hubiese andado buscando allí de noche y el foco de las linternas no hubiese reflejado el metal del arma. Addison pareció más bien sorprendido de que el revólver fuese encontrado. Había caído detrás de un peñasco del lecho del río de unos dos pies de diámetro y solamente podía ser visto desde una dirección. Fue pura suerte que la policía lo descubriese..., o infortunado, dependiendo esto de cómo se mire.

—¿Tú no crees que Addison lo mató?

—Addison no es el tipo. Es impulsivo, irritable y nervioso. Pero está acostumbrado a pesar las consecuencias.

Mason se acomodó en la butaca convencional, con mucho relleno, con cojines bien recubiertos, y estaba sacando un cigarrillo cuando sonó el teléfono.

Della Street contestó y dijo:

—Sí..., hola..., oh, hola, Paul... Sí, está aquí.

Le entregó el teléfono a Mason y dijo:

—Drake quiere hablar contigo.

Mason, sosteniendo el teléfono con una mano, con la otra buscó un fósforo, encendió su cigarrillo y dijo:

—Sí, hola, Paul.

—Perry, deja inmediatamente lo de Verónica. La policía va en camino de darle una sacudida a Della. Tienen un soplo...

—Tu aviso llega demasiado tarde, Paul. Ya han estado aquí —replicó Mason.

—¿Encontraron algo?

—Sí. A Verónica.

—¡Demonios! Hablará.

—Sí, hablará. Holcomb y Tragg la descubrieron y...

—Están muy optimistas sobre alguna cosa, Perry. Deben de estar sobre importantes huellas y Holcomb no se pararía en barras para fraguar algo contra ti. Conserva las narices limpias.

—Así lo haré —le contestó Mason y colgó.

Della Street tomó el teléfono de manos del abogado y volvió a ponerlo en la mesa de al lado.

—Paul Drake tuvo una idea, Della. Dijo que Holcomb podía tratar de fraguar algo contra mí. Si alguien abrió tu puerta con una llave pasador o si tú la dejaste sin cerrar, la respuesta podría ser la misma. Vamos a echar una mirada.

—Seguramente no creerás que ellos...

—Pueden haber puesto aquí un micrófono —terminó diciendo Mason—. Veamos.

Empezó a buscar detrás de los cuadros, a mirar por las paredes y a mover los cojines. Della se le unió en la búsqueda.

—No puedo encontrar nada —dijo Mason al fin—. Todavía no puedo figurármelo.

Entonces levantó el cojín de la gran butaca.

—¡Oh, oh! —exclamó Mason.

Della corrió hacia él:

—¿Qué es?

En el hueco debajo del cojín había seis cartuchos vacíos del calibre 38, amontonados en un pequeño nido.

—¿Qué es eso? —preguntó Della Street.

—Esto —dijo Mason— representa una prueba *plantada*, Della.

—¿Fue el sargento Holcomb quien los *plantó* aquí?

—A menos que Verónica se sentase en esta butaca y los dejase escondidos..., o Loraine Ferrell. ¿Dices que te visitó?

—Sí, pero sólo por unos momentos.

—¿Estuvo sentada en esta butaca?

—Sí. Se sentó aquí durante unos segundos, no mucho tiempo.

—¿Y Verónica se sentó aquí?

—Sí.

Mason arrugó el ceño pensativamente.

—¿Qué hacemos? —preguntó Della.

—Si esto es una trampa, deberíamos telefonar a la Jefatura de Policía y comunicar el haber encontrado estos cartuchos. Esto pondrá al sargento Holcomb en su sitio. Y si esto no es una trampa y alguien dejó esta prueba aquí, tendremos que tratar de deshacernos de ella sin que nos complique.

—¿Y si nos atrapan deshaciéndonos de esta prueba?

—Entonces estamos enganchados.

—¿Y cómo sabes si es una trampa o no?

—Ése es el enigma. Bien quisiera saber si tú habías cerrado la puerta antes de que fuésemos al departamento 13-B.

—Y yo también.

—Simplemente, ¿pudiste haber olvidado cerrarla?

—Sí.

—Yo más bien pienso que olvidaste cerrarla —dijo Mason—. Estoy muy seguro de que tiraste sencillamente de la puerta cerrándola, pero sin echarle el pasador. Nosotros estábamos hablando en aquel momento y yo no recuerdo que soltases el botón del seguro.

—¿Y qué ocurriría si llamasess a la policía y le dijesses que encontraste esos cartuchos vacíos aquí, en el departamento? —preguntó Della Street.

—Eso crucificaría a nuestro cliente, Della. Si yo había estado tratando de ocultar pruebas, resultaría haber sido lo bastante tonto para haberlas puesto en tu departamento. Pero los lectores de los diarios no se lo imaginan en esa forma. Los titulares de los periódicos saldrían gritando a lo ancho de las primeras páginas: *El abogado de Addison entrega las pruebas. —La policía encuentra cartuchos vacíos en el departamento de la secretaria de Mason.*

Della Street hizo un pequeño movimiento encogiendo los hombros y dijo:

—Caramba, jefe, ya veo esos titulares de los diarios ahora que los mencionas.

—Y si esto es una trampa de la policía y yo trato de sacar estas pruebas fuera de este departamento y la policía me atrapa... ¿Tienes alguna cinta elástica fuerte aquí, Della?

—Sí, tengo algunas bandas gruesas de las que utilizamos para sujetar los paquetes de documentos. Traje algunas de la oficina.

—Dame un par de ellas.

—¿Qué es lo que vas a hacer?

—Si esto se trata de una trampa —dijo Mason— voy a tratar de deshacernos de ella. Trae también alguna cuerda, Della, por favor.

Mason arrastró una silla del corredor hasta una de las ventanas. Abrió la ventana, sujetó los elásticos a dos barras verticales de la silla y dijo:

—Yo acostumbraba a ser considerado un buen tirador con una cosa de éstas, Della.

Metió uno de los cartuchos vacíos en el improvisado tirador después de haber limpiado de él todas las posibles huellas dactilares. Tiró atrás el elástico, apuntó a la esquina lejana de un descampado y disparó. El cartucho vacío silbó, brilló en el aire y fue a caer en el terreno adjunto.

Mason aplicó a los cinco cartuchos restantes el mismo proceso y después soltando el tirador de la silla cerró la ventana.

CAPÍTULO XIV

Mason, paseando por su despacho, le dijo a Paul Drake:

—Caramba, Paul, esa mujer tiene que estar en alguna parte. Y estoy seguro que ella representa una importante pieza que falta en este rompecabezas. Incidentalmente y sólo para mostrarte el modelo de lo que ella es, el cheque que me dio para un Banco de Indianápolis era falso. Telefoneé al Banco para obtener su dirección. No tiene cuenta allí. Jamás han oído el nombre de Laura Mae Dale.

—Pues no puedo encontrarla —dijo Drake.

Mason volvió a pasear.

—¿Qué ha ocurrido con Verónica? —preguntó Drake.

—Estaba solamente empezando a resultar interesante cuando la fiesta se acabó.

El teléfono sonó. Mason lo descolgó y dijo:

—Hola.

Y oyó la voz de Della Street diciendo:

—He estado observando por la ventana, jefe. Se han ido juntos a algún lugar. Verónica llevaba su bolso con ella y marchó en un coche de la policía.

—¿Y nadie se ha presentado para registrar tu departamento?

—Todavía no.

—Bien, Della, tenme informado. Estaré aquí en la oficina por algún tiempo.

Mason colgó el teléfono y dijo:

—Todos se han marchado dejando el departamento. Verónica va con ellos. Eso es lo último que sabremos de ese bebé hasta que ellos la presenten en el estrado de los testigos.

—¿Y qué vas a hacer con Addison? —preguntó Drake—. ¿Va a contar su historia?

—No, hasta que sea llevado al estrado de los testigos.

—Eso lo pone todo muy difícil.

Mason meneó la cabeza.

—¿Vas a tratar de estancar las cosas?

—Me temo que tendré que hacerlo, Paul. Yo no puedo mantener a Addison en línea mucho más tiempo. Va a estallar por un lado o por otro. O bien sufrirá un ataque nervioso, o bien arrojará toda precaución al viento y empezará a hablar.

—¿Y qué ocurrirá cuando empiece a hablar?

—No está en posición de hablar, Paul.

—No lo hizo ya, ¿no?

—No.

—¿No puede decir la verdad?

—No muy bien.

El teléfono sonó. Mason lo agarró y dijo:

—Hola..., sí, exactamente aquí.

Se volvió y dijo:

—Es para ti, Paul.

Drake tomó el teléfono y dijo:

—Hola. —Escuchó un momento y entonces añadió—: ¿Cómo es eso...? Oh, sí..., espere un minuto, voy a tomarlos..., ¿qué es eso...?, bueno, maldita sea... póngalo a él y déjeme hablarle... Hola, Frank..., ¿cómo es eso...?, ¿cuál es el resto...? Bien. Estese por ahí.

Drake colgó y le dijo a Mason:

—Esto es extraño.

—¿Qué?

—La policía tiene otro testigo. Un tipo que vive a media milla de la casa de la granja. Él no puede ver la casa desde el lugar donde vive, pero sabía que había sido vendida. Y el martes por la noche oyó seis tiros viniendo de la vecindad de aquella casa. Desde luego, Perry, ésta es la misma vieja historia. Al tiempo que él oyó las explosiones, pensó que era un camión con el escape abierto al disminuir la velocidad en la carretera principal, pero su mujer insistió en que alguien estaba disparando. Así, pues, escribió una nota de la hora que era.

—¿Y qué hora era?

—Exactamente faltaban diez minutos para las nueve.

—¿Y dijo algo sobre la secuencia de las explosiones?

—Sí, hubo un tiro, después otro, casi inmediatamente después un intervalo de dos o tres segundos, y finalmente cuatro tiros más.

Mason encendió un cigarrillo contemplando ceñudo la llama del fósforo antes de sacudirlo para apagarlo.

—Una cosa más —dijo Drake—; hay una joven en el almacén general, una niña de dulce mirada, según creo, que tiene un gran tipo y lindas curvas. Edgar Ferrell le pidió que fuese en el auto a aquella casa de la granja el viernes por la noche. Le dijo que si ella iba y tenía una conversación con él, iba a significar mucho para ella. Le prometió ponerla a cargo del departamento de personal.

—¿El viernes por la noche? —exclamó Mason.

—Exacto.

—¿Cuál es el nombre de ella, Paul?

—Merna Raleigh.

Mason dijo:

—Quiero hablar con ella.

Drake sacudió la cabeza y dijo:

—No es posible, Perry. Habló con mis hombres y después con la policía. Y la policía le cosió los labios como un saco de harina. No lograrías hablar con ella ni por apuesta, pero mi ayudante consiguió su historia antes de que se la contase a la policía.

»Está escribiendo un informe en la oficina. ¿Quieres verle?

—¿Estás completamente seguro? —preguntó Mason.

Drake dijo:

—Iré a buscarlo. Está en mi oficina.

Dejó el despacho de Mason, se fue por el corredor y regresó en pocos momentos con un joven de personalidad, buen tipo y desenvuelto. Era un hombre que decididamente tenía gran atractivo para las mujeres.

—Frank Summerville —dijo Drake—. Éste es mi as. Lo largo por ahí en los casos en que hay mujeres impresionables a quienes entrevistar. Lo tuve circulando por el almacén general fingiendo que era un cliente. Sólo haciendo charla.

Drake le hizo un movimiento de cabeza a Summerville y dijo:

—Cuéntele su historia, Frank.

Summerville hizo un característico gesto dramático pasándose sus largos dedos por el cabello negro que se extendía en brillantes

ondas naturales desde su frente.

—Drake me dio instrucciones para que permaneciese dando vueltas en el almacén general, comprando pequeñas cosas, haciendo preguntas y tratando de conseguir que las muchachas charlasen. Naturalmente, yo anduve por allí y escogí los mostradores donde no había mucho que hacer. Evité aquellos lugares donde había mucho trabajo.

Mason asintió con la cabeza.

—Pregunté cuestiones discretas sobre si la muerte de Ferrell, conforme venía en los diarios, daría por resultado algunos cambios, y la muchacha en el mostrador de artículos de *toilette* dijo que era mejor que yo le preguntase esa cuestión a Merna Raleigh, en el mostrador de las plumas estilográficas..., y entonces me dirigió una sonrisa maliciosa.

»Así, pues, fui cruzando el almacén hasta el mostrador de plumas estilográficas y vi que Merna Raleigh era una pelirroja muy bonita y realmente traté de impresionarla.

—¿Y qué ocurrió?

—Empecé a mirar plumas estilográficas y a fingir que era muy difícil el que alguna me gustase. Continué probándolas, y mientras lo hacía empecé a hablar sobre lo que estaba ocurriendo allí en el almacén, preguntándole a ella si iba a producirse algún cambio y otras cosas por el estilo. No me gusta decir esto, pero ella ya se había fijado en mí antes. Me había visto en otros mostradores y entonces se franqueó y me preguntó si yo era un detective.

»De ordinario yo me hubiese reído de ella y lo hubiese negado, pero algo en la forma que ella lo preguntó me hizo pensar que podía sacar mejores resultados diciéndole que sí lo era, pues de todas formas sospechaba de mí; así es que le dije que lo era, y entonces confesó que había estado pensando sobre estas cosas y no sabía qué hacer, si debía ir a la policía a contarle o no. Pero, puesto que yo era detective, iba a decírmelo.

—¿Y de qué se trataba?

—Dijo que Ferrell fue junto con ella el lunes por la mañana y parecía estar muy animado. Siempre se había parado en el mostrador de ella y pasado horas allí, y últimamente, como yo descubrí más tarde, él se había puesto un poco más íntimo pasando detrás del mostrador y poniéndole su mano sobre el hombro,

bajando ésta por la espalda y dándole una palmada en las caderas.

—Continúe —dijo Mason—. ¿Y qué ocurrió?

—Habló con ella un rato y le preguntó si le gustaría mejorar su posición, y naturalmente ella le dijo que sí. Se imaginó que estaba tratando de jugar al lobo, pero no estaba completamente segura. La muchacha se preguntaba hasta dónde podría llegar, y conforme me dijo muy francamente, preguntándose hasta dónde iría.

—¿Le gustaba él a ella?

—Aparentemente él no significaba para ella mucho en un sentido o en otro. Era sólo uno de los jefes. Ya lleva algún tiempo trabajando y sabe su camino. Su madre era una antigua empleada en el almacén, una de las poseedoras de acciones; murió hace un par de años y la pelirroja lo heredó todo. Yo creo que ella va muy bien. Estaba dispuesta a ligarse a Ferrell, creo yo, si él le daba las ventajas que le ofrecía.

—¿Y qué fue lo que le prometió?

—Le dijo que iba a ponerla a cargo del departamento de personal con un gran aumento de salario. Y le dijo que quería que fuese a su casa de campo el viernes por la noche, pero no tenía que decir nada de esto a nadie. Quiso saber dónde estaba esa casa de campo, y él le dibujó un plano.

—¿Tiene usted ese plano?

—No. Pero lo tuve. Merna me lo dio, pero antes de marcharme tuve que decirle que no era un detective de la policía, sino que era un agente privado y que ella era un lindo diablillo. Me obligó a devolverle el plano. Iba a ponerse en contacto con la policía y no quería decirle que había contado su historia primero a un detective privado. En esas circunstancias, pensé que era mejor proceder así. Pero logré una buena impresión del plano. Yo creo que dice la verdad.

—¿Qué es lo que le hace a usted pensar así?

—Un montón de cosas. Tienen allí papel sobre el cual los clientes pueden probar sus plumas y ese plano estaba dibujado en una hoja de ese mismo papel. Miré la marca de agua de ese papel para asegurarme y la escritura en él decididamente no era de mano femenina; era del tipo de escritura que Ferrell hubiera hecho. Había sido contable y los números estaban escritos con mucha claridad.

—¿Qué números?

—Los de la distancia. Ferrell le dio a ella la distancia conforme al cuentakilómetros desde el almacén y los números de las carreteras, y después le mostró dónde tenía que doblar; hasta le marcó un lugar señalando el puente de madera a través del lecho seco del río.

—¿Y le dijo que estuviese allí el viernes por la noche?

—Exacto.

—¿A qué hora?

—Dijo que entre nueve y diez.

—¿Y ella no pensó que esa hora era y un poco tarde?

Summerville hizo un guiño y dijo:

—Demonios, usted no podría engañar a esa niña. Es una pelirroja que sabe su camino. Se imaginó que no podía llegar a ser jefe del departamento de personal si no concedía por lo menos algo.

»Ferrell tenía unos treinta y un años; ella tiene unos veintidós. Probablemente hubiera ido muy lejos si pensase que iba a ganar algo importante. No creo que sintiese gran cosa por él, pero Ferrell estaba muy interesado por ella y, naturalmente, a la muchacha esto le gustaba. Las otras compañeras habían observado que Ferrell se detenía siempre en el mostrador de ella y..., bueno, sabe usted, ella sabía que él era uno de los jefes y naturalmente hacía el juego para agradarle.

—Muy interesante —dijo Mason—. Pero no puedo explicarme eso.

—Bueno, aquí hay algo que puede ayudar. La muchacha que está ahora a cargo del departamento de personal es Myrtle C. Northrup y ha sido siempre una fuerte favorita de John Addison. Adora la tierra que Addison pisa y piensa que es el mejor y más inteligente director de almacenes generales del mundo. Tiene unos cuarenta y cinco años; Addison cuarenta y ocho. Al parecer no es gran cosa en tipo, pero es fuerte en eficiencia. Ferrell no la quería. Ella ha estado allí desde hace mucho tiempo antes de la época de Ferrell, cuando el socio de Addison era su padre. Incidentalmente, ella es el tesorero de la corporación.

Mason dio un salto nervioso.

—¡Demonios! ¿Lo es ella?

—Exacto. Asiste a todas las reuniones y es la más importante de los pequeños accionistas. Creo que era muy partidaria del padre de

Ferrell, pero que en cambio odia al hijo.

Mason frunció el ceño.

—¿Y Ferrell iba a hacerle una mala pasada?

—Bueno, le había prometido a esta pelirroja su empleo. Pero en eso la niña era escéptica, porque sabía que Ferrell no podía echar a esa muchacha llamada Northrup. Addison supervisa la mayor parte del personal del negocio. Ferrell hacía gráficos y planos de análisis de ventas. Según se murmura, eran una tontería. Ha estado allí cinco años y ha pasado la mayor parte del tiempo haciendo planos y pronósticos de negocio, pero la murmuración en el almacén indica que ninguno de sus pronósticos resultó acertado jamás.

—Entonces, ¿ha hablado usted con muchas de las empleadas?

—Bueno, creo que me pasé en esto. Esta pelirroja se fijó en mí y lo mismo pueden haber hecho otras. Conseguí montones de murmuraciones y pienso que ya he acabado con todo.

—¿Qué le ha ocurrido a esa pelirroja?

—Telefoné a la policía y en seguida fueron a buscarla allí. No creo que usted consiga hablar con ella.

Mason dijo irritado:

—No me dan ninguna oportunidad. Atrapan a la gente que puede saber algo sobre esto y la sacan fuera de circulación.

—Maldito si no lo hacen —dijo Drake.

—¿Quiere usted alguna cosa más de mí? —preguntó Summerville.

—Creo que no —dijo Mason.

—Haga usted un informe —le dijo Drake—. Haga un informe muy completo. Ponga en él todo cuanto usted puede recordar, cada pequeño detalle, sin que importe lo pequeño que sea. Puede recordar algunas pequeñas cosas que serán significativas.

Cuando Summerville hubo dejado la oficina, Mason dijo:

—Ya es tarde, pero voy a hacer un intento. —Cogió el teléfono y dijo—: Gertie, quiero hablar con la señorita Myrtle C. Northrup en el almacén de Addison. Si no está allí averigüe dónde puedo encontrarla.

Mason colocó el receptor en su sitio.

Drake le dijo a Mason:

—¿Vas a proceder inmediatamente para solicitar un rápido juicio?

Mason meneó la cabeza:

—No queda otra cosa que hacer.

—Tu defendido tendrá que contar una historia muy plausible en esa ocasión, o de otra manera el sentimiento público cristalizará contra él. Ya no puedes detener ese asunto por mucho tiempo.

—Ya lo sé —dijo Mason.

—¿Tiene él una historia, Perry?

—No.

—¿Y tendrá una cuando se abra el juicio?

—No.

—¿Cuándo tendrá una?

—Cuando suba al estrado de los testigos —dijo Perry Mason.

Sonó el teléfono. La voz de Gertie, sonando dulzona en sus blandas cadencias, dijo:

—La *señora* Northrup se marchó de vacaciones ayer. Nadie en el almacén sabe dónde puede ser localizada.

—¿Y por qué pone usted ese subrayado en *señora*?

—Porque así fue como me lo dijeron, señor Mason. Yo pregunté por la señorita Northrup y la muchacha que me contestó dijo que la señora Northrup estaba de vacaciones.

—Trate de conseguir el número del teléfono de su casa, Gertie.

—Ya lo hice. Tengo el número. Nadie contesta.

Mason colgó el teléfono y se volvió hacia Drake:

—Está de vacaciones y probablemente no sabrá nada sobre lo ocurrido, de todas formas.

—Eso no tiene ningún sentido, Perry. Ferrell debe haber estado utilizando el mismo viejo cebo para pescar a esa pelirroja.

Mason meneó la cabeza:

—Pero ¿por qué quería él a esa muchacha en la casa de la granja el viernes?

Drake hizo un guiño:

—Quizá el miércoles y el jueves los tenía ya comprometidos.

—Pudiera ser. Me gustaría hablar con esa pelirroja cuando la policía la deje regresar a la circulación.

»Y ahora te voy a decir lo que vas a hacer. De acuerdo con todas las historias, Laura Mae Dale está manejando un restaurante en una ciudad de Indiana, a unas cincuenta millas de Indianápolis. En cierta forma creí esa historia. Es parte del cuadro que Verónica le

pintó a Addison cuando la recogió. Pero el acento de la muchacha y sus maneras tienden a eliminar eso. Tú probablemente puedes encontrar datos de restaurantes en el Departamento de Salud Pública o algo por el estilo. Pon a tus hombres en acción y que empiecen a investigar en todas esas ciudades cerca de Indianápolis, localizar el restaurante y descubrir quién está a cargo de él, y quizá entonces puedas encontrar cuál es su dirección aquí. Si ella ha regresado al restaurante, haz que tus hombres la metan en un avión y la traigan aquí. Podemos utilizar para obligarla ese cheque falso, si tenemos que hacerlo así. No repares en gastos. Quiero acción y la quiero rápida.

—Exactamente, ¿por qué es tan importante, Perry? —preguntó Drake.

—Eso quisiera saber yo mismo, Paul. Llámale un presentimiento, si quieres, pero echemos una mirada a ciertos hechos. Verónica está en un lugar de la carretera, donde Addison la recoge. La hora es inmediatamente después que Ferrell fue asesinado. El testimonio de ella crucificará a Addison.

»Así, si hay algo falso sobre Verónica, eso puede ayudar al caso de Addison. Ahora Verónica dice que tuvo una lucha con un «lobo». Eso suena convincente y confirma el que estuviese donde estaba. Pero Verónica, tan pronto llegó a la ciudad, fue arrestada por vagabunda una hora más tarde después que entro en su habitación del hotel.

»Puedes decir todo lo que quieras, incluso que la policía es tonta, Paul, pero fue necesaria *alguna* cooperación de parte de Verónica para que todo eso sucediese. Y ahora, ¿por qué quiso ser arrestada?

—¿Chantaje? —preguntó Drake.

—Hasta ahora ésa es la respuesta. Eso la pondría en contacto con Eric Hansell, pero si ése es el cuadro, no necesitaban una «madre» para ayudar a fraguar eso. Sin embargo, la madre apareció en el cuadro diciéndome que Verónica tenía dieciocho años.

—Quizá pensaban usar a la madre en caso de que el plan de vagabunda no diese resultado —dijo Drake.

—Podiera ser. Yo quiero hablar con la madre y quiero hacerlo antes de que la policía lo haga. Tú sabes, Paul, la cosa completa puede no haber sido tan accidental como parece. Verónica puede

haber sido plantada como un cebo para Addison. Hansell puede haber estado deliberadamente apuntando a otra caza mayor... Consígueme a esa madre. Quiero hablar con ella. Comprueba quiénes son los asociados de Hansell y averigua su ficha y... *ponte en acción*.

CAPÍTULO XV

Los reporteros de los periódicos estaban esperando para asediar a Perry Mason cuando el abogado entró en el edificio del Tribunal del juez Keetley.

El Tribunal no estaba todavía en sesión, pero a causa de la importancia del juicio, la sala estaba llena de espectadores. Todos los sitios estaban ocupados y otra multitud de curiosos se hallaban situados en semicírculo alrededor de las paredes, todos de pie hombro con hombro.

El juez Paul M. Keetley entró en la sala.

Un alguacil golpeó con su mazo y anunció que el Tribunal abría la sesión.

El juez Keetley se sentó detrás de la mesa de la presidencia, miró desde lo alto a la sala llena de público, vio abajo la corpulenta figura de Hamilton Burger, el fiscal del Distrito, y después a Perry Mason.

Un alguacil abrió la puerta y escoltó a John Addison dentro de la sala. Addison parecía no haber dormido desde que la policía había descubierto el cadáver de Ferrell.

Cuando el millonario de los almacenes generales caminó recto y consciente hasta la mesa ante la cual Mason estaba sentado, la sala se llenó con un repentino sibileo de comentarios susurrantes.

El alguacil golpeó con su mazo.

Mason dejó caer con naturalidad una mano sobre el hombro de Addison, sonrió y le dijo en voz baja:

—Sonría, tonto.

Addison intentó una sonrisa retorcida.

—Eso ya está mejor —dijo Mason.

—El caso del Pueblo contra Addison —anunció el juez Keetley

—. Ésta es la hora, por lo tanto, fijada para las audiencias preliminares. ¿Están ustedes dispuestos, caballeros?

—Dispuesto para la acusación —anunció Hamilton Burger con las maneras de un beligerante de fuerte pecho.

—Dispuesto para la defensa, Señoría —dijo Mason.

Hamilton Burger se volvió para llamar a su primer testigo.

Mason tomó ventaja de ese dramático momento:

—Señoría —dijo—, nosotros hemos expedido citaciones para Verónica Dale. Tengo entendido que está detenida e incomunicada por la policía y ha sido imposible para nosotros el presentarle esa citación. En vista del hecho de que esa persona es un testigo presencial para la defensa, creemos enteramente justo que el Tribunal ordene a la policía que este testigo sea presentado en esta audiencia, o que nos sea concedido un aplazamiento hasta que el testigo pueda ser presentado.

Hamilton Burger miró a Mason con algo así como una burla:

—Estará aquí —dijo él—. No se preocupe. Y su testimonio será en favor de la acusación.

Carl B. Knight, el ayudante del fiscal y uno de los auxiliares más agresivos de Burger, le sonrió aprobadoramente a éste y susurró algo que fue causa de que la mueca en la boca de Burger se ablandase convirtiéndose en una ligera sonrisa. Burger recostó su grueso torso en la silla giratoria de su mesa de fiscal.

El juez Keetley dijo:

—¿Creo, señor Mason, que usted no va a hacer ninguna escena sobre lo que ese testigo declarará, sino que se conformará con la seguridad dada por la acusación de que ese testigo estará aquí y que su demanda para un aplazamiento queda retirada?

—Sí, Señoría.

El juez Keetley meneó la cabeza y dijo a Hamilton Burger:

—Llame a su primer testigo, señor fiscal del Distrito.

—Charles W. Neffs —llamó Burger.

Charles Neffs resultó ser un *sheriff* auxiliar, el cual, según testificó, había estado de servicio en la noche de los sucesos. En esta ocasión, poco antes de medianoche, había sido recibida una llamada del acusado, John Racer Addison, manifestando que Addison, en compañía de Loraine Ferrell, la viuda de Edgar Z. Ferrell, estaba en cierta estación de gasolina que indicó, y que

manifestó Addison que ellos habían descubierto el cadáver de Edgar Ferrell y habían acudido al teléfono más próximo para comunicarlo.

—¿Qué fue lo que hizo usted? —preguntó Hamilton Burger.

—Fui al lugar donde...

—¿Solo? —interrumpió Hamilton Burger.

—No, señor. Llevé a otro ayudante conmigo y había además un detective privado, Paul Drake, que estaba en mi oficina a esa hora y había estado haciendo preguntas...

—Espere un momento —interrumpió Mason—. Cualquier conversación entre Paul Drake y este testigo que tuviese lugar sin oírla el acusado, ciertamente no responsabiliza a éste.

—Exacto —determinó el juez Keetley.

—Señoría, yo pienso que la situación es aquí un poco peculiar —dijo Hamilton Burger—, por cuanto creo que puede ser probado que Paul Drake era de hecho, desde el punto de vista legal, un agente del acusado.

—¿Puede usted probar eso? —preguntó Mason.

—Puedo presentar hechos de los cuales eso puede ser deducido.

—¿Puede usted *probarlo*? —repitió Mason.

El juez Keetley golpeó en la mesa.

—No hay necesidad de argumentos acalorados entre los abogados —dijo—. El Tribunal ya ha expuesto su decisión. La decisión subsistirá. Al testigo no le será permitido declarar sobre ninguna conversación con ninguna tercera persona fuera de la presencia del acusado, a menos que pueda ser establecido primero que había alguna conexión entre tal persona y el acusado. Continúe con su testimonio, señor Neffs.

Neffs dijo:

—Marché al lugar donde Addison y la señora Ferrell estaban esperando. Era una estación de gasolina a eso de una milla y media de una vieja casa de la granja. En esa casa...

—Espere un momento —interrumpió Hamilton Burger—. Yo creo que podemos presentar un plano de esa zona y así esclarecer la situación. Aquí está un plano que le pido que examine y vea si puede señalar en él exactamente adonde fue. Creo, señor Mason, que usted estipulará que este plano puede ser usado en esta ocasión, a condición de que yo prometa más tarde demostrar que es un plano exacto, hecho a escala y mostrando la zona de este condado

que asegura representar.

—Queda así estipulado —dijo Mason.

Neffs dijo:

—Sí, yo puedo identificar el camino que nosotros seguimos muy fácilmente en este plano. Bajé por esta carretera principal, la cual señalaré con una línea de lápiz hasta el punto que marcaré sobre el plano con el número uno, con un círculo alrededor.

—¿Ésa era la estación de servicio? —preguntó Burger.

—Ésa era la estación de servicio donde el señor Addison y la señora Ferrell estaban esperando —dijo Neffs.

—Y luego, ¿qué ocurrió?

—Luego recogí a la señora Ferrell y al señor Addison y me llevaron a la casa donde habían descubierto el cadáver de Edgar Ferrell.

—Le muestro a usted una serie de fotografías —dijo Burger— y le pregunto si puede identificarla.

—Sí, señor. Esas fotografías muestran la casa donde el cadáver fue descubierto. Muestran la casa desde varios puntos cardinales. El cadáver fue descubierto en esta habitación, cerca de la esquina sudoeste de la casa, conforme aparece en esta fotografía.

—¿Tomó usted estas fotografías?

—No, pero estaba presente cuando fueron tomadas.

—¿Las ha examinado usted?

—Sí, las examiné.

—¿Qué es lo que muestran en términos generales?

—Muestran las circunstancias que yo encontré en esa casa de la granja y alrededores. Muestran los alrededores, las habitaciones, el terreno, exactamente igual que yo los vi cuando llegué.

—Que todas estas fotografías sean marcadas para identificación y presentadas como evidencia —dijo Burger.

—Y la habitación donde fue descubierto el cadáver, conforme aparece en la fotografía, puede ser marcada con un círculo —dijo Mason—. Nosotros consentimos en que esas fotografías figuren en la prueba.

—La ventana de ese cuarto aparece en las fotografías —complementó Burger.

Hubo un momento de espera mientras las fotografías eran marcadas y después Burger continuó con su examen:

—¿Y qué fue lo que encontró usted, señor Neffs?

—Entré en la casa con estas personas. Les advertí que no tocasen nada. Me dijeron, sin embargo, que habían dejado ya algunas huellas dactilares en varios objetos. Subí las escaleras a esa habitación y al abrir la puerta encontré el cadáver tendido en el suelo.

—¿Puede usted describir la posición de ese cadáver?

—Yo tenía una cámara en el coche y tomé una fotografía del cuerpo en el suelo.

—¿Quiere usted presentar esa fotografía, por favor?

Neffs presentó la fotografía y ésta fue marcada como una prueba más y recibida como tal.

—¿Observó usted alguna otra cosa en esa habitación?

—Así fue. Sí, señor, unas cuantas cosas más.

—¿Qué cosas eran ésas?

—Había allí una linterna de gasolina que había sido apagada cerrando el botón que controla la válvula de alimentación y así, pues, la gasolina fue cortada. Esa linterna estaba casi llena. Había un agujero de bala en la ventana y yo...

—Las palabras *agujero de bala* indican una conclusión del testigo, Señoría —dijo Mason.

El juez Keetley asintió con la cabeza.

Hamilton Burger dijo irritado:

—Muy bien. Si el defensor quiere ser técnico, nosotros suprimiremos la palabra y dejaremos sólo *un agujero en la ventana*. ¿Qué clase de agujero era ése, señor Neffs?

Neffs sonrió y dijo:

—Un agujero redondo, señor Burger, *casi exactamente del tamaño* de una bala calibre 38.

Los espectadores en la sala rieron, dándose cuenta, pero fueron silenciados por el juez.

—¿Usted tiene fotografías de ese agujero en la ventana?

—Tengo. Sí, señor, tengo fotografías de esa ventana entera.

Neffs presentó aquellas fotografías, las cuales fueron agregadas como prueba.

—También —continuó Neffs— saqué el cristal de esa ventana y lo coloqué entre dos hojas de plástico transparente.

—¿Por qué hizo usted eso?

—Porque cuando la bala atravesó la ventana había resquebrajado el cristal y yo estaba temeroso de que algunos trozos de aquél pudiesen caer en cualquier momento, destruyendo así la prueba, puesto que el agujero ya no podría ser después visible como un agujero redondo.

Burger hizo seña a uno de los alguaciles, el cual salió de la sala de puntillas, regresando poco después con una caja de madera de unas pocas pulgadas de espesor, pero de unos cinco pies cuadrados de largo.

Burger tomó esa caja, subiéndola al estrado de los testigos, y sacó de ella una lámina de cristal encerrada entre dos gruesas hojas de plástico.

—¿Es éste el cristal? —preguntó.

—Sí, señor. Ése es el cristal.

—¿Ahora puede usted decirle al Tribunal lo que usted hizo para preservar la prueba?

—Sí, señor. Tomé un cortador de cristal y cuidadosamente corté una sección de él de la ventana, tomando la precaución de cortar lo más lejos posible de las resquebrajaduras para que no hubiese posibilidad de fractura. Primero había pegado una hoja de plástico sobre el cristal para mantenerlo firme en su sitio. Cuando lo saqué le pegué otra hoja del otro lado, preservando así el cristal como prueba.

—¿Le hicieron el señor Addison y la señora Ferrell alguna declaración a usted entonces?

—Sí.

—¿Cuáles fueron?

—Me opongo a cualquier declaración hecha por la señora Ferrell que no haya sido formulada en presencia del acusado —dijo Mason—. Sin embargo, yo no pongo objeción a nada que el acusado pueda haber dicho, o a ninguna cosa que fuese dicha en presencia del mismo.

—Muy bien —dijo Burger—. ¿Qué dijo Addison y qué fue dicho en presencia de Addison?

—Addison dijo que sabía dónde estaba aquella casa porque él la había ido a ver tres semanas antes cuando le había sido ofrecida en venta; que él no había estado allí desde esa fecha, pero que cuando la señora Ferrell le habló y le dijo que estaba preocupada sobre su

marido, él le preguntó a ella si había considerado la posibilidad de que su marido pudiese estar en su casa de campo. Ella le había dicho que no sabía nada en absoluto de que su marido hubiese comprado una casa de campo.

—Exactamente —dijo Burger—. Y ahora volvamos atrás por un momento. Yo quiero aclarar una cosa absolutamente de forma que no pueda haber posibilidad de malas interpretaciones. ¿El acusado John Racer Addison le dijo a usted en ese momento y en ese lugar, y en presencia de usted y de la señora Ferrell, que él no había estado en esa casa, salvo en una sola ocasión, unas tres semanas antes, cuando él había ido a verla para una posible compra?

—Sí, señor, lo dijo.

—Y ahora, ¿observó usted algunas huellas alrededor de esa casa?

—Sí, señor.

—¿Qué clase de huellas?

—Huellas de ruedas de automóvil.

—¿Puede usted describírnoslas?

—Tengo fotografías que pueden ser presentadas.

—¿Y esas fotografías fueron tomadas por usted?

—Sí, señor.

—Preséntelas, por favor.

El testigo presentó fotografías de huellas de las ruedas de un coche y aquéllas fueron debidamente marcadas y recibidas como prueba.

—Ahora, pues —dijo Burger—, llamándole su atención sobre estas fotografías de marcas de ruedas A, B,

C y D,

¿qué es lo que muestran?

—Muestran las huellas del automóvil que había dado vuelta poco después de llover. Esas huellas fueron hechas sobre fango y en los momentos del asesinato. Después el sol había secado el fango.

—¿Y porque el auto había dado la vuelta, las huellas de las cuatro ruedas eran evidentes en ese punto particular?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted cuándo había llovido por última vez?

—Sí, señor. En la noche del día ocho y la mañana del nueve.

—¿Eso fue entonces el lunes por la noche y el martes temprano

por la mañana?

—Sí, señor. Paró de llover a eso de las cuatro de la mañana del martes.

—Cuando usted fue a esa casa en compañía del acusado y de la señora Ferrell, ¿cuáles eran las condiciones del terreno?

—En ese punto particular y a esa hora, el terreno estaba muy seco.

—¿Había allí otras huellas de automóvil evidentes que no fuesen las que aparecen en la fotografía?

—Sí, señor. Había otras huellas de automóvil, pero estas huellas con las letras A, B, C y D

fueron hechas con ruedas que eran casi nuevas y por eso muestran más evidencia que las otras. Además, esas cuatro huellas en el punto marcado en la fotografía pasaban por encima de una faja de barro, donde resultaban mucho más destacadas.

—Entonces esas huellas con las letras A, B, C y D

deben de haber sido hechas algún tiempo antes, mientras el terreno estaba blando.

—Sí, señor, yo diría que dentro del término de veinticuatro horas después del momento en que la lluvia cesó.

—Así, pues —dijo triunfalmente Hamilton Burger—, yo observo que esas cuatro ruedas aparecen muy claras y de modelos de rueda individuales. En otras palabras, las ruedas aparentemente eran casi nuevas y los trazos sobre ese suelo blando y mojado fueron dejados casi con una impresión perfecta de cada una de las ruedas.

—Sí, señor.

—Y ahora, ¿tuvo usted ocasión de examinar el automóvil del acusado?

—Así lo hice, sí, señor.

—¿Cuándo?

—En la tarde del día doce.

—¿Y qué descubrió usted?

—Preparé una sustancia blanda que podía recoger huellas de ruedas. Entonces hice pasar el automóvil sobre esa sustancia girando el volante en forma que las ruedas dejasen huellas individuales; en otras palabras, hice de manera que fuese posible

duplicar el radio de vuelta del automóvil que había hecho las huellas A, B, C y D, que aparecen en estas fotografías.

—¿Y qué descubrió usted?

—Tengo aquí una fotografía de ese material plástico después de haber sacado las huellas.

—¿Y qué revelan esas huellas? Yo creo que le será permitido a usted el declarar en términos generales como un perito en tales cuestiones.

—Las huellas mostraban modelos de rueda idénticos absolutamente. No podía haber duda alguna en ello.

—¿Tiene usted esas fotografías aquí?

—Sí, señor.

—Preséntelas.

Las fotografías fueron presentadas y recibidas como prueba. Era evidente que el juez Keetley estaba impresionado en gran manera por la indiscutible identidad de las ruedas.

—¿Observó usted las marcas de las ruedas del coche del acusado?

—Así lo hice. Sí, señor. Como se puede ver por las líneas de los modelos, las ruedas

A y D

eran del mismo modelo y las ruedas B y C eran también de idéntica marca y dibujo. Cada una de ellas dejó marcado un modelo de rueda muy distintivo.

—Puede usted interrogar al testigo —dijo Hamilton Burger a Mason.

Mason señaló a la hoja de cristal que había sido sacada de la ventana.

—¿Sacó usted ese cristal personalmente? —preguntó él.

—Sí, señor.

—¿Y está ahora exactamente en la misma condición en que estaba cuando usted lo vio por primera vez allí en la ventana?

—Sí, señor, excepto el hecho de que fue sacado de allí. Hay, por lo tanto, en él las marcas dejadas por el cortador a todo alrededor.

—Comprendo eso —dijo Mason—. Me estoy refiriendo solamente a ese agujero de bala y las resquebrajaduras que irradian

de ese agujero de bala.

—Sí, señor.

—¿Esas resquebrajaduras irradian en una extensión de unas dos o tres pulgadas?

—Sí, señor.

—¿Siguiendo un modelo bastante uniforme?

—Sí, señor.

—Y a propósito de eso —dijo Mason—, ¿qué lado de estos del cristal era el interior, el lado que estaba dentro del cuarto?

El testigo sonrió, sacudió la cabeza y dijo:

—No podría decírselo a usted, señor Mason.

—¿Entonces usted no creyó necesario en indicar eso en el cristal en el momento en que usted lo sacó?

—No, señor. Un lado de un cristal en una ventana es idéntico al otro lado.

—Excepto que un lado es el del interior —dijo Mason— y el otro es el del exterior.

Hamilton Burger, con un tono de dignidad ponderada, dijo:

—Oh, si el Tribunal me permite, ésta es una forma de interrogatorio difícilmente legítima. «¿Un lado del cristal es el del interior y el otro el del exterior?» ¿Qué diferencia hace eso? Ésta es una pregunta de vuelta y vuelta.

—¿Y qué le ocurrió al resto del cristal que estaba en esa ventana? —preguntó Mason.

El testigo miró titubeante a Hamilton Burger.

—Yo creo que puedo contestar a esa pregunta —dijo Burger—. La ventana fue sacada. El cristal que quedó en ella fue utilizado para hacer pruebas en el laboratorio de la policía.

—¿Qué clase de pruebas?

—A través de ellos fueron disparadas balas del calibre 38 —dijo Hamilton Burger— con el propósito de medir el diámetro del agujero. Creo que el testigo vio esas pruebas.

—¿Las vio usted? —preguntó Mason.

—Sí.

—Y —dijo triunfalmente Hamilton Burger— las medidas de los agujeros dejados por las balas al pasar a través del cristal resultaron ser exactamente idénticas a las medidas del agujero en este cristal que ha sido presentado como prueba. Los modelos de las

resquebrajaduras eran casi exactamente idénticos.

—¿Va usted a introducir esos otros como prueba? —preguntó Mason.

—No veo razón para hacerlo así —dijo Hamilton Burger—. De hecho creo que el cristal de la ventana fue destruido después que se tomaron las medidas. Sin embargo, fueron tomadas algunas fotografías de esos agujeros en el cristal y creo que se hicieron algunos intentos para salvar una parte del mismo. El testigo sabe algo de eso.

Neffs dijo:

—El resto del cristal no pudo salvarse. Los agujeros estaban demasiado cerca del borde del cristal, y cuando se hizo un intento para cortar más de aquél, las resquebrajaduras se extendieron a todo el resto hasta el borde, fracturándose.

—Eso es todo —dijo Mason—. No hay más preguntas.

Burger, pareciendo muy sorprendido por la brevedad del interrogatorio, llamó a su próximo testigo, un técnico en huellas dactilares quien había buscado cuidadosamente por toda la casa pruebas de esas huellas.

El testigo declaró haber encontrado numerosas huellas de Loraine Ferrell, algunas del acusado John Racer Addison y, sumado a todo esto, otras huellas latentes que aún no habían sido identificadas, huellas, sin embargo, que él creía fueron dejadas por dos mujeres todavía sin identificar.

Al hacer el interrogatorio, Mason hizo que las fotografías de todas esas huellas latentes, que eran tan claras como para hacer la identificación y comparación posibles, fuesen introducidas como prueba.

El siguiente testigo de Burger fue Frank Parma, quien al parecer era otro ayudante del *sheriff*.

—¿Usted llegó a la casa de campo de Ferrell en la mañana del doce? —preguntó Burger.

—Sí, señor.

—¿Sobre qué hora?

—A eso de la una de la madrugada.

—¿Hizo alguna investigación especial allí?

—Sí, señor, la hice.

—¿Y en el curso de esa investigación encontró algún objeto?

—Sí, señor, lo encontré.

—Un revólver del calibre 38. «Smith y Wesson», número S-G4805.

—¿Puede describirlo?

—Era un revólver del calibre 38, de doble acción, «Smith y Wesson», con un cañón de seis pulgadas. Aunque era un revólver del calibre 38, estaba montado en una estructura del calibre 44, como un revólver pesado.

—¿Y dónde lo encontró usted?

—Puedo señalarlo en el plano —dijo el testigo tomando uno de los planos que habían sido presentados como prueba—. Lo encontré a una distancia aproximadamente de ochenta y siete pies de la casa y en un punto inmediatamente opuesto a la ventana del cuarto donde el cuerpo fue encontrado. La distancia era de ochenta y siete pies y dos pulgadas desde la casa al punto más cercano. El revolver estaba caído entre las rocas, en el lecho seco del río, en ese punto. Había allí alguna maleza inmediatamente adyacente y el revolver estaba bien oculto entre esas piedras redondas del río, las cuales diría yo que tenían un diámetro promedio entre dos pulgadas y veinticuatro.

—¿Tiene usted fotografías del revólver en la posición en que estaba caído?

—Las tengo, sí, señor, y también tengo una fotografía de una piedra próxima a él mostrando donde el arma había golpeado y rebotado cuando, al parecer fue arrojada desde...

—No se preocupe en cuanto a eso de *arrojada desde* —interrumpió Burger—. Solamente diga lo que usted sabe y no lo que usted deduce.

—Sí, señor. El revolver había golpeado contra esa piedra y luego rebotado a una distancia de unos dos pies. Había allí las marcas del acero contra la roca y una astilla de madera. El arma tenía un mango de madera y una pequeña esquina de ese mango había saltado. Fue encontrado en la base de la piedra. El revólver estaba a unas dieciocho pulgadas aparte.

—¿Hizo usted alguna marca de identificación en ese revólver?

—Sí, señor, la hice.

—¿Y cuál fue?

—Marqué mis iniciales con lápiz en una parte del mango de

madera después de que el arma hubo sido examinada para buscar huellas dactilares en ella.

—¿Fueron encontradas algunas?

—No, señor, no había huellas latentes en el arma.

—¿De ninguna clase?

—De ninguna. El revólver había sido limpiado completamente.

Burger abrió una pequeña bolsa de mano que su ayudante le entregó, sacó de ella un revólver y se lo pasó al testigo.

—Ésta es el arma —dijo el testigo después de examinarla.

—Y ahora, ¿hizo usted algo para descubrir quién era el propietario de esta arma?

—Sí, señor, lo hice. Conseguí acceso a los ficheros y encontré que el arma había sido vendida a John Racer Addison, aproximadamente once meses antes.

—Por lo tanto, ¿le mostró usted el arma al acusado?

—Sí, señor, así lo hice.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—El acusado identificó el arma y admitió que ésta era suya. Entonces hizo la declaración, por primera vez, de que le había prestado a Edgar Ferrell esta arma para que la llevara consigo en su viaje de pesca.

—¿Cuál era el estado del revólver cuando usted lo encontró en lo que se refiere a estar cargado con balas?

—El revólver estaba vacío.

—¿Cuál era el estado del cañón?

—El cañón tenía un residuo de pólvora bien claro y una huella de pólvora fresca también clara.

—Puede usted interrogar —dijo Burger a Mason.

—No tengo más preguntas que hacer —advirtió Mason.

—Llamen al doctor Parker C. Loretto —dijo Burger.

El doctor Loretto subió al estrado de los testigos, se identificó como médico y cirujano, mencionó que él ya llevaba en el condado algún tiempo como cirujano de autopsias, que estaba conectado con la oficina del juzgado y que había realizado la autopsia del cadáver de Edgar Z. Ferrell.

—¿Cuál fue la causa de la muerte? —preguntó Burger.

—Una herida de bala que entró por el lado izquierdo de la cabeza, ligeramente detrás del oído, siguió un curso ascendente en

dirección a la parte frontal y se había alojado en la pared opuesta del cráneo, del lado derecho.

»Esto es, desde luego, expresándome en términos del lenguaje común para que puedan ser seguidamente entendidos —añadió el doctor Loretto después de un momento.

—¿Penetró la bala en el cerebro?

—Sí, penetró. Había una considerable destrucción de tejido del cerebro y una extensa hemorragia cerebral.

—¿Y esa herida fue la causa de la muerte?

—Sí, señor, lo fue.

—¿Cuánto tiempo diría usted que esa persona vivió después de haber recibido esa herida?

—No puede calcularse el tiempo. La conciencia y el movimiento, cesaron instantáneamente y la muerte se produjo en cuestión de segundos.

—¿Entonces la persona no se movió después de recibir esa herida?

—No. La persona no se movió. Pero el cuerpo cambió de posición al caer al suelo. No hubo movimiento *voluntario*.

—¿Extrajo usted la bala fatal?

—Sí, señor, lo hice.

—¿Y cuál era el estado de esa bala?

—Estaba aplastada en la punta, pero en la base estaba intacta.

—¿Que quiere usted decir con eso?

—Quiero decir que la bala en la base retuvo su forma original cilíndrica, y las marcas del cañón del arma que la había disparado eran plenamente visibles.

—¿Marcó usted esa bala en alguna forma de modo que pudiera ser identificada?

—Sí, señor, así lo hice.

—¿Qué marca le puso usted?

—Grabé mis iniciales en la base de la bala.

—Yo voy a mostrarle a usted una bala y preguntarle si ésta es la bala referida sobre la que usted ha declarado.

Burger se echó hacia adelante, abrió con solemnidad un pequeño sobre sellado y puso una bala en la mano extendida del doctor.

El doctor Loretto examinó la bala gravemente, la volvió entre sus dedos y dijo:

—Es la misma bala.

—¿Y qué hizo usted con ella?

—Se la entregue a George Malden, del Departamento de Balística de la oficina del *sheriff*.

—Eso es todo —dijo Burger hacia Mason—. Pregunte. Puede interrogarlo.

—No tengo preguntas que hacer —dijo Mason.

—Llamen a George Malden —dijo Burger.

George Malden era un hombre robusto y competente, con una voz seca. Era de pequeña estatura, parcialmente calvo y se dirigió al estrado de los testigos, donde hizo juramento, tomó asiento, dio su nombre y dirección y miró expectante a Hamilton Burger.

—¿Su ocupación, señor?

—Soy *sheriff* suplente.

—¿Cuánto tiempo ha sido usted suplente?

—Veintitrés años.

—¿Durante ese tiempo se ha especializado usted en alguna rama particular de investigación criminal?

—Sí, señor.

—¿Y cuál es?

—La ciencia balística y la ciencia de huellas dactilares.

—¿Qué experiencia ha tenido usted en la ciencia balística?

—He estudiado la mayoría de los libros de texto sobre ese sujeto. He asistido a conferencias en la Escuela de Policía y ahora tengo más de catorce años de experiencia de primera clase.

—Yo le muestro a usted la bala que el doctor Loretto acaba de identificar como la bala fatal y que fue recibida como prueba, y le pido a usted que examine esa bala y manifieste si usted la ha visto antes alguna vez.

—La he visto, sí, señor.

—¿Y qué es esta bala?

—Esta bala es del calibre 38. Está hecha por la Compañía Peters y ha sido disparada por un revólver del calibre 38.

—Yo llamo la atención de usted sobre ciertas huellas cerca de la base de la bala y le pregunto a usted qué son.

—Ésas son las marcas producidas por el cañón del revólver que disparó la bala.

—¿Hay alguna forma de identificar el arma con la cual fue

disparada esa bala?

—Sí, señor, la hay.

—Por favor, descríbasela brevemente al Tribunal.

Malden se volvió hacia el juez y dijo:

—Cada cañón de revólver tiene ciertas marcas distintivas de identificación que son grabadas allí por el fabricante, cual por ejemplo, el número de estrías, sus medidas y dimensiones. Añadido a eso, cada cañón de rifle tiene ciertas particularidades por sí mismo, como imperfecciones menores en el metal, las cuales por su parte dejan raspaduras en una bala que es disparada por este cañón con la terrible fuerza de los gases comprimidos detrás de ella. Estas marcas son tan extraordinariamente individuales, como los rasgos de la punta de un dedo de un individuo.

—¿Hizo usted algún intento para examinar esta bala e identificar el arma con la cual había sido disparada?

—Sí, señor, lo hice.

—¿Qué hizo usted?

—Tomé el revólver calibre 38 «Smith y Wesson» que había sido presentado como prueba, lo cargué con balas de la marca «Peters», exactamente idénticas a la bala fatal, en peso y dimensiones. Disparé varias balas contra cajas conteniendo algodón. Después recogí esas balas y las coloqué para comparación en el microscopio.

»El microscopio de comparación es un microscopio que consiste en dos microscopios separados coordinados en forma que los objetos pueden ser colocados en cada microscopio y rodados en mesas giratorias en forma que las imágenes que son superpuestas pueden ser comparadas. Obviamente si las dos imágenes asumen puntos de identidad, aquéllas se funden en una sola imagen.

»En esta forma coloqué la bala fatal y una de las balas de prueba, en tal posición que cada marca y rasgo, cada raspadura, coincidían completamente.

»Tengo aquí fotografías mostrando la base de la bala fatal y la punta de la bala de prueba colocadas una encima de otra en forma que las raspaduras y marcas en las balas coinciden absolutamente. En otras palabras, cada raspadura y rasgo parecen continuos. Sin embargo, las fotografías muestran dos balas. Usted puede ver una línea transversal de separación marcando la bala fatal en la parte baja y la bala de prueba en la parte superior. Sin embargo,

coinciden tan perfectamente esas líneas, que parecería la fotografía de una sola bala. Esto, incidentalmente, es la forma común de mostrar la identidad y similitud de raspaduras y marcas de un cañón.

Malden presentó las fotografías, se las entregó a Burger, quien las sometió a Mason, luego pidió que fuesen introducidas como prueba.

—¿Alguna objeción? —preguntó el juez Keetley.

—Ninguna, Su Señoría.

—Entonces serán recibidas como pruebas y marcadas con números apropiados.

—Puede usted interrogar —dijo Burger.

Mason se levantó para interrogar.

—¿Usted dijo que era técnico en huellas dactilares?

—Sí, señor.

—Entonces usted indudablemente examinó aquellos lugares en busca de huellas dactilares latentes.

—Sí, señor, lo hice.

—¿Y usted encontró las huellas del acusado John Racer Addison?

—Sí, señor, así fue.

Hamilton Burger sonrió complacido.

—¿Y las huellas dactilares de Loraine Ferrell, la viuda del fallecido?

—Sí, señor.

—Y ahora, ¿encontró usted otras huellas dactilares latentes?

—Naturalmente.

—¿Encontró usted las del fallecido?

—Sí, señor.

—¿Y encontró, no es así, otras también que usted tomó como huellas dactilares de una mujer?

—Sí, señor; yo creo que hay huellas de otras *dos* mujeres.

—Y para los fines de identificación, ¿hizo usted algún intento de preparar un juego de esas huellas dactilares?

El testigo miró dudoso a Hamilton Burger y dijo:

—He tratado de poner algunas de esas huellas dactilares reunidas en un orden según el cual *pueda* facilitar una identificación en el caso de que las personas que han dejado esas huellas sean

localizadas por la policía.

—¿Y dónde están esas huellas?

—Oh, Su Señoría —dijo Hamilton Burger—. Me opongo a esa declaración. Déjese al defensor que contrate a su propio detective si así quiere hacerlo.

—Si —dijo Mason—. Ahora que las huellas dactilares han sido completamente borradas de aquellos lugares yo voy a tener libertad para buscar en vano.

—Pero ¿corresponde a la policía el entregar pruebas al abogado de la defensa? —replicó irritado Burger.

—¿Y por qué no?

—Porque usted torcerá y lo distorsionará todo y tratará de utilizarlo para conseguir la libertad de su cliente.

—Si la policía tiene pruebas de huellas dactilares, nosotros tenemos derecho a ellas.

—Usted no tiene derecho a tal prueba como lo tiene la policía.

—Usted ha calificado a este hombre como un técnico en huellas dactilares. Yo tengo derecho a interrogarlo respecto a todo cuanto él pueda tener en su posesión para los fines de probar su capacidad.

—Usted no está tratando de probar su capacidad. Usted está en una «expedición de pesca».

—Bueno, el cebo que yo estoy usando se da el caso que es legal —repuso Mason haciendo una mueca.

—Su Señoría, yo objeto —dijo Hamilton Burger—; ésa no es forma propia de interrogar.

El juez Keetley dijo:

—La única teoría sobre la cual el Tribunal aceptaría una demanda para la entrega de huellas dactilares sería sobre el terreno de que el interrogatorio es permisible en cuanto a la capacidad de este testigo como técnico en huellas dactilares. Sin embargo, aunque él declaró que era técnico en huellas dactilares y balística, su declaración en interrogatorio directo alcanzó solamente al sujeto de balística. Por lo tanto, la cuestión de sus capacidades como técnico en huellas dactilares no tiene significación en su testimonio.

—Excepto que eso puede llevar a anular su veracidad —señaló Mason.

—Yo le permitiré a usted preguntarle cuestiones en cuanto a lo que él hizo y lo que él encontró, pero no ampliaré el ámbito del

interrogatorio a la hora presente, para permitirle a usted que le pida a este testigo que presente huellas dactilares. Después de todo, el otro testigo ha presentado fotografías de esas huellas en la prueba.

—Pero ese testigo trató de *arreglar* esas huellas, Su Señoría.

—Así lo hizo. Yo estaría más inclinado a darle a usted más amplitud si no fuera por el hecho de que usted tiene ya fotografías de esas huellas.

—Muy bien —dijo Mason—. Acepto la decisión del Tribunal. Esto concluye mi interrogatorio.

—¿Su próximo testigo? —preguntó el juez Keetley a Hamilton Burger.

Hamilton Burger miró al reloj de la sala:

—Está acercándose ya la hora del aplazamiento.

—Disponemos todavía de unos quince minutos —dijo el juez Keetley.

—Muy bien —dijo Burger—. Llamen a Eric Hansell al estrado de los testigos.

Eric Hansell, llevado a la sala del Tribunal por un alguacil, pasó al estrado, juró y, obviamente muy incómodo dio su nombre y dirección.

—¿Conoce usted al acusado John Racer Addison? —preguntó Burger.

—Sí, señor.

—¿Tuvo usted ocasión de hablar con él el día once de este mes, o aproximadamente en esa fecha?

—Sí, señor.

—¿Y qué es lo que se habló allí?

Hansell cambió su posición intranquilo.

—¡Hable usted! —le gritó Burger—. Diga lo que ocurrió en esa conversación.

—¿El tiempo, lugar y las personas presentes? —preguntó Mason.

—¿Dónde fue esa conversación? —gritó Burger.

—En su oficina de los almacenes generales.

—¿Quién estaba presente?

—Solamente Addison y yo.

—Muy bien, ¿y qué ocurrió?

—Bueno —dijo Hansell—, yo andaba tratando de obtener alguna información para pasársela como soplo a un amigo que estaba

escribiendo una sección en un diario. Yo le pregunté al señor Addison sobre si él había recogido a una muchacha en la carretera principal el martes por la noche y había conseguido para ella un cuarto en un hotel. Addison me dijo que fuese a ver a su abogado.

—¿Nombró él al abogado?

—Sí, señor; el señor Perry Mason.

—¿Y vio usted al señor Mason?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Ese mismo día.

—¿Dónde?

—En su oficina.

—¿Y qué fue lo que el señor Mason le dijo a usted en esa ocasión?

—El señor Mason me dijo que su cliente no quería ningún escándalo y me dio un cheque de dos mil dólares el cual el señor Addison había firmado.

—¿Pretende usted que este Tribunal crea que el señor Addison le dio a usted dos mil dólares con el fin de hacer que no revelase que él había estado en esa parte de la carretera principal, el martes por la noche?

—Sí, señor.

Hamilton Burger hizo un guiño de extrema satisfacción propia cuando arrojó aquella bomba en el regazo de Mason:

—Puede interrogarlo —dijo, y luego añadió sarcásticamente—: Si usted lo quiere así.

Mason dijo serenamente:

—En otras palabras, usted fue a ver al señor Addison con el propósito de practicar un chantaje, ¿no es esto?

Los ojos del testigo se encontraron con los de Mason. Sus maneras eran insolentes.

—Sí —dijo él—. Y si su cliente no hubiera estado tratando de encubrirse, ¿por qué me hubiera pagado dos mil dólares?

—¿Encubrirse de qué? —preguntó Mason.

—Usted debe saberlo.

—Yo no lo sé. Le estoy preguntado a usted.

—Encubrirse del hecho de que había andado por allí divirtiéndose con una niña rubia y de que había andado por esa

carretera la noche del asesinato.

—¿Y por cuál de esos dos hechos cree usted que él estaba pagando dos mil dólares para ocultarlo?

—Probablemente los dos.

—¿Eso es lo que usted pensó?

—Sí.

—¿Entonces usted *sabía* sobre el asesinato cuando usted empezó a hacerle chantaje?

Hansell repentinamente apartó sus ojos.

—¿Lo sabía usted? —insistió Mason.

—No.

—Entonces, ¿por qué dijo que pensaba que él le pagó a usted dos mil dólares para encubrirse del hecho de que se encontraba en esa carretera la noche del asesinato?

—Eso es lo que pienso ahora.

—¿Pero no es lo que usted pensaba entonces?

—No.

—En esa hora, ¿sabía usted algo ya sobre el asesinato?

—Ciertamente, no.

—Entonces ¿estaba tratando de chantajearlo a él simplemente porque había ayudado a una mujer joven?

—Él le había conseguido a ella un cuarto en un hotel —dijo Hansell con los ojos fijos una vez más en los de Mason.

—¿Y usted hizo un arreglo con la oficina del fiscal del Distrito por el cual le sería a usted garantizada inmunidad por el chantaje a cambio de declarar en este caso?

—Yo no he llegado a ningún acuerdo sobre eso.

—¿Pero tiene usted esa concesión?

—Bueno, yo...

—Vamos a estipular que él la tiene —dijo Hamilton Burger—. La extorsión es un delito ligero comparado con un asesinato. El Estado está dispuesto a perdonar pequeñas infracciones de la Ley con objeto de capturar a esos hombres cuya fortuna, posición y poder les dan la idea de que pueden violar las leyes de Dios y de los hombres con completa inmunidad.

—Ése es un bonito discurso —dijo Mason—, pero subsiste el hecho de que a Hansell se le ha prometido la inmunidad.

—Sí —contestó Burger.

Mason se volvió a Hansell:

—¿Por qué no dijo usted eso?

—Usted me preguntó si yo había hecho un intercambio con la acusación. Yo no lo había hecho. Fue un acuerdo. Y eso no es un intercambio.

—¿No lo es para usted?

—No.

—¿Y lo es para la acusación?

—No lo sé.

—Usted es muy exigente en cosas de detalle, ¿verdad, señor Hansell? ¿Usted estaba dispuesto a declarar que no había hecho un *intercambio* con el Fiscal del Distrito cuando sabía perfectamente que había hecho un *acuerdo*?

Hansell no contestó a esta pregunta.

Mason esperó hasta que Hansell levantó los ojos una vez más.

—¿Ha sido usted declarado convicto de algún delito? —preguntó Mason.

Hansell volvió a bajar los ojos.

—Vamos —dijo Mason—, responda a la pregunta. ¿Ha sido usted declarado convicto de algún delito?

—Sí.

—¿Qué delito fue?

—Chantaje.

—¿Más de una vez?

—Sí.

—Muy bien —dijo Mason—. ¿Cuántas veces fue declarado convicto?

—Cuatro.

—Así, pues —dijo Mason—, usted tenía una mujer cómplice con la cual trabajaba en esos casos, ¿no es así?

—Me opongo a eso como improcedente, no hacer al caso ni ser interrogatorio adecuado —dijo Hamilton Burger—. El defensor tiene el derecho, bajo la Ley, de inquirir en el pasado de este hombre, solamente con un propósito específico, y ése sería el de demostrar su falta de veracidad mostrando que él ha sido convicto de una felonía. Después de eso ya no puede especular más arrojando en el asunto un montón de detalles y no puede tampoco aminorar la reputación del testigo sacando a relucir todos los

puntos envueltos en esos otros delitos. La Ley le da al defensor un privilegio, pero solamente un privilegio, y éste es el de preguntar si un hombre ha sido alguna vez declarado convicto por un delito, y eso solamente para los fines de impedir su testimonio.

—¿Es ésa la interpretación de la Ley, señor Mason? —preguntó el juez Keetley.

Mason hizo un pequeño gesto de deferencia al presidente.

—El propósito de mi investigación, Su Señoría, no era destruir la reputación de este testigo, sino descubrir quién era el cómplice femenino que él usó en conexión con sus otros planes de chantaje y ver si las huellas dactilares de ése cómplice femenino no eran las mismas huellas dactilares sin identificar, de la misteriosa mujer, encontradas en la casa del crimen.

Y Mason se sentó sonriéndole al acusador.

Se produjo al fondo de la sala del Tribunal una conmoción que el juez Keetley silenció golpeando con su mazo.

—Bueno —dijo el juez Keetley—, no me parece que esta cuestión proceda. Ella solamente tendería a desacreditar al testigo con la revelación de asuntos colaterales. Dudo que eso sea un interrogatorio adecuado.

»Sin embargo, es hora para el aplazamiento y la sesión queda suspendida hasta mañana por la mañana a las diez. Entonces determinaré la regla sobre esa objeción. Sin embargo, estoy inclinado a sostenerla.

»La audiencia queda aplazada.

CAPÍTULO XVI

Después que el juez Keetley hubo dejado la presidencia, los espectadores formaron pequeños grupos discutiendo el caso. Los periodistas se adelantaron en grupos tratando de hablar con Hamilton Burger, pero éste los apartó a un lado y presurosamente dejó la sala del Tribunal.

Mason, sonriendo con deferencia, se quedó de pie esperando recibir a los reporteros.

—Vamos, caballeros —dijo Mason—. No puede esperarse de mí que dé por perdido enteramente mi caso. Los hechos hablan por sí mismos. Ustedes han visto el calibre del caso de la acusación, un caso fundado en el testimonio de chantajistas confesos. Hay las huellas dactilares de por lo menos una mujer misteriosa en la casa del crimen. Puede haber todavía más huellas de otra mujer. ¿Quiénes son esas mujeres? ¿Lo sabe la acusación? Aparentemente, no. ¿Está dispuesta la acusación a tratar de descubrirlas? Ustedes, caballeros, tendrán que responderse a esta pregunta por sí mismos.

Paul Drake, abriéndose paso a través de la multitud, agarró el brazo de Mason y le dijo en un ronco susurró:

—Perry, tenemos algo bueno para ti.

—¿Qué?

—Hemos localizado a la mujer que querías.

—¿Quieres decir la socia de Hansell?

—No. Laura Mae Dale, la madre de Verónica.

—Bueno —dijo Mason triunfante—, ahora ya estamos llegando a alguna parte.

—Mis hombres la encontraron en su restaurante en una pequeña ciudad de Indiana. Y dio un salto de alegría ante la oportunidad de venir aquí en avión. Desde luego mis hombres le pintaron la cosa en

gruesos tonos, diciéndole que su hija la necesitaba y todo lo demás.

Mason meneó la cabeza.

—De todas formas ellos tomaron un avión y están aquí. No quise interrumpirte en el juicio.

Mason alzó su voz:

—Eh, Addison —gritó—, un minuto. Alguacil, espere con el señor Addison un momento, ¿quiere usted?

El ayudante del *sheriff* que estaba conduciendo a Addison de regreso a la cárcel, se paró a la puerta que conducía al pasillo privado por el cual los prisioneros eran llevados a la ida y al regreso a la sala del Tribunal.

Mason, apresurándose, agarró a Addison del brazo, lo empujó a un lado y le susurró:

—Esto va bien, Addison; ya empezamos a llegar a alguna parte. Por lo menos ya hemos conseguido una oportunidad.

—¿Y qué es? —preguntó Addison esperanzado.

—No puedo decírselo ahora, pero disfrute de una buena noche de sueño. Creo que las cosas van a empezar a ponerse de nuestra parte mañana por la mañana.

Mason agradeció al ayudante del *sheriff* el haber esperado, se apresuró a volver junto a Drake y dijo:

—Muy bien, Paul, vámonos fuera de aquí. Ahora quiero conseguir a Della con su libro de notas, y quiero obtener una declaración escrita de esa mujer. Quiero que repita lo que ella me dijo en mi oficina y quiero obtener sus huellas dactilares y compararlas con las que tiene impresas la policía y que fueron encontradas en aquella casa. ¿Dónde está esa mujer?

—La tengo aquí, en un hotel.

—¿No habrá posibilidad de que se escape?

—No puede —dijo Drake—. Tengo dos hombres en ese trabajo. Le he dicho que estamos tratando de encontrar a Verónica. Desde luego eso es para entretenerla. Detesto el tener que tirar de una cuerda así, pero precisamos impedir que ella hable lo más mínimo y ésa es la única forma de conseguirlo.

Mason hizo una mueca:

—Bueno, por lo menos podemos intentar algo. Nos pondremos en contacto con Hamilton Burger y le diremos que la madre de Verónica se encuentra con nosotros y quiere verla y le

preguntaremos si la hija puede venir a visitarla.

—Burger va a reventar al saber esto —dijo Drake.

—Desde luego —replicó Mason—. Luego, después de un poco, él empezará a pensar las cosas y comprobará que se ha sobrepasado un tanto. Entonces llamará por teléfono e insistirá en hablar con la señora Dale, de forma que pueda decirle que si ella va a su oficina, encontrará allí a Verónica.

—¿Y no crees que él pensará eso mismo desde un principio?

—No al principio —dijo Mason—. Estará demasiado irritado. ¿Dónde tenemos a esa mujer, Paul?

—Hice una jugada. La llevé al «Hotel Rockaway». ¿Sabes? Su hija estuvo registrada allí y después se marchó. Todo se ata con la cuerda que le estoy tendiendo sobre encontrarle a Verónica.

—No necesitas tenderle ninguna cuerda a esa mujer —dijo Mason—. Ella es una picara, y si no forma parte también de una cadena de chantaje, yo soy un pobre adivinador. Vamos allá a «trabajar» a esa mujer.

Mason cruzó una mirada significativa con Della:

—Puedes estar segura de tener suficientes libretas de taquigrafía y lápices, Della. Vamos a tomarle una declaración a Laura Mae Dale. Ya te diré los detalles más tarde. Vamos.

Los tres avanzaron hacia la puerta de salida por el corredor privado, tomaron el ascensor y en el auto de Drake marcharon al «Hotel Rockaway».

—Habitación 612 —dijo Drake al mozo del ascensor.

Subieron y después llamaron a la puerta.

—¿Qué quieren ustedes? —Luego, reconociendo a Paul Drake, abrió la puerta y dijo—: Bien, jefe, entre usted.

Drake se puso a un lado. Della Street entró en el cuarto seguida de Perry Mason. Drake entró el último.

La estancia en que entraron era el saloncito de un departamento de dos habitaciones. Los dos detectives que estaban guardando el lugar eran individuos corpulentos y musculosos capaces de cuidar de sí mismos en cualquier emergencia.

—¿Dónde está ella? —preguntó Paul Drake mirando en torno a la estancia.

Uno de los hombres hizo un guiño y dijo:

—Está en el dormitorio de al lado acostada, descansando. No

figura ni siquiera registrada en el hotel, y en cuanto a que alguien pudiese husmear por aquí, esta habitación no está ni siquiera alquilada. Nosotros dos estamos aquí arriba en esta habitación discutiendo un asunto de negocios para el caso de que alguien hiciera preguntas.

Drake, repentinamente alarmado, dijo:

—¿Y cómo saben que ella está todavía aquí? ¿Cómo saben ustedes que ella no puede escaparse por la otra puerta, o por la escalera de incendios abajo, o...?

—No pierda usted la camisa —dijo el portavoz de los dos detectives—. La puerta está cerrada y nosotros tenemos la llave. Hay un letrero de NO MOLESTAR en la puerta del lado del pasillo. No hay escalera de incendios. Ella está ahí dentro, seguro. ¿Quiere usted hablar con ella?

Drake meneó la cabeza asintiendo.

—Pues vamos a traerla.

—Alto, un momento —dijo Mason—. Creo que sería mejor si ustedes simplemente le anunciaran que hay unos visitantes para verla y entonces entramos los tres. Así resultará un poco más fácil el encuentro que si ella viene aquí.

—Bueno.

El hombre que parecía estar a cargo de todo, hizo una seña con la cabeza al otro y éste llamó a la puerta de comunicación con el cuarto y dijo:

—Tiene usted aquí algunos visitantes, señora Dale.

La puerta se abrió. Oyeron la voz de una mujer haciendo una pregunta. Entonces el ayudante de Drake dijo:

—Ah, no se preocupe por ponerse elegante. Son amigos de casa. Estarán sólo unos minutos. Aquí están.

Abrió la puerta e hizo una señal con la cabeza.

Della Street, entrando la primera en el cuarto, se paró de repente, miró atrás, interrogante, a Mason, y después, dominándose avanzó tranquila como si nada hubiera ocurrido.

Mason dispuesto a ver a la mujer que había estado en su oficina y le había hablado sobre su hija, tuvo que luchar para contener su sorpresa y que ésta no se asomase a su rostro cuando vio a la mujer delgada, agotada de trabajo, pasados ya los cuarenta y tantos años, que le sonreía tímidamente a Della y dijo:

—Hola, ¿me traen ustedes noticias sobre mi hija?

Mason, pasando al frente, dijo:

—Mi nombre es Mason. Este señor es Paul Drake, detective. Nosotros vamos a tratar de localizar a su hija. Ocurre que ella es una testigo. Voy a llamar a las personas que la tienen retenida y ver si la dejan venir aquí.

Drake, un tanto desconcertado, dijo:

—Pensaba que ustedes se conocían mutuamente. ¿No ha estado usted en la oficina del señor Mason?

Ella sonrió y sacudió la cabeza negando:

—Cielo Santo, hace apenas un minuto que llegué a esta ciudad. Estoy terriblemente ansiosa por ver a Verónica. Hace más de un año que no la veo. Ella me envió una tarjeta postal desde aquí, del «Hotel Rockaway», y así pensé en venir y...

—¿Usted no la ha visto hace más de un año? —preguntó Mason.

—Exactamente.

—¿Dónde vive usted?

—En una pequeña ciudad en Indiana. Usted no reconocería el nombre. Tengo un pequeño restaurante con mostrador para almorzar. Nada pretencioso, sólo ocho o diez mesas y ese mostrador para almuerzos. Es bonito, limpio y doy comida casera.

—¿Es usted la madre de Verónica? —preguntó Mason—. ¿No es usted alguien que haya sido mezclada en esto como cómplice?

—¿Qué quiere usted decir mezclada en esto como cómplice, señor Mason?

—Nada. Olvídelo. Cuéntenos algo sobre Verónica.

—¿Qué quiere usted saber sobre ella?

—¿Qué edad tiene, entre otras cosas?

La señora Dale frunció el ceño y dijo.

—Ella tiene dieciocho. Va a cumplir diecinueve... No, espere un momento, la muchacha..., bueno, bendita sea, la muchacha tiene veinte. Cielo Santo, cómo vuela el tiempo.

—¿Y usted no la ha visto desde hace más de un año?

—Eso es, más de un año. Un poco más quizá. ¿Sabe usted si ella está bien, señor Mason? Yo he estado realmente preocupada por ella. Algo, esta última vez que ella se marchó...

—¿La había dejado a usted antes?

—Cielos, sí, ella es una pequeña vagabunda habitual. Yo creo

que he estado esperando demasiado de ella. La ciudad es muy pequeña. No hay allí muchos muchachos jóvenes. Creo que Verónica se siente bastante solitaria cuando está allí; pero es una gran ayuda para mí en el restaurante, atendiendo a las mesas, y siempre está muy animosa y alegre. A los clientes les simpatiza mucho y..., bueno, cuando tengo a Verónica allí no tengo problemas de ayuda.

—¿Cuándo fue la primera vez que ella se marchó?

—Déjeme ver. Fue hace tres o cuatro años.

—¿Y qué hizo?

—Pues se marchó y no supe de ella durante dos o tres meses. Yo estaba terriblemente preocupada. Hasta lo notifiqué a la policía. Después regresó. Había andado por ahí viajando de favor. Dijo que había cumplido su capricho y visto el país y ahora estaba dispuesta a asentarse en casa y trabajar. Bueno, así lo hizo, pero no por mucho tiempo; no habían pasado tres o cuatro meses y ya la pasión de vagabundear volvió a apoderarse de ella y de lo primero que me enteré fue que se había marchado.

—¿Sola?

—Sola —dijo la señora Dale—. No me interprete mal sobre eso. Verónica es una *buena* muchacha. Ella puede haber hecho algún viaje con alguien cuando se marchó, pero eso fue todo, sólo un pequeño viaje.

—¿Está usted segura?

—Desde luego, estoy segura. Le digo a usted que Verónica es una buena muchacha en ese aspecto. Es solamente inquieta y una vagabunda indomable que no puede estar en un sitio fijo.

»Verdaderamente yo no puedo criticarle eso. Su padre, antes que ella, era lo mismo, siempre inquieto, siempre yendo de un lugar para otro buscando un lugar donde él pudiese hacer lo que llamaba «hacerse una carrera».

»Casi tan pronto como nació Verónica, él se lanzó a buscar una tierra de oportunidad. Nunca la encontró. Siempre me tuvo arruinada a causa de que yo financiaba sus viajes, pero él siempre tenía la misma forma de hablar tranquilizadora.

»En verdad aquel hombre podía sorprenderlo a usted cuando se ponía a hablar. Estaba lleno de sueños dorados. Algunas veces me hablaba de oportunidades de negocios que había perdido por no

haber llegado allí un poco más pronto. Parece que perdió dos ocasiones de ser millonario... por un día o dos. Resultó muerto en un accidente de automóvil cuando Verónica tenía cinco años.

—¿Y cuánto tiempo hace que Verónica se marchó en este último viaje?

—Aproximadamente más de un año. Yo recibí tarjetas postales de ella de diferentes partes del país. Pero nunca tuve ocasión de escribirle. Estaba siempre yendo de un sitio para otro. Algunas veces pasaban tres o cuatro meses sin que recibiese una tarjeta de ella, y cuando la recibía, sólo me decía los lugares donde había estado. No escribía noticia alguna y sólo enviaba una lista de los lugares donde había estado. Parece ser que eso es todo lo que le interesa. Sólo viajar.

—¿Ha tenido Verónica algún problema en sus viajes?

—Ninguno, señor Mason. Es una maravilla cuando se trata de manejar a la gente. Puede mirarlos a los ojos y hacerles sentirse más insignificantes que el polvo bajo sus pies. Y yo no sé, juraría por mi vida, qué es lo que ella hace para eso. Es esa forma en que ella logra poner en sus ojos azules esa mirada de niño.

»Y sin embargo, cuando tiene ganas de bromear puede ser el alma de una fiesta. Pero la mayor parte de las veces le gusta estar sentada atrás y quieta. Y usted no ha visto nada como la forma en que consigue lo que quiere de la gente. Todo lo que tiene que hacer es mover un dedo y todo el mundo se entrega a hacer lo que ella quiere.

La señora Dale resplandecía de orgullo.

—¿Se encuentra ella algunas veces apurada de dinero y le telegrafía a usted pidiéndole ayuda? —preguntó Mason.

—Oh, no. Esa muchacha es el mejor de los financieros. Cómo lo hace, no lo sé, pero cada vez que yo la veo, está bien vestida y tiene abundancia de dinero. Incluso me compra regalos cada vez que regresa a casa. ¿Y viajar? Señor Mason, usted se sorprendería del número de sitios en que esa muchacha ha estado. Pienso que ella ha estado en casi todas partes en los Estados Unidos y una vez llegó hasta la ciudad de México.

»Caramba, estoy muriéndome por verla.

—Pues tendrá seguramente que esperar hasta mañana para verla. Ella está ocupada con ciertos asuntos ahora.

—Así es Verónica. Siempre está ocupada como una abeja. La hierba nunca crece bajo sus pies.

—A mí me gustaría tener alguna prueba de que usted es realmente la madre de Verónica, con objeto de tener el informe a punto. ¿Puede usted presentar alguna?

—¡Cómo, señor Mason! Desde luego, yo soy la madre de Verónica.

—Sí, lo comprendo; pero ¿puede usted probarlo? Es posible que yo tenga que presentar alguna prueba de que usted lo es.

—Bueno, yo tengo mi licencia de conducir y... la tarjeta que Verónica me mandó y retratos de ella.

La mujer abrió su bolso y le entregó a Mason su licencia de conducir, algunas instantáneas fotográficas y una tarjeta postal.

Mason las examinó durante un momento y después fue al teléfono y llamó a la oficina de Hamilton Burger.

Cuando una secretaria contestó al teléfono, Mason dijo:

—Sé que ya no son horas de oficina ahí, pero he pensado que el señor Burger puede haber ido a la oficina luego de salir del Tribunal. Aquí habla Perry Mason; desearía hablar con él.

—Un momento. Está aquí. Está a punto de marchar a su casa.

Mason oyó la voz de la muchacha decir:

—El señor Mason quiere hablar con usted. —Y luego—: Un momento, señor Mason; ya viene al teléfono.

Oyéronse unos fuertes pasos y después la voz profunda de Burger gruñó por el teléfono:

—¿De qué se trata, Mason?

Mason dijo:

—Tengo un favor que pedirle a usted.

—Usted se encuentra en una posición más bien desventajosa para buscar favores. ¿Qué es lo que quiere?

—La madre de Verónica Dale está aquí conmigo y quiere con gran deseo ver a su hija. ¿Podría arreglarlo para que pudiese visitar a Verónica a alguna hora esta noche y...?

—Definitivamente no —interrumpió Burger—. Verónica Dale es un testigo del Estado. Si usted quiere hablar con ella, hágalo en el estrado de los testigos. Lo siento, Mason, pero esto es definitivo. No tengo ni el tiempo ni el deseo de discutir esta cuestión. Ya es tarde y me voy a casa. Adiós.

El teléfono dio un golpe en el otro extremo de la línea.

Mason hizo una mueca, colocó el receptor en su sitio y le hizo un guiño a Paul Drake.

—¿Cómo está Verónica? —preguntó la señora Dale.

—Está muy bien —dijo Mason—. Pero ocurre lo que yo ya preveía. Puede que no tenga oportunidad de verla hasta mañana. Della, si Hamilton Burger empezase a preguntar un tanto enloquecido por mí, procura decirle que estoy fuera y que no sabes dónde se me puede encontrar.

CAPÍTULO XVII

Cuando el Tribunal volvió a reunirse a la mañana siguiente Hamilton Burger, con una sonrisa en su cara, se levantó y dijo:

—Con la venia del Tribunal, Eric Hansell estaba en el estrado de los testigos, y cuando la sesión fue aplazada, se había presentado la cuestión sobre el interrogatorio de Hansell por la defensa concerniente a cómplices femeninos.

El juez Keetley meneó la cabeza:

—El Tribunal sostendrá su objeción, señor Burger. La Ley le da a la defensa el derecho de que sea desechado este testigo demostrando que ha sido convicto de uno o más delitos. Pero eso no le permite a la defensa el presentar prueba de detalles específicos con el propósito de anular al testigo.

»Ésa es la decisión del Tribunal. El señor Hansell volverá al estrado de los testigos. Continúe usted con su interrogatorio, señor Mason.

—En este caso presente —preguntó Mason a Hansell—, ¿cómo fue que obtuvo la información que le dio la posibilidad de acercarse a Addison, conforme dice haber hecho?

—*Usted*, me la dio a mí al correr a la cárcel para presentar fianza por Verónica Dale.

—¿Y cómo fue que esto le dio indicaciones sobre el señor Addison, que es el acusado en este caso? —preguntó Mason.

—Bueno, señor, yo merodeo bastante por el cuarto de Prensa de la Jefatura de Policía. Conozco algunos de los muchachos allí y mediante arreglos con un amigo mío tengo ciertas facilidades. Yo les paso a los muchachos un informe de cuando en cuando y estoy siempre dispuesto a ayudar y ellos me dan informes a mí. Ninguno de ellos, desde luego, sabía lo que yo estaba haciendo. Todos

pensaban que yo hacía información libremente por mi cuenta para un articulista amigo mío. Y eso es lo que yo he hecho la mayor parte del tiempo.

»Bueno, cuando se corrió la voz de que usted había llegado allí a la carrera para defender a cierta niña que estaba acusada de vagabunda, eso no significó mucho para los otros muchachos, pero ésa es la clase de material que a mí me interesaba más. Empecé a hacer averiguaciones y descubrí que la muchacha estaba registrada en el «Hotel Rockaway» y que las acusaciones contra ella habían sido anuladas.

»Yo todavía no tenía nada sobre qué actuar, pero fui al «Hotel Rockaway» y les dije que era representante de la Prensa y quería saber sobre ese caso, y el empleado, que ya estaba muy cansado de que lo interrogasen de un lado y de otro, me dijo que ya le había dado a la policía toda la información que tenía, que la niña había llegado al hotel para pedir una habitación y que el gerente del hotel había telefoneado para que le diesen una.

»Fui al gerente del hotel. Le dije que representaba a un articulista y que queríamos saber cómo era que aquella niña había sido causa de que él le dedicase su atención personal. Le hice entender bastante a fondo que nosotros sabíamos que la muchacha era su amiguita, y entonces se sintió lleno de pánico y dejó escapar el gato del saco antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Dijo que Addison le había telefoneado para pedirle que le consiguiese una habitación a la muchacha.

»Bueno, como yo no había conseguido nada excepto una pista, me fui hasta Addison, y no había hablado con él ni diez segundos, cuando me di cuenta de que allí podía sacar dinero. Así entonces yo..., bueno, usted sabe, yo le apliqué el fuego a él.

—¿Y usted le dijo al señor Addison que estaba trabajando para un articulista?

—Bueno, algo en ese sentido.

—¿Y quién era el articulista?

—No quiero decirlo. De hecho yo estaba haciendo un *bluff* allí y no creo que sea justo el que yo...

—Ni yo tampoco, Su Señoría —dijo Hamilton Burger poniéndose en pie—. Después de todo esto no lleva más que a una cuestión colateral pasada, una conversación que este hombre tuvo con John

Addison, el acusado en este caso. Yo no tengo simpatía por el testigo. Es un chantajista. Yo utilizaré todos los poderes de mi cargo para hacer que sus nefandas actividades tengan fin. Pero mientras tanto ocurre que por causa de sus actividades, un caso de asesinato es traído a su solución. Nosotros tenemos aquí un acusado tan ansioso de evitar que se descubra que él estaba en las vecindades de la casa donde fue cometido el crimen, que pagó dos mil dólares para hacer que sus actividades no fuesen conocidas del público ni publicadas en una sección de murmuraciones.

—Desde luego —dijo el juez Keetley— eso es solamente incidental y dependiendo de su interpretación de la prueba, señor fiscal del Distrito. Pero es muy posible que el acusado estaba dispuesto a dar dinero por causa de alguna relación con una mujer joven que podría resultar ser una menor de edad y...

—Nosotros esperamos aclarar todo eso con nuestro próximo testigo —dijo Hamilton Burger—. Y cuando Su Señoría vea a este testigo, el Tribunal comprobará cuán absurdo es pensar siquiera por un momento que alguna cosa pudo haber transpirado que le hubiese dado a Addison cualquier terreno para ser objeto de un chantaje. No, Señoría, la ansiedad con la cual él acusado trató de comprar el silencio de este testigo, es debida enteramente al miedo por parte del acusado de que así se descubriría que se encontraba en la vecindad del lugar de su asesinato a la misma hora en que fue cometido.

—Déjeme usted preguntarle una cuestión a ese testigo —dijo el juez Keetley—. Señor Hansell: ¿había realmente alguna relación entre usted y el articulista de quien usted habló?

—Solamente hasta el punto —dijo Hansell— en que de vez en cuando yo le pasaba informes y él me daba algún dinero de cuando en cuando y me hacía algunos favores. Entradas y pases para un sitio y otro y cosas de esa especie. Sabe usted, en mi negocio yo preciso tener alguna clase de aparato de publicidad para amenazar con él a la gente, pero ese hombre no tenía ni la más ligera idea de lo que yo estaba haciendo y pensaba que era solamente un amigo que le estaba pasando informes.

—Bajo esas circunstancias —dijo el juez Keetley— no veo razón para traer el nombre de esa persona al descrédito. Después de todo, nosotros tenemos aquí un testigo, quien es muy posible que dé

pruebas de considerable valor para aclarar un caso de asesinato. Pero eso no constituye ninguna justificación de sus actividades reprobables. El Tribunal cree que sería una imposición sobre la justicia el permitir que este testigo manifestase el buen nombre de cualquier honrado periodista; además de eso, el Tribunal declara con toda franqueza que en el caso de que haya cualquier conflicto sustancial en la prueba, la palabra de este testigo será aceptada por el Tribunal solamente hasta donde sea corroborada por otra prueba.

—Eso es todo —dijo Mason.

—No hay más preguntas —anunció Hamilton Burger—. Entiendo así —continuó Burger— que no hay otra cuestión por parte de la defensa sino que el acusado en este caso le pagó realmente a este testigo dos mil dólares.

—Ninguna otra cosa, señor —dijo Mason alegremente.

—Eso elimina la necesidad de introducir el cheque como prueba —dijo Hamilton Burger.

El juez Keetley, echándose hacia adelante dijo:

—Señor fiscal del Distrito, se me ocurre que mientras la cuestión de si bien el dar inmunidad al testigo está dentro de su discreción, el testigo en cuestión muestra una fea complacencia, una completa falta de arrepentimiento, un desprecio ostentorio de todas las consideraciones éticas.

—Creo, con la venia del Tribunal —dijo Burger enrojeciendo ligeramente—, que hay ciertas cuestiones en el fondo que la defensa *pudo* haber sacado a relucir en el interrogatorio si hubiera querido, las cuales hubieran explicado la actitud del testigo. Hay un cierto elemento personal de antagonismo en el caso entre la defensa y este testigo debido a cosas..., bueno cosas que yo no puedo con propiedad comentar en este momento. Pero puedo asegurarle a Su Señoría que la acción de mi oficina al garantizarle a este testigo la inmunidad contra la acusación de extorsión, fue tomada con considerable repugnancia y solamente después de una investigación muy minuciosa.

—Muy bien —dijo el juez Keetley—. Yo solamente quería llamar la atención de usted al hecho de que la actitud de este testigo en el estrado no me impresiona en absoluto favorablemente. Llame usted a su próximo testigo.

—Verónica Dale —dijo Hamilton Burger.

Una matrona abrió la puerta del cuarto de los testigos y trajo a la sala a Verónica Dale.

Estaba vestida con un traje sastre muy bien cortado, color crema, el cual haciendo juego con su belleza rubia le daba un virginal aspecto de inocencia, una belleza angelical que sorprendió a la multitud de la sala con un impacto tremendo.

La testigo, aparentemente, sabía con exactitud la parte que ella tenía que representar, y desde el momento en que entró en la sala adoptó una hermosa actitud de dulce joven. Los empleados de la sala susurraron entre ellos que cualquier intento por parte de Perry Mason de interrogarla a fondo, le resultaría desastroso, porque le retiraría las simpatías de los espectadores lo mismo que las del juez.

Hamilton Burger preparó el escenario para que ella actuase con sus maneras indicando que él consideraba una vergüenza el que tan inocente criatura fuese obligada a entrar en la sórdida atmósfera de un juicio por asesinato.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó él con gran deferencia.

La muchacha bajó las pestañas y dijo suavemente con voz que apenas se oía:

—Verónica Dale.

—¿Qué edad tiene usted, Verónica?

Su voz esta vez fue apenas algo más que un murmullo:

—Exactamente dieciocho años.

—Entréguele a la testigo el micrófono —ordenó el juez Keetley.

Un ayudante le tendió el micrófono a Verónica Dale.

—Utilice eso para hablar por él —dijo el juez Keetley— y trate de hablar tan alto como pueda.

—Sí, señor —dijo Verónica Dale sumisamente.

—Y ahora, ¿dónde vive usted, Verónica?

—Bueno, yo no tengo exactamente una residencia —dijo ella—. Mi madre vive en una pequeña ciudad de Indiana. Yo salí de mi casa para tratar de encontrar un medio de mejorar mi vida. Acababa de llegar a esta ciudad cuando..., cuando todas esas cosas me ocurrieron.

Parpadeó con los ojos húmedos de llanto.

—Ya comprendo —dijo Burger con simpatía mientras sus maneras mostraban que estaba decidido a utilizar cada recurso a su disposición para conservar la límpida inocencia de aquella niña—.

Ahora yo trataré de hacer esto tan fácil para usted como pueda. Y hacer mi interrogatorio tan corto como sea posible. Espero evitarle a usted cualquier sufrimiento, Verónica.

Y Hamilton Burger miró significativamente a Perry Mason como advirtiéndole al abogado que mantuviese su interrogatorio igualmente corto.

Los espectadores estaban inclinados hacia adelante escuchando tensos, temerosos de perder una sola palabra.

El juez Keetley estaba también absorto escuchando y en sus ojos se revelaba un simpático interés.

—Ahora, Verónica —dijo Hamilton Burger—, usted conoce al acusado en este caso, John Racer Addison, ¿no es así?

—Sí.

—¿Cuándo lo encontró usted por primera vez?

—En la noche del nueve.

—¿Dónde?

—Él me trajo en su coche.

—Ya comprendo, pero exactamente, ¿dónde estaba usted, Verónica, cuando él la recogió?

—Estaba sentada al lado de una tajea.

—Ahora, Verónica, desde que usted ha hablado conmigo, usted fue llevada a lo largo de la carretera en donde encontró al acusado, por la oficina del *sheriff*.

—Sí —dijo ella casi como un murmullo.

—Hable usted alto, Verónica, para que podamos oírla. ¿Y usted le señaló esa tajea al *sheriff*?

—Sí, señor.

—¿Y fue tomada una fotografía de esa tajea en presencia de usted?

—Sí, señor.

—Su Señoría —dijo Mason—, el fiscal está llevando bajo su dirección a la testigo, poniéndole las palabras en la boca. Su interrogatorio está malévolamente dirigido.

Burger miró furioso a Mason:

—Con la venia del Tribunal, nosotros tenemos aquí a una joven de una pequeña ciudad, a una niña llena de temores. Yo les digo a ustedes que es una vergüenza que esta joven sea impregnada de la atmósfera de un crimen. Y es monstruoso que un asesino haya

podido hallarse en libertad para proporcionarle un viaje en automóvil...

—El Tribunal comprende —interrumpió el juez Keetley—, pero procure abstenerse de dirigir a la testigo.

—Muy bien, Su Señoría.

Burger volvió a mirar a Mason y luego se volvió a Verónica:

—Y ahora yo le muestro a usted una fotografía y le pregunto si usted reconoce el lugar que aparece en esa fotografía.

Hamilton Burger le pasó una copia de la fotografía a Mason y dijo:

—Ésta es una copia que yo mandé hacer para usted, defensor. En ella aparece una sección de la carretera que voy a señalar en el plano. La fotografía está tomada de cara al Oeste. Ahora, Verónica, le presento esta fotografía y le pregunto si puede identificarla.

—Sí, señor.

—¿Qué es?

—Es la tajea donde yo estaba esperando cuando el señor Addison pasó con su coche. Yo estaba sentada aquí en esta parte de cemento, y entonces, cuando oí venir el coche, me puse en pie.

—Sí. Ahora, ¿de dónde venía ese coche, si usted lo sabe?

—Venía de una carretera lateral, por este lado, en esta parte de la fotografía.

—¿Y vio usted venir el auto?

—No vi el auto, pero pude ver los relámpagos de las luces y oír el ruido del motor. La noche estaba muy serena.

—¿Y qué ocurrió?

—El motor de ese auto sonaba muy claramente mientras rodaba por una mala carretera que estaba tapada por la maleza; una carretera que estaba aquí, por detrás.

—Y ahora, Verónica, voy a mostrarle un plano de la casa donde el cadáver del señor Edgar Z. Ferrell fue encontrado y mostrando partes de los terrenos que la rodean. Éste es un plano que ya fue presentado previamente como prueba. Y ahora, ¿puede usted orientarse en este plano?

—¿Orientarme yo sola? —preguntó ella.

—Que se sitúe usted sola y señale exactamente dónde estaba usted y dónde estaba la tajea.

—Oh, sí —dijo ella examinando el plano, y luego, con la rapidez

de quien ha sido bien ensayado y se ha familiarizado ampliamente con el plano en cuestión, dijo—: Yo estaba exactamente aquí. Y aquí es donde está la tajea.

—Marcaré ese sitio con el número uno en un círculo —dijo Hamilton Burger haciendo una marca en el plano—. Ahora, Verónica, ¿puede usted decirnos de dónde venía el coche?

—Sí, venía a lo largo de este camino, aquí. —Indicando dos líneas paralelas en el plano que lleva la leyenda: CAMINO CONECTANDO LA CASA DE CAMPO DE FERRELL CON LA CARRETERA PRINCIPAL, dijo Hamilton Burger:

—Ahora, continúe, Verónica, y díganos lo que ocurrió.

—Bueno, el coche vino por este camino marchando más bien despacio. Sonaba como si estuviera en primera velocidad o quizá en segunda, y luego llegó escalando este terraplén hasta la carretera principal.

—¿Lo vio usted?

—No, yo no pude verlo en ese momento. Sólo pude oírlo. Esa subida hasta la carretera principal está a eso de..., oh, quizá a poco más de un cuarto de milla de la tajea donde yo estaba sentada.

—Y después, ¿qué?

—Estoy segura que el coche llegó a la cima de esa escalada hasta la carretera principal en primera velocidad. Después pasó a segunda, y en el momento que estaba cambiando para una velocidad mayor, yo me presenté enfrente de los faros.

—Ahora volvamos atrás un momento, Verónica. *Antes* de que usted oyera ese motor, ¿oyó usted algunos otros ruidos?

—Sí.

—¿Y qué fueron?

—Tiros.

—¿Cuántos tiros, Verónica?

—Seis.

—¿Puede usted describirlos?

—Bueno, yo pensé en ese momento que era un motor con el escape abierto, pero ahora he tenido oportunidad de volver a pensar sobre todo eso y ya sé que fueron disparos. Oí uno y después de un segundo otro y después de otro segundo o dos oí cuatro tiros más, disparados muy rápidamente.

—Y ahora, ¿cuándo oyó usted esos tiros, Verónica?

—Exactamente un minuto o dos antes de que el coche fuese puesto en marcha.

—¿No serían cinco minutos?

—No lo creo. Quizá dos o tres minutos; sólo un poco de tiempo.

—¿Podría usted decir qué hora era entonces?

—No exactamente. Yo creo que era a eso de las nueve, probablemente unos minutos antes.

—Muy bien. Usted oyó, pues, los tiros. Usted oyó el auto puesto en marcha. Usted lo oyó llegar por el camino. Usted lo oyó acercarse a usted.

—Sí, señor.

—¿Intentó hacer señas para que la llevase ese auto?

—No, no hice movimiento ninguno, pero miré a los faros delanteros para que el hombre que conducía el auto pudiese..., bueno, sabe usted, pudiese verme bien.

—¿Y qué ocurrió?

—El auto no iba a mucha velocidad. Estaba exactamente cambiando a directa y cuando pasó ante mí paró y luego retrocedió.

—Y después, ¿qué?

—Después, el señor Addison me preguntó si yo quería subir.

—¿Entonces usted se está refiriendo al señor John Addison, el acusado en este caso, el caballero sentado a la izquierda del señor Mason?

—Sí, señor.

Burger, con la voz rezumando simpatía, dijo:

—Y ahora, Verónica, piense que esto no es un asunto agradable pero ¿quiere continuar y decirnos lo que ocurrió? Díganoslo todo.

—Bueno —dijo ella—. El señor Addison paró y retrocedió. Me preguntó si quería subir. Yo había estado observándole todo el tiempo.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Bueno, había observado el ruido de su motor. Yo sabía que era un coche grande y costoso por el ruido del motor. Después tuve ocasión de ver la silueta de aquél cuando se acercó. Había luz bastante en el interior del coche y así pude darme una buena idea de él. Parecía un hombre de negocios acomodado y no el tipo de individuos con los que había tenido problemas en las últimas treinta o cuarenta millas que había recorrido.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

—Entonces le sonreí y le di las gracias y le dije que me gustaría que me llevase a la ciudad si iba hasta allá. Dijo que sí iba y yo subí al coche.

—¿Y hablaron ustedes?

—Sí, nosotros hablamos. —Sonrió y dijo—: Ésa es una obligación de las mujeres jóvenes que viajan de favor hacia las personas que las recogen. Si ellos quieren hablar, ellas hablan. Y si ellos no quieren hablar, ellas permanecen calladas.

—¿Y el señor Addison quería hablar?

Sonrió y dijo:

—Yo creo que quería oírme hablar.

—Entonces, ¿qué es lo que hizo usted?

—Hablé. Le hablé de mí y le dije que yo venía a la ciudad a..., bueno, algo así como para verla y a buscar fortuna.

—¿Y le dijo usted que había abandonado su casa?

—Sí.

—¿Y qué hizo el señor Addison?

Verónica levantó los ojos y la voz:

—Quiero que quede comprendida definitivamente una cosa: el señor Addison fue un perfecto caballero. Un *perfecto* caballero.

—Sí, ya comprendo —dijo Burger—, pero dígame exactamente lo que ocurrió. ¿Qué es lo que ocurrió?

—Bueno, me preguntó si yo tenía algún sitio para alojarme y yo le dije que no, y me preguntó cuánto dinero tenía, y yo traté de evitar esa cuestión, pero él continuó siendo muy insistente y cuando le mostré mi cartera, tenía solamente una pequeña cantidad de dinero y no sabía dónde iba a alojarme, cuando llegase a la ciudad; entonces él me dio un consejo paternal. Me dijo que una muchacha no podía hacer esas cosas en una ciudad grande, que esto era diferente de una ciudad pequeña en el campo, y luego añadió que iba a conseguir un sitio para alojarme.

—¿Qué fue lo que hizo?

—Paró el coche en una estación de servicio, entró y llamó por teléfono y cuando regresó dijo que ya lo había arreglado y que tenía una habitación para mí en un hotel y que todo estaba pagado.

—Y después, ¿qué?

—Después, cuando llegamos a la ciudad, me llevó al «Hotel

Rockaway», esperó a que yo me inscribiese; el empleado dijo que había una habitación reservada para mí. Y eso es todo lo que sé sobre este asunto.

—Y ahora, ¿volvió a ver al señor Addison otra vez? —preguntó Burger.

—Sí.

—¿Cuándo?

—En la noche del diez fui a verlo a su almacén general.

—¿A solicitud de él?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió?

—Me envió abajo al jefe del personal con una tarjeta y..., bueno, me dieron un empleo y empecé a trabajar inmediatamente.

—¿Y usted supo en algún momento algo de los sórdidos detalles de ese chantaje?

—No, señor, nunca.

Burger se volvió a Mason.

—Supongo —dijo reprochador— que usted querrá interrogar a esta joven.

—Ciertamente que sí —dijo Mason poniéndose en pie.

Burger dijo como resentido:

—La Ley le da a usted ese derecho. Continúe.

—¿Su madre está viva? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Y usted vivía con su madre?

—Sí.

—¿Y se marchó del domicilio familiar?

—El domicilio familiar —dijo ella sonriendo débilmente— era un restaurante. Yo atendía a las mesas. Estaba en una pequeña ciudad deplorable. Allí no había oportunidades. Una nunca conocía a nadie excepto unos pocos jóvenes atrasados y tímidos a quienes les faltaba el valor y la iniciativa para marcharse.

—¿Entonces usted se marchó?

—Sí.

—¿Y vino de favor hasta aquí?

—Sí.

—Eso es interesante —dijo Mason—. Ahora, señorita Dale, ¿cuánto tiempo le llevó a usted llegar hasta aquí por esos medios?

—¿Qué quiere usted decir?

—Usted es joven, con personalidad y atractivo, y me imagino que no tiene que esperar mucho tiempo para que alguien le ofrezca llevarla en su coche.

Verónica Dale empezó a revelar pánico en sus ojos.

—Bueno, no.

—Así, entonces, ¿cuánto tiempo le llevó a usted, desde que dejó su hogar, al llegar hasta aquí?

—No mucho tiempo.

—¿Algo así como una semana?

—Yo... bueno, quizá. Sí, yo creo eso.

—¿Entonces usted estaba en su hogar con su madre en ese restaurante una semana antes de que encontrase por vez primera al señor Addison?

Se produjo un largo silencio.

—¿No puede usted contestar a eso?

—Oh, con la venia del Tribunal —dijo Hamilton Burger poniéndose en pie con las maneras de un protector paternal de la muchacha y, por lo que al Tribunal concernía, un abogado cuya paciencia estaba enteramente agotada—, yo objeto a esto. Que la defensa se limite por sí misma a la vecindad y al tiempo aproximado del crimen. Seguramente esta joven ha sido ya bastante molestada. Simplemente el que estuviese por casualidad junto al acusado en la vecindad del crimen y a la hora aproximada en que fue cometido, no es razón para que sea estrujada por un defensor sin remordimientos y desesperado.

—Ni sin remordimientos ni desesperado, Señoría —dijo Mason alegremente—. Yo desearía saber algo sobre cómo ocurrió que esta joven dama estuviese en ese lugar a la hora que ella mencionó. Y desde el momento en que todo esto depende del elemento tiempo, quiero comprobarlo.

—Creo que la cuestión está dentro de los límites permisibles del interrogatorio —determinó el juez Keetley—, pero es opinión del Tribunal, señor Mason, que el interrogatorio de esta joven no debiera ir demasiado lejos.

Nuevamente se produjo silencio.

—Conteste a esa pregunta —dijo el juez Keetley.

—¿Pueden darme un vaso de agua? —pidió Verónica Dale en

voz baja.

—Ciertamente —dijo Mason.

Pero fue Hamilton Burger quien se puso en pie y acudió presuroso al estrado de los testigos:

—Vamos, Verónica —le dijo—. No se abrume usted.

—¿Qué es lo que le ocurre? —preguntó Mason—. ¿Hay algo que no va bien para ella?

—¿Qué quiere usted decir? —rugió Burger hacia él—. Esto está enteramente a la par con sus insinuaciones, con sus...

—A mí me parece que es una joven saludable y de unos veinte años de edad —dijo Mason—. Ciertamente debería poder contestar a una pregunta relativa al tiempo que hace que abandonó su hogar. En la forma en que la está usted mimando, empiezo a pensar que hay algo que no va bien con ella.

—Bueno, pues no lo hay —gritó Burger.

Mason tomó ventaja de la rabia que estaba vomitando Burger para llenar un vaso con agua y tendérselo a Verónica Dale.

—Siga usted, señorita Dale —le dijo suavemente—. Tómese todo el tiempo que quiera bebiendo el agua y después, cuando haya acabado de beberla, dígame usted al Tribunal cuándo dejó usted su hogar, exactamente cuándo abandonó usted aquel restaurante y a su madre.

—¡Veinte años de edad! —gritó tempestuosamente Burger—. Esta muchacha es una niña, una joven inocente de dieciocho años..., escasamente dieciocho años, contra la cual está usted persistentemente arrojando fango sólo porque...

—Ya está bien, caballeros —intervino el juez Keetley—. El interrogatorio continuará de una manera ordenada y los abogados se abstendrán de personalizar.

El juez Keetley miró por debajo de sus espesas cejas a Verónica Dale mientras ésta sorbía lentamente agua del vaso que Mason le había tendido. La frente del juez se frunció.

—¿Ha terminado usted de beber su agua? —preguntó Mason.

—No.

—¿Se siente usted ya mejor? —inquirió Burger solícito.

—Sólo fue un pequeño desmayo —dijo ella.

Mason extendió su mano para tomar el vaso, pero Verónica Dale ignoró ese gesto y continuó sorbiendo el agua lenta y

pensativamente.

—¿No ha pensado usted todavía en la respuesta? —preguntó Mason.

Ella miró a Mason y de repente comenzó a llorar.

Mason, gentilmente, tomó el vaso de los dedos de ella, caminó hasta la mesa a la que había estado sentado, colocó el vaso encima, se sentó y esperó.

Burger avanzó hacia la muchacha, le puso una mano paternal sobre el hombro y dijo:

—Vamos, vamos, Verónica, esto ya casi ha pasado. El Tribunal va a protegerla a usted. El juez Keetley no va a dejarle que le haga más insinuaciones bastardas. Con la venia del Tribunal, esta insinuación improcedente y despreciable, esa acusación de que algo no estaba bien en relación a esta joven, la ha turbado muy justificadamente. Creo que cada hombre en esta sala sintió su sangre hervir cuando el defensor...

—Por favor, absténgase de personalizar, señor fiscal del Distrito —dijo el juez Keetley con sus ojos agudos fijados especulativamente en la cara de Verónica Dale.

Mason se repantigó de nuevo en su silla giratoria, junto a la mesa de la defensa, cruzó las manos por detrás de la cabeza y esperó.

Había algo en la tranquila y silente espera que hizo más para situar las acciones de Verónica Dale en su verdadera perspectiva, que cualesquiera otras demostraciones hubieran causado sobre ella.

—Señoría —dijo Hamilton Burger después de un momento—. Voy a renovar mi objeción y pienso que el interrogatorio de esta testigo debería terminarse. El propio defensor es responsable por el estado de turbación de la testigo. Tiene que agradecerse sólo a sí mismo si sus insinuaciones...

—Déjela usted sola. Está pensando —dijo Mason haciendo una mueca.

El juez Keetley dijo con un tono de firme intención en su voz:

—El Tribunal no ve razón alguna para que la testigo no pueda responder a esa pregunta.

—No se trata de esa cuestión, Señoría —protestó Burger—. Se trata de la manera de interrogar y de las insinuaciones de hallarse esta joven encinta.

—Simplemente preguntó si había algo que no estaba bien con su estado —dijo el juez Keetley—, y por lo que al Tribunal concierne, resultaría que usted se acarreó eso a sí mismo por una exhibición de solicitud indebida. ¿Qué edad tiene esta joven? ¿Ha comprobado usted su edad?

—Tiene escasamente dieciocho años, Señoría. Es una joven...

—Tiene veinte años —dijo Mason.

—¿Qué edad tiene usted? —le preguntó el juez Keetley a Verónica.

Ella miró al juez y entonces de nuevo recurrió a las lágrimas.

El juez Keetley se recostó en su silla en una forma muy similar a la de Perry Mason.

—Muy bien —dijo el juez—. Esperemos hasta que pueda contestar a esa pregunta.

—¿Se siente usted en estado de poder contestar preguntas, Verónica? —preguntó Hamilton Burger.

—No —respondió prontamente la muchacha.

—Pues ha contestado muy bien a esa pregunta de usted —dijo el juez—. Ahora que trate de contestar a esta otra: ¿Qué edad tiene usted, joven?

Verónica Dale miró desesperadamente en torno a la sala.

—¿Qué edad tiene? —preguntó el juez Keetley.

Burger miró al juez con cierta exasperación.

—Creo que usted puede volverse y sentarse, señor fiscal del Distrito. No creo que vaya a caerse fuera del estrado de los testigos. ¿Qué edad tiene usted, señorita Dale?

—Veinte años.

—¡Caramba! —contestó el juez Keetley, y luego, con un tono cortante en su voz, dijo—: Desde que usted abandonó su casa, desde que usted vio por última vez a su madre, ¿cuánto tiempo le llevó llegar aquí? Díganos usted exactamente cuánto tiempo ha andado usted por esas carreteras viajando de favor.

—Yo..., yo no puedo decirlo. Yo no he llevado cuenta del tiempo.

—¿Cuánto tiempo hace que vio usted a su madre por última vez?

—Yo...

—Señoría —dijo Hamilton Burger—, si yo puedo interponer una

sugestión más...

—Bueno, interpóngala usted rápidamente —replicó el juez Keetley.

—Tengo entendido que la madre de esta muchacha está aquí en la ciudad, que está bajo la custodia del señor Perry Mason y que el señor Mason, por razones sólo conocidas de él mismo, no presentó a la madre en este Tribunal esta mañana. Por lo tanto, me parece a mí que a esta altura, señor Mason, debería ser ordenado que usted dejase a esta joven tener el consuelo de la presencia de su madre.

Mason dijo:

—Yo le llamé a usted anoche por teléfono, señor fiscal, y le sugerí que *usted* dejase a la señorita Dale y a su madre celebrar una afectuosa reunión, y usted respingó ante esta sugerencia.

—No obstante eso —dijo Burger—, y aun cuando me ofende la declaración del defensor de que yo respingué ante esa sugerencia, creo que esta joven debería tener una oportunidad de ver a su madre. La noche pasada fui cogido por sorpresa, en una hora en que estaba con prisa para regresar a mi casa, por la oferta del defensor para que le entregase a Verónica Dale a él y que así ésta pudiese ver a su madre. Yo, naturalmente, me negué. Pero más tarde, después de haber pensado otra vez las cosas, decidí que si el señor Mason me enviaba a la señora Dale a mí personalmente, yo la acompañaría a ver a su hija. Pasé algún tiempo tratando vanamente de ponerme en contacto con el señor Mason. Hice que averiguasen en vano en los registros de los hoteles. Creo, sin embargo, que el defensor maliciosamente hizo su sugestión con el tiempo preparado para recibir una negativa. Creo que su ocultación deliberada a esta joven de su madre, está conforme a las tácticas que él ha usado...

El mazo del juez Keetley golpeó fuertemente sobre la mesa:

—Por favor, absténgase de personalizar, señor Burger.

—No tiene importancia. Déjelo usted, Señoría —dijo Mason—. Realmente no quiso decir eso. Está sólo tratando de darle a la testigo tiempo para pensar. Ya tenía de antemano las respuestas muy preparadas, pero ahora que ha sabido que su madre está aquí tiene que cambiar su historia.

—Debería ver a su madre —gritó Burger.

—Tendrá oportunidad de ver a su madre cuando haya contestado a algunas preguntas —dijo irritado el juez Keetley—.

Después de todo, aquí tenemos a una saludable y fuerte mujer de veinte años. Ciertamente puede contestar a una simple cuestión sin que tenga que estar bebiendo sorbo a sorbo un vaso lleno de agua y que después el fiscal del Distrito tenga que ir solícito a darle palmaditas en el hombro. Y puede contestar las preguntas sin esperar hasta que su madre sea traída aquí para sostenerla de la mano. Quiero saber cuándo abandonó aquel restaurante, cuándo vio por última vez a su madre y así me propongo averiguarlo.

Se produjo un profundo silencio.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó el juez Keetley con una voz completamente desprovista de simpatía.

—Aproximadamente un año —contestó Verónica Dale. Mason estaba ya de pie:

—¿Y así —dijo él—, usted quería hacernos creer que había sido solamente cuestión de una semana?

—Yo..., yo estaba confundida.

—¿Y está usted confundida ahora?

—Sí.

—¿Usted comprende mis preguntas?

—Las comprendo ahora. Sí.

—¿Usted abandonó su hogar hace un año?

—Sí.

—¿Usted no ha visto a su madre desde entonces?

—No.

—¿Cuándo cumplió usted los veinte años?

—Yo..., hace unos tres meses.

—¿Dónde ha estado usted todo este año pasado? ¿Ha estado usted en la carretera todo ese tiempo camino de aquí?

—No.

—¿Dónde ha estado usted?

—En varios lugares.

—Oh, Señoría —dijo Hamilton Burger—, seguramente las andanzas de esta joven durante el año pasado, lo que ha hecho y dónde haya estado, no entran en ningún límite legítimo del interrogatorio. Su interrogatorio directo estaba limitado a un intervalo de aproximadamente una hora durante la cual ella encontró al acusado en un lugar en la carretera cerca de donde el acusado acababa exactamente de matar a su socio. Naturalmente, el

acusado no quiere que eso sea puesto en evidencia y yo no tengo objeción a ningún interrogatorio en cuanto a cualquier cosa dentro de los límites razonables..., un día, dos días, una semana, pero el ir atrás al plazo de un año y tratar de perjudicar la reputación de esta joven, es llevar el interrogatorio demasiado lejos.

—Bajo circunstancias ordinarias yo hubiera estado de acuerdo con usted —dijo el juez Keetley—. Pero las maneras de esta testigo, ciertamente indican que ella está tratando de ocultar algo.

—¿Y qué si así fuese? Puede haber abandonado el hogar por varias razones. Ciertamente no quiere abrir los secretos de su corazón en esta sala llena de público y no creo que ningún Tribunal debería obligarla a ello. El defensor no tiene derecho a desacreditar a la testigo con pruebas colaterales, bien sea presentándolas a través de otras gentes, o arrancándolas de la propia boca de la testigo.

—Él no quiere sacar a relucir los secretos de su corazón —dijo el juez Keetley—. Simplemente quiere saber por qué le llevó un año llegar aquí desde Indiana viajando de favor. Y el Tribunal quiere saber también eso. Sin embargo, si el fiscal del Distrito persiste en su objeción, yo me temo que el preguntarle a este testigo en detalle dónde ha estado y lo que ha hecho durante los últimos doce meses, puede resultar un poco remoto en cuanto al elemento tiempo.

—Nosotros insistimos en nuestra objeción como protección a la vida privada de esta joven —dijo Burger.

—Muy bien —determinó el juez Keetley—. El Tribunal, muy a pesar suyo, acepta la objeción en cuanto a lo que se refiera en tiempo a un año. Usted tiene derecho a demostrar lo que ha ocurrido dentro de un razonable límite de tiempo, señor Mason, y ciertamente el Tribunal va a permitirle a usted el más amplio interrogatorio en cuanto a lo ocurrido en el tiempo inmediato a que alcanza el testimonio de esta testigo y también dentro de un razonable intervalo precedente a ese tiempo.

—Muy bien, Señoría —dijo Mason—. Ahora, ¿usted venía viajando de favor en dirección al Oeste, señorita Dale, cuando alcanzó a llegar y esperar en esa tajea?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió? ¿Por qué se apeó usted en ese lugar especialmente?

—Yo dejé el coche en el que venía viajando voluntariamente —

dijo ella—, porque me indigné con los procedimientos licenciosos del hombre que conducía el automóvil y que trató de tomarse libertades conmigo.

—Entonces, ¿qué fue lo que hizo usted?

Ella respondió muy pronta, ahora con voz firme:

—Me protegí a mí misma de la única manera que puede hacerlo una muchacha en estas circunstancias. Me eché hacia adelante, paré el motor y saqué las llaves del encendido. Abrí la puerta del coche... y, naturalmente, con el motor en punto muerto, el coche fue disminuyendo la marcha hasta parar. Entonces salté afuera y le arrojé las llaves al hombre.

—Ése es un truco muy interesante —dijo Mason—. ¿Cómo fue que usted lo aprendió, Verónica?

—Ya lo había hecho antes.

—¿Muchas veces?

—Señoría —dijo Hamilton Burger—, aquí estamos otra vez de vuelta al pasado de esta muchacha, tratando de perjudicar su reputación...

—La objeción queda aceptada —dijo el juez Keetley—. Límitese usted a interrogar dentro del intervalo de tiempo razonable antes de que ella, como se alega, hubiese visto al señor Addison.

—Muy bien, Señoría —dijo Mason—. Entonces usted apagó el motor y salió fuera del coche.

—Sí.

—¿Hubo algún intento de detenerla a usted?

—Sí. El hombre trató de agarrarme y dominarme y tomarse ciertas libertades conmigo, desde luego, pero estaba más o menos ocupado con el automóvil y entonces echó los frenos de forma que pudiese tener ambas manos libres, y en ese punto fue cuando yo salté fuera del coche y le arrojé las llaves en el piso de la parte delantera.

—¿Y qué hizo él entonces?

—Salió fuera y empezó a perseguirme, pero luego comprendió la posición en la cual yo lo había puesto, me maldijo, me llamó toda clase de nombres, regresó al coche y anduvo buscando hasta que encontró las llaves. Pero en esos momentos yo ya estaba fuera de la carretera entre la maleza.

—¿Y ya estaba oscuro?

—Sí, desde luego.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted luchando con ese «lobo»?

—Durante un poco de tiempo. Recuerdo que me proponía quedarme en la pequeña ciudad de Canyon Verde, pero pensé mejor en marcharme y seguir con él. Hasta entonces él sólo me había dicho galanterías.

—¿Y se puso violentamente amoroso poco después que ustedes pasaron de Canyon Verde?

—Sí.

—Como una experimentada viajera por carretera —dijo Mason—, ¿se da usted cuenta del peligro de escoger a cualquiera que pase a lo largo?

—Yo soy muy selectiva —dijo ella—. Antes de dejar que alguien me lleve, mido las cosas.

—¿Y cuando aparece una automóvil de buena clase, entonces usted le hace un guiño al conductor?

—Yo le hago ver que tengo interés en aceptar que me lleve. No hago nada que pueda resultar feo, cual hacer señales con la mano.

—¿Y usted observó de antemano a ese hombre con el cual iba usted viajando?

—Bueno, traté de hacerlo, pero desde luego no se puede juzgar a un hombre cuando está viniendo hacia uno a cincuenta millas por hora y...

—¿Pero usted observó bien el coche?

—Sí.

—¿Y después se metió en el coche y siguió en él?

—Sí.

—¿Y de qué marca era? —preguntó Mason—. ¿Qué marca? Rápido, ¿qué marca?

—Un «Lincoln» —dijo ella.

—¿Un sedán?

—Sí, un «Lincoln» sedán.

—¿Nuevo?

—Un último modelo, sí. Parecía nuevo.

—¿Cuál era el número de matrícula?

—No lo sé.

—¿Quiere usted decir que no observó el número de matrícula ni antes de subir al coche ni después de apearse de él?

—Bueno, yo..., yo creo que lo hice, pero no puedo recordarlo.

Mason dijo:

—Por cierto, dígame, ¿no tiene usted la costumbre de anotar los números de matrícula de los automóviles en los cuales la han llevado a usted de favor?

—Yo...

—¿Lo hace usted o no lo hace?

—Lo tengo hecho en ocasiones.

—¿En una libreta de notas?

—Sí.

—¿Guarda usted esa libreta de notas en ese bolso que tiene usted ahí?

—Yo...

—Oh, Señoría —dijo Hamilton Burger—. Este batir en la espesura... Éste...

—Siéntese, señor fiscal del Distrito —replicó el juez Keetley—, no interrumpa el interrogatorio. El Tribunal quiere saber si la testigo tiene tal libreta no menos que lo quiere saber la defensa. Esto es enteramente adecuado. ¿Tiene usted esa libreta en su bolso, señorita Dale?

—Yo..., yo tengo una libreta de notas, sí.

—¿Y usted tomó el número de matrícula del automóvil conducido por John Racer Addison?

—Sí —dijo.

—¿Y por qué hizo usted eso?

—Es una cuestión de precaución para el caso en que hubiese algún conflicto.

—¿Y cuándo tomó usted el número de la matrícula del automóvil de Addison? ¿Antes de subir a él, o después de apearse de él?

Ella sonrió y dijo:

—Sería difícil tomar el número de matrícula de un automóvil antes de subir a él, señor Mason. Eso es más bien obvio.

—Así, naturalmente, usted lo hace cuando se apea.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué lo hace?

—Bueno, porque es agradable saber con quién ha estado una viajando en caso de que surgiesen complicaciones.

—¿Qué clase de complicaciones?

—Bueno, en el caso de que el hombre se haya puesto impertinente.

—Entonces, ¿usted toma los números de matrícula de los coches de los hombres que tratan de sobrepasarse?

—Sí, es una cuestión de protección.

—¿Para quién?

—Bueno, yo..., yo quiero saber.

—¿El señor Addison no se puso impertinente?

—No.

—Y sin embargo, usted tomó el número de matrícula de su coche.

—Sí.

—Déjeme ver esa libreta de notas.

Ella, una vez más, miró en torno a la sala lo mismo que un animal atrapado, y después, más bien contrariada, abrió su bolso y sacó una libreta de notas, de piel, que tenía sujeto un pequeño lápiz en un soporte de la cubierta.

—Déjeme usted ver también esa libreta —dijo Hamilton Burger—. Echémosle una ojeada.

—Ciertamente —dijo Mason.

Burger se inclinó hacia él y ambos miraron página tras página las listas de números de matrículas de automóviles. En el lado opuesto a muchos de esos números había un nombre y una dirección, y había fechas escritas subdividiendo las licencias y los grupos diarios.

Mason dijo:

—Así, en el día en que usted escribió el número de la licencia del automóvil de John Addison, había escrito también otros veinte números. ¿No es así?

—No los he contado.

—Pues cuéntelos ahora —dijo Mason.

Mason le tendió la libreta. Ella contó y dijo:

—Sí, veintidós.

—¿Entonces usted viajó en veintidós coches ese día?

—Sí.

—¿Y había tomado la precaución de escribir los números de todos esos hombres?

—Sí.

—¿Todos ellos eran hombres?

—Sí.

—¿No había ninguna mujer?

Titubeó.

—¿Ninguna mujer? —preguntó Mason.

—No.

—¿En dónde está el número de matrícula de ese «lobo» que trató de sobrepasarse con usted y la obligó a saltar fuera del automóvil?

—Yo no he dicho que él me obligase a saltar del automóvil. Hice eso por mi propia voluntad.

—Está bien. ¿Y cuál es el número de matrícula de ese automóvil?

—No está ahí.

—Pero usted ha declarado que anotaba el número de licencia de cada automóvil...

—Bueno..., ese dejé de anotarlo. Me encontraba excitada.

—¿Y usted anota esos números como una precaución para el caso de que ocurra algo?

—Sí.

—¿Y qué podría ocurrir después que usted sale del coche?

—Pues..., bueno, no lo sé. Es sólo una costumbre, eso es todo. A mí me gusta conocer a la gente con la cual he viajado.

—Oh, bien, bien —interrumpió Hamilton Burger—. Esta joven ha hecho una considerable cantidad de viajes de favor. Es una inquieta. Va de un lado para otro. Acepta ofrecimientos de llevarla de los hombres. ¿Y eso, qué? Eso no impide el hecho de que esté claramente establecido que vio a John Racer Addison aproximadamente en la escena del crimen y aproximadamente a la hora en que éste fue cometido. Y, Señoría, después de todo este interrogatorio triturante y esas insinuaciones feas y condenables, yo sé, y Su Señoría sabe también, que ella *viajó* en el automóvil de John Addison y que él estaba allí, en aquella casa, aquel martes por la noche. Y John Racer Addison *no va a negar todo esto*.

—Nosotros tomaremos el resto del caso en su secuencia lógica —dijo el juez Keetley—. Déjenme ver esa libreta de notas.

Tomó la libreta y con los dedos fue pasando las páginas, frunció el ceño hacia Verónica y dijo:

—¿Dónde está usted empleada?

—Yo estoy trabajando..., esto es, yo estaba trabajando en el almacén hasta que la policía me detuvo.

—Antes de eso, ¿dónde trabajaba usted?

—Yo no he trabajado desde hace algún tiempo, esto es, en trabajos regulares.

—Bueno —dijo el juez Keetley—, pienso que aquí tenemos todo un cuadro. No es un cuadro que a mí me guste, pero no veo razón para ahondar más en esto. Aun en el caso de que esta joven tenga una falta completa de carácter real, eso no sería razón para un ataque estulticio en su testimonio. Pienso que el interrogatorio ha cubierto probablemente todo el terreno más bien con amplitud.

—Excepto —dijo Mason— que yo quiero saber cómo fue que ella se encontraba precisamente en esa tajea a la hora que ella dice que el acusado la recogió.

—Ya le dijo a usted cómo fue que ocurrió para que estuviese allí —dijo Hamilton Burger.

—Pero su testimonio no corresponde —dijo Mason—. No tiene ningún número de matrícula anotado que indique cómo ella llegó allí.

—Bueno, ha contado su historia y la ha contado varias veces —dijo el juez Keetley.

—Una o dos preguntas más —dijo Mason—. Vamos a esos números que usted ha escrito antes de su encuentro con John Addison. Ahora el número de matrícula de Addison es el último número de ese día. ¿Es eso a causa de que él fue la última persona con quien usted viajó?

—Sí.

—¿Y usted admite que no anotó el número de licencia de la persona con quien viajó inmediatamente antes al número de matrícula de John Addison?

—No.

—Pero el número que tiene usted anotado exactamente antes de ese... —dijo Mason—. Vamos a echarle una mirada a ese número... Es el 45 S 533. ¿Recuerda usted ese automóvil?

—No —dijo imperceptiblemente.

De pronto, Addison se levantó de su asiento.

Mason le hizo una seña diciéndole:

—Siéntese.

Pero Addison, con el rostro mostrando la mayor sorpresa, gritó:

—Ése es el número de matrícula del automóvil de Edgar Ferrell.

—¿Qué? —exclamó Mason.

—Exactamente —dijo Addison con firmeza—. Ése es el número de matrícula del automóvil de Edgar Ferrell.

Hamilton Burger estaba hojeando frenéticamente las notas de sus papeles y dijo:

—Tiene que haber algún error.

—Mire usted al rostro de la testigo si piensa que hay algún error. Y entonces, si usted quiere realmente hacer algo, tómese las huellas dactilares a esta joven y compárelas con las huellas dactilares de la misteriosa mujer que ha estado en la casa de campo de Ferrell inmediatamente antes del asesinato.

Y Mason, con expresión dramática, caminó de regreso a su sitio y se sentó.

La sala era un pandemonium de ruidos. El juez Keetley y el alguacil trataron en vano durante varios segundos de imponer silencio, cuando el juez dijo:

—Quiero silencio en esta sala. Si los espectadores no pueden mantener el decoro, serán expulsados. Y ahora, procedamos en este caso de manera ordenada.

—Señoría —preguntó Burger—, ¿puedo pedir una breve suspensión?

—No —replicó el juez Keetley—. Continúe con su interrogatorio, señor Mason.

—Señoría, antes de que yo continúe con este interrogatorio, quiero que sean tomadas las huellas dactilares de esta testigo.

—Usted no tiene derecho a ponerse tan espectacular —dijo Burger—. Ésta es simplemente una gran exhibición y...

—Si usted piensa que es una gran exhibición —interpuso Mason—, eche una mirada a las huellas dactilares frescas en este vaso de agua que la testigo tuvo en su mano. Hay allí una huella la cual creo que usted descubrirá que corresponde exactamente con una de las huellas dactilares que su propio testigo técnico ha declarado que encontró en aquella casa. Y ahora que tomen las otras huellas.

—Que tomen las otras huellas —ordenó el juez Keetley—. ¿Dónde está ese testigo técnico en huellas dactilares? Que pase al

frente y vamos a resolver este asunto.

George Malden se adelantó llevando una pequeña caja que contenía lo necesario para tomar huellas dactilares.

Verónica Dale le dio su mano. Con un rostro tan sin expresión como el de una muñeca de cera, dejó que le fuesen tomadas las huellas. Después Malden se retiró a la mesa de Hamilton Burger, donde comparó las huellas tomadas en la casa con aquellas otras frescas. Durante todo este tiempo Verónica Dale, obviamente, estaba pensando, pero su rostro conservaba su expresión infantil de completa inocencia. No había ni siquiera una arruga en su frente.

Hamilton Burger aclaró dos veces la garganta, se levantó ponderadamente y dijo:

—Son las mismas, Señoría —y se sentó.

—¿Ahora —dijo Mason— supongamos que usted nos dice qué es lo que estaba usted haciendo en la casa donde fue cometido ese asesinato, Verónica? Usted ya ha establecido con su propio testimonio que estaba en la vecindad de la granja a la hora del asesinato.

El juez Keetley se inclinó hacia adelante y dijo:

—Tome ese micrófono y conteste a la pregunta.

Verónica Dale contestó con completa seguridad:

—Estuve en la casa solamente unos minutos.

—¿Quién la llevó a usted allí? —preguntó Mason.

—El señor Ferrell.

—Eso ya está mejor. Y ahora vamos a ser claros —dijo Mason—. ¿Cómo fue que usted encontró al señor Ferrell?

—Yo..., yo estaba practicando un negocio realizando mis viajes de favor por esas carreteras.

—¿Y qué «negocio» era ése? —preguntó Mason.

—Yo me ganaba la vida así. Me iba a las carreteras y hacía que me recogiesen. Primero me alejaba de la ciudad y después daba la vuelta y regresaba a ella. Solamente viajaba con hombres viejos y en automóviles buenos. Les contaba a todos esos hombres sobre mi vida desgraciada en mi hogar y cómo había salido al mundo a buscar fortuna. Yo tenía cuidado de decirles a todos que mi edad eran dieciocho años.

—¿Y eso con qué objeto?

—Invariablemente eran amables. Escogía los coches buenos.

Ellos me preguntaban cuánto dinero tenía y yo les decía que solamente unos centavos. Casi siempre me daban dinero. Nunca era menos de cinco dólares, y algunas veces hasta cincuenta.

—Ahora ya estamos llegando a alguna parte —dijo Mason—. ¿Y cómo fue ese viaje con el señor Edgar Ferrell?

—Yo había venido viajando con un caballero muy amable, que me había dado diez dólares. Sabía que no me daría más. Le dije que quería apearme en la estación de servicio y ponerme tan presentable como fuera posible antes de entrar en la ciudad. Él se mostró contrariado a dejarme ir, pero yo insistí y le dije que no me esperase.

—¿Venía usted hacia la ciudad entonces?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió?

—Mientras yo estaba en la estación de servicio, el señor Ferrell llegó con su auto. Iba en la otra dirección, pero..., bueno, la dirección no significaba realmente nada para mí, porque lo que yo quería era entrar en contacto.

—¿Así, pues, usted observó al señor Ferrell y se le insinuó?

—Supongo que mi aspecto era más bien triste y desvalido.

—Y entonces, ¿qué ocurrió?

—Marché con él. Mientras rodábamos observé el coche. Iba cargado como si fuera para un largo viaje. Intimé algo más con el señor Ferrell y le conté mi historia acostumbrada.

—¿Y él le dio algún dinero?

—Creo que iba a darme dinero. Me dijo que tenía que ir a su casa de campo por un poco de tiempo; que iba a encontrarse allí con alguna persona y que después de eso iba a regresar a la ciudad y que si yo volvía de regreso con él, entonces iba a conseguirme un sitio para vivir y un empleo.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Fui con él a aquella casa. Él continuó diciéndome que estaba completamente segura con él y que no estuviese nerviosa. Paró el coche y me preguntó si quería entrar en la casa. Le dije que sí porque hacía frío en el coche. Caminé dando la vuelta por detrás del coche y miré el número de matrícula, igual que hago siempre. Di una excusa para sacar algo de mi bolso y apunté el número de la matrícula. Después entré en la casa con él.

—Y entonces, ¿qué ocurrió?

—Él encendió una lámpara de gasolina y también encendió fuego en una estufa de leña. Se disculpó por el estado de la casa y dijo que era solamente un sitio íntimo que había tomado porque estaba realizando un trato de negocios que era tan secreto que nadie podía tener la más leve sospecha de lo que se trataba. Luego se puso más bien turbado y sugirió que cuando sus visitantes llegasen yo debía mantenerme completamente fuera de su vista, porque no quería que esas personas se forjasen falsas ideas sobre nuestras relaciones.

—¿Y qué ocurrió después de eso?

—Que llegó un automóvil a la puerta de la casa. El señor Ferrell dijo: «Aquí vienen mis asociados. Si quiere usted esperar en la cocina, querida... Yo creo que usted no estará allí demasiado incómoda. Esto no llevará mucho tiempo y después la llevaré a la ciudad y arreglaré para que tenga un sitio donde alojarse y un empleo.»

—Y entonces, ¿qué hizo usted?

—Fui hacia la cocina. El señor Ferrell miró por la ventana para ver el coche y de repente vino corriendo a la cocina con la cara blanca como una sábana.

—Y después, ¿qué?

—Dijo: «¡Cielo Santo, es mi mujer! Yo no sabía que ella supiese algo sobre este lugar. Márchese. Márchese por esa puerta de atrás. Salga a los campos. Salga adonde ella no pueda encontrarla a usted. Por Dios, apresúrese.»

—¿Y qué ocurrió?

—Yo no sabía qué hacer. Descorrió el cerrojo de la puerta de atrás, la abrió y casi me empujó fuera de la casa.

—Y así, ¿qué hizo usted?

—Empecé a correr, dejando atrás la casa, entre el automóvil y yo. Estaba oscuro y tropezaba y caía, y después dejé de correr con aquel pánico ciego y empecé a caminar. Entonces, de repente, recordé el pequeño saco de noche que yo siempre llevo conmigo. Lo había dejado en el automóvil del señor Ferrell. Tenía miedo de que su mujer pudiese buscar en el automóvil y encontrase mi saco.

—¿Y estaba usted temerosa que eso le trajese problemas al señor Ferrell? —preguntó Mason.

—Estaba temerosa de que trajese problemas para mí. Tenía todas mis ropas y otras cosas allí. Yo tengo mucha práctica en hacer maletines y así puedo realmente llevar un montón de cosas en un pequeño espacio.

—Así pues, ¿qué hizo usted?

—Mientras ella estaba en la casa, yo simplemente regresé, di vuelta en torno al coche de ella, fui al del señor Ferrell y en silencio abrí la puerta y recogí mi saco de noche. Estaba, claro está, encima de todo lo demás..., y créame que había un montón de cosas apiladas en ese automóvil, un montón de cosas de campo, según me parecieron..., un saco de dormir, un saco de campaña y otras cosas por el estilo.

—Muy bien. Usted recogió su saco de noche. Y después, ¿qué hizo?

—Después —dijo ella— empecé a poner distancia entre la casa y yo. No era parte de mi negocio el verme mezclada en ninguna discordia doméstica y yo ciertamente no pensaba ser nombrada como cómplice del demandado en el proceso de divorcio de nadie.

—¿Y en qué dirección fue usted?

Ella sonrió levemente y dijo:

—No sé eso ni siquiera yo misma. Eché a andar dando un rodeo en círculo para volver a la carretera. Vagué de un sitio para otro y entonces tropecé con una cerca de púas. Conseguí pasar esa cerca y lo primero que comprobé es que estaba en medio de la maleza. Anduve por allí y me arreglé de manera a perderme completamente.

—Y entonces, ¿qué?

—Entonces —continuó ella— me llené de pánico. Creo que corrí un poco, no lo sé. Perdí todo el juicio y finalmente volví a mis sentidos e hice examen de la situación. Decidí que debía esperar hasta que algún coche llegase por la carretera. Y pensé que podía oírlo.

—¿Podía usted? ¿Era así?

—Sí, esperé cinco minutos más o menos y entonces oí un coche a lo largo de la carretera principal. No era cerca de donde yo creía que debía estar la carretera principal. Pensé que la carretera principal estaba frente a mí, pero ese coche estaba a la izquierda y detrás de mí. Podía comprobarlo por el ruido del coche y que éste iba a velocidad a lo largo de la carretera principal, y así, pues,

empecé a caminar en esa dirección.

—Y entonces, ¿qué ocurrió?

—A esa altura comprobé que había hecho una tonta de mí misma y me tomé tiempo para ir abriéndome camino, cuando llegué a una nueva maleza. Había llovido la noche antes y había lugares donde el caminar era muy difícil. Traté de evitarlos y fui por los lados altos. Descubrí que estaba en una especie de lecho de una corriente y sosteniéndome sobre las piedras conseguí mantenerme fuera del fango. De vez en cuando se oían coches pasando por la carretera principal y así pude conservar bien mi dirección. Entonces ya comprobé que estaba acercándome y pensé que mi aspecto debía de ser muy malo. Así pues, me detuve en un terreno alto y me saqué la falda. Abrí mi saco de noche, tomé un cepillo de ropa y le di a la falda una buena limpieza. Después cepillé mis zapatos. Mis medias estaban muy manchadas. Saqué un par nuevo del saco y me las puse en la oscuridad. Después me arreglé la cara lo mejor que pude y me puse pintura en los labios y ya creí que me había puesto más presentable.

—Y luego, ¿qué?

—Caminando muy, muy cautamente para no estropearme las medias o ir a meterme en más maleza, subí a la carretera principal y me senté. Llevaba allí solamente unos pocos minutos, cuando oí aquel coche arrancar en lo que yo entonces pensaba que era una casa de campo. Yo no tenía absolutamente idea de que estaba tan cerca de la casa donde había dejado al señor Ferrell. Debí de haber caminado en torno a ella en un gran círculo. Compruebo ahora que el coche del señor Addison realmente había arrancado de esa casa, pero ciertamente no lo comprobé entonces.

—¿Y qué hubo de los tiros?

—Honradamente, cuando los oí, pensé que era el estampido del escape de un camión.

—¿Cuándo los oyó usted?

—Eso fue..., oh, no lo sé, diez minutos o así antes de que yo llegase a la carretera principal.

—¿Y no me había dicho usted que los oyó exactamente antes de entrar en la carretera principal?

—Bueno, eso es, exactamente antes, ¿no es así?

—¿Tanto como diez minutos?

—Quizá.

—¿Y no me dijo usted que...?

Ella dijo desesperadamente:

—Muy bien, trataba de protegerme a mí misma tanto como podía. Quería darme a mí misma una coartada tan buena como me fuese posible. Ciertamente no quería que nadie pensase que yo podía haber estado en ninguna parte cerca de esa casa cuando los tiros fueron disparados, y así puedo haber alterado el tiempo un poquito.

—¿Acaso un poquito demasiado?

—Bueno, quizá.

—¿Usted no sabe cuánto tiempo había estado allí el coche del señor Addison en la casa de Ferrell antes de que usted lo oyese arrancar?

—No.

—Y cuando usted lo oyó rodando por el camino malo, cruzando el puente de madera y subiendo la colina a la carretera principal, ¿usted pensó que venía de una casa completamente diferente?

—Señor Mason, le seré a usted franca. Yo pensé que estaba por lo menos a una milla del lugar donde el señor Ferrell me había dejado.

—Como cuestión de hecho —dijo Mason— a través de ese episodio entero, usted primero y solamente pensó en usted misma, ¿no es esto así?

Ella abrió sus ojos ligeramente:

—¡Cómo, desde luego! ¿En quién se supone usted que iba a pensar yo?

—Y esa historia que usted fabricó para contarnos a nosotros sobre el apasionado «lobo» en el sedán «Lincoln», ¿era una completa falsedad?

—Sí.

—¿Y en realidad usted tiene los números de matrícula de cada una de las personas que la llevaron en sus coches ese día? Tenga cuidado ahora, joven, porque nosotros podemos comprobar cada minuto de su tiempo.

—Sí —dijo ella—. Usted puede comprobar esos números de matrícula. Todos me recordarán.

—¿Cuánto dinero sacó usted ese día?

—Unos ochenta dólares.

—¿Era esa cantidad la de un día promedio?

—Yo gano bastante. Y la mayor parte del tiempo obtengo por lo menos tanto como eso.

—Eso es todo —dijo Mason—. Yo no tengo más preguntas que hacer.

—Y yo no tengo ninguna —dijo Hamilton Burger.

El juez Keetley dijo:

—Yo pienso, en estas circunstancias, que el Tribunal aplaza la sesión hasta mañana por la mañana a las diez. Entre tanto, quiero que cada fase de la historia de esta joven sea comprobada y sugiero que la oficina del fiscal del Distrito y la policía hagan una nueva investigación con el propósito de averiguar lo que realmente ocurrió en la escena del crimen, y sugiero también que esta testigo, con toda certeza, es culpable de perjurio.

—Sí, Señoría —dijo Hamilton Burger abrumado.

—La audiencia queda aplazada —dijo el juez Keetley.

Della Street se acercó para tomar del brazo a Mason.

—Oh, jefe —dijo—. Eres maravilloso. Simplemente maravilloso.

Paul Drake, con una mueca, dijo:

—Magnífico, Perry.

—Es un excelente comienzo —admitió Mason— y una feliz oportunidad. Gracias al hecho de que tenía la historia de la madre como un triunfo preparado, fui capaz de formular mis primeras preguntas de manera que aparecían inocentes y rutinarias, pero que precisamente eran aquellas que ella no quería contestar. Si yo hubiera probado primero con las otras preguntas, hubiera tenido a toda la sala, incluyendo al juez, contra mí desde el mismo instante en que tratase de exprimirla para sacarle la verdad.

—¿Y qué es lo que haremos ahora? —preguntó Drake.

—Ahora —dijo Mason— vamos realmente a trabajar. Y para empezar, Paul, toma esa lista de matrículas, pon a tus hombres en contacto con los dueños de esos coches y averigua cuántos de ellos fueron víctimas de chantaje por parte de Eric Hansell.

CAPÍTULO XVIII

Perry Mason, paseándose inquieto de un extremo a otro de su despacho, lanzaba de vez en cuando comentarios por encima del hombro.

Della Street, sentada a su mesa de secretaria, jugando con un lápiz o haciendo grupos de varios dibujos, conservaba sus ojos en la punta del lápiz mientras su mente seguía las expresiones de Mason.

Paul Drake, habiéndose deslizado hábilmente a un lado en la gran butaca de cuero, con las piernas colgando por encima de uno de los brazos de aquélla y la espalda apoyada en el otro, interponía de vez en cuando un comentario.

Mason dijo casi irritado:

—Este maldito caso presenta una completa imposibilidad. —Caminó arriba y abajo cinco veces más y después continuó—: Mirad la evidencia. Alguien estuvo allí fuera y le disparó a Ferrell a través de la ventana matándolo con el primer tiro, y después se alejó y vació el revólver al parecer disparando al aire. Después tomó los cartuchos vacíos sacándolos del tambor del revólver y arrojó éste en el lecho del río. Todo eso no tiene sentido.

—¿Y por qué no? —preguntó Drake—. El tipo ya estaba muerto.

—¿Y cómo fue que el asesino supo que estaba muerto?

—Había apuntado cuidadosamente, le disparó a la cabeza y lo vio caer al suelo.

—Podía haberlo herido solamente —dijo Mason—. Te digo, Paul, que se precisa una magnífica puntería para estar de pie en el suelo, disparar a través de una ventana y estar absolutamente seguro después de que el tiro fue mortal. Y además el asesino debió haber entrado en la casa, fue hasta el cuarto, apagó la luz y luego salió y se marchó en su coche. Pues bien, un hombre nunca hubiera

hecho eso.

—¿Y por qué no?

—Porque si le hubiera disparado un tiro a Edgar Ferrell y después de esto entraba en la casa, hubiera guardado consigo el revólver. Hubiera mantenido presta el arma, dispuesta para el caso en que Ferrell solamente hubiera resultado herido y se hallase preparado para luchar.

—Bueno, ¿y cómo sabes que él no lo hizo?

—Porque las pruebas demuestran que los tiros fueron todos disparados en rápida sucesión; no con un ritmo uniforme, pero, sin embargo, todos dentro del espacio de unos pocos segundos. Ésa es la causa de porqué los tiros sonaron como si fuera el estampido del tubo de escape de un camión que estuviese bajando por la carretera.

Drake dijo:

—Fue un tiro verdaderamente bueno, un tiro realmente hábil...

—Y eso estrecha las cosas hasta llevarlas directo a mi cliente John Racer Addison —dijo Mason.

—¡Demonios! —exclamó Drake—. Quizá este tipo sea el culpable.

Mason no dijo nada y continuó paseando.

Repentinamente se volvió.

—Todos nosotros estamos cometiendo las mayores torpezas con todos los elementos fundamentales.

—Pero ¿qué es eso, jefe? —preguntó Della Street, intrigada.

—Estamos mirando este asunto exactamente desde el punto de vista de la acusación. La acusación reconstruyó el crimen y nosotros estamos cayendo exactamente en esa propia reconstrucción suya. Pero volvamos al principio. Déjame ver esas pruebas fotográficas, Della.

Della Street trajo las pruebas fotográficas.

—Y ahora id a mi biblioteca sobre medicina forense y criminología y traedme de allí *Investigación de Homicidios*, de Le Moyne Snyder; seguidme *Medicina Legal y Toxicología*, por González, Vance y Helpert, y traedme también *Investigación Criminal Moderna*, por Soderman y O'Connell.

Della Street trajo esos libros y los puso sobre la mesa de Mason. Éste se sentó y empezó a pasar las páginas haciendo ocasionalmente

pausas para tamborilear con las puntas de los dedos sobre la mesa.

—Ya pensé esto —dijo Mason al fin.

—¿Qué? —preguntó Drake.

—Recuerdo sus textos sobre agujeros de balas a través del cristal. Y ahora, pues, vamos a hacer lo que debí haber hecho exactamente al principio. Empecemos por el principio en lugar de empezar por donde la policía nos dice que empecemos.

—¿Y dónde es eso? —preguntó Drake.

—Esa bala —dijo Mason—, ¿cómo sabemos nosotros si fue disparada por alguien que se encontraba afuera, en el lugar donde las huellas del automóvil terminaban, y cómo sabemos si fue disparada a través de la ventana matando a Ferrell?

—¿Cómo es que lo sabemos? —dijo Drake—. Porque las pruebas demuestran eso así y ése es el porqué. Tú tienes el agujero de la bala en el cristal en línea recta con la herida en la cabeza de Ferrell, y la línea apunta inequívocamente a un lugar donde un hombre habría estado de pie al apearse de un automóvil.

—Muy bien, Paul, ésa es la prueba. Es la misma clase de prueba que retrocede a la vieja historia del pastelero de Nueva Inglaterra que hizo un montón de pasteles rellenos y después otro de otros pasteles. Él quería distinguir unos de otros, y entonces escribió en la corteza de los rellenos las letras *SR*, queriendo decir *Son rellenos*, y *SR* en la corteza de los otros pasteles, queriendo decir *Sin rellenar*, y como las iniciales eran las mismas, después no pudo distinguir unos de otros.

Drake se incorporó en su butaca:

—¿Adónde demonios vas por ese camino?

Mason, examinando las fotografías del cristal de la ventana, lanzó una exclamación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Drake.

—Echa una mirada aquí a este libro, en la página 217 —dijo Mason—. Incidentalmente, Paul, éste es un magnífico libro. Tomas estos tres libros y puedes llegar a cubrir casi por completo todo el campo de la criminología forense. Aquí, en la página 217, hay un diagrama mostrando fracturas de cristal producidas por impactos de bala ilustrando la dirección de ésta. Ahora recuerda que los agentes, habiendo cortado el cristal para preservarlo y presentarlo en el Tribunal, no tomaron ninguna precaución para marcar cuál era el

lado del interior y cuál era el lado del exterior en la ventana, y cuando yo pregunté esto, recibí ciertos sarcásticos comentarios al efecto de que un lado del cristal era aproximadamente lo mismo que el otro lado. Todo esto es muy cierto. Pero un lado del cristal estaba por «*dentro* y el otro lado estaba por *fuera* y ésa es la diferencia significativa.

»Y ahora mira esta fotografía mostrando el cadáver en el suelo. Esta fotografía fue tomada antes de que el cristal fuese cortado.

—Pero no puedo ver aquí ningún detalle —dijo Drake.

—Sí, puedes ver detalles que muestran un modelo de pequeñas resquebrajaduras. Y ahora compara esta fotografía... ahí estás tú, Paul. Ves, este lado *tiene* que ser el de dentro, pues de otra manera esa curva tenía que estar apuntando hacia el otro lado.

Drake meneó la cabeza.

—Pero —dijo Mason— observa estas marcas aquí, observa este tipo de resquebrajadura y luego compáralas con el diagrama en este libro. Paul, tan seguro como que has nacido, esa bala fue disparada desde el *interior* del cuarto. La bala atravesó el cristal y fue a caer allí donde el automóvil estaba parado en el campo.

Drake dio un salto en su butaca:

—Déjame ver esas fotografías, Perry.

Drake y Della Street se congregaron alrededor de Mason mirando por encima de su hombro y estudiando las fotografías.

Drake lanzó un silbido largo y bajo.

Della Street dijo:

—Pero, jefe, todo eso está ahí en blanco y negro. Eso tiene que ser la parte interior de la ventana. Lo has conseguido.

—Muy bien —dijo Mason—. ¿*Qué* es lo que he conseguido?

Drake y Della Street cambiaron miradas.

Mason empujó atrás su butaca y empezó a caminar despacio de un extremo a otro del despacho. Finalmente se detuvo, se volvió hacia los otros dos y dijo:

—Muy bien, nosotros hemos establecido que la bala que pasó a través del cristal fue disparada desde el interior de la habitación. Si asumimos que la bala fue disparada por Ferrell, nos encontramos otra vez frente a una situación imposible.

—No veo por qué —dijo Drake—. Ferrell estaba en esa habitación. Él miró afuera y vio a alguien que estaba de pie junto al

automóvil y esa persona era alguien a quien él le tenía un miedo mortal. Estaba decidido a disparar para matar.

Mason meneó la cabeza sombríamente y dijo:

—Yo te sigo en todo eso, Paul, pero, y después, ¿qué? La pretensión de la acusación es que Ferrell estaba de pie allí en aquella habitación alumbrada con la lámpara de gasolina a su espalda, ofreciendo así plena iluminación para que el asesino pudiese tirar del gatillo. El asesino podía ver el interior, pero Ferrell no podía ver afuera.

»Ahora pues, bajo nuestra reconstrucción del caso, nosotros estamos forzados a enfrentarnos con un juego de hechos enteramente diferentes. Si seguimos esta teoría hasta su conclusión lógica, la luz tenía que haber sido apagada no por el asesino, sino por el propio Edgar Ferrell. No podía haber visto lo bastante bien para disparar afuera desde el cuarto, a menos que la luz hubiese estado apagada.

—Muy bien —dijo Drake—. Todo esto se ajusta bien, Perry. Ferrell apagó la luz.

—Y después, ¿qué ocurrió? —preguntó Mason.

—Ferrell vio al hombre afuera y le disparó un tiro.

—Y entonces —dijo Mason sombríamente— el hombre debió entrar en la casa y mató a Ferrell con el revólver de éste, y los otros cuatro tiros debieron de haber sido disparados en el espacio de muy pocos segundos. Y ahora, ¿cómo te imaginas todo eso?

Drake se rascó el pelo de las sienes, miró como un cordero a Della y dijo:

—No lo sé.

Mason dijo:

—Bueno, pues tiene que haber una respuesta y yo preciso tenerla para la hora en que la sesión se abra mañana.

CAPÍTULO XIX

Mason, Della Street y Paul Drake se abrieron camino por entre la multitud que desbordaba la sala del Tribunal del juez Keetley y caminaron por el corredor del Palacio de Justicia.

Los reporteros de los diarios se agruparon en torno a ellos pidiendo una declaración. Mason solamente hizo una mueca y dijo:

—Esperen hasta que la sesión se abra, muchachos.

Uno de los periodistas, abriéndose camino hasta llegar al lado de Mason, dijo en voz baja:

—Aquí tiene un informe para usted, consejero. Hamilton Burger va a pedir el aplazamiento del juicio.

—Gracias —dijo Mason.

Volvieron a abrirse paso entre la multitud. Drake le dijo en voz baja a Mason:

—¿Y le concederás el aplazamiento?

—No puedo, Paul —dijo Mason—. Tengo agarrado a un oso por la cola. Y no me atrevo a soltarlo. No me atrevo a aflojar la mano, y en cierta forma no sé cómo voy a poder conservarme yo mismo en tal posición de forma que la gente crea que *estoy* arrastrando al oso.

Había un orden comparativo en la sala y Mason fue capaz de avanzar por pasillo hasta el lugar de la defensa y la mesa destinada a ésta.

Hamilton Burger, que estaba ya sentado a la mesa de la acusación, se levantó nerviosamente, vino hasta Mason y le dijo:

—Supongo que usted querrá un aplazamiento del juicio, Mason.

—No, en absoluto —dijo Mason lleno de confianza.

Burger quedó visiblemente decepcionado. Finalmente dijo:

—Bueno, desde luego, el Tribunal puede estimar que debe hacerse una investigación mucho más completa.

—Este juicio es de usted —dijo Mason.

Burger estaba todavía de pie, en cierta forma titubeante, detrás de Mason, cuando el juez Keetley entró en la sala. Los abogados y espectadores se pusieron cortésmente en pie. El alguacil llamó a la sala al orden y un ayudante del *sheriff* trajo a John Addison.

Burger empezó a hablar casi inmediatamente.

—Señoría —dijo con grandilocuencia—, es siempre el deseo de la acusación el ser justa. Pienso que sería remiso en mis deberes si no llamase la atención del Tribunal al hecho de que es necesario para la policía y la acusación el volver a evaluar las pruebas. En justicia para el acusado, quiero tomar más tiempo para examinar esas pruebas cuidadosamente.

—¿Usted quiere un aplazamiento del juicio? —preguntó el juez Keetley.

—Sí, Señoría.

—¿Por cuánto tiempo?

—Por lo menos por una semana.

El juez Keetley miró a Mason.

Mason sonrió y meneó la cabeza:

—Señoría —dijo—, el acusado se opone a eso. Ahora es el momento, por lo tanto, fijado para el interrogatorio preliminar de este acusado. Si la acusación tuvo suficientes pruebas para hacer que el Tribunal ordenase el juicio contra el acusado, ninguna nueva prueba que se sume a eso puede cambiar la situación. Si la nueva prueba refuta la posición de la acusación, mi cliente tiene derecho a ser reivindicado. Quiero que el juicio continúe.

»Llamo la atención del Tribunal a las secciones del Código Penal que prevén que el interrogatorio debe ser completado en una sesión, a menos que el magistrado presidente, con buena causa demostrada, lo posponga. El aplazamiento no puede ser de más de dos días cada vez ni más de seis días en conjunto, a menos que sea por consentimiento o por iniciativa del acusado.

»Si se me otorga el privilegio de reanudar mi interrogatorio de uno o dos de los testigos de la acusación, consentiré entonces en el aplazamiento del juicio por una semana.

—Ésa parece ser una condición razonable —dijo el juez Keetley—. ¿Qué testigos quiere usted interrogar, señor Mason?

—Interrogaré primero al testigo Eric Hansell.

—Pase al estrado, señor Hansell.

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó Hansell sorprendido.

—Sí, usted —dijo Mason.

—Pase al estrado, señor Hansell —repitió el juez Keetley.

Con sus maneras mostrando aprensión, Hansell caminó lentamente hacia el estrado de los testigos. En el momento en que pasó junto a Mason, el abogado le dijo en un susurro:

—Tipo inteligente.

Hansell se volvió, miró a Mason y subió al estrado de los testigos.

—Ahora, pues —dijo Mason—, supongamos que nos dice algo más sobre su técnica de chantaje, señor Hansell. ¿No es un hecho que en este caso usted utilizaba a una cómplice femenina, una mujer que se hacía pasar por la madre de Verónica Dale, una mujer que podía ayudarlo a usted a hacer presión para conseguir un arreglo financiero?

—Definitivamente no —dijo Hansell.

—¿Y usted —continuó Mason— no utilizaba una cómplice en este caso para representar el papel de Laura Mae Dale?

—Definitivamente no.

—Hansell, una comprobación preliminar de la lista de números de matrícula que estaban inscritos en la libreta de notas de Verónica Dale demuestra que todos los dueños de esos coches habían recogido a Verónica Dale, la habían llevado con ellos y la mayor parte le habían dado algún dinero.

—Yo no tengo la culpa de eso —replicó irónico Hansell—. Si esos viejos chivos quieren caer en una trampa y darle dinero, usted no me puede hacer responsable de ello.

—Y en algunos de los casos —dijo Mason— aquéllos a los que Verónica tuvo la posibilidad de trabajar metiéndolos en una situación comprometedora, han pagado por chantaje, y la persona a quien todos ellos pagaron era un pelirrojo llamado Eric Hansell. ¿Qué tiene usted que decir a esto?

Hamilton Burger se puso en pie.

—Señoría, yo me opongo a eso. Ése no es un interrogatorio adecuado. No tengo simpatía por este hombre, pero ciertamente esos otros delitos...

—Rechazo la objeción —dijo el juez Keetley—. Déjelo a él que

conteste la pregunta, y cuando lo haga, señor Burger, yo puedo llamar su atención al hecho de que no ha recibido inmunidad por esos otros actos de chantaje si en efecto resultase que eran tales actos de chantaje. Y tampoco creo que su oficina debiera tratar de continuar protegiéndolo. Ahora, pues, el Tribunal determina que esta cuestión exige una parte de la *res gestae*. Conteste a la pregunta, señor Hansell.

Hansell gimió en el estrado de los testigos:

—Quiero ver a un abogado.

—Conteste a la pregunta —le dijo Mason.

—No puedo. No voy a contestarla.

—¿Sobre qué base se niega usted a contestar? —preguntó el juez Keetley.

—Sobre la base de que eso me incriminaría a mí —dijo Hansell.

El juez Keetley meneó la cabeza hacia Hamilton Burger y le dijo:

—Ahora, señor fiscal del Distrito, usted ha sido muy diligente en trabajar ciertos aspectos de este caso. Pero supongamos que usted le ordena a la policía que se ponga a trabajar con igual diligencia en esos casos contra este chantajista.

—Sí, Señoría —contestó Hamilton Burger muy sumiso.

—Hansell, usted trabajó unido con Verónica sobre la base de una comisión, ¿no? —preguntó Mason.

—Me niego a contestar.

—Y Verónica se arregló para que la arrestasen por vagabunda de forma que Addison mandase su propio abogado para sacarla libre y al hacerlo así quedar él mismo abierto al chantaje.

—Me niego a contestar sobre la base de que eso me incriminaría a mí.

—A usted ya le han dado inmunidad en este caso —dijo Mason —, por lo tanto, usted no tiene por qué temer a la acusación y no puede reclamar ningún privilegio.

—Muy bien. Ésa es la respuesta. Trabajé con ella en esa forma.

—¿Y usted tenía otra mujer que pasaba como madre de Verónica?

—Señor Mason, le estoy diciendo la verdad, yo no sé nada sobre esa mujer que pasaba como madre de Verónica. Verónica y yo hacíamos el juego entre nosotros y nosotros dos éramos todo lo que necesitábamos. No necesitábamos... Ah, espere un minuto, estoy

hablando demasiado.

—Ciertamente lo está haciendo —dijo Mason con sequedad.

Hubo un momento de tenso y dramático silencio.

La sonrisa de Mason era despreciativa.

—Eso es todo. No tengo más preguntas que hacer. He concluido ahora mi interrogatorio y estoy dispuesto a consentir una semana de aplazamiento.

El juez Keetley miró a Hamilton Burger:

—¿Tiene usted alguna pregunta que hacerle a este testigo?

—Ninguna, Señoría.

Eric Hansell sacó un pañuelo del bolsillo, se limpió la frente sudorosa, aclaró su garganta nerviosamente y después, en vez de volver el pañuelo a su bolsillo, se sentó en la silla de los testigos retorciendo aquél entre sus dedos, tirando de él y volviendo a retorcerlo.

Repentinamente, la comprobación de lo que estaba haciendo vino a él y con aire culpable metió el pañuelo en el bolsillo.

Mason se mantuvo serenamente despreciativo mirando sardónico a las manos de Hansell.

El juez Keetley rompió el silencio:

—El caso —anunció— será aplazado por una semana. El acusado queda bajo detención preventiva y se suspende la sesión.

El golpe que dio con su mazo sobre la mesa fue la señal para que se soltase una babel de conversaciones en la sala.

Mason recogió a Paul Drake y Della Street y los tres marcharon hacia el pasillo.

—Ciertamente le diste a Hansell algo en qué pensar —dijo Drake.

Mason meneó la cabeza.

—¿Acaso fue él quien lo hizo?

—No lo creo así —dijo Mason—. Simplemente tuve que usarlo a él como a un arenque ahumado para evitar que el fiscal del Distrito supiese lo que en realidad tenía yo en mi mente.

—¿Y qué es eso?

—Hablaremos de ello en el coche —dijo Mason.

De regreso a la oficina en el coche de Mason, Paul Drake dijo:

—Ya tienes en verdad a Hamilton Burger casi medio loco, Perry. Él empezó el juicio con lo que parecía ser un caso para disparar a

ciegas y ahora está dando vueltas en círculo. Y lo que lo está volviendo loco es que precisamente ahora no tiene la más remota idea de quién mató a Edgar Ferrell.

—Creo que sé quién lo mató, Paul.

—¿Quién?

—Vamos a mirar las pruebas. En primer lugar, Ferrell quería esa casa para algo. ¿Para qué?

—Para un nido de amor —dijo Drake—. Aquella linda pequeña pelirroja de la sección de plumas estilográficas y lápices automáticos...

—Hubiera arrugado su linda naricita al encontrarse ante una choza como ésa —interrumpió Mason—. Pero echemos una mirada a la significación de ciertas fechas que hasta ahora hemos pasado por alto.

—¿Qué fechas?

—Ferrell se marchó de vacaciones. Le dijo a su socio que iba a pescar truchas allá arriba, en el Noroeste, y le dijo a su amiga pelirroja, la de la sección de plumas estilográficas, que estaba planeando llevar a cabo un gran negocio y que iba a establecer su cuartel general en una casa de campo.

—Eso es exacto —dijo Drake.

—Varias cosas complican el caso, Paul; así es que las salidas no estaban claras por el momento. Pero ahora están empezando a clarear.

—¿Y cómo fue eso?

—Loraine Ferrell debe haber ido allá a esa casa en la noche del asesinato. Debe de haber entrado en la casa. Debe haber encontrado pruebas de que Verónica Dale había estado allí. Ella y su marido deben haber tenido allí algo así como una riña.

—Pero la policía no encontró las huellas dactilares de ella allí —dijo Drake.

—Oh, sí, la policía las encontró —dijo Mason—; la policía encontró sus huellas por todas partes igual que encontraron las de Addison, porque ella había ido allí con Addison cuando descubrieron el cadáver...

—Eso es exacto —interrumpió Drake—. Me había olvidado de eso.

—Y la policía —dijo Mason— no tiene manera de saber cuándo

fueron hechas esas huellas dactilares, si fueron hechas la noche en que el cadáver fue descubierto o la noche en que fue cometido el asesinato.

Drake meneó la cabeza otra vez.

—Ahora pues —dijo Mason—, llegamos a otra peculiar fase en este caso. Arriba, en el departamento de Della Street, encontramos seis cartuchos vacíos. Tengo la seguridad que éstos eran los cartuchos vacíos del revólver del crimen. Por alguna razón el asesino había llevado esos cartuchos lejos de la escena del crimen. Pensé por un momento que eso muy bien podía ser «plantado» por la policía, pero no lo fue. Entonces alguna otra persona puede haber «plantado» esa prueba allí.

—¿Y quién?

—Eso estrecha las cosas hasta llegar a dos personas. Verónica Dale estuvo en ese departamento y tuvo una oportunidad de «plantar» esa prueba, y asimismo también Loraine Ferrell. Verónica Dale tuvo una oportunidad mucho mejor y más favorable que Loraine.

—Entonces una de ellas tiene que ser la culpable, Perry, y por la forma en que eso aparece ahora es probablemente la señora Ferrell.

—Estaba muy ansiosa por verme durante un tiempo —dijo Mason—, y después, repentinamente, cambió de idea. Creo que ella estaba a punto de confesarme que había ido allí la noche del asesinato. Después, cambió de idea. Y claro, esa cuestión de que acababa de ver el coche de su marido en la calle, era un cuento inventado por ella. Sabía que él no estaba de vacaciones. Sabía que había comprado esa casa. Ella debía haber tenido una fuerte riña con él. Quería que Addison investigase y averiguara lo que estaba ocurriendo y la informase. Aquello le daría a él un testigo corroborador y haría así a Addison participante del lado de ella en el caso. Ésa es probablemente una de las razones por las que ella no le habló sobre su visita a la casa de campo de su marido la noche de la riña. Otra razón más puede muy bien haber sido el que oyó los tiros. Recuerda la forma en que el elemento tiempo tiene que funcionar; debe haber encontrado al otro coche viniendo de la casa de campo o bien debe haberlo visto llegar allí en el mismo momento en que estaba marchándose. No es una posibilidad muy remota la suposición de que paró su propio coche cuando llegó a la

carretera principal y escuchó, y hasta pudo haber hecho a pie parte del camino de regreso. En cualquier caso, quería que Addison fuese el caballo delantero del asunto. Así pues, llamó por teléfono a Addison contándole esa historia referente a la muchacha pelirroja en el automóvil. Incidentalmente, Paul, Della dice que la señora Ferrell está enamorada de John Addison.

—Pudiera ser, está bien —dijo Drake.

—Sé que ella está enamorada de él —dijo Della Street tranquilamente—. Le observé los ojos cuando hablaba de él. Observaba la expresión de su cara. Y el tono de la voz cuando mencionaba el nombre de él.

—Entonces debe estar muy metida en salsa con Addison en todo este conflicto —dijo Drake.

—Lo está —comentó Mason brevemente.

—¿Y qué hay sobre las fechas, Perry?

—¿Hay algo que te sorprenda como particularmente significativo sobre las fechas tomadas para las vacaciones en este caso, Paul?

—No consigo comprender hacia dónde te estás dirigiendo, Perry. Claro es, ésta era una época muy extraña para que Ferrell tomase unas vacaciones e ir a una excursión de pesca. Pero escucha, espera un momento, Perry. Diablos, ésta no es época para ir a pescar truchas.

—Exactamente —dijo Mason.

—Bueno, que me maldigan —comentó Drake.

—Y aún es más —continuó diciendo Mason—, las vacaciones iban a durar unas dos semanas. Ferrell tenía que estar de regreso con tiempo para un asunto de negocios particularmente importante.

—¿Y qué era? —preguntó Drake—. No sabía nada de eso.

Fue Della Street quien se lo explicó:

—Era la reunión anual de los accionistas.

Mason meneó la cabeza y dijo:

—Ahora date cuenta de una cosa más bien peculiar. Yo llamé por teléfono al almacén general y traté de hablar con el jefe del departamento de personal, que, incidentalmente, es también el tesorero de la corporación, Myrtle C. Northrup. ¿Y qué ocurrió? Pues que me contestaron que ella se había ido también de vacaciones. ¿No lo crees así?

—¡Qué demonios! —exclamó Drake—. ¿Qué es lo que estaba pasando allí?

—Ferrell y Addison se odiaban el uno al otro. Los dos poseían una cantidad igual de acciones. Había también unos pocos paquetes de acciones que habían sido distribuidos entre fieles empleados del almacén. Esos empleados, ordinariamente, nunca hubieran tomado partido. De hecho era parte de la política de los cabezas de la compañía el retraerse de discutir ningún asunto de política del negocio en las reuniones de accionistas. Los directores manejaban todo eso y Myrtle Northrup era la única persona presente en esas reuniones de los directores. Los otros accionistas le daban a ella su consentimiento.

—Dime, ¿adónde vas por ahí? —preguntó Drake.

—No lo sé ni siquiera yo mismo —dijo Mason—. Estoy simplemente llamándote la atención sobre hechos significativos. Y ahora, pues —continuó—, entre toda la gente envuelta en este caso hay una persona extraña, una persona que tomó riesgos desesperados con objeto de conseguir algo que ella quería.

—¿Y quién era?

—La mujer, quienquiera que ella fuese, que me visitó en mi oficina y me dijo que era Laura Mae Dale, la madre de Verónica.

—¿Y quién supones que era?

—Vamos a mirar eso de esta manera, Paul. ¿Dónde supones que consiguió la información?

—¿Qué información?

—Sabía que la madre de Verónica se llamaba Laura Mae Dale. Sabía que la madre tenía un restaurante en un pequeño suburbio de Indianápolis. No sabía exactamente la edad de Verónica. Sabía que Verónica tenía un empleo en el almacén y el salario que ganaba. Y ahora, ¿dónde pudo haber conseguido toda esa información exacta y, sin embargo, tener a la vez información errónea sobre la edad de la muchacha?

—No lo sé —dijo Drake.

—Debe haberlo sabido por la propia Verónica —dijo Della Street.

Perry Mason meneó la cabeza.

Mason condujo el coche en silencio unas cuantas calles mientras Della Street y Paul Drake permanecían sumidos en sus propios

pensamientos, tratando de enlazar los hechos que Mason había presentado dentro de un marco algo lógico.

—Pero ¿por qué diablos esa mujer vino a nosotros con esa historia? —preguntó Della Street—. Debía haber comprendido entonces que iba a ser descubierta más tarde. Debe haber comprendido que estaba tomando riesgos excesivos.

—Muy bien —dijo Mason—. ¿Por qué vino a vernos?

—No comprendo eso. A menos que estuviese mezclada con Eric Hansell en la forma en que tú mismo sugeriste.

—Cuando le pregunté todas esas cuestiones —dijo Mason— miré a la cara de Hansell. Y su cara me dijo más de lo que me dijeron sus respuestas. Está terriblemente lleno de miedo, pero creo que está atemorizado por alguna cosa más. Probablemente tiene una lista tan larga de chantajes en la que no ha habido acusaciones, que tiene miedo de que esto se descubra.

Drake dijo:

—Bueno, una cosa es cierta. Hansell y Verónica estaban llevando a cabo juntos un negocio de chantaje. Un examen de esos números de matrículas, unido también a entrevistas con unos cincuenta y dos dueños de coches, ha demostrado que casi todos ellos hicieron importantes entregas a Verónica, y uno o dos de ellos, que se habían puesto a sí mismos en una situación que podía considerarse muy comprometedor, pagaron el chantaje. Y en cada caso fue Hansell el que se presentó y recogió el dinero.

—Y claro está, hizo algún arreglo con Verónica —dijo Mason—. Después de todo, ya sabes que Verónica hizo que la arrestasen por vagabunda la noche que la policía la detuvo.

—Bueno, entonces —dijo Drake—, esa otra mujer, esa madre falsificada, es una parte en el anillo del chantaje. Ella...

—Pero ¿para qué la necesitaban?

Drake hizo una mueca y dijo:

—Querían una *madre* que pudiese mostrar justa indignación, hablar sobre el nombre puro de su hija que había sido mancillado y luego mostrarse inclinada a arreglarlo todo con una cantidad de dinero.

—Pero no necesitaron a esa mujer en este caso y los otros casos muestran que no había envuelto en ellos ningún ángulo relativo a la madre. Verónica dejaba que la recogiesen y se pusieran paternales;

entonces Hansell aparecía con la amenaza del diario. De hecho, esos hombres no le habían hecho nada a Verónica. Pero no se someterían a sufrir las iras de ninguna madre indignada. No, no hay la más ligera prueba de que este negocio tuviera una cómplice. Eran solamente Hansell y Verónica trabajando juntos, viajando por las carreteras, entrando en contacto por medio de la historia de la mala suerte, y después, en los casos apropiados, dándoles la sacudida del chantaje.

—Y todo eso sumado, ¿cuánto es, Perry?

—Esa mujer —dijo Mason— vino a mí porque quería alguna cosa.

—Naturalmente.

—Y —continuó Mason— la mejor manera de determinar lo que una persona quiere es observando lo que consigue.

—¿Y qué fue lo que consiguió esa mujer?

—Consiguió un recibo —dijo Mason— mostrando que ella me había pagado ciento cincuenta dólares como arreglo completo por todos los servicios en el caso del Pueblo contra Verónica Dale.

—¿Y te pagó ciento cincuenta dólares? —preguntó Drake.

—No. Me dio un cheque por esa cantidad. Pero el cheque no era bueno. Sin embargo, o bien quería que yo tuviese ese cheque, o quería el recibo, o las dos cosas. Observa también, Paul, que el cheque era un cheque en blanco, sin el nombre del Banco y que había que ponerle éste. Había sido arrancado de una libreta de cheques similares. Son del género de cheques en blanco que las grandes firmas tienen para la conveniencia de los clientes de fuera de la ciudad que no tienen en su posesión las libretas de cheques de sus Bancos respectivos. Esta mujer había arrancado solamente un cheque de aquella libreta.

Drake dijo:

—Vas a una velocidad demasiado grande para mí, Perry. ¿Por qué había de hacer eso aquella mujer? Debía saber que tú no harías nada más con el cheque que aceptarlo para después tratar de cobrarlo.

—Hizo eso porque quería que yo tuviese aquel cheque.

—¿Y eso por qué, Perry?

—Nosotros hemos actuado hasta ahora en la suposición de que formaba parte de aquel negocio de chantaje. Pero esa suposición no

tiene agua ninguna dentro. Vamos a estudiar, pues, otro ángulo. Supongamos que estaba tratando de proporcionarme a mí una defensa contra el chantajista. Supongamos que quería que yo pudiese decirle a Hansell: «Usted es un tonto. Addison no me pagó mi factura. Fue la madre de Verónica quien me pagó. Y aquí está el cheque de ella para probarlo.»

Drake lanzó un silbido.

Mason continuó:

—Y ahora considera esto. Por un lado tenemos a Ferrell tomándose dos semanas de vacaciones exactamente antes de la reunión de los accionistas para llevar a cabo un negocio supersecreto. Por otro lado tenemos a Myrtle Northrup, la tesorera de la compañía, tomándose también unas vacaciones similares. Y observando esto vemos que las dos ausencias se producen en una época muy poco usual para marchar de vacaciones.

—Pero esa mujer llamada Northrup odia los procedimientos de Ferrell y es leal a Addison.

Mason meneó la cabeza.

—Y Ferrell le había prometido a esa bella pelirroja darle el empleo que tenía Myrtle Northrup, lo cual ciertamente significa que iba a despedir a Myrtle Northrup.

—O a ascenderla —dijo secamente Mason—, en forma que su empleo quedase de esta manera vacante.

Drake empezó a pensar sobre todo esto. Mason giró la rueda del volante del auto.

—¿Eh? —dijo Drake—. ¿Adónde vas, Perry?

Mason dijo:

—Vamos a visitar a Myrtle C. Northrup, Paul. Y cuando la hayamos visitado creo que habremos encontrado alguna cosa.

CAPÍTULO XX

El sol de la brillante mañana iluminaba los grandes y blancos edificios en el distrito de casas de departamentos.

Mason paró el coche y dijo:

—Muy bien, Paul, éste es el sitio. ¿Tienes tu libreta de notas preparada, Della?

Mason iba delante caminando hacia la puerta de la casa de departamentos; miró su reloj y dijo:

—Me temo que esto va a exigir que utilicemos una llave de pasador, Paul.

Drake, gruñendo, sacó una pequeña anilla con pasadores de cerraduras.

—Me gustaría que usases métodos más convencionales, Perry.

—Se trata sólo de la puerta de afuera de una casa de departamentos —dijo Mason—. Nadie va a decir nada por esto. No es lo mismo que si estuvieras introduciéndote en un departamento privado.

Drake, contrariado, probó sus llaves. La tercera de ellas abrió la cerradura.

—¿Cuál es el número? —preguntó Drake al tiempo que caminaban por el pasillo.

—Es el tercer piso —dijo Mason—; el número 321.

El ascensor fue subiendo hasta el tercer piso. Mason encontró el departamento 321 y probó de abrir con la manilla.

La puerta se abrió. Un aroma de café y tocino saludó su olfato. Una mujer vestida con una chaqueta de estar por casa y teniendo un periódico de la mañana en su mano, dijo:

—Lo siento, yo...

Cualquier otra cosa que ella fuese a decir quedó cortada por un

suspiro de consternación.

Mason empujó la puerta, abriéndola del todo, y dijo:

—Vamos —y entró en el departamento.

Los tres penetraron en fila. Paul Drake y Della Street seguían a Mason. Drake cerró la puerta.

Della Street, deslizándose, se acercó a una mesa donde estaba hirviendo una cafetera eléctrica, se sentó junto a un tostador eléctrico de pan, abrió su libreta de taquigrafía y sacó la tapa a la pluma estilográfica.

—Quizá sea mejor que los presente a ustedes, amigos. Éste es Paul Drake, jefe de la «Agencia de Detectives Drake», y ésta, Paul, es Myrtle C. Northrup, dueña de un pequeño paquete de acciones de la corporación propietaria del almacén general en Broadway. La única vez que la vi iba disfrazada de madre de Verónica Dale, y la señora Northrup nos va a decir exactamente lo que ocurrió allí en la casa de campo de Ferrell la noche en que éste fue muerto. Yo creo que esto será mejor para usted, señora Northrup.

La mujer, con la cara de un amarillo enfermizo bajo su maquillaje, se movió retrocediendo lentamente, cual si esperase que por algún medio mágico se abriese un agujero en la pared y por él pudiese desaparecer.

—Usted pensó que no iba a encontrarla, señora Northrup. Pero después de todo, dejó una pista más bien amplia. Siendo usted la persona que estaba a cargo del departamento de personal, le ha dado a Verónica Dale un empleo a demanda del señor Addison. Usted, por lo tanto, conocía su pasado así como también el salario que recibiría. Cuando la entrevistó, ella había llenado una tarjeta diciendo su edad, el nombre de su madre y unas pocas cosas más que la capacitaron a usted para fingirse la madre de la muchacha cuando vino a mi oficina.

»Usted era casi la única persona que podía haber tenido esa combinación de informaciones exactas e inexactas en ese tiempo.

»Y al parecer usted estaba trabajando con Ferrell para formar una coalición de accionistas que hubieran tenido bastantes acciones para controlar la corporación en la reunión de los accionistas del día veinticinco. Ahora supongamos que nos dice qué fue lo que salió mal.

—No sé de lo que está usted hablando —dijo ella desafiante.

Mason hizo una mueca:

—Usted no puede negar que vino a mi oficina y dijo que quería pagar la cuenta de Verónica Dale por servicios legales. Mi secretaria y mi recepcionista pueden identificarla a usted.

—No —dijo ella despacio—, yo no niego eso.

—¿Por qué hizo usted eso?

—Yo..., yo tenía una idea extraña de que podía salvar al señor Addison de un chantaje.

—¿Cómo sabía usted que era víctima de un chantaje?

—Sucedió que tuve un asunto que me llevó a la oficina del señor Ferrell, y mientras estaba allí dentro, oí esta conversación en la oficina del señor Addison. Yo diría que lo estaban amenazando. Fui hasta la puerta y escuché. Y entonces oí a ese..., ese despreciable individuo, llamarle *Fatso*.

—¿Entonces usted lo oyó todo?

Ella movió la cabeza afirmando.

—¿Y vino a mí para hacerse pasar por la madre de Verónica Dale, de manera que yo tendría así un cheque sin valor, firmado por Laura Mae Dale, el cual yo podría mostrarle al chantajista?

—Pensé que eso podía ayudarlo.

—Muy bien, usted ha admitido eso con toda voluntad porque comprendió que yo tengo testigos que pueden identificarla. Ahora, ¿qué es lo que usted tiene que decir sobre haber ido a la casa de Ferrell en el campo?

—No sé nada en absoluto sobre ninguna casa en el campo. Yo no fui allí.

—Pues los testigos dicen que usted lo hizo.

—Están equivocados.

—Los testigos en este caso —dijo Mason— son las huellas dactilares que usted dejó allí y que la policía ha recogido. Usted no puede borrar la prueba de esas huellas, señora Northrup.

—¿Mis huellas dactilares? —dijo ella con desmayo.

—Seguro —dijo Mason—. Usted no ha tenido experiencia para ser ladrona; por lo tanto, lo olvidó todo respecto a sus huellas dactilares.

—¿Cómo..., cómo saben ellos que son mías?

—Ellos no lo saben. Yo sí. Pero todo lo que tienen que hacer es tomar sus huellas y compararlas con las que fueron encontradas en

la casa. Y entonces usted tendrá que decirles por qué fue allí y qué hizo allí. Mejor será que empiece por decírmelo a mí.

Ella pensó por unos momentos y luego dijo tranquilamente:

—Creo que estoy atrapada...

Mason asintió con la cabeza.

La resistencia pareció abandonar a la mujer. Dijo:

—Creo que usted lo sabe todo ya. Estoy contenta. No podía salvarme de eso de todas formas.

—Me gustaría oír los detalles —dijo Mason—. Particularmente sobre los tiros.

Fue a un armario ropero, abrió la puerta y sacó un pesado abrigo. Había en él una quemadura de pólvora y un agujero en la tela.

—Siga —dijo Mason— y mejor le será decir la verdad.

—Créame, señor Mason, yo lo quiero así también. Quiero sacarme eso del pecho. Me ha estado atormentando la mente. No conseguí dormir hasta las cuatro de la madrugada hoy. Por eso es por lo que estoy tomando el desayuno tan tarde.

El abogado hizo un gesto de simpatía.

—Todo es tan simple que lo raro es que nadie lo haya descubierto antes. Yo sabía que no podía salvarme.

—Díganoslo —ordenó Mason mirando a Della para ver si estaba tomando en taquigrafía cuanto se hablaba.

—Todo empezó —dijo Myrtle Northrup— cuando comencé a jugar a los caballos. Yo tenía un sistema. Estaba segura de que era un sistema infalible, pero falló. Pensé que era un fracaso temporal. Saqué fondos de la compañía. Ferrell estaba siempre tonteando con sus planos y gráficos y ésta era una manera simple que tenía de perder el tiempo.

»Él tenía el cuarenta por ciento de las acciones. Addison tiene otro cuarenta por ciento y el restante veinte por ciento está repartido entre antiguos empleados del almacén que están en puestos de responsabilidad. Siempre ha sido una cuestión de principio para los dos mayores accionistas, o los socios, como se llaman a sí mismos, el tratar las cuestiones de política de la empresa entre ellos y presentar un frente armonioso en las reuniones. Por lo tanto, las reuniones de accionistas han sido siempre más o menos una cuestión de puro formulismo.

Hizo una pausa para tomar un cigarrillo de un paquete y encenderlo con mano temblorosa.

—Bueno —dijo ella—, Ferrell me atrapó. Y me lo planteó. Yo tenía que firmar una confesión. Tenía que acceder a votar con mis acciones en la forma que él quisiese. Como cuestión de forma, casi todos los pequeños accionistas me enviaban poderes a mí y yo podía votar por ellos en las reuniones. Entonces, a través de mí, Ferrell empezó a ponerse en contacto con uno o dos que acostumbraban a ir a las reuniones. Había una muchacha abajo, en la sección de plumas estilográficas, Merna Raleigh, que tenía algunas acciones. Iba a prometerle un gran puesto y un aumento de salario, y allí estaba mi amigo Tom, Thomas P. Barret, para evitar que me persiguiesen por haber cogido fondos. Tuve, pues, que acceder a inclinar a Tom del lado de Ferrell.

»Ferrell tomó esta casa en el campo para poder disponer de un lugar donde trabajar, conseguir las transferencias de las acciones y acuerdos y todo lo demás, alineado todo en forma que pudiese presentarse en la reunión de los accionistas y controlarla.

—¿Y no es Merna Raleigh demasiado joven para figurar en esa distribución?

—Heredó las acciones de su madre. Su madre trabajó en el almacén durante muchos años.

—Y así, ¿qué ocurrió? —preguntó Mason.

—El martes, Ferrell se suponía que marcharía de vacaciones. Pero no fue a ninguna parte. Fue a esa casa y empezó a abrir allí su cuartel general. Me había dicho que me presentase allí un poco antes de las nueve el martes por la noche y que llevase a Tom conmigo.

»Yo no le dije a Tom lo que estaba ocurriendo. Fuimos allí en el coche de Tom. Y exactamente cuando doblamos para salir de la carretera principal, nos cruzamos con un auto que se marchaba. Era el coche de la señora Ferrell, aun cuando a esa hora yo no sabía quién era ella.

—Entonces, ¿qué ocurrió? —preguntó Mason.

—Cuando llegamos a la casa, yo dejé a Tom fuera en el coche y entré para hablar con Ferrell. Ésa es la forma en que lo habíamos planeado. Tom ni siquiera sabía de lo que se trataba, ni para qué estaba allí. Yo había de sondear a Tom fuera, en la carretera, y ver

cómo recibiría la idea de unirse a nosotros, entendiéndose, desde luego, que cuando Ferrell tomase el control eliminaría a Addison del cargo de gerente y lo pondría en otro subordinado, y nos daría a Tom, a Merna y a mí puestos de responsabilidad con grandes aumentos de sueldo. Y también iba a serme devuelta mi confesión de haber tomado fondos, y éstos serían repuestos.

—¿Y qué ocurrió realmente cuando usted entró en la casa? —preguntó Mason.

—Encontré a Ferrell en un estado muy nervioso. Me dijo que había recogido en la carretera a una muchacha rubia llamada Verónica Dale y que ésta venía huyendo de la vida monótona de una pequeña ciudad donde su madre tenía un restaurante. Había sentido lástima de ella y le había dicho que si venía a la casa y esperaba mientras nosotros dábamos fin a un pequeño negocio, la llevaría a la ciudad y le buscaría alojamiento.

—¿Pensaba hacerlo así?

—No lo sé —dijo ella—. Quizá pensó que podía convencerla de quedarse allí en la casa por la noche. Quizá pensaba en llevarla. Ferrell era una especie de «lobo» cuando la ocasión se le presentaba. Sé que estaba asediando a Merna.

—Siga —dijo Mason—. ¿Qué ocurrió?

—Me dijo que en alguna forma su mujer había descubierto lo de aquella casa de campo, que había venido en un automóvil y desgraciadamente había atrapado a Verónica allí. Que le dijo a Verónica que se largase por la puerta trasera, pero que su mujer la había visto. Su mujer pensó que aquello era un nido de amor y que iba a pedir el divorcio con toda la publicidad y el escándalo resultantes. Tuvo miedo de decirle a esa hora a su mujer el propósito real de la casa porque pensó que no lo creería.

—Y entonces, ¿qué hizo usted? —dijo Mason.

—Me dijo que había estado pensando sobre todo el asunto y que lo único que se podía hacer era regresar a la ciudad; iría junto a su mujer y le mostraría a ésta mi confesión; que yo iría con él y le diría a su mujer el propósito real de aquella casa, entendido desde luego que su mujer guardaría la cosa en secreto. Manifestó que esto era lo único que se podía hacer. Me dijo que fuese afuera y le dijese a Tom que se marchase, y cuando Tom se hubiera ido, nosotros dos nos marcharíamos.

—¿Y usted hizo eso?

—Yo fui junto a Tom y le dije que se marchase a casa y no dijese nada de que había estado allí. Entonces el señor Ferrell fue arriba para recoger la confesión que yo había firmado. La tenía en su maleta en una habitación de arriba. Pensaba, claro está, usarla como un medio para apoyar su historia ante su mujer. Pero cuando vi la confesión..., bueno, pensé que yo también debía recibir algo. Así pues, le dije que si yo iba a cooperar con él en la forma que pretendía, quería dejar aclarado que mi confesión iba a ser rota y los fondos serían repuestos, sin importar que el asunto de las acciones saliese bien o no. Esto lo puso furioso. Reñimos largamente y yo no sé qué diablo me poseyó, pero su maleta estaba allí y ese revólver estaba encima de la maleta. Él tenía la confesión en la mano. Cogí el revólver y le apunté diciéndole que me diese aquella confesión. Comprendí tan pronto lo hice que cometía un terrible error.

—¿Qué ocurrió?

—Me golpeó y cuando lo hizo se disparó el revólver. Ésa es la bala que pasó por la ventana. Entonces luchó conmigo. Me echó para atrás el arma. Los vuelos de mi abrigo estaban por encima de mi mano y cuando él me retorció ésta, presionó el dedo contra el gatillo.

»Grité de dolor y le supliqué que parase, pero él continuó retorciendo mi brazo y el revólver se disparó. La bala atravesó mi abrigo y fue a darle a él en la cabeza. Cayó y creo que murió instantáneamente. Supongo que fue porque mi abrigo estaba sobre el cañón del revólver que el disparo no le produjo quemaduras en la cara.

»Estaba llena de pánico. Quería verme libre de aquel revólver y de los cartuchos. No pensé en nada y además yo no sabía mucho sobre cosas de éstas. Abrí la ventana y disparé el resto de las balas en el suelo. Después saqué los cartuchos vacíos del revólver y tiré éste tan lejos como pude en la oscuridad. Puse los cartuchos vacíos en mi bolsillo y entonces me di cuenta que estaba allí con un cadáver. Cerré la ventana, apagué la lámpara de gasolina y las lámparas de petróleo de abajo.

»Tenía que marcharme de allí y marcharme rápido. Pensé en regresar transportada de favor por los automovilistas, pero no

quería hacer eso porque podía traerme complicaciones. No soy joven y bella como lo es Verónica. Y no quería tampoco dejar una pista detrás.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

—Sabía que el señor Ferrell había dicho a todo el mundo en el almacén que se marchaba al Noroeste de vacaciones. Me metí en su coche y lo llevé a Las Vegas, en Nevada, escribí un telegrama y lo firmé con el nombre de Ferrell. Dejé allí el coche y tomé un avión para regresar. Fui al almacén como si nada hubiese ocurrido. Llegué tarde, pero nadie sospechó nada sobre esto porque yo era libre en cuanto a mis horas de trabajo. No tenía que marcar la entrada y salida en el reloj.

»Esa misma noche, Verónica Dale vino a verme con una tarjeta del señor Addison. Comprendí inmediatamente que ésa era la muchacha que había estado en la casa con el señor Ferrell y comprendí también que Addison debía haber estado allí igualmente y había recogido a Verónica Dale. Le hice unas pocas preguntas con el pretexto de comprobar sus aptitudes y ella me comunicó bastante sobre sí misma y sobre cómo había encontrado al señor Addison. Estaba representando una comedia de niña inocente.

»Yo le di el empleo, desde luego, y tomé toda la información sobre su edad y el nombre de su madre. También tenía conmigo aquellos seis cartuchos vacíos que parecían estar ardiendo en mi bolsillo, y estaba terriblemente furiosa con la hipocresía de aquella pequeña perra con cara de niña.

—¿Pero usted no hizo nada ese día?

—No. Sólo fue al día siguiente. Yo estaba en el despacho del señor Ferrell y la puerta estaba un poquito abierta. Su despacho está junto al del señor Addison. Oí a Hansell dándole una «sacudida» de chantaje y comprendí en seguida que aquella rubia estaba metida en un círculo de chantajistas y éstos estaban tratando de hacer víctima al señor Addison. Usted sabe, yo siempre admiré al señor Addison y, ¡oh, Dios mío!, cuánto odiaba el tener que volverme contra él con una rata como Edgar Ferrell. Creo que ésa fue una de las razones porque me puse tan loca tratando de recuperar aquella confesión.

—Siga —dijo Mason.

—Siempre he admirado al señor Addison. Lo respeto y creo que

todos los empleados lo hacen así. Pensé que si yo podía llegar al despacho de usted lo bastante rápido y fingir que era la madre de Verónica y pagarle su cuenta de abogado, esto le daría al señor Addison una defensa contra el chantaje. Pensé en volver después y decirle a usted lo que había hecho.

—Siga —dijo Mason.

—Así pues, corrí allí y fingí ser la madre de Verónica y le dejé un cheque falso para que usted pudiera mostrárselo al chantajista. Pensé que eso podría confundirlo y que si Verónica creía que su madre estaba aquí..., eso podría eliminar su proyecto de chantaje. Sabía que usted no perdería nada a causa del cheque falso y me pareció que Verónica y el chantajista nunca sabrían que era una falsificación.

Mason asintió con la cabeza.

—Tomé el recibo que usted me dio y después, repentinamente, decidí ir a decirle a Verónica que sabía quién era y que se largase de la presencia del señor Addison o si no sufriría las consecuencias, y meterle miedo para que se marchase. Después pensé, cuando..., bueno, usted sabe, cuando el cadáver del señor Ferrell fuese descubierto, parecería como si esa pequeña rubia hubiese estado allí y..., bueno, que lo había matado. Después pensé que podía liberarse de eso con su cara de niña inocente. Podía subir al estrado de los testigos y decirle al jurado que él la había atacado y había tenido que dispararle en defensa propia.

—Usted pensó verdaderamente con mucha rapidez —dijo Mason—. ¿Y qué hizo usted después que salió de mi oficina?

—Me fui a ver a Verónica. Verónica no estaba en el hotel todavía porque se encontraba aún trabajando en el almacén. La había puesto a trabajar inmediatamente en el departamento de medias.

»Desde luego, señor Mason, yo tenía aún conmigo aquellos seis cartuchos. Estaban quemándose en el bolsillo. No sabía qué hacer con ellos, pues estaba muerta de miedo. Representaban una prueba. Bueno, fui al hotel a esperar a Verónica. Y entonces tuve una brillante idea. Subí a la habitación de Verónica y probé la puerta. No estaba abierta, pero había en el piso una camarera. Ésta me vio y yo le dije que era la madre de Verónica. Le enseñé el recibo que usted había firmado, para probarlo, y la camarera, al ver ese recibo

y oír mi historia y recibir una propina de un dólar, abrió la puerta y me dejó entrar. Dejé los cartuchos en el fondo de la pequeña maleta de Verónica, donde no creí que los pudiese encontrar, y después regresé y esperé el curso natural de las cosas. Estaba segura de que la policía daría una buena sacudida a Verónica. Examinaría su maleta, encontraría los cartuchos, y entonces, pensé..., bueno, pensé que eso la pondría a la defensiva y le daría algo en qué pensar y..., bien, eso es todo.

—Y Verónica —dijo Mason— jugó con las cartas pegadas a la cara, encontró los cartuchos, comprobó lo que éstos eran, los sacó de su departamento y fue a dejarlos en el departamento de mi secretaria.

—¡No! —exclamó Myrtle Northrup—. ¡Cómo esa...!

—No lo diga usted —dijo Mason—. Usted tiene sus propios problemas para pensar ahora.

—Maldito si no los tengo —dijo ella.

Mason se dirigió al teléfono, tomó el receptor y dijo:

—Deme la Jefatura de Policía, por favor. Es una llamada de urgencia.

Paul Drake suspiró, caminó hasta la mesa y se sirvió una taza de café de la cafetera eléctrica.

CAPÍTULO XXI

Mason, Della Street y Paul Drake estaban sentados en línea en el mostrador de una cafetería.

—Dime eso —dijo Paul Drake.

Mason vertió crema en su taza de café, le echó azúcar y dijo cansado:

—Todo esto vino por habernos fiado de una teoría plausible de la policía, Paul. Los hechos en este caso sobresalían como un dedo enfermo, pero porque yo pensé que ese tiro había sido disparado desde fuera a través de aquella ventana, pasé por alto todas las claves verdaderamente significantes. Y porque esas claves no encajaban con la teoría del caso, yo las ignoré.

—¿Y cuáles eran esas claves significativas?

—Tú conoces la mayoría de ellas —dijo Mason—. La mujer que vino a mi oficina no era la madre de Verónica. Sin embargo, poseía información que solamente podía haber sido recibida de Verónica, y si no era la madre de ésta, entonces estaba obviamente tratando de salvar a Addison. Por lo tanto, tenía que ser de necesidad alguna empleada leal del almacén de Addison. Había solamente una empleada que podía saber esos hechos tan pronto, y esa mujer era la que estaba a cargo del departamento de personal. Y yo estaba obligándote a correr por toda la ciudad tratando de encontrar a la mujer que se había hecho pasar como madre de Verónica, cuando de haber pensado un poco eso me hubiera dicho quién era y dónde estaba.

»Después yo creí en todo ese asunto de Ferrell marchándose de vacaciones, igual que lo hizo todo el mundo. Pero empecé a sentirme inquieto cuando supe que Myrtle Northrup había marchado de vacaciones al mismo tiempo. No fue sino después que

comprobé la verdadera significación del hecho que ellos dos iban a estar ausentes hasta el día de la reunión de los accionistas. Como abogado comprobé el peligro de la posición de Addison por lo que al control de su compañía concernía tan pronto me informó de la estructura de la corporación. Él mismo me dijo que odiaba a Ferrell. Por lo tanto, era muy seguro que Ferrell conocía ese sentimiento y a su vez lo odiaba a él. Comprobé que si uno de los socios quería ser poco escrupuloso y acudir a un poco de presión y un poco de soborno, sería una cuestión relativamente fácil el conseguir el control de las acciones, pero a causa de que siempre había habido una política de resolverlo todo fuera de la presencia de los empleados que eran accionistas, esa idea al parecer nunca se le ocurrió a Addison. Pero se le ocurrió a Ferrell y se me ocurrió a mí. Mas por el momento, eso no parecía encajar con el asesinato... Pero ¿de qué sirve esto? Todo fue a causa de que yo creí en la teoría de la policía y me fié de la falsa idea de que el tiro había sido disparado desde fuera de la casa a través de la ventana a la cabeza de Ferrell. Eso simplemente muestra cuánto daño puede hacer una falsa suposición.

—Sí —dijo Della Street lentamente—. Mira la suposición de Addison sobre esa pequeña virgen. En eso el hombre estaba cierto cuando primero nos llamó por teléfono. Hubiera sido bastante difícil para la policía el convertir en una vagabunda a una virgen.

—Tan difícil —dijo Mason con una mueca— como fue para Addison el hacer una virgen de una vagabunda.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los seudónimos A.

A. Fair,

Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no sólo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (*El caso de la mecanógrafa*

aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el seudónimo A.

A. Fair,

varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.

Notas

[1] Peeping Tom: Término originado en la leyenda de *Lady Godiva* y que se aplica a quien atisba oculto detrás de puertas y ventanas.

< <

[2] Significa «Gordo», en inglés (N. del Editor digital) < <